

Suzanne Allain

LA CARTA DE
Miss Lattimore

Ella buscaba el amor perfecto para los demás,
pero nunca esperó encontrar el suyo

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

La joven Sophie Lattimore no puede quedarse de brazos cruzados cuando descubre que un caballero está a punto de proponerle matrimonio a la mujer equivocada. Para evitar este error, Sophie decide enviar una carta anónima para poner al joven sobre aviso, carta que rápidamente se convierte en la habladuría de la alta sociedad, especialmente cuando su consejo resulta ser correcto. Lo que Sophie no espera es que, con todo el revuelo, se descubra que es la autora de la nota, y la que anteriormente se viera relegada a un segundo plano durante la temporada de bailes y cortejos en Londres, se convierta en la joven más buscada, y no solo por su gran habilidad de emparejamiento.

LA CARTA DE MISS LATTIMORE

Suzanne Allain

Traducción de Pura Lisart e Isabella Morello



Para mis hermanas

Habían pasado muchos años desde que Sophronia Lattimore utilizara su abanico por primera vez para coquetear. Como mujer de veintiocho años proveniente de una familia humilde, su labor de carabina estaba demasiado asentada para atraer la atención de ningún caballero. Sin embargo, si alguno se hubiera fijado entonces en el frenético movimiento de su abanico habría captado el mensaje que estaba enviando: Sophie estaba desesperada por el calor. Y no era la única dama a la que le estaba afectando. El olor del perfume y la sudoración se entremezclaban en el cálido ambiente y la ahogaban; tanto era así que decidió que, si quería seguir consciente, debía escapar al frescor de la noche. Por fortuna, su prima Cecilia acababa de comenzar un baile, por lo que tenía tiempo antes de que empezara a buscarla.

Recorrió el perímetro del abarrotado salón hasta las cristaleras que había divisado desde el otro lado de la estancia y salió por ellas para llegar a un estrecho balcón. Caminó hacia el lado contrario, lejos de las luces, y tomó aire de forma enérgica y refrescante. Contempló el cielo nocturno sumida en el silencio hasta que una pareja que salió del baile la sobresaltó. Seguía oculta entre las sombras y ellos no la habían visto, pero antes de que pudiera alertarlos de su presencia empezaron a hablar.

—¿Se puede saber qué te ocurre, Priscilla? —preguntó el caballero.

—No sé a qué te refieres.

—No me vengas con juegos. Es evidente que estás alentando las atenciones de lord Fitzwalter. ¿Acaso tus promesas eran en vano?

—Por supuesto que no. Siempre serás el dueño de mi corazón, Charles, ¡que no te quepa duda alguna! Pero solo pensaba en mis propios sentimientos y con el tiempo me he dado cuenta de que también debería tener en consideración los deseos de mi familia. —Alargó el brazo en un gesto suplicante—. Por favor, Charles, no puedes obligarme a cumplir esas promesas. Era demasiado joven.

—O tal vez has empezado a imaginarte como condesa.

—Debes comprender que nunca había esperado o deseado captar la atención de ese caballero, pero, ahora que lo he hecho, mi madre... Ah, qué sentido tiene esta conversación. Jamás llegarás a comprenderme...

—Creo que te entiendo de sobra.

El caballero se dio la vuelta y se marchó. La dama, a quien Sophie había reconocido como Miss Priscilla Hammond, lo siguió instantes después.

En cuanto volvió a estar a solas en el balcón, Sophie reflexionó acerca de lo que había escuchado sin querer. La primera temporada londinense de Miss Hammond había sido un éxito indiscutible, pues lord Fitzwalter había estado a la vanguardia de los numerosos caballeros que la cortejaban. Era bien sabido por todos que estaba a punto de pedir su mano en matrimonio, y que la dama aceptaría su propuesta tampoco lo discutía nadie. A fin de cuentas, ¿qué dama de familia sin distinciones y poco privilegiada rechazaría la oportunidad de convertirse en una adinerada condesa? Pues aparentemente Charles pensaba que Miss Hammond lo haría para elegirlo a él.

Sophie regresó a su asiento del rincón, todavía dándole vueltas a lo que acababa de descubrir. Empatizaba con todos los involucrados en aquel complicado asunto. Incluso sabía que había una cuarta persona que saldría escaldada: la amiga de su prima, Lucy Barrett, le había confiado a Cecilia que estaba enamorada de lord Fitzwalter y que sus atenciones a Miss Hammond la sumían en la desesperación. Lucy Barrett no había gozado de la misma popularidad que Miss Hammond a pesar de ser una jovencita de lo más atractiva. Como era un poco tímida, se sentía abrumada por las multitudes y le costaba hacerse valer. La única razón por la que había conocido a lord Fitzwalter era la amistad de este con su hermano.

Cuán complicado era todo aquello de encontrar marido. Y no era de la incumbencia de Sophie que lord Fitzwalter hubiera elegido a Miss Hammond antes que a Miss Barrett. Aunque ¿se habría decidido por Miss Hammond si hubiese sabido que dicha dama y ese tal Charles se habían prometido en el pasado? ¿Y si ella simplemente accedía a los deseos y, quizá, a la presión de su familia?

Sophie analizó a la dama durante la media hora siguiente y descubrió que no parecía sentirse muy halagada por las atenciones de su amado. Aunque le sonreía con frecuencia a lord Fitzwalter, dicha sonrisa se desvanecía con tanta rapidez como la esbozaba y la sustituía con un ceño fruncido en cuanto el caballero apartaba la mirada. La persona que parecía más complacida con las atenciones del lord era Mrs. Hammond, quien sin duda se regodeaba al ver a su hija con el conde.

La aparición de su prima Cecilia sacó a Sophie de su ensimismamiento.

—Sophie, Mr. Hartwell se ha ofrecido a acompañarme a por un refrigerio.

—¿Quiere que le traigamos una copa de ponche, Miss Lattimore? —preguntó Mr. Hartwell.

—Qué amable por su parte. Me encantaría —contestó Sophie.

En realidad, habría preferido acompañarlos y escapar de aquel asiento tan incómodo, pero no quería interponerse en su *tête-à-tête*, si bien, en teoría, esa era una de sus obligaciones. Sin embargo, su tía solo esperaba que Sophie se inmiscuyera sin que la invitaran cuando se tratara de pretendientes no deseables, y Mr. Hartwell no era uno de ellos.

—Su prima se ha hecho con una joya —comentó una dama de avanzada edad que se sentaba junto a ella en lo que parecía creer que era un susurro. Al contrario, Sophie tuvo que apresurarse a mirar a la pareja que se alejaba con la esperanza de que no lo hubieran escuchado. Le alivió ver que estaban tan centrados en su propia conversación que no habían oído a Mrs. Pratt.

—Pues sí, Mr. Hartwell parece un caballero de lo más agradable —respondió Sophie sin dar demasiados detalles.

—¡Y tan agradable! Es el heredero de una propiedad valorada en cinco mil libras al año. Además de estar emparentado con el duque de Norfolk por parte de madre —explicó Mrs. Pratt.

Sophie conocía muy bien a Mrs. Pratt, así que no esperaba menos que un listado de las ganancias del caballero y de sus ancestros. Aunque a ella le traía sin cuidado todo aquello, a la madre de Cecilia era lo que más le importaba, por lo tanto le convenía prestar atención. Fue entonces cuando se le ocurrió que quizá podría sacarle partido al conocimiento enciclopédico de Mrs. Pratt acerca de los hombres solteros para satisfacer su propia curiosidad. Sophie había visto a Charles cruzar el salón de baile, así que lo señaló con un movimiento de cabeza.

—Mrs. Pratt, ¿conoce usted a aquel caballero? Si no me equivoco, su nombre de pila es Charles.

Mrs. Pratt escudriñó el salón de baile con su mirada miope en la dirección que Sophie le había indicado antes de agarrar los anteojos que pendían de su cuello y llevárselos a los ojos. La muchacha se arrepintió al instante de la pregunta cuando Charles se dio la vuelta y se topó con la mirada de Mrs. Pratt, quien no es que ni se hubiera molestado en disimular que lo estaba observando, sino que estaba haciendo uso de un aparato diseñado para verlo aún mejor. Sophie empezó a darse la vuelta, pero fue demasiado tarde: Charles también se había percatado de su presencia. Parecía perplejo ante toda la atención que estaba recibiendo por parte del contingente de las repudiadas del baile, pero saludó a ambas mujeres con un leve gesto de la cabeza antes de abandonar la estancia.

—Beswick. El hijo pequeño del barón Fane. Acude a la misma parroquia de Devonshire que nuestra reina del baile, Miss Hammond —anunció por fin Mrs. Pratt.

—Entonces es un buen partido.

—Respetable. Por supuesto, no es el heredero, pero le han legado una propiedad pequeña. —Mrs. Pratt soltó los anteojos para contemplar a su compañera—. ¿Para quién lo pregunta? ¿Para usted o para su protegida?

—Está claro que para mí no —replicó Sophie con la intención de evitar la pregunta.

—¿Por qué no? Esa tía suya la ha convertido en solterona antes de tiempo. Aún es joven y lo bastante hermosa como para encontrar un marido. Y si yo tuviera su edad, tendría muy claro por quién me inclinaría.

Sophie se arrepentía cada vez más de haber comenzado aquella conversación, pues Mrs. Pratt había elevado mucho más la voz debido a la emoción y la gente se giraba para mirarla. Una de esas personas que se giraron con una sonrisa en sus bellos labios fue el mismísimo hombre al que se refería Mrs. Pratt. Y Sophie no necesitaba que la mujer le advirtiera de su presencia.

No, ella era bien consciente de la presencia de sir Edmund Winslow, al igual que muchísimas otras damas. No era asiduo a los eventos sociales de la temporada, por lo que, cuando aparecía, era como si una especie de ave exótica se hubiera posado junto a una bandada de patos. Su

presencia era tan energizante como el aire fresco que había tomado antes en el balcón; pero ahora que sus miradas se habían encontrado, sentía la necesidad de recordarse que debía respirar.

No obstante, en aquella ocasión no se acobardó ni agachó la cabeza con timidez tal como solía hacer cuando se sentaba entre las carabinas, sobre todo cuando la miraba un caballero. Si aquella era su última oportunidad de intercambiar miradas cargadas de tensión con un caballero bien parecido, estaba decidida a tirar la cautela por la borda y aprovecharla. Se irguió más en su asiento y esbozó una leve sonrisa en su dirección. Estaba segura de que había captado una chispa en su mirada; puede que interés, curiosidad o tal vez incluso se tratara de atracción. Se había olvidado por completo de Mrs. Pratt, quien observaba su intercambio de miradas con el interés de un buitre ante un festín.

—¿Lo ve? Ha despertado su curiosidad —anunció Mrs. Pratt a los cuatro vientos. Esto hizo que la situación fuera cada vez más incómoda y supuso el golpe final a cualquier sentimiento de atracción mutua que estuviera floreciendo. Sophie bajó la mirada, pero antes se percató de que sir Edmund había vuelto la cabeza y se alejaba apresuradamente. Mrs. Pratt chasqueó la lengua con desaprobación—. Una pena, se ha marchado. Los habría presentado si se hubiera quedado más tiempo.

Sophie era plenamente consciente de todos los ojos y oídos que seguían pendientes de ella. La sociedad londinense era como la caza del zorro: todos los que la conformaban estaban dispuestos a empezar la persecución en cuanto detectaran el más leve olor a humillación. Normalmente a ella la ignoraban; pero el hecho de que una don nadie como ella se atreviera a aspirar a casarse por encima de su posición suponía un chisme goloso que podía darle vida a una velada si no había un premio más jugoso a la vista. Por eso mismo le alivió ver que Cecilia y su acompañante volvían con su copa de ponche, lo que dio por terminada la conversación con Mrs. Pratt.

Quizá Sophie habría olvidado la escena del balcón, o por lo menos la habría pasado por alto, si no hubiera acabado disfrutando de la compañía de tres de los principales protagonistas del drama poco después. Su prima Cecilia y Lucy Barrett eran amigas del alma y, como Miss Hammond era de edad y condición similares a ambas, las tres muchachas solían recibir invitaciones para los mismos eventos, junto con el pretendiente de Miss Hammond, lord Fitzwalter. Sophie no había vuelto a saber nada de Charles Beswick. Supuso que había preferido abandonar Londres antes que ver a otro cortejar al objeto de sus atenciones. Una semana más tarde, cuando Sophie se vio sentada junto a Priscilla Hammond en un concierto, buscó saciar su curiosidad.

—Me preguntaba, Miss Hammond, si podría hablarme de ese vecino suyo, un tal Mr. Charles Beswick. ¿Sigue en Londres?

Priscilla abrió los ojos como platos y se quedó sin respiración.

—¿Charles? Es decir... ¿Mr. Beswick? ¿Acaso lo conoce?

—No, yo no, pero sí otra dama, Mrs. Pratt. Preguntó por él y mencionó que ustedes dos

asistían a la misma parroquia.

—Ah, ya veo —comentó Priscilla, aunque parecía confundida por el interés de su acompañante, y era comprensible. A Sophie no le habría extrañado que se negara a contestar una pregunta así de impertinente, pero un instante después, Priscilla añadió—: Mr. Beswick ha regresado a su casa. No espero volver a verlo.

Tanto el tono de Priscilla como su expresión se asemejaron a los de una plañidera en un funeral, por lo que a Sophie solo le quedó suponer que aquel hecho la apenaba muchísimo. Y al observar la conversación entre lord Fitzwalter y Lucy, y percatarse de que este parecía mucho más feliz que cuando intercambiaba comentarios superficiales con Priscilla Hammond (los cuales consistían, sobre todo, en alabanzas a su aspecto), sintió que el caballero estaba cometiendo un grave error. Esto se lo confirmó Cecilia cuando esta se quejó de las manipulaciones de Mrs. Hammond, que estaba separando a su amiga Lucy de lord Fitzwalter y le estaba arruinando el futuro.

Si bien Sophie suponía que, seguramente, su joven prima, dramática en exceso, habría exagerado la situación, cuanto más observaba a Lucy y lord Fitzwalter, más empezaba a creer que ella sentía un afecto genuino por él, y que ambos ya habían creado una tierna amistad. Sophie, en su limitada experiencia, consideraba que aquello constituiría una base sólida para el matrimonio. Lucy era mucho más seria y de actitud más callada que Priscilla Hammond, por eso no brillaba tanto en público. De hecho, tendía a retirarse siempre que la otra muchacha coqueteaba con lord Fitzwalter, por lo que no resultaba sorprendente que a Priscilla se le diera mejor atraer su atención y mantenerlo entretenido. Sin embargo, como parecía que el corazón de Priscilla no pertenecía a lord Fitzwalter, sino a otro hombre, Sophie pensaba que aquella era una de esas situaciones en las que hablar claro podría ayudarlos a evitar un lamentable error. Aun así, no sentía que fuera asunto suyo acercarse a lord Fitzwalter, con quien apenas había intercambiado más que los cumplidos de rigor. ¿Cómo podría informarle de que, al pretender a Miss Hammond, estaba cometiendo un error? Él le diría que no le incumbía, con todo el derecho, y ella se vería repudiada por la sociedad londinense. Hasta podría llegar a perder el cobijo de su tía.

Pero ¿y si lord Fitzwalter no supiera de la identidad de su consejera? ¿Y si le advirtiera de forma anónima, sin que él llegara a descubrir de dónde provenía dicho consejo? Ella tendría la conciencia tranquila y él sería libre de actuar o no actuar según le pareciera conveniente.

Así que Miss Lattimore escribió una carta.

Poco más de un mes después, lord Fitzwalter se convirtió en la comidilla de la ciudad, pues todo el mundo esperaba que pidiera la mano en matrimonio de Miss Hammond, pero, en vez de eso, anunció su compromiso con Miss Barrett. Aun así, nadie pudo acusarlo de comportarse de forma

poco cortés, pues a las noticias de su compromiso siguieron las de la propia Miss Hammond, quien iba a casarse con Mr. Beswick de Devon.

Cecilia, quien había decidido no participar en un baile, estaba sentada junto a su prima y preguntó perpleja:

—¿Quién diantres es Mr. Beswick?

Antes de que Sophie pudiera responder, Mrs. Pratt exclamó:

—Qué coincidencia. Su prima me preguntó por ese caballero el mes pasado.

Cecilia miró a su prima con gran sorpresa.

—No me diga. ¿Y a qué se debía ese interés, Sophie?

Sophie se quedó sin palabras. No se le había ocurrido que alguien pudiera hacerle tal pregunta y no tenía ni idea de cómo responder. No se le daba muy bien disimular y a su audiencia le quedó bastante claro que se habían topado con un misterio cuando abrió los ojos como platos antes de rehuirles la mirada.

—Mera curiosidad —contestó por fin.

El escepticismo de Cecilia era palpable. Se olvidó de que no estaban a solas y comentó sin prudencia alguna:

—Lucy me contó que alguien le escribió una carta a lord Fitzwalter...

—Cecilia, me parece que se acerca Mr. Hartwell —la interrumpió su prima.

—Qué disparate, si está bailando un *reel* con Miss Tibbits —replicó Mrs. Pratt al instante—. Siga, jovencita. ¿Qué era eso de la carta que recibió lord Fitzwalter?

Cecilia se percató de repente del peligro que suponía revelar las confidencias de su amiga del alma en presencia de una chismosa consumada.

—Uy, no era nada interesante. Solo se trataba de una nota para felicitarle por su compromiso, nada más.

A Cecilia se le daban mucho mejor las evasivas que a su prima mayor y tenía más práctica que ella a pesar de ser una década más joven. Por eso mismo, se negó a sucumbir ante el interrogatorio de Mrs. Pratt y se alegró de escapar para bailar una pieza con el caballero más mediocre con el que había bailado hasta el momento.

Más tarde, en el carruaje, Cecilia se giró para mirar a su prima.

—Fuiste tú quien escribió la carta, ¿a que sí?

Sophie, que no sabía mentir (o por lo menos, no de forma creíble), asintió.

—Pero, por favor, Cecilia, no se lo cuentes a nadie.

—No tienes de qué avergonzarte, Sophie. Lucy y lord Fitzwalter piensan que les has hecho un favor enorme.

Sophie se sintió alentada al saber que su decisión de tomar cartas en el asunto había sido la indicada y que la estaban encomiando por ello. Hacía mucho tiempo que nadie escuchaba su

opinión, y mucho menos la buscaba. Durante los últimos seis años, en los que había estado viviendo con su tía tras la muerte de su padre, se había sentido casi invisible. Cecilia era la única que le había dedicado un poco de su atención o afecto, aunque de forma un tanto negligente, pues a la muchacha tampoco le interesaba mucho su prima solterona.

No obstante, ahora su prima la miraba con un respeto y aprobación reticentes, como si se hubiera revelado poseedora de un talento del que no había sido consciente hasta aquel momento.

—Supongo que no hará daño a nadie que le cuentes a Lucy quién escribió la carta —anunció Sophie después de reflexionar sobre el tema un instante.

A Cecilia pareció sorprenderle que Sophie pensara que aquello fuera una cuestión que pudiera debatirse.

—Por supuesto que debo contárselo. Sin duda le habrá estado reconcomiendo la curiosidad desde que lord Fitzwalter se lo contó. Y la verdad es que tiene toda la razón del mundo al sentirse agradecida. Si no le hubieras escrito, habría perdido a lord Fitzwalter para siempre. Pero, prima, la gente dice que en tu carta escribiste que Priscilla Hammond estaba enamorada de otro caballero. ¿Cómo sabías lo de Miss Hammond y Mr. Beswick?

Sir Edmund le dio un sorbo al ponche poco cargado que habían servido y se preguntó por qué había decidido asistir aquella noche. Siempre se sentía incómodo en esa clase de eventos. Tenía sumo cuidado de no sonreírle a ninguna de las jóvenes que lo observaban por encima de sus abanicos con la esperanza reflejada en la mirada, y al final se acercó a tomar un poco más del insípido ponche, pues al menos así evitaría tener que participar en los bailes.

No es que a sir Edmund no le gustara bailar. Antaño había sido uno de sus divertimientos favoritos. Lord Fitzwalter lo saludó al entrar en la habitación donde habían servido los refrigerios, y se acercó a él para entablar conversación, contento de ver por fin un rostro conocido.

—He oído que es un día para congratularse —comentó sir Edmund tras intercambiar sendos saludos.

—Pues sí, así es. Tienes ante ti al hombre más afortunado del mundo.

Fitz parecía exultante, pero la última vez que sir Edmund se lo había encontrado el hombre estaba cortejando a Miss Hammond, por lo que no era de extrañar que sir Edmund se mostrara desconcertado al ver que su amigo se había comprometido con otra mujer.

—Creo que no he llegado a conocer a tu prometida —dijo sir Edmund con la esperanza de que su comentario incitara a Fitz a darle una explicación por el cambio de futura esposa; seguro que se percataba de que sir Edmund sí conocía a Miss Hammond, pues él mismo los había presentado en su momento.

—Eso debemos remediarlo, aunque tendrá que ser más tarde. Ahora mismo está bailando. Con Ludlow —explicó Fitz señalando a su prometida con la cabeza.

Sir Edmund desvió la mirada en esa dirección, curioso por conocer a la *femme fatale* que le había robado el corazón a su amigo. Se topó con una joven de aspecto muy recatado que, si bien no era fea, no estaba a la altura de Priscilla Hammond. Pero, entonces, Miss Barrett notó que habían posado su atención en ella y se volvió para mirar a Fitz. Y esbozó una sonrisa tan dulce y cariñosa hacia su prometido que sir Edmund se dio cuenta al instante del error en el que había incurrido al pensar que Priscilla Hammond era la opción más atractiva.

Fitz sacudió la cabeza en un gesto de asombro.

—Todavía no termino de creermelo cómo se han desarrollado los acontecimientos.

—Pues, ya que has sacado el tema, siento curiosidad por saber cómo se ha llegado a producir este compromiso, la verdad. Se rumoreaba que estabas cortejando a otra joven.

—En esta ocasión, los rumores son ciertos. De no haber sido por la benevolencia desinteresada de una dama anónima, probablemente habría acabado comprometido con la persona equivocada. —Entonces Fitz se apresuró a añadir—: Como es evidente, Miss Hammond es una jovencita encantadora, y Beswick debe recibir la enhorabuena por su matrimonio, desde luego, pero Lucy...

Fitz suspiró y esbozó una sonrisa que para sir Edmund resultó un poco bobalicona, pero se reprendió ante su comportamiento cruel e insensible. Seguramente estaba así por la envidia que sentía por la buena suerte de su amigo.

—¿Una dama anónima? —le preguntó a Fitzwalter.

—Bueno, la carta fue anónima, pero la identidad de la mujer ya no lo es.

Como hasta el propio Fitz, sumido como estaba en un estado de locura provocado por la felicidad, se percató de que se estaba expresando con una incoherencia irritante, empezó por el principio, y le narró a su amigo los pormenores de la carta de Miss Lattimore.

Sir Edmund lo escuchó con suma atención, y solo interrumpió una vez a su amigo para preguntarle si podía hacerle una visita en su casa y leer la carta él mismo. Fitz lo sorprendió al confiarle que la llevaba encima; la sacó del bolsillo de su chaleco y se la tendió a su buen amigo.

No era una carta extensa, y sir Edmund la leyó con bastante celeridad antes de leerla una segunda vez con más detenimiento. Fitz, quien se mostraba impaciente por cantar las alabanzas de su prometida, aguardó al momento adecuado mientras sir Edmund analizaba la misiva y, en cuanto este se la devolvió, comenzó a relatar con suma alegría lo acertada que había estado Miss Lattimore en su valoración del «corazón puro y tierno» de Lucy. Además, le contó a sir Edmund lo mucho que le había sorprendido saber de los sentimientos que Lucy guardaba por él, pues, aunque él siempre había estado enamorado de ella, creía que Lucy lo veía como a un hermano mayor. Y, si bien sir Edmund escuchaba educadamente mientras Fitz hablaba con efusividad sobre Lucy, pronto dejó claro cuál era su verdadero interés.

—¿Quién es Miss Lattimore? —preguntó.

Esa era la gran pregunta de la noche, aunque Sophie tardó un par de horas en darse cuenta de que su nombre estaba en boca de casi todos los asistentes a la fiesta. Estaba apoyada en una pared, observando al resto bailar y siguiendo el ritmo de la música con los pies bajo las faldas, cuando comenzó a percatarse de que cada vez había más miradas posadas en ella. Aun así, era demasiado modesta para suponer que era ella el principal atractivo de la velada, y no dejaba de mirar a su alrededor, a un lado y a otro, esperando encontrarse con algo o alguien de interés. Lo único que vio, y que era de todo menos interesante, fue a la omnipresente Mrs. Pratt, que se había quedado dormida y había empezado a roncar.

Y, entonces, Mr. Dodd le preguntó si le concedía un baile, petición que Sophie rechazó con educación. En su mente reconoció que, por una vez, se alegraba de estar sentada con el resto de

las señoritas a las que no sacaban a bailar, pues Mr. Dodd despedía un desagradable hedor a ajo y los dientes del hombre le recordaban a los del burro del vecino que, cuando era pequeña, le había dado un buen mordisco.

Pero, a continuación, otro caballero se acercó a ella, y luego otro, y al rato Mrs. Pratt se despertó por la inusitada afluencia de hombres; la mujer empezó a hacer comentarios impertinentes y a animar a Sophie a que aceptara varias invitaciones. Sophie, que ya no podía soportar la situación, le dijo al último caballero que le había pedido un baile que debía encontrar a su prima; entonces, dejó su asiento para atravesar a toda prisa la sala hasta el lugar en el que Cecilia estaba charlando con sus amigos.

Sin embargo, cuando Sophie se acercó al grupo, se sintió de lo más incómoda y cohibida, pues, al aproximarse a ellos, cesaron en su charla y se volvieron para mirarla.

—Ruego que me disculpen, he interrumpido su charla. Por favor, continúen —le dijo a lord Fitzwalter, quien se había callado en plena frase.

—¡Miss Lattimore! Qué alegría verla —la saludó lord Fitzwalter con un tono de voz que evidenciaba lo entusiasmado que estaba de verla. Lucy Barrett estaba a su lado y ella también parecía contenta de ver a Sophie. Y, entonces, el caballero que estaba junto a Fitzwalter se volvió para mirarla—. Sir Edmund Winslow, le presento a Miss Lattimore —dijo lord Fitzwalter, y sir Edmund le hizo una reverencia.

Al instante Sophie dudó si debía corresponderle de igual manera o limitarse a inclinar la cabeza, antes de dejarse caer en una reverencia al tiempo que se recordaba que no debía agacharse tanto como lo haría si sir Edmund perteneciera a la realeza. En realidad, era tal el torbellino de pensamientos que tenía en su mente que apenas sabía lo que estaba haciendo, pero recobró la compostura cuando se obligó a desviar la mirada de sir Edmund y centró su atención en lord Fitzwalter.

—Sir Edmund acababa de expresar sus deseos de conocerla, así que su llegada es de lo más oportuna —comentó lord Fitzwalter.

El aludido fulminó a lord Fitzwalter con la mirada antes de volverse hacia Sophie y se obligó a esbozar una sonrisa hermética.

—De hecho, me alegra sobremanera conocer a alguien a quien mi amigo tiene en tan alta estima —dijo.

Vacilando, Sophie le devolvió la sonrisa, y el semblante de sir Edmund se relajó un poco. Sophie pensó que quizá al hombre le había molestado que lord Fitzwalter hubiese afirmado que deseaba conocerla, pero la chica era plenamente consciente de que, de haber pronunciado dicho deseo en voz alta, seguro que habría sido un comentario sin importancia, surgido de la educación o la curiosidad. Por desgracia, sabía perfectamente que no debía imaginarse que el caballero poseía más que un simple y momentáneo interés en ella.

Lord Fitzwalter retomó la charla, y esa vez lo hizo para mencionar una cena que estaba organizando para celebrar su compromiso, y a la que esperaba que Sophie pudiese asistir. Sophie

aceptó la invitación con gratitud, pues era la primera invitación que recibía de forma directa desde que se había mudado a casa de su tía. Su presencia, inevitable aunque no solicitada en todo evento social al que había asistido hasta entonces, había sido a regañadientes, pues la invitación era en realidad para su prima o su tía.

Sin embargo, Sophie no tardó en descubrir que las cosas habían cambiado.

Las invitaciones para Sophie inundaban la casita señorial de Leicester Square, y con cada una que llegaba parecía que su estatus crecía a ojos de su tía y su prima. La primera jamás se había mostrado cruel con ella, pero como Sophie era hija de la hermana de su marido y no su sobrina carnal, siempre había dejado muy claro que jamás podría esperar más que un techo sobre su cabeza y un asiento en su mesa. Sophie poseía una asignación que le había dejado su padre, pero con ella solo conseguía cubrir los gastos más esenciales y, sin la caridad de su tía, por muy reticente que fuese a ella, la verdad es que estaría en un grave apuro. Así que, si bien Sophie incluía en sus oraciones diarias a su tía y le agradecía a Dios su generosidad al haberla acogido, pronunciaba sus oraciones con más gana y mayor sinceridad cuando su tía la miraba con una sonrisa y no con el ceño fruncido.

La relación de Sophie con su prima también había mejorado, pero no estaba segura de si era algo de lo que alegrarse o más bien lamentar. Cecilia empezó a visitar el dormitorio de Sophie todas las noches antes de acostarse, ansiosa por conocer la opinión que tenía su prima de sus pretendientes. Como Sophie opinaba que Cecilia debía esperar muchísimo tiempo antes de plantearse el matrimonio, las conversaciones sobre cada una de las cualidades y de los desaciertos de sus pretendientes le resultaban un tanto aburridas, pero agradecía que su prima por lo menos buscara su consejo. Y más agradecía que Cecilia, quien hasta el momento había dejado que Sophie se vistiera por su cuenta, le hubiese ofrecido los servicios de Betsy, su doncella, para que la ayudara con su peinado.

Sophie se deshizo de buena gana de las modificaciones que había estado haciendo a su vestimenta para pasar tan desapercibida como fuera posible y disimular cualquier atractivo que pudiera poseer. Había tomado ese hábito desde el comienzo de la temporada de Londres, al adoptar su papel de carabina, en un intento por dejar su estatus todavía más patente. Si bien su tía no le había dicho explícitamente lo que debía ponerse, sí le había comentado a Sophie cuán fundamental era que ofreciera «un aspecto maduro, acorde a su edad y posición». Pero como su tía había empezado a animarla a aceptar las invitaciones con su nombre, y no como la acompañante desconocida de Cecilia, Sophie guardó los tocados en el cajón y dejó de cubrirse los hombros y el escote con chales y pañuelos de encaje. Así pues, tanto su tía como su prima empezaron a preguntarse si siempre había sido tan atractiva como a partir de aquel momento, y no se habían percatado de ello, o si su recién adquirida popularidad estaba provocando un florecer latente.

Cecilia se parecía a su madre, alta y rubia con ojos azules; en cambio, Sophie era más menuda, con el pelo oscuro y de ojos grises. Cecilia siempre había pensado que su prima, mayor que ella y más bajita, representaba el prototipo de solterona que hacía tiempo que no tenía perspectiva alguna de llamar la atención de un caballero. El hecho de que la joven se alegrase por el tardío descubrimiento de los atributos de su prima en vez de sentirse amenazada por ellos hablaba muy bien de ella.

Bien era verdad que el regocijo que sentían Cecilia o Mrs. Foster no se debía completa o siquiera principalmente a la propia Sophie. Ninguna de ellas podía evitar pensar en cómo podían beneficiarse ambas del repentino prestigio social de su pariente.

La posición social de las Foster se encontraba al borde de la alta sociedad y, aunque sin duda poseían una elegancia férrea y eran parientes lejanas de más de media docena de familias respetadas, e incluso nobles, contaban con una fortuna modesta. Pero ambas mujeres tenían planeado ponerle fin a dicha situación con la inminente boda de Cecilia con un caballero acaudalado. Desde el día de su debut, la joven ya había llamado la atención de un pretendiente cotizado, Mr. Hartwell, pero no poseía un título de gran relevancia y la temporada acababa de empezar. (Y, además, a Cecilia el joven le resultaba de lo más torpe y aburrido.) La tía Foster albergaba la esperanza de que, gracias al aumento de la actividad social de Sophie, Cecilia pudiese conocer a más caballeros acaudalados de los que su modesta presentación en sociedad le había permitido hasta el momento. Y si entretanto se encontraban con un viudo entrado en años o un pastor respetado dispuesto a desposar a Sophie, en fin, sería algo bueno y dejaría de estar a cargo de su tía.

Como no existía ni la más remota posibilidad de que Sophie encontrara a un pretendiente con un estatus mejor que el de su prima pequeña, mejor que ese irritante pensamiento no se interpusiera en las conjeturas de sus parientes.

Sophie, a quien le habría gustado saber por qué había llamado la atención de la sociedad londinense, no tardó mucho en averiguar la respuesta a su pregunta. Quienes buscaban su compañía no abordaban el tema de forma directa, sino que fingían interés en disfrutar de su amistad o compañía; pero, al cabo de un rato, era evidente que pensaban que Sophie poseía un talento especial como celestina y deseaban asegurarse sus servicios. Hasta se enteró, de boca de su prima, de que se había ganado el apodo de lady Cupido.

Con mucha educación, Sophie lograba desanimar a casi todos aquellos que deseaban su ayuda, ya que por lo general eran demasiado tímidos para insistir con el tema, pero se quedó realmente estupefacta al descubrir que sir Edmund estaba entre ellos.

Habían coincidido en la cena de lord Fitzwalter, aunque no habían disfrutado de la ocasión de profundizar en la conversación más allá de las cortesías básicas. Pero poco tiempo después Sophie se reencontró con él en una excursión a Strawberry Hill.

La salida la había planeado y organizado lord Fitzwalter, quien quería que todo el mundo participara de su felicidad, y por ello estaba organizando más actividades que nunca. La jornada lo acompañaba en su buen humor, pues disfrutaban de un precioso día de junio, soleado, con una ligera brisa. Tras un paseo por la casa, el grupo comió en los terrenos a orillas del Támesis. Sophie jamás había visitado Strawberry Hill; Horace Walpole, el famoso escritor gótico, había diseñado la casa y los jardines. Además, hasta ese día Sophie tampoco había disfrutado de un pícnic. Al menos no de uno como aquel, con la compañía de otras señoritas y caballeros. Tras la comida, Sophie recorrió los caminos bordeados de rosales a rebosar de flores y capullos, y sintió una alegría inmensa, además de la convicción de que aquel iba a ser el verano de su vida, su temporada para florecer. Entonces se rio de sí misma para sus adentros. Ya se había sentido así una vez en su vida, a la edad de Cecilia, y había descubierto que había cometido un triste error. Debería haber aprendido a no esperar demasiado, ni a confiar en su instinto que, con frecuencia, caía en el autoengaño.

Ni siquiera confiaba en sí misma en lo que a su atracción hacia sir Edmund respectaba. La verdad era que no sabía mucho del hombre, salvo el atractivo del que hacía gala, y Sophie ya había aprendido a las malas que el buen aspecto de un hombre, lejos de ser un indicativo de su personalidad, no implicaba más que un afortunado incidente al nacer. Y aunque sir Edmund fuese un hombre con una personalidad admirable, había poquísimas probabilidades de que se fijara en una solterona venida a menos como ella.

A pesar de todo, cuando se presentó a su lado durante la caminata, Sophie no logró controlar del todo los escalofríos de emoción que sintió ante su presencia. Pero al descubrir cuál era la verdadera intención del caballero al buscarla, intentó consolarse al recordar que las cosas habían pasado tal y como ella había predicho, y que había demostrado su sabiduría al rebajar sus expectativas.

Al principio la conversación tuvo cierto aire informal, y sir Edmund se limitó a preguntarle de qué parte del país provenía y cuán estrecha era la relación que mantenía con lord Fitzwalter y Lucy Barrett. Pero entonces abordó el tema que quería tratar y por el que, al parecer, se había acercado a ella.

—Ha llegado a mis oídos que usted participó en la formalización de este compromiso.

—Podría decirse, pero mi participación fue mínima —contestó Sophie, sin querer ser presuntuosa, pero consciente de que negarlo podría parecer un acto de falsa modestia por su parte, dado que, aparentemente, lord Fitzwalter se lo estaba contando a todo el mundo.

—¿Siempre ha tenido usted talento para esta clase de cuestiones? ¿Cómo sabía que las dos parejas congeniarían?

—No es un talento especial; me basé en mis observaciones, nada más. De hecho, jamás he afirmado que sea experta en formar parejas, y dudo mucho que vuelva a hacerlo en mi vida.

—¿No? Pero ha conseguido que por lo menos dos personas sean muy felices.

Sir Edmund señaló el banco en el que lord Fitzwalter estaba sentado conversando con Lucy.

Parecía que resplandecían de alegría, y Sophie ya se había percatado de que eran incapaces de dejar de sonreír y de mirarse el uno al otro. Mientras Sophie y sir Edmund los observaban, lord Fitzwalter se llevó la mano de Lucy a los labios y los besó con suma ternura. En ese instante Sophie se sintió culpable por estar observándolos durante un momento íntimo y personal, y desvió la mirada; aceleró el paso hasta que el camino se torció y ya no alcanzaba a ver a la pareja. Sir Edmund la siguió acompasando sus pasos con los de ella.

—Su felicidad me alegra más de lo que podría expresar con palabras —confesó Sophie cuando recuperaron el paso lento del paseo—. La verdad es que apenas intervine, y siempre fui consciente de que podría haber causado más mal que bien de forma involuntaria. —Sacudió la cabeza, y añadió—: Siendo sincera, es una responsabilidad que no deseo.

—Pero ¿no cree usted que su ayuda podría resultar muy provechosa, sobre todo en una sociedad remilgada donde las parejas se comprometen sin saber mucho el uno del otro? Un caballero no puede pasar mucho tiempo observando o hablando con una posible esposa, no sea que lo acusen de tratar a la ligera el afecto de la señorita y acabe viéndose obligado a casarse con ella para complacer los convencionalismos y no sus propios deseos.

Sir Edmund se había detenido y se había vuelto para mirar a Sophie a la cara, y ella lo imitó. La joven se preguntó si el caballero no se habría dado cuenta de que lo que acababa de describir bien podría aplicarse a su situación. Estaban separados del resto del grupo en una zona resguardada de los jardines manteniendo una conversación seria. Corrían el riesgo de ser víctimas de la crítica y los cotilleos si alguien los veía. Pero quizá sir Edmund pensaba que la edad de Sophie, la inexistencia de su riqueza y su papel como carabina la excluían de tales consideraciones. Sophie se preguntó qué edad tendría él. Estaba segura de que, por lo menos, la suya, si acaso no un par de años más. Sintió curiosidad por saber por qué no se había casado todavía. Y por saber qué quería de ella.

—¿Qué me está proponiendo, sir Edmund? —preguntó Sophie.

El caballero sonrió, con un deje de ironía.

—La verdad es que no estoy seguro. Supongo que soy un hipócrita. Aquí estoy, acusándola de guardarse sus dotes para usted cuando en realidad lo único que ansío es que me ayude a conseguir mi propia felicidad.

—¿Desea casarse? —quiso saber Sophie intentando aparentar que la respuesta del hombre le importaba más bien poco.

—Por supuesto. Soy un hombre soltero en posesión de una gran fortuna, así que me hace falta una esposa.

Sophie sonrió ante la referencia de la popular novela escrita por «una dama» que ella también había leído, y con la que había disfrutado. Pero en realidad no tenía ganas de sonreír. Se sentía maldita, destinada a observar cómo el resto encontraba a su gran amor mientras ella se quedaba sola para siempre. Y sin pareja.

—Y ¿tiene a alguna señorita en particular en mente? —se obligó Sophie a preguntar, aunque

no tenía deseo alguno de escuchar a sir Edmund alabar a otra mujer.

—No, en realidad no. Por desgracia, no se encuentra uno con ninguna Elizabeth Bennet por la zona en la que resido.

—Así pues, ¿es Lizzy Bennet su prototipo de mujer? —inquirió Sophie.

—Desde luego. Una mujer con cabeza y buen juicio, empeñada en casarse no por interés, sino por amor. Es exactamente lo que estoy buscando.

Sophie sacudió la cabeza para disimular su desazón.

—Pero, sir Edmund, justo ahí reside su problema: esa mujer no existe.

—Mas seguro que debe de haber otras mujeres como ella. Usted, por ejemplo —dijo él señalándola con gesto distraído. Sophie sintió el peso de su mirada mientras él la observaba, y deseó que el caballero no apreciara en ella nada que criticar—. Estoy convencido de que, cuando le escribió usted esa carta a Fitzwaller, no tenía en mente el tamaño de su fortuna al aconsejarle que tuviera a Miss Barrett en consideración.

—Está usted en lo cierto, pero sí que tuve en mente la de Mr. Beswick —repuso Sophie con una sonrisa.

—No la comprendo.

—Sabía que la madre de Miss Hammond se movía por consideraciones materiales, y supe que no aceptaría a la pareja de su hija si Mr. Beswick no fuera un buen partido. Así pues, me informé de la situación económica del caballero antes de redactar la carta.

Sir Edmund le brindó una cálida sonrisa ante su confesión.

—Es usted una mujer ciertamente aguda. Pero deberíamos regresar con el resto —terció sir Edmund mirando a su alrededor como si se preguntara cómo habían acabado en una situación tan íntima—. Su prima la estará buscando.

De hecho, Cecilia sí estaba buscando a su prima, pero no porque ansiara disfrutar de su compañía. No, es que la había visto paseando junto a sir Edmund y había tomado la decisión de unirse a ellos. Sin embargo, antes de que pudiera hacerlo, Mr. Hartwell la había abordado y, mientras conversaba con el hombre, había perdido de vista a Sophie y al caballero.

A Cecilia, las atenciones de Mr. Hartwell estaban empezando a resultarle un tanto irritantes, y pensó que quizá él fuese el culpable de que no lograra llamar la atención de otros pretendientes de su conveniencia. Aun así, más valía pájaro en mano que ciento volando, y la joven no se decidía a disuadirlo demasiado. Le parecía gratificante tener un caballero que corriera a su lado para pedirle un baile, que se ofreciera a llevarle una bebida, e incluso que pusiera su carruaje a su disposición y la de su prima, como Mr. Hartwell había hecho aquel mismo día.

A Cecilia solo le habría gustado que el hombre fuese un poco mayor y más sofisticado, y menos rubio y con aire angelical. Que en vez de observarla con esos ojos azules algo saltones,

con esa mirada limpia y honesta, lo hiciera con unos chispeantes ojos oscuros. Le habría gustado que fuera... sir Edmund Winslow.

Pero cuando Sophie y sir Edmund regresaron de su paseo, sir Edmund se limitó a inclinar la cabeza ante Cecilia y decirle:

—Le devuelvo a su prima, Miss Foster. Discúlpeme por haberla entretenido.

Después el caballero se marchó casi al instante, y a Cecilia no le dio tiempo más que a brindarle una sonrisa y contestar:

—Gracias, sir Edmund.

La joven se emocionó al ver que sir Edmund se acercaba de nuevo justo cuando Sophie y ella estaban a punto de subir al carruaje de Mr. Hartwell para marcharse a casa. Pero Cecilia no pudo hacerse ilusiones puesto que sir Edmund apenas reparó en su presencia. El caballero solo le preguntó a Sophie si saldría a dar un paseo con él al día siguiente y, ante la inesperada respuesta afirmativa de su prima a la invitación, el hombre le pidió su dirección. Le deseó a Cecilia que pasara un buen día y se marchó tan rápido como había llegado.

Cecilia, quien volvió a percatarse de lo atractiva que estaba Sophie y del tono rosado que habían adquirido sus mejillas, lamentó por un instante haber dejado que su Betsy le arreglara el cabello.

La tía Foster no dudaba de que las atenciones de sir Edmund para con Sophie significarían que al final este acabaría fijándose en Cecilia. Sobre todo porque le había ordenado a su sobrina que se asegurara de que así fuera.

—Sir Winslow no suele venir a la ciudad, prefiere pasar la mayor parte del tiempo en su propiedad de Somerset —le había contado su tía a Sophie—. Y aunque solo ostente el título de *baronet*, esta temporada la cantidad de nobles solteros que residen en Londres es muy escasa. —Se interrumpió para chasquear la lengua con desdén—. Una pena que Lucy Barrett le haya echado el lazo a lord Fitzwalter tan pronto. ¿Sabes? Deberías haber mencionado a Cecilia en la carta que le mandaste en vez de a Lucy, esa muchacha ni siquiera es familia tuya. —Sophie no supo cómo contestar a aquella acusación y, a pesar de que parecía que Cecilia estaba a punto de protestar, su tía no les dio la oportunidad de hablar y continuó—: Pero eso ya no tiene remedio, así que parece que sir Edmund es lo mejor a lo que podemos aspirar. Sophronia, debes aprovechar esta oportunidad tan inusual para recomendarle que se fije en tu prima tantas veces como te lo permita la conversación.

Cecilia se apresuró a intervenir:

—Mamá, si Sophie hiciera lo que le pides, podría resultar muy evidente y tener el efecto contrario al que pretendes. —Se giró para mirar a Sophie—. No debes mencionarme con mucha frecuencia, o acabará sospechando. Pero, si consigues colar mi nombre en la conversación de forma sutil, entonces podrías sonsacarle qué opinión le merezco.

En su interior, Sophie se rebeló contra lo que le ordenaban y se prometió a sí misma que, si el nombre de su prima llegara a salir de los labios de sir Edmund, ella cambiaría de tema al instante. Sin embargo, su prima le sonrió con dulzura y le dijo:

—Pero, bueno, confío en tu propio juicio para este asunto. Sé que, en el fondo, siempre velas por mis intereses.

Sophie se sintió avergonzada por los pensamientos mezquinos que había tenido hacia su prima, así que no pudo más que sonreír y asentir, aunque no tenía del todo claro a qué estaba accediendo.

No obstante, al llegar sir Edmund no entró en la casa, tal como esperaba Cecilia, sino que se limitó a enviar a su sirviente para anunciar que estaba esperando a Miss Lattimore fuera. Lo que

sí hizo fue cederle las riendas al muchacho y bajar del carruaje para ayudar a Sophie a subir.

Hacía tres años que Sophie no se montaba a un carruaje con un caballero y, al principio, se vio superada por las sensaciones que la embargaban. Dichos sentimientos se desencadenaron cuando sir Edmund la agarró de la mano y la cintura con suavidad para ayudarla a subir a su asiento, y se intensificaron cuando se sentó a su vera, tan solo a unos escasos centímetros de su cuerpo. El olor, la vista y el ruido de los caballos, el viento en sus cabellos, el sol en las mejillas... Todos sus sentidos habían cobrado vida y hormigueaban, y ella pensó para sí misma que debía registrar como fuera aquel momento en su cerebro para poder revivirlo durante las semanas, meses y años venideros.

No tenía deseo alguno de mantener una conversación banal, pero tampoco se le ocurría nada que decir, por lo que el paseo transcurrió casi en silencio hasta que entraron en el parque y sir Edmund hizo que los caballos ralentizaran su paso. Después se volvió para mirarla con una sonrisa.

—Hace un día espléndido, ¿no le parece?

—Un día precioso, sí, señor. Me alegro de que este clima templado esté durando —contestó ella mientras le devolvía la sonrisa. Sintió que con sus miradas y sonrisas estaban expresando mucho más de lo que sus palabras mundanas querían dar a entender, que él también sentía que aquel era un momento único en el tiempo, uno que apreciar y atesorar.

—Le agradezco que haya accedido a salir a pasear conmigo. Me marchó de la ciudad, pero quería tener la oportunidad de hablar con usted una vez más antes de hacerlo.

¡Cuán deprisa podía nublarse el cielo y congelarse la cálida brisa!

—Lamento mucho oír que se marcha, sir Edmund. Sus amigos van a añorarlo, sobre todo lord Fitzwalter —comentó Sophie y se dio la enhorabuena a sí misma por sonar solo ligeramente decepcionada, tal y como correspondía a la partida de un conocido.

—A decir verdad, no tengo claro que Fitz vaya a percatarse de mi ausencia —respondió—. Está bastante ocupado con su futura esposa en estos momentos, como debe ser. Pero le he prometido, al menos, acudir a su boda.

Un conocido pasó junto a ellos, y la conversación se interrumpió mientras él y sir Edmund intercambiaban saludos.

—¿Adónde se va? —inquirió Sophie, y después se cuestionó si él consideraría su pregunta impertinente.

—A mi propiedad, en Somerset. Me ha escrito mi administrador para comentarme que ha habido un problema entre dos de los agricultores arrendatarios. Seguramente podría ocuparse de la cuestión sin mi ayuda, pero me parece una buena excusa para volver a casa.

—¿No disfruta usted de la temporada londinense, sir Edmund?

—No me siento cómodo entre desconocidos, no —argumentó.

Intercambió un gesto de cabeza con un caballero en otro carruaje.

—Pero parece que tiene muchos amigos aquí —dijo Sophie.

—Es cierto que conozco a una gran cantidad de caballeros. Aunque no tengo el placer de contar con muchas damas entre mis amistades.

—Ya que ha expresado su deseo de contraer matrimonio, me parece que debería aumentar su círculo de conocidas —aconsejó Sophie.

—Precisamente por eso la he invitado a pasear en carruaje conmigo esta tarde, Miss Lattimore —reveló él antes de darse cuenta de que sus palabras podrían interpretarse como que la veía como una posible esposa—. Le ruego que me disculpe, no quería decir que... Me refería a que la he invitado para pedirle consejo sobre cómo estrechar relaciones con una dama sin crearle unas expectativas que se verán frustradas en caso de que decida que no somos compatibles.

—¿Desea usted proteger el corazón de esta hipotética dama o el suyo propio? —preguntó Sophie empujada por la punzada originada al recordar su propia estupidez durante aquel verano en el que tenía dieciocho años.

Sir Edmund se giró para mirarla y Sophie se preguntó si lo que veía no era más que su propio dolor reflejado en ella o si acaso el caballero había sufrido algo similar.

—Ambos —contestó—. No tengo intención de hacerle daño a nadie, ni quiero que me partan el corazón. Pero no quiero sonar tan engreído como para pensar que las damas caerán rendidas a mis pies —se excusó con una sonrisa de autodesprecio.

De repente, Sophie sintió una responsabilidad hacia el resto de las mujeres, pues sir Edmund emanaba una belleza sublime en aquel instante y parecía no ser consciente de la amenaza que ello suponía en realidad.

—Si quiere mi consejo, aquí lo tiene: aumente su círculo de amistades sin prestar especial atención a ninguna dama en particular. Si alguna llegara a ganarse su afecto, obsérvela en encuentros grupales y vea cómo interactúa con los demás. Escoja primero con la cabeza antes de involucrar al corazón.

Sir Edmund no respondió de inmediato, se quedó rumiando sus palabras.

—Me parece una forma prudente de proceder.

Sophie sonrió de repente, lo cual relajó el ambiente serio que los había envuelto.

—Eso es lo que mi nombre significa, ¿sabe?

—¿Su nombre? —preguntó.

—Sophronia. Significa «sensata» o «prudente».

—Sophronia —repitió sir Edmund en voz baja, y Sophie se sintió de todo menos sensata—. Es un nombre hermoso.

Sophie bajó la vista mientras se preguntaba cómo había sido tan imprudente de concederle en cierto modo el íntimo derecho a usar su nombre de pila.

Antes de que sir Edmund llevara a Sophie de vuelta a casa, ella le preguntó a qué distancia vivía de Bath.

—En realidad, vivo muy cerca. Como mucho a unos dieciséis kilómetros.

—¿Tenía pensado asistir a algún evento allí?

—¿Sugiere que lo haga?

—Dudo que conozca a jovencitas en edad casadera durante las transacciones con el administrador de su finca o con los agricultores arrendatarios.

Sir Edmund suspiró.

—Tiene usted razón, claro. ¿Adónde van a ir usted y su prima al final de la temporada?

—¿Mi prima? —preguntó Sophie, intrigada por la mención de Cecilia en su conversación. Quizá sí que estaba interesado en ella, después de todo.

—Vive con ella y con su madre, ¿me equivoco? Supongo que, si se marchan de la ciudad, lo harán las tres juntas.

—Sí, pero de momento no tenemos planes de marcharnos de la ciudad.

—Recientemente me han recomendado Bath como un destino agradable —dijo él con una media sonrisa.

—Una sugerencia excelente —convino Sophie—. Se lo mencionaré a mi tía.

Sophie solo estaba bromeando cuando dijo que le mencionaría a su tía lo de viajar a Bath, pues no tenía intención alguna de perseguir a sir Edmund por toda Inglaterra. Al fin y al cabo, no había dado señales de verla como nada más que una mentora sin género y una dispensadora de sabios consejos. Estaba claro que no la veía como una mujer, o por lo menos no como el tipo de mujer al que le preocupaba herir con sus atenciones. Eso no impidió a Sophie admirarlo por su sensibilidad hacia esa dama todavía desconocida e incluso llegar a envidiarla. Sin embargo, le parecía mucho más sencillo desearle suerte en su búsqueda del amor verdadero y quitárselo de la cabeza. No ansiaba verlo cortejando al objeto de sus deseos.

No obstante, cuando llegó a casa, sin saber bien cómo, su tía y su prima malinterpretaron la información que ella les transmitió sobre su paseo como una invitación a unirse a sir Edmund en Bath. La confusión tuvo lugar cuando Cecilia le preguntó si el caballero la había mencionado.

—En una ocasión. Me ha preguntado adónde vamos a ir cuando acabe la temporada —contestó Sophie, quien se habría arrancado la lengua de un mordisco al ver que de alguna forma había incentivado los delirios de las Foster.

—¡A mi juicio, ese dato es muy prometedor! —exclamó Mrs. Foster mientras le lanzaba una afectuosa mirada a su hija. Cecilia también parecía satisfecha, y Sophie se preguntaba cómo era posible que las hubiera inducido al error sin quererlo—. ¿Ha comentado adónde irá?

—A su propiedad —informó Sophie, decidida a ofrecerles la más breve de las respuestas a sus pesquisas.

—Y ¿dónde está exactamente? —Cuando Sophie no respondió con la suficiente rapidez, Cecilia se giró para mirar a su madre—. ¿Lo sabes, mamá? —preguntó.

—En Somerset, muy cerca de Bath —le informó Mrs. Foster a su hija antes de dirigirse a Sophie—: ¿Te ha comentado si piensa asistir a alguno de los actos mientras esté allí, Sophronia?

Esta deseaba no tener que contestar, aunque lo hizo a duras penas.

—Ha mencionado que tal vez lo haría. No creo que tenga planes definitivos.

Su tía pasó un momento sumida en un silencio pensativo antes de anunciar su decisión:

—Deberíamos encontrar una casa para pasar el verano en Bath.

—¡Bath! —exclamó Cecilia mientras daba vueltas llena de alegría—. ¡Qué maravilla! ¿No estás emocionada, prima? —le preguntó a Sophie, pues se había dado cuenta de que su actitud ante la noticia no tenía nada ver con la suya (aunque estaba mareada y podría haber malinterpretado la expresión de su prima).

—Decir que estoy emocionada sería quedarse corta —reconoció la muchacha.

Aun así, al final llegó un momento en el que Sophie se sorprendió a sí misma cada vez más emocionada ante la idea de viajar a Bath. Nunca había visitado la ciudad, pues, tras la muerte de su padre, se había trasladado directamente a Londres desde su hogar, cerca de Tunbridge Wells, otra ciudad llena de aguas termales. A su padre nunca se le habría ocurrido llevarla a Bath, ya que era una opción muy similar y cercana, si bien menos elegante. Sophie siempre había anhelado viajar, pero hasta entonces se había conformado con hacerlo a través de las páginas de un libro. Y, de repente, se había encontrado con la inesperada oportunidad de explorar una ciudad famosa por su arquitectura y opciones de ocio. Se acordó de cuando predijo que aquel verano iba a ser especial y se preguntó si aquello demostraba su astucia.

Sin embargo, antes de que pudieran poner rumbo a Bath, había ciertos eventos sociales que no se podían perder. Entre dichos eventos se encontraba la boda de lord Fitzwalter y Lucy, como ahora le había concedido el permiso de llamarla.

Tuvo lugar a las diez de la mañana de un viernes en la iglesia de San Jorge, en Hanover Square; como poco, se iba a celebrar una ceremonia antes y otra después, pues la iglesia estaba muy solicitada en aquella época del año. Sophie se preguntaba cómo era posible que el párroco hiciera las lecturas con tanto entusiasmo, pues seguramente las habría recitado unas cien veces por lo menos. Ella misma pensaba que la celebración llegaba a ser demasiado solemne en ocasiones, sobre todo la parte que parecía el equivalente a una acusación de comportamiento criminal por parte de los novios. Creyó que aquel párroco, que era familia de lord Fitzwalter, estaría de acuerdo con ella, pues le dio la sensación de que aceleraba el ritmo de su lectura mientras recitaba las siguientes palabras:

—Os pido que ambos declaréis como si contestarais cuando, el terrible Día del Juicio, los secretos de todos los corazones sean declarados íntegramente, si cualquiera de vosotros sabe de algún impedimento que os impida uniros en matrimonio legal.

Sophie pensó que, si alguna vez llegaba a casarse, esperaba que fuera un párroco como aquel

quien oficiara la ceremonia. Había acudido a bodas muy largas y con pausas incómodas, donde los participantes (y testigos) habían sido el blanco de miradas acusatorias antes de que el vicario procediera con el enlace, y las palabras «terrible Día del Juicio» se habían pronunciado con un tono tremendamente significativo. Pero este leyó por encima esa parte de la lectura, tan rápido y a la ligera como le fue posible, apenas deteniéndose a esperar una respuesta, y volvió a ralentizar el ritmo cuando le preguntó a lord Fitzwalter si aceptaba a Lucy como su legítima esposa. Incluso, cosa extraordinaria, aparentó estar feliz por la pareja.

Sophie, a pesar de estar encantada por los novios, sentía un irritante disgusto. Cecilia era uno de los testigos, junto con sir Edmund, y verlos ahí en el altar le resultaba algo difícil de soportar, aunque los novios estuvieran entre ellos. Se recordó a sí misma que, si sir Edmund tuviera en mente cortejar a Cecilia, ella debería hacer a un lado su absurdo encaprichamiento y sentirse feliz por ambos; pero solo de pensar en tener que ser testigo de todos los aspectos de su romance, además de servir de confidente de su prima, le resultaba más que abrumador. Deseaba con todas sus fuerzas que sir Edmund encontrara a una jovencita a la que pretender con la mayor prontitud posible, y que Cecilia asentara su corazón y aceptara al más que admirable Mr. Hartwell.

Mr. Hartwell también estaba presente y observaba con fervor a Cecilia, quien bien merecía cada una de sus miradas de admiración. Lucía arrebatadora, aunque se esforzaba por llevar a cabo su tarea como dama de honor: no eclipsar la belleza de la novia.

Después de la ceremonia, se sirvió un almuerzo nupcial en la casa señorial de lord Fitzwalter, al cual Sophie también estaba invitada. Allí pudo conocer mejor a Mr. Hartwell y descubrió que era más atento de lo que había pensado en un principio, cosa que le llevó a preguntarse por qué Cecilia no se casaba con él de inmediato antes de que otra dama se aprovechara de su vacilación.

Mr. Hartwell sabía por Cecilia que tanto ella como su madre y la propia Sophie iban a partir a Bath para quedarse unos cuantos meses y, de inmediato, había pedido el privilegio de ayudarlas con los preparativos de su viaje, para lo cual puso a su disposición su propio carruaje y se ofreció a acompañarlas.

—Verá, yo también he pensado que un viaje a Bath en esta época del año resultaría de lo más agradable —le contó a Sophie, aunque parecía un tanto avergonzado mientras lo hacía, y a ella no le cupo ninguna duda de que encontraría de lo más agradable una excursión a Tasmania si fuera allí donde tenía pensado ir Cecilia.

Sophie se había dado a sí misma un estricto sermón en el tiempo transcurrido entre la iglesia y el banquete de la boda, y se había convencido de que no tenía ningún interés en sir Edmund más allá de la preocupación legítima que sentiría una por el querido amigo de un amigo. Incluso le sonrió de forma coqueta a un tío de Lucy, pero después de que acudiera en su búsqueda no tardó en arrepentirse de dicho impulso. Mr. Barrett era miembro del Club de Equitación y disponía de una propiedad decente en Leicester. De repente, se encontró aprendiendo más de lo que jamás habría deseado saber acerca de las carreras de Newmarket, de la caza de Atherstone y de un tal terrateniente Osbaldeston, quien aparentemente era «el jugador de críquet más rápido y el mejor

cazador que haya nacido de una mujer». (Como Sophie no conocía ninguna otra forma de nacer un hombre, supuso que se refería a que era el mejor de los mejores.)

De ahí que le costara disimular su alivio cuando sir Edmund se acercó a ellos y, en consecuencia, lo saludara con más calidez de la que pretendía. Mr. Barrett, al darse cuenta de que Sophie sonreía a diestro y siniestro, y de que, por tanto, no era más que una coqueta, se marchó y encontró a otro deportista (en la librería, cosa curiosa) que le dio un buen pronóstico acerca de las carreras de julio.

—No tenía idea de que fuera usted una devota de los deportes ecuestres —le dijo sir Edmund a Sophie en cuanto Mr. Barrett ya no los oía.

—No lo soy, pero hoy he aprendido lo suficiente para satisfacer cualquier curiosidad que tuviera acerca del tema.

—Entonces no estará interesada en que le describa el caballo castaño que adquirí en Tattersall's, ¿verdad? Un ejemplar magnífico, con gran fuerza, hijo de Procaz y Dichosa. Planeo correr con él en Newmarket.

—No me diga —exclamó Sophie, pues sentía curiosidad por esta nueva información acerca de su personalidad. No lo habría tomado por un deportista.

—Pues sí, esa es mi idea, pero no tenemos por qué hablar de ello. Preferiría que me contara sus planes de trasladarse a Bath.

Sophie sintió algo de vergüenza ante su recordatorio; pensaba que él se creería que lo estaba persiguiendo hasta allí, pero no pudo detectar ningún rastro de sátira o intuición en su mirada directa y amigable.

—Supongo que Cecilia se lo ha contado —dijo ella por fin.

—Sí, y la verdad es que me alegro sobremanera de que haya seguido mi consejo. Dice que Mr. Hartwell las está ayudando a organizarlo todo.

Ambos miraron al otro lado de la estancia, donde Cecilia estaba hablando con Mr. Hartwell.

—Sí —afirmó Sophie—. Mr. Hartwell ha sido de lo más atento.

—Supongo que acabarán por casarse, ¿no es así? —inquirió sir Edmund en voz baja.

Sophie lo contempló alarmada.

—Uy, no, no han llegado todavía a ese punto. Esa es una afirmación prematura.

Se preguntó si su ansia por proclamar a Cecilia como soltera y sin compromiso había sido lo correcto, pero pensaba que no sería justo eliminarla como rival según una creencia falsa, y se negaba a caer tan bajo.

—Pues harían una pareja excelente, y parece que ambos sienten genuino afecto por el otro, por lo menos en lo que a él concierne. Me pregunto por qué no usa su talento para sacar adelante su relación —admitió sir Edmund con el ceño fruncido ante su reacción negativa.

—No podría interferir en los asuntos de mi prima. Debo permitirle tomar sus propias decisiones.

Sir Edmund sacudió la cabeza.

—Jamás llegaré a comprenderla, Miss Lattimore. Nos encontramos en la celebración de la boda de una pareja que usted ha incitado, mas parece usted sentir aversión a hacer de casamentera.

—No es aversión, es solo... un respeto profundo por la institución, supongo. Usted también estaba en la ceremonia. Me asombra que cualquier mortal se atreva a unirse en matrimonio cuando se anuncia bajo la pretensión de que no debería emprenderse «de forma desconsiderada, ligera o imprudente; sino que debería aceptarse con reverencia, discreción, conocimiento de causa, sobriedad y con temor a Dios».

—Creo que se ha dejado algo —añadió sir Edmund con un brillo travieso en los ojos. Y Sophie, quien había omitido a sabiendas la parte en la que se hablaba de que el matrimonio no debería llevarse a cabo solo para «satisfacer los apetitos carnales y la lujuria de los hombres», tuvo dificultad para mantener el semblante sereno y no pudo evitar que un rubor le calentara las mejillas.

Hubo una breve pausa y ambos empezaron a reírse.

—Nadie más que la Iglesia discutiría sin tapujos asuntos que jamás se podrían mencionar en la alta sociedad —comentó sir Edmund.

—Y atribuiría las motivaciones más soeces al comportamiento humano —añadió Sophie.

Sir Edmund abrió la boca para contestar, pero se detuvo y se limitó a encogerse de hombros. Sophie se quedó con la duda de si no aprobaba la crítica a la Iglesia que había implícita en sus palabras o si no estaba de acuerdo con que semejantes motivos para casarse fuesen soeces. No podía pensar mucho en la segunda suposición y seguir estando cómoda en su presencia, por lo que se sintió aliviada cuando él volvió a hablar:

—Volviendo al tema de su viaje a Bath, ¿han encontrado ya una casa que arrendar?

—Pues sí, con la ayuda de Mr. Hartwell. Está en Rivers Street —le anunció.

—Una ubicación excelente. Mr. Hartwell se merece la enhorabuena. ¿Puedo ir a visitarla allí?

Sophie estaba sorprendida, pero intentó ocultarlo al contestar con calma:

—Sí, por supuesto. Estaremos encantadas de recibirlo.

El viaje a Bath transcurrió tan bien como cualquiera podría haber deseado, sin apenas complicaciones. (O, dicho de otra manera, ni Sophie, ni Cecilia, ni Mr. Hartwell sufrieron el menor de los contratiempos, aunque Mrs. Foster encontró mil molestias de las que preocuparse.) Sophie tenía más claro que nunca que Cecilia no estaría en sus cabales si rechazara a un joven caballero tan simpático y complaciente como lo era Mr. Hartwell, quien además resultaba agradable a la vista y poseía una sensatez notable. Pero pronto se percató de que una dama de dieciocho años no tenía dichas cualidades en muy alta estima.

Sophie tenía la sensación de que, si Mr. Hartwell no se hubiese presentado nada más producirse el debut de Cecilia en la alta sociedad, y si no hubiese dejado patente tan pronto la admiración que sentía por ella, los hechos se habrían sucedido de forma muy diferente. Sin embargo, dado el escaso conocimiento que poseía la joven de los hombres, Cecilia no sabía que ganarse la aprobación de un caballero como Mr. Hartwell era todo un logro que tener en cuenta. Sophie opinaba que, como el joven se había presentado tan pronto ante su prima, esta tendía a subestimar sus atenciones y a plantearse si no podía aspirar a alguien mejor. Sophie podía llegar a comprender su modo de pensar, pero no lo compartía en absoluto. Le disgustaba sobremanera que Mr. Hartwell estuviese llevando a cabo tantísimas de las obligaciones propias de un hombre casado, al tiempo que contaba con pocas garantías de llegar a desempeñar dicho papel, y únicamente con unas leves y breves sonrisas por parte de Cecilia como retribución. Por ello Sophie se encontró sonriéndole a Mr. Hartwell más que nunca.

Aunque, la verdad sea dicha, Sophie mostraba una sonrisa en el rostro casi todo el tiempo aquellos últimos días. Jamás había conocido un lugar que la deleitase más que la ciudad de Bath (si bien era cierto que no había visitado muchos sitios). Aun así, sentía que, si algún día llegaba a visitar París o Roma o cualquier otra ciudad espléndida como esas, Bath todavía tendría un lugar especial en su corazón. La muchacha prefería con creces vivir allí antes que en Londres.

Sophie se había comprado un ejemplar de *La guía de Bath* en una librería local y, si bien no le cabía la menor duda de que la persona que lo había escrito no era imparcial en sus aseveraciones (sobre todo al afirmar que Bath era «una de las ciudades más agradables, y con la gente más educada del mundo»), sí coincidía con ella en que gran parte de su encanto se debía «a la elegancia de sus edificios, mayor que la de cualquier otra ciudad de Inglaterra». El siglo anterior, dos arquitectos, un padre y un hijo que compartían el mismo nombre, John Wood, diseñaron y construyeron edificios usando una piedra cálida, del color de la miel, que se podía ver por todo

Bath. Entre sus creaciones, las favoritas de Sophie eran el Circus y el Royal Crescent, hileras de casas pegadas que se curvaban y adquirían una forma circular que imitaba al Coliseo romano, pero del revés.

Y no podía olvidarse de las aguas termales por las que la ciudad de Bath era famosa. Según narraba la leyenda, Bladud, un príncipe leproso, fue su descubridor en el siglo IX a. C. Expulsado de la corte por su enfermedad, el príncipe se había convertido en un humilde criador de cerdos. Pero su nuevo oficio resultó ser su salvación, pues los cerdos, a quienes su dueño había contagiado de lepra, se revolcaron en el cálido barro de las aguas terminales de Bath y se curaron. Entonces Bladud también se bañó en las milagrosas aguas de la ciudad, que lo curaron de su enfermedad y le permitieron recuperar su título en la realeza. Sin embargo, a Sophie no le sorprendió en absoluto ver que en su guía de confianza apareciera descrita la leyenda como «una fábula absurda».

No obstante, si hubo un hombre que hizo honor a la leyenda fue Richard «el Bello» Nash, el dandi que había sido dueño y señor de la sociedad de Bath como maestro de ceremonias el siglo anterior. En Bath se lo veneraba, y una estatua de su figura observaba con condescendencia desde su rincón en lo alto de la famosa Pump Room cómo la gente se acercaba en tropel para beber de sus famosas aguas. Sophie no comprendía cómo el hombre había permitido que tantísimos artistas pintaran su retrato y esculpieran su figura cuando los resultados no eran para nada halagadores, y ponían de manifiesto con todo lujo de detalles las bolsas que lucía bajo los ojos y el enfermizo color de su tez, así como sus múltiples papadas. A Sophie le habría parecido que esas imágenes serían la peor de las publicidades para los beneficios para la salud de Bath, ya que el célebre Nash lucía, de hecho, un aspecto de lo más enfermizo.

De todas formas, la Pump Room en sí era, sin lugar a dudas, uno de los tesoros estéticos de Bath, a pesar de que en sus paredes se expusieran los cuadros del Bello Nash. Contiguo al King's Bath, el edificio se reconstruyó en 1796 para sustituir a otro más pequeño, y cada mañana recibía la visita de cientos de personas de todas las edades (aunque predominaba la presencia de gente mayor) que iban hasta allí para beber de las aguas medicinales que salían de los baños termales por una especie de fuente de mármol en un reservado tras una barra. Sin embargo, era asimismo el lugar al que acudía la gente para ver a los demás y dejarse ver, y las damas y los caballeros se paseaban de un lado al otro de la habitación, muy bien iluminada gracias a sus muchísimas ventanas y a los altos techos que se alzaban sobre las columnas corintias, y charlaban con ímpetu para hacerse oír por encima de la orquesta.

Y también estaban los salones, la abadía, los jardines Sydney, y la belleza natural de las colinas que rodeaban Bath y del río que lo atravesaba. Sophie encontró muchas cosas con las que alimentar su alma y su espíritu, mucho más de lo que había hallado durante seis años enclaustrada en la casa de Londres de su tía, privada de compañía. Y tras conseguir su libertad, tanto física como espiritual, estaba empeñada en disfrutar cada segundo de su estancia.

Cecilia también disfrutaba de la visita a Bath, aunque no le interesaba en lo más mínimo leer un aburrido libro sobre la historia de la ciudad. Y, por primera vez desde que Sophie se había mudado a su casa, comprendió la felicidad que proporcionaba tener una pariente cercana a la que acudir cuando fuera para que la acompañara de compras, a la biblioteca, o para dar un paseo por el Royal Crescent al ponerse el sol, justo cuando la hilera de casas emitía destellos dorados. Así que no podía justificar aquellas veces en las que la presencia de Sophie la molestaba. Al parecer, le pasaba con más frecuencia cuando Mr. Hartwell, o cualquier otra persona, la felicitaba por tener una pariente como ella. Cecilia sabía que Sophie era un tesoro (a pesar de que hubiese llegado a esa conclusión con cierta demora); entonces, ¿por qué la irritaba que otras personas hicieran esa observación?

Desde luego, no estaba celosa de su prima, ¿verdad? Le resultó de lo más descorazonador descubrir que sí que podía ser el caso. Si bien no estaba segura de si quería que Mr. Hartwell fuese suyo, de lo que sí estaba convencida era de que no quería que fuese de nadie más. (No es que existiera el riesgo de que Sophie le robara las atenciones de Mr. Hartwell, pero Cecilia se había fijado en las sonrisas de su prima y le habían molestado.) Y, además, había observado que, durante el banquete de boda de Lucy, sir Edmund había buscado la compañía de Sophie mucho más de lo que había buscado la suya. Cecilia ya no podía seguir autoengañándose pensando que sir Edmund actuaba de esa forma porque estaba interesado en ella, pues jamás le había propuesto dar un paseo juntos en carruaje y ni siquiera se había mostrado interesado en visitarla, como sí había hecho con Sophie.

Así que, mientras tanto Sophie como Cecilia sentían que habían logrado una intimidad en su relación de la que antes carecían, ambas eran conscientes a su vez de las limitaciones. No obstante, descubrieron que, al dejar de hablar de Mr. Hartwell o de sir Edmund, eran capaces de mantener una relación cordial. Y llegaron a un acuerdo tácito por el cual ambas le ocultaban a Mrs. Foster quién disfrutaba más de las atenciones de sir Edmund.

Mrs. Foster, para quien el molesto viaje ya había quedado en el olvido, también disfrutaba de la ciudad. Aquella mañana se había dejado ver en la Pump Room con las dos jóvenes señoritas a su lado, y se había reencontrado con varias conocidas de su juventud. La mayoría eran señoras casadas o viudas como ella, que no ofrecían más que historias aburridas (y seguramente falsas) sobre los talentos y encantos de sus descendientes. No obstante, Mrs. Foster podía relatar la ligeramente desmesurada historia de cómo su sobrina había juntado a la pareja de la temporada: Lucy Barrett, una joven dama con una fortuna modesta, como su belleza, y el adinerado y codiciado lord Fitzwaller, al tiempo que se lo arrebataba a la gran estrella de la temporada delante de sus narices.

Probablemente habría sido bueno que Sophie y Cecilia se hubiesen marchado juntas a

explorar el lugar y no oyese el relato de Mrs. Foster, pues a ambas les habría parecido de lo más vergonzoso, tanto por la importancia exagerada que les daba la señora a los talentos de Sophie, como por el desdén con el que hablaba la mujer de las virtudes de Lucy. Sin embargo, si bien contaba los hechos de forma desacertada, Mrs. Foster no recordaba la última vez que había suscitado tanto interés y, por ende, le resultaba muy satisfactorio. Además, también eran satisfactorios los elogios que recibía por su generosidad a la hora de acoger a una «pariente caída en la miseria» en su hogar y por la gentileza con la que la trataba. Dichas conjeturas por parte de sus iguales no habían despertado la culpa en el pecho de Mrs. Foster por el trato tan poco generoso que le había dado a Sophie, sino que más bien habían afianzado su determinación de no darle a nadie razones para pensar que no estuviesen en lo cierto. Así que Sophie se vio como la agradecida destinataria de varios regalos y prendas de ropa que su tía le daba y, aún mejor, de un trato mucho más amable.

Y así fue que Mrs. Foster, quien ya no utilizaba a Sophie como una carabina no remunerada, acompañó aquella noche a su sobrina y a su hija a los salones, resuelta a que su sobrina disfrutase de las atenciones de los caballeros tanto como cualquier otra joven debutante. Aunque, claro, no tanto como su propia hija.

Si aquella noche a Mr. Hartwell se le hubiese antojado darle un beso en los labios a su amada, o incluso en la mano, quizá se hubiese visto comprometido antes de que acabara la noche. Cecilia, si bien no era una estrella como sí lo era Priscilla Hammond, estaba acostumbrada a completar su carné de baile apenas unos minutos después de su llegada a cualquier salón londinense. Sin embargo, en Bath no conocía a ningún caballero, salvo a Mr. Hartwell. Así pues, al principio de la primera pieza, cuando Cecilia pensaba que estaba a punto de vivir la humillante experiencia de no participar en un baile y Mr. Hartwell se materializó de pronto ante ella, el hombre jamás se había mostrado tan atractivo a ojos de la joven.

Si bien Mr. Hartwell ignoraba los cálidos sentimientos que había despertado en el pecho de Cecilia, sí era consciente de que la joven jamás le había brindado una sonrisa tan grande o elocuente; incluso lo buscó con la mirada mientras él la dirigía durante el baile.

Sophie los observaba y se alegró al ver que, al parecer, Cecilia empezaba a valorar las atenciones de Mr. Hartwell para con ella, y deseó que siguiera así. Pero, entonces, vislumbró a alguien que le resultó familiar, y cualquier pensamiento centrado en Cecilia y su pretendiente se esfumaron de su cabeza.

Al principio creyó que no eran más que imaginaciones suyas. Al fin y al cabo, habían transcurrido diez años, y el tiempo había pasado por él. Por desgracia, las hebras grises que lucía en los reflejos del cabello, que todavía conservaba esa tonalidad cálida propia de las hojas otoñales, no desmerecían su atractivo en absoluto, como tampoco lo hacían las arruguillas que lucía en el rabillo de esos ojos de un azul intenso. «Aunque bien tendría que ser al revés», pensó

Sophie contrariada. Algo tenía que hacer que se viera menos atractivo bajo su mirada y, si no podía ser ningún rasgo de su aspecto, al menos debería sentir repugnancia viéndolo al recordar el daño que le hizo en su juventud. Lamentablemente, sus ojos no cooperaban en absoluto. ¿O quizá fuese su corazón el que no cooperaba? ¿Qué era aquello que producía esa extraña respuesta, física y emocional, ese remolino que se sentía ante los atributos de unos, pero no de otros? ¿Por qué había hombres que poseían una figura y unos rasgos objetivamente atractivos que no provocaban nada en ella, mientras que otros, como sir Edmund o ese hombre, la afectaban tantísimo?

No obstante, ya estaba casado, así que Sophie se dijo que no tenía por qué preocuparse; la idea que en el pasado la había destrozado la tranquilizó. Le sorprendió no verlo acompañado de una mujer, pero sin duda no andaría muy lejos. Sophie miró a su alrededor, buscando a la dama que sería la esposa de ese hombre, y no se percató de la expresión que puso el caballero cuando la vio. Al principio fue de sorpresa y alegría, y se aproximó un poco para observarla más de cerca. Tras confirmar su identidad, se acercó incluso más.

—¡Sophie! —la saludó contento al aproximarse, pero, entonces, al toparse con la mirada ofendida de la tía Foster, corrigió su saludo—: ¡Miss Lattimore! Qué casualidad habernos encontrado aquí después de tantísimos años. —Hizo una reverencia para saludarla, pero parecía un poco turbado—. Ruego que me disculpe, quizá ya no debería dirigirme a usted como Miss Lattimore. Es más que probable que se haya casado desde la última vez que nos vimos...

Dejó la frase inacabada, formando una pregunta evidente, y Sophie, tras haberse recuperado de la inquietud y la conmoción iniciales, le contestó con una fría sonrisa.

—Buenas noches, Mr. Maitland. No se equivoca al dirigirse a mí como Miss Lattimore. —La muchacha deseó que su interlocutor comprendiera que no debía dirigirse a ella como Sophie, aunque era verdad que le había concedido la libertad de hacerlo unos diez años antes—. Tía Foster, me gustaría presentarte a Mr. Maitland. Mr. Maitland, le presento a mi tía.

Mrs. Foster, quien se sorprendió ante la frialdad con la que Sophie hablaba con el hombre, y de la audacia del caballero al llamar a su sobrina por su nombre de pila, asintió en un movimiento fugaz, y esbozó una sonrisa más fugaz aún si cabe. Pero ni siquiera ella pudo resistirse a los encantos del caballero.

—Es un placer conocerla, pero debo disculparme por haberme dirigido a Miss Lattimore con tantas confianzas. Hace muchos años estaba acostumbrado a sentirme uno más de la familia, antes de casarme y antes del prematuro fallecimiento de Mr. Lattimore. —Cuando Mrs. Foster le respondió con más simpatía y aceptó sus disculpas por su comportamiento, Mr. Maitland se dirigió a Sophie—: Le doy mi más sincero pésame, Miss Lattimore, aunque atrasado. No pude expresarle mis condolencias en su momento por circunstancias ajenas a mi voluntad. Pero conozco muy bien a esa terrible ladrona que es la muerte. Quizá se pregunte por qué no ha visto a mi esposa acompañándome. Verá, lamento comunicarle que... —Hizo una pausa, al parecer se

veía sobrepasado por sus sentimientos, y ni siquiera el corazón de Sophie permaneció insensible con el hombre ante la trágica pérdida que había sufrido.

—Vaya, cuantísimo lo lamento, Mr. Maitland. ¿Cuándo...?

—Hace poco más de un año. Acabo de terminar el duelo. Me ha dejado con dos hijos preciosos, un niño y una niña.

Sophie no supo qué más decir, y se hizo el silencio por un segundo antes de que el gesto sombrío de Mr. Maitland se relajara y el hombre esbozara una sonrisa osada.

—Pero este no es momento de hablar de estas cosas. Ha pasado muchísimo tiempo desde la última vez que bailamos juntos, Soph... Miss Lattimore. ¿Me concede este baile?

Sophie estaba consternada. No había tenido tiempo de asimilar lo que había sentido al volver a ver a Mr. Maitland de forma tan inesperada y al haberse enterado del fallecimiento de su esposa. Con el enfado y el resentimiento se mezclaban la pena y la fascinación que siempre había sentido por él. La atracción que había entre ellos no se había debilitado lo más mínimo, y Sophie quería protegerse, levantar un muro que rodeara su corazón antes de interactuar demasiado con ese hombre. La muchacha empezó a pensar en qué excusa ponerle.

—Discúlpeme, Mr. Maitland, pero esta noche no voy a bailar... —empezó, antes de que Mrs. Foster la interrumpiese.

—Tonterías, Sophronia, no te preocupes por nosotras. —Mrs. Foster se volvió hacia Mr. Maitland—. Sophronia se toma muy en serio sus obligaciones con sus parientes. Sin embargo, acabo de ver a una conocida mía —comentó señalando a la mujer con un movimiento de cabeza—, e iré a hablar con ella mientras ustedes dos bailan. —Al ver que Sophie aún mostraba cierta reticencia a aceptar la mano que Mr. Maitland le tendía, Mrs. Foster la animó a marcharse con un gesto y añadió—: Venga, a bailar.

Sophie se vio sin escapatoria, y posó la mano sobre la de Mr. Maitland con vacilación, con el más ligero de los roces posible. En cuanto lo hizo, el hombre la miró con ardor a los ojos, como siempre hacía, y Sophie sintió que su pobre y frágil corazón palpitaba en respuesta.

La pieza que Cecilia había bailado con Mr. Hartwell ya había terminado, así que volvió junto a su madre justo cuando Sophie ocupaba su lugar en la pista de baile. Sophie vio que Cecilia abría los ojos por la sorpresa, pero entonces la música empezó a sonar y la muchacha no pudo pensar ni un segundo en Cecilia, ni en la tía Foster, ni en cualquier otra persona que no fuesen ella y su pareja de baile.

«Es por el baile —se dijo para sus adentros—. Ya sabes lo mucho que te gusta bailar.» Y era verdad. A Sophie le encantaba bailar, y durante todos esos años lo había añorado. Por desgracia, la persona con la que más disfrutaba bailar era el hombre con el que estaba danzando en aquel momento, el hombre que la había humillado con sus más que intencionadas atenciones y con su posterior boda precipitada con otra mujer. Antes de romperlo, se había hecho con su corazón, y Sophie pensaba que él seguro que había sido consciente de ello en su momento, dado lo inocente y cándida que había sido ella de joven.

—No ha cambiado en absoluto, ¿sabe? —comentó él—. Sigue tan preciosa como siempre.

—Pero, en realidad, sí que he cambiado —repuso Sophie antes de que los pasos del baile lo alejaran de él.

Cecilia observaba desconcertada cómo Sophie entraba en la pista de baile con un apuesto caballero al que no había visto nunca.

—Madre, ¿con quién está bailando Sophie? —preguntó en cuanto llegó a su lado. Mrs. Foster todavía no había entablado conversación con su conocida, así que la única persona presente entre sus confidencias era Mr. Hartwell.

—Con un amigo de su padre, un tal Mr. Maitland.

—¿Lo conoces? —preguntó Cecilia.

—Se acaba de presentar. Es viudo, con dos hijos.

Los tres se volvieron para observar el baile de Sophie y Mr. Maitland, y Cecilia se animó al comprobar que aquel hombre era mayor de lo que había pensado al verlo, seguramente le doblara la edad, y además era viudo. La verdad fuera dicha, era un buen partido para Sophie, a pesar de su deslumbrante atractivo y el encanto evidente que emanaba.

Mrs. Foster opinaba igual que su hija, aunque, antes de confiarle la mano de su sobrina a dicho caballero, quería averiguar cuán grande era la fortuna de Mr. Maitland. De nada valdría que él quisiera casarse por dinero, pues Sophie carecía de él, pero, si era un hombre con una buena posición económica, se trataba del pretendiente perfecto para su sobrina. Mr. Maitland era encantador, atractivo y parecía tenerle ya cierto cariño a Sophie; además, su sobrina casi era una solterona, no podía quejarse de encargarse de dos niños huérfanos como parte del trato. Mrs. Foster se enorgulleció mucho de su capacidad por dejar tan bien atado el futuro de su sobrina. «Se ve que el don para formar parejas viene de familia», pensó con una risilla, y en aquel oportuno momento se olvidó de que Sophie y ella no eran parientes de sangre, así como que no había hecho nada para fomentar esa pareja, salvo animar a una reacia Sophie a bailar.

Mientras madre e hija observaban el baile de Sophie y Mr. Maitland, Mr. Hartwell vislumbró un rostro conocido entre la multitud.

—Por Dios, me parece haber visto a sir Edmund —dijo antes de saludarlo.

Apenas habían intercambiado saludos cuando sir Edmund empezó a preguntar por Sophie, cosa que disgustó a Cecilia, aunque no lo demostró.

—Mi sobrina está bailando con Mr. Maitland —anunció orgullosa Mrs. Foster señalándolos con la cabeza—. Hacen una pareja espléndida, ¿no le parece, sir Edmund? Pero hasta el momento mi hija no ha podido bailar más que una pieza, puesto que apenas tenemos conocidos aquí, en Bath —dijo con muchísima falta de sutileza.

Sir Edmund se vio obligado a ofrecerle el brazo a Cecilia, y le pidió si tenía el honor de concederle un baile, propuesta que la joven aceptó de inmediato.

Y entonces Sophie, tras acabar su baile, vio a sir Edmund prepararse para bailar con Cecilia. Sophie lo saludó con un gesto de la cabeza y una sonrisa, más feliz de verlo de lo que se había imaginado que estaría, pero o bien él no la vio o ella había sobrestimado la relación que habían establecido entre ellos, puesto que no respondió a su saludo. Mr. Maitland acompañó a Sophie hasta el rincón donde esperaba su tía, pero la muchacha regresó enseguida a la pista de mano de Mr. Hartwell. No volvió a ver a sir Edmund cuando este acabó el baile con Cecilia, y asumió que se habría ido a las salas de reunión. El grupito de Sophie no tardó mucho en marcharse, pues apenas tenían conocidos en esa fiesta y Cecilia ya había bailado con todos los caballeros con los que tenía algún trato. No pudieron evitar sentir que Bath las había decepcionado en cierta manera, después de haber generado en ellas tan altas y descaradas expectativas.

En Bath había una gran dama indiscutible, una dama que Mrs. Foster anhelaba conocer más que a ninguna otra. Se trataba de lady Smallpeace, la condesa viuda de Ebrington. Lady Smallpeace (de quien se rumoreaba que hacía honor a su nombre y tenía una personalidad aguerrida) tenía una hija soltera de treinta y dos años que vivía con ella, lady Mary. El conde, hijo de la viuda, apenas visitaba Bath, pero ella ahora mismo disfrutaba de la visita de su sobrino nieto, lord Courtney. Los tres miembros de aquel hogar gozaban del mayor rango de nobleza entre las personas que residían en la ciudad en aquel momento y, casi exclusivamente por ello, se los recibía con entusiasmo en todos los eventos.

Mrs. Foster, tras leer por encima la guía nobiliaria de Debrett, pudo encontrar un vago parentesco con lady Smallpeace mediante un primo tercero muy lejano. Si la mujer no conseguía que las presentara un conocido en común, tenía pensado escribirle una carta a la viuda para informarle de su parentesco antes de visitarla en su casa.

A Mrs. Foster le habría sorprendido enterarse de que lady Smallpeace también estaba deseando conocer a su familia. Había escuchado por parte de otra matrona la historia de las hazañas de casamentera de Miss Lattimore y, como tenía unas opiniones muy sólidas al respecto, se moría de ganas de compartirlas con aquella señorita advenediza que parecía necesitar que le bajaran los humos. (Lady Mary y lord Courtney también ardían en deseos de que lady Smallpeace conociera a Miss Lattimore, pues así no tendrían que escuchar una y otra vez lo que tenía pensado decirle en cuanto lo hiciera.)

Lord Courtney acababa de cumplir los veintidós años y era un caballero de lo más inofensivo. Lo cual quería decir que su conversación, apariencia y encantos eran poco más que insignificantes, si bien gracias únicamente a su título y a su poder adquisitivo se lo consideraba un «caballero muy cotizado». Uno de los objetivos principales en la vida de su tía abuela era asegurarse de que las atenciones de lord Courtney no fueran a parar a una mujerzuela que no las mereciera. Mucha gente estrecha de miras suponía que intentaría coaccionarlo para que pretendiera a su hija (mucho mayor que él), pero a lady Smallpeace nunca se le había pasado por la cabeza, pues no tenía deseo alguno de ver a su hija casada. No tendría ningún sentido para ella ceder a lady Mary a otra residencia, pues había demostrado ser una oyente de lo más conveniente para las peroratas de su madre. Además, la viuda ya tenía suficientes nietos como para constituir una plaga y no veía ventaja en tener ninguno más.

La mañana después del baile, aquel encuentro tan deseado por todos los involucrados (con la

excepción de Miss Lattimore) por fin tuvo lugar.

Sophie seguía descompuesta tras haberse topado con Mr. Maitland la noche anterior y no conseguía decidir con qué actitud debería tratarlo. Estaba claro que no podía rechazar su compañía tras haber aceptado su petición de baile, pues hacerlo a aquellas alturas supondría avivar unos rumores que se había esforzado por evitar con gran desesperación. Estaba muy confundida, sus sentimientos pasaban de la euforia a la turbación, y de lo único que estaba segura es de que necesitaba más tiempo para reflexionar acerca del tema antes de volver a verlo. Le aterraba pensar que tuviera intención de visitarla aquella misma mañana, así que cuando Cecilia y Mrs. Foster expresaron sus deseos de tomar las aguas en la Pump Room, Sophie aceptó la oferta de unirse a ellas sin dudarlo ni un instante.

Cecilia sentía mucha curiosidad por aquel hombre que había formado parte de la vida de su prima y del cual nunca había oído hablar hasta entonces. Era evidente que Mr. Maitland había sido más que un mero amigo del padre de Sophie y que admiraba a su prima, pero por alguna razón ella presentaba cierta reticencia hacia su persona. Tras mucho preguntar, Mrs. Foster había conseguido enterarse de que Mr. Maitland era una persona con rentas propias que había servido para la Compañía de las Indias Orientales en su juventud; ahí es donde había conocido a Mr. Lattimore. También descubrió, tras mucho insistirle a la taciturna Sophie, que la difunta esposa del hombre era una mujer de gran fortuna. Sophie no había visto a Maitland desde su compromiso, por lo que no sabía a ciencia cierta dónde se había instalado tras su matrimonio, y no se le había ocurrido preguntar la noche anterior mientras estaban bailando. (Que su sobrina presentara semejante parsimonia la había llevado a cuestionarse, y no por primera vez, si las habilidades de casamentera de Sophie no serían una tremenda exageración.) Aun así, Mrs. Foster había averiguado lo suficiente para arreglarle el futuro a su sobrina. Sophie se casaría con Mr. Maitland, y Cecilia se casaría con sir Edmund, a no ser que un pretendiente más adecuado apareciera en escena o que sir Edmund no diera la talla.

El otro pretendiente más deseable que la mujer tenía en mente era el vizconde que en aquellos momentos residía con su tía abuela. Mientras que sir Edmund, como *baronet* que era, tenía un rango superior al del simple Mr. Hartwell, era bien sabido que un miembro de la nobleza los superaba a ambos con creces.

Por eso, cuando Mrs. Walker saludó con gran ilusión a Mrs. Foster en cuanto vio a su familia entrar en la Pump Room y le pidió que la acompañara a conocer a lady Smallpeace, quien había solicitado que las presentaran, Mrs. Foster aceptó de buena gana y arrastró a su hija y a su sobrina con ella.

Tampoco es que las muchachas se opusieran a conocerla, sobre todo Cecilia, quien estaba ansiosa por aumentar su círculo de amistades. No quería repetir la experiencia de su primera fiesta en Bath, donde se había sentido prácticamente la repudiada del baile. A Sophie tampoco le disgustaba hacer nuevos amigos, aunque pronto se daría cuenta de que, una vez más, debería haber tenido las expectativas más bajas.

Evaluó a lady Mary y a lord Courtney, y suspendieron casi de inmediato: ambos eran lánguidos y hablaban de temas tan inocuos que, cuando abrían la boca, a Sophie le costaba recordar que debía prestarles algo de atención y se tenía que obligar a mirarlos de forma cortés cuando se animaban a pronunciar una frase o dos. Como lady Smallpeace tenía por costumbre hablar justo al mismo tiempo que ellos, a Sophie le costaba horrores centrarse en la conversación y se preguntaba si la condesa estaba tan acostumbrada a ignorar a su hija y a su sobrino nieto que ni siquiera se daba cuenta de que estaban hablando. Debido a esta manera de conversar que tenían, le llevó unos cuantos minutos percatarse de que ella misma era el tema sobre el que estaban debatiendo; aunque aquello no se podría considerar un debate, sino más bien una diatriba. Y la reacción de lady Mary al monólogo de su madre era tan jovial que cualquiera comprendería que Sophie se hubiera pasado unos minutos de más intentando elucubrar si la estaban reprendiendo o alabando.

—Miss Lattimore —la llamó lady Smallpeace a voces—, las circunstancias de su vida son tales que me deja anonadada que se haya atrevido a inmiscuirse en los derechos familiares de aquellos que están muy por encima de su posición.

A mitad de esta oración, mientras su madre seguía hablando, lady Mary soltó una risita tonta y comentó:

—Miss Lattimore lleva un *spencer* de lo más espléndido. Los adornos son especialmente hermosos. ¿No cree usted, Miss Foster? Aunque, Miss Foster, su *spencer* también es muy bonito. ¡Qué tonalidad de azul más encantadora! Es probable que lo confeccionaran en Londres, y el suyo también, Miss Lattimore. El suyo es tan hermoso como el de Miss Foster, aunque no son del mismo estilo, desde luego. No son del mismo estilo ni del mismo color, pero ambos son muy pero que muy bonitos.

En medio del monólogo de su hija acerca de las chaquetas de las jóvenes damas, lady Smallpeace lanzó otra ola de sonadas críticas sobre la osadía de Sophie al interferir en las perspectivas maritales de un caballero de la talla de lord Fitzwalter, y se interrumpió a sí misma para preguntarle:

—¿Y sus padres, Miss Lattimore? ¿Quiénes son exactamente? He oído que ambos han fallecido.

Lady Smallpeace hizo que esto sonara como un increíble defecto por parte de Sophie, y esta se preguntó si alguna vez le habían enseñado que se debían ofrecer condolencias y no condenar a aquellos que habían perdido a algún familiar.

Sin embargo, esta era la entrada que había estado esperando Mrs. Foster, quien no se inmutó ante la conducta desagradable de lady Smallpeace.

—En realidad, lady Smallpeace, nuestras familias tienen un parentesco distante. La hermana de la abuela de mi esposo era lady Vickery, cuyo nombre de soltera fue Miss Amelia Fortescue, cuya nieta, Miss Elizabeth Brandon, contrajo nupcias con...

—¡Mi primo segundo, lord Tidmarsh, marqués de Mount Edgecombe! —exclamó triunfante

la viuda. Después de anunciar aquello, su cara esbozó una especie de contorsión que Sophie y las mujeres Foster por fin pudieron identificar (después de cierta consideración) como una expresión de placer, aunque ninguna se aventuraría a describirlo como una sonrisa.

Fue entonces cuando lady Smallpeace por fin se percató de la presencia de Cecilia, quien lucía especialmente bella en ese color que lady Mary ya había mencionado que le favorecía.

—Debo darle la enhorabuena por su hija, Mrs. Foster —proclamó lady Smallpeace mientras observaba a la muchacha—. Parece ser una jovencita de lo más modesta.

Dicha afirmación se remarcó con una mirada de desaprobación en dirección a Sophie, como si quisiera poner en evidencia el contraste que existía entre ambas primas. No obstante, la mirada asesina de lady Smallpeace no contenía ni la mitad de mordacidad de la que desprendía antes de que se enterara de la conexión entre ambas familias.

—Siéntese aquí a mi lado, Mrs. Foster. Quiero saber más acerca de su familia. Los jóvenes irán a tomar las aguas. —Lady Smallpeace se giró para mirar a su hija—. Asegúrate de que tu primo las tome, Mary. Lo he visto volcarlas cuando se cree que no estoy mirando. —Entonces, cuando lord Courtney se mofó ante semejante acusación y se quejó de que gozaba de perfecta salud y no necesitaba tal cura, su tía exclamó—: ¡Sandeces! Resultan beneficiosas, sobre todo para un joven caballero en la flor de la vida. Fortalecen la sangre y estimulan la vitalidad masculina.

Nadie sabía a qué se refería lady Smallpeace cuando mencionó la vitalidad masculina de su sobrino, pero todos pensaron que seguramente se trataría de algo que no debería discutir en público. (En realidad, Sophie temía que se estuviera refiriendo a la «virilidad», pero que se hubiera confundido de palabra.) Por tanto, los jóvenes se apresuraron a obedecer las órdenes de la viuda y dejaron a Mrs. Foster con ella para que charlaran. Mientras abandonaban la estancia, oyeron a la condesa viuda decir:

—Los Foster son una familia procedente de Northumberland si mal no recuerdo. Se establecieron allí antes de la batalla de Hastings, ¿no es eso cierto?

Lord Courtney le ofreció el brazo a Cecilia, quien aceptó con una mirada coqueta, y Sophie se puso a caminar junto a lady Mary. Antes de que Sophie pudiera centrarse en un tema de conversación, lady Mary empezó a divagar sin parar siquiera para esperar una respuesta, lo cual dejó a Sophie sin otra tarea que evitar los bostezos que sentía formarse en su interior.

Pero entonces Sophie se regañó a sí misma por ser poco generosa. Seguramente, lady Mary era consciente de la grosería de su madre y no hacía más que buscar una forma de desviar la atención de ella. Debía de ser muy complicado ser la hija de semejante mujer. Por eso mismo, dobló sus esfuerzos por prestar atención a la cháchara de su acompañante, la cual se centraba ahora en la dificultad de encontrar personas que cargaran con la silla de mano customizada de su madre. Sophie tuvo que concentrarse con todas sus fuerzas, pues lady Mary tenía un hilillo de voz y a esas alturas del día la multitud era considerable, al igual que el volumen en el que hablaban. Además, había una banda que se estaba esforzando sobremanera por competir con el

gentío, sobre todo el trompetista. Sophie esperaba que las famosas aguas tuvieran propiedades para aliviar el dolor de cabeza que sufría para cuando llegaron a ellas.

Por fin alcanzaron la fuente y, mientras esperaban a que un sirviente les entregara un vaso de agua, Sophie comenzó a sentir que alguien la estaba mirando. Escudriñó la estancia y vio a sir Edmund a apenas tres metros de distancia y su rostro se iluminó.

Sir Edmund tenía el ceño algo fruncido, pero, en cuanto vio la alegría en el rostro de la muchacha, relajó el semblante y se acercó para hacer una reverencia. También le hizo una reverencia a lady Mary, quien sonrió y murmuró un saludo, pero como el sirviente le entregó un vaso de agua casi inmediatamente después de la interacción no tuvo oportunidad de seguir hablando con él. Mientras la otra dama estaba distraída, Sophie aprovechó la oportunidad para apartarse de ella y acercarse a sir Edmund. Como su lugar lo ocupó al instante una conocida de lady Mary que se puso a hablar con ella, Sophie se alegró de saber que ni siquiera la echaría en falta.

Se preguntó si acaso sir Edmund había pensado que ella no quería hablar con él en el baile de la noche anterior, pues su expresión cuando la vio allí parecía mucho más fría de lo habitual (y después de pasarse la noche en vela dándole vueltas, estaba segura de que la había visto). La decepción que sentía ante la perspectiva de causarle una impresión equivocada era casi tan grande como la agitación que sintió al ver a Mr. Maitland de nuevo después de tantos años. Por eso estaba decidida a hacerle comprender a sir Edmund que seguían siendo amigos. Si es que él así lo deseaba, claro.

—¡Sir Edmund! Anoche lo vi en el baile, pero no tuve oportunidad de hablar con usted...

—Sí, estaba ocupada en ese momento. Bailando, quiero decir —relató de forma brusca. Parecía tan nervioso e incómodo como ella.

—Ah, sí. Se trataba de Mr. Maitland, quien es un antiguo... Es decir, era amigo de mi padre. Alguien de mi juventud.

—¿Su juventud, Miss Lattimore? —preguntó mientras su expresión se relajaba un poco—. Querrá decir su niñez, pues es evidente que sigue siendo joven.

Utilizó esta excusa para escudriñar su rostro a conciencia y ella bajó la mirada para evitar la del hombre, pues le costaba pensar cuando sus ojos se encontraban.

—Tengo veintiocho años —informó ella, como si eso contradijera la suposición de que era joven, aunque no podía entender por qué lo hizo. Se preguntó, y no por primera vez, por qué frustraba cualquier propuesta de coqueteo. Era casi como si no se creyera merecedora de semejante atención.

—Ciertamente, una anciana. Solo dos años más joven que yo a mi avanzada edad —comentó, y ella por fin estuvo aliviada de saber su edad.

—Tal vez ambos deberíamos beber el agua —sugirió Sophie de broma—. Su reputación como fuente de juventud la precede.

Habían estado caminando mientras hablaban y se habían apartado bastante de la fuente, cosa

de la que sir Edmund se dio cuenta después del comentario de Sophie.

—Mis disculpas, Mis Lattimore, he impedido que tome las aguas y la he separado de sus compañeros. ¿Debería acompañarla para que vuelva con ellos?

Empezó a escudriñar la multitud y Sophie supuso que estaba buscando a lady Mary o a las Foster.

—¡Uy, no! Por favor, prefería mil veces quedarme con usted —dijo, quizá con bastante más entusiasmo del adecuado. Sintió que se le calentaban las mejillas, así que se apresuró a cambiar de tema—. ¿Se va a quedar en Bath, sir Edmund? ¿O está aquí para una visita breve?

—Por el momento no dispongo de planes concretos —contestó con un tono y una mirada que sugerían que podrían variar por ella. O eso esperaba. Pero entonces se acordó de que el propósito de su estancia allí era conocer a posibles esposas y se volvió a decir a sí misma que debía verlo como un amigo y nada más.

—¿Ha conseguido ampliar su círculo de amistades femeninas desde su llegada a Bath? —inquirió Sophie.

—Me presentaron a lady Smallpeace y a lady Mary, y además bailé con Miss Foster. Usted estaba ocupada, por si no lo recuerda.

—Pero ya nos conocía a mí y a mi prima. Se supone que debe buscar otras damas en edad casadera.

—Si se está ofreciendo por fin a ejercer de casamentera conmigo, me temo que es su trabajo encontrar a dicha dama —repuso sir Edmund, aunque estaba claro que de forma jocosa.

—Ya veo que nunca lo conseguirá por su propia cuenta. Quizá no me quede más opción que tomar cartas en el asunto. —Sophie estudió la sala brevemente y advirtió un grupo de jovencitas que miraban con interés en la dirección de sir Edmund mientras susurraban tras sus abanicos y soltaban risillas—. Me parece que una dama madura sería una mejor opción para usted, no una chiquilla que acaba de terminar sus estudios y hace poco que se recoge el cabello. ¿Se opondría a que fuera viuda? —preguntó.

—¿Quiere decir como lady Smallpeace?

Sophie se rio.

—No estoy segura de que fuera a tomar en consideración su propuesta, sir Edmund. No, debería ser alguien que no sea ni una chiquilla ni una viuda sesentona.

—En otras palabras, alguien más o menos de su edad —dedujo, y Sophie lo miró con sospecha; se preguntaba si debería buscarle algún doble sentido oculto a su comentario. Su rostro no le indicaba nada y, antes de que pudiera responder, oyó que la llamaban.

Sophie se dio la vuelta para ver cómo se acercaba Mr. Maitland con una expresión cálida en el rostro.

—Miss Lattimore, qué delicia verla de nuevo.

—Buenos días, Mr. Maitland —saludó Sophie antes de girarse hacia sir Edmund, quien estaba de pie a su lado muy rígido—. Sir Edmund, permítame que le presente a Mr. Maitland.

Los dos caballeros se hicieron un gesto con la cabeza; Mr. Maitland sonreía de oreja a oreja, mientras que la expresión del otro hombre era mucho más reservada.

—Me parece que ya nos conocíamos, ¿no es así, sir Edmund? —preguntó Mr. Maitland.

—Es posible, aunque siento decirle que, si es así, no lo recuerdo.

—Quizá sea mi memoria la que falla —contestó Maitland tan cortés como siempre.

Los tres se quedaron ahí plantados en silencio durante un rato; un silencio que parecía estar cargado de tensión antes de que sir Edmund lo rompiera.

—Si nos disculpa, Mr. Maitland, estaba a punto de acompañar a Miss Lattimore hasta la fuente.

—¡Cielos, yo también me dirigía hacia allí! Rara vez paso un día sin tomar las aguas. Son muy saludables —explicó Mr. Maitland—. ¿Por qué no vamos juntos?

Mr. Maitland le ofreció el brazo a Sophie, y esta, con una mirada hacia sir Edmund, colocó su mano sobre el brazo del hombre, pues sentía que no le quedaba otra opción. Se preguntaba si sir Edmund también le ofrecería su brazo, pero, al parecer, no iba a tener el placer de llevar a los dos hombres más apuestos de la estancia uno en cada brazo. Sir Edmund se limitó a hacer una reverencia y anunció:

—Como ya tiene acompañante, Miss Lattimore, le ruego que me disculpe. Adiós.

Sophie se sintió decepcionada ante la marcha de sir Edmund, pero no tuvo mucho tiempo de arrepentirse de su ausencia, pues Mr. Maitland estaba particularmente parlanchín y encantador, y parecía decidido a tenerla bien entretenida.

Cecilia no encontraba a su acompañante ni la mitad de entretenido. Habían llegado a la fuente mucho antes que Sophie, donde, como buen galán, lord Courtney había conseguido un vaso de agua para Cecilia, pero se negaba a beberse uno él.

—No se lo diga a mi tía, pero detesto ese brebaje. Sabe como si fuera agua recalentada proveniente de un charco en un lado de la calle.

Anunció aquel símil justo cuando Cecilia daba su primer sorbo y, de repente, a la muchacha le costó tragar el líquido y deseó que se hubiera guardado la información para sí mismo. Sin embargo, también era consciente de que lord Courtney era el caballero más rico y de mayor rango de la estancia, y de que otras muchachas lanzaban miradas llenas de envidia en su dirección. Aun sin las instrucciones explícitas de su madre, Cecilia sabía a ciencia cierta que lord Courtney era el trofeo matrimonial más cotizado de su generación y que le convenía aprovechar aquella oportunidad al máximo.

Pero, desde luego, no se lo estaba poniendo nada fácil.

—Me pregunto si serán los cerdos los que causan ese olor tan peculiar —musitó el caballero.

—¿Los cerdos? —repitió Cecilia.

—Como habrá escuchado, los puercos de un noble enfermo encontraron los manantiales. El

siglo pasado. Quizá se tratara de los cerdos del rey Jorge. Me atrevería a decir que la causa de su, eh, incapacidad mental se debe a haber inhalado demasiado este olor —relató lord Courtney mientras se daba toquecitos en la sien con un dedo—. Diantre, debería contárselo a mi tía abuela. A ver qué opina entonces de la vitalidad masculina, ¿eh? —planteó carcajeándose ante su ingeniosa forma de rebatir el comentario de su tía.

Cecilia no era una intelectual, ni mucho menos, pero hasta ella reconocía que lo que narraba lord Courtney era erróneo. Recordaba una leyenda acerca de un príncipe leproso y sus cerdos, pero, aunque sus recuerdos de la historia británica estaban desdibujados, sabía que el descubrimiento había tenido lugar por lo menos hacía mil años, y seguramente hacía más de dos mil. Desde luego, no había ocurrido durante la vida de su actual rey loco. Y Cecilia tuvo que esforzarse para no escupirle el agua en la cara al caballero cuando señaló la escultura del Bello Nash que colgaba de una hornacina sobre sus cabezas y dijo:

—Ese de ahí es el rey Jorge. Se da un aire al príncipe regente, ¿no cree?

Cuando Mr. Hartwell llegó en ese mismo momento, a ojos de Cecilia tenía la apariencia de un salvador. Se lo presentó de inmediato a lord Courtney, feliz de tener una excusa para cambiar de tema antes de perder la compostura por completo.

Los dos hombres intercambiaron cortesías y Cecilia pudo recomponerse. Sin embargo, al ver a ambos caballeros el uno junto al otro, se dio cuenta de que se había acostumbrado a menospreciar tremendamente los atractivos de Mr. Hartwell. Sin duda no poseía el atractivo enigmático de sir Edmund ni era tan alto, pero gozaba de una apariencia vigorosa y saludable, y estaba más musculado que lord Courtney, quien, de no ser un vizconde, habría sido considerado como zanquivano.

Cecilia se reprendió de inmediato por haberse dignado a admirar las piernas de los caballeros. Primero, porque era tremendamente inapropiado y, segundo, porque no tenía ninguna importancia en la importantísima tarea de escoger marido.

Sophie y Mr. Maitland, tras tomarse el agua sin apenas hacer muecas, atravesaban la habitación hacia Mrs. Foster cuando, de pronto, Mr. Maitland dejó una frase inacabada, pues algo o alguien captó su atención. Sophie volvió la mirada hacia aquello que observaba el hombre, y se sorprendió al ver a Priscilla Beswick, de soltera Hammond, entrando en la sala.

—Qué criatura tan hermosa —murmuró Mr. Maitland, y Sophie le lanzó una mirada de hastío.

—Si quiere puedo presentársela —se ofreció.

A Mr. Maitland se le ocurrió que Sophie se había sentido un poco ofendida.

—¿Qué interés podría tener yo en otras mujeres estando tú a mi lado, Sophie? —respondió con voz ronca, y le regaló una de esas provocativas miradas que había perfeccionado con el tiempo.

—Una pregunta muy interesante, esa —dijo Sophie—. Yo misma me lo he preguntado.

Por un instante, Mr. Maitland no supo qué contestar, y Sophie se alegró. Se había percatado de que el caballero había caído de nuevo en la costumbre de dirigirse a ella con su nombre de pila, y esa propensión suya, sumada al tono seductor que empleaba, había hecho que volviera a levantar sus defensas. Si otro hombre hubiese comentado el aspecto de otra mujer en su presencia, no le habría molestado; Sophie era consciente de que no podía competir con los atractivos físicos de Priscilla Beswick, y no la envidiaba por su increíble belleza. Sería una muestra de falta de sinceridad que un hombre fingiera que no se había fijado en ella. Pero, cuando Mr. Maitland elogió a Priscilla, y de una manera tan vehemente, lo único que despertó en Sophie fue el recuerdo de su anterior traición, y la muchacha se preguntó si el caballero había cambiado de verdad. ¿Estaría jugando con ella de una forma despiadada otra vez?

Durante la conversación entre ellos dos, Priscilla había visto a Sophie y se había acercado a ella al instante.

—Miss Lattimore —la saludó con una inclinación de cabeza.

—Mrs. Beswick, ¿cómo está? —preguntó Sophie, y tras saber que la joven se encontraba bien, hizo las presentaciones pertinentes.

—A su servicio, Mrs. Beswick —dijo Maitland, y Sophie contuvo las ganas de poner los ojos en blanco ante dicho comentario. Era un tópico inocente, cierto, pero no tenía por qué haberlo pronunciado con tantísimo entusiasmo.

Era evidente que Priscilla se había quedado tan obnubilada con Mr. Maitland como él con

ella, y le dirigió una sonrisa deslumbrante.

—¿Mr. Beswick ha venido a Bath con usted? —preguntó Sophie, pues pensó que quizá alguien debería recordarle a Priscilla que era una mujer casada.

—¿Charles, dice? —replicó la susodicha, como si pudiera existir otro Mr. Beswick al que se estuviese refiriendo Sophie—. No, no ha venido conmigo. Está en casa, en Devon. Viaja en contadas ocasiones. Prefiere con creces el campo a la ciudad —comentó la mujer con cierta perplejidad, como si fuese un gusto incomprensible el de su marido.

—Si estuviese en su sano juicio, estoy convencido de que preferiría estar donde fuese que estuviese su encantadora esposa —afirmó Maitland, y en esa ocasión Sophie sí puso un poquito los ojos en blanco, confiando en que ninguno de los dos se hubiese dado cuenta. Y así fue, pues ambos estaban muy ocupados mirándose el uno al otro. Sophie debía admitir que era una pareja cautivadora, pues eran dos de las representaciones más hermosas de sus respectivos sexos que había visto en su vida, y presenciar su interacción era como observar a los protagonistas de una obra de arte con vida propia.

—Me ha alegrado mucho verla, Mrs. Beswick, pero me parece que mis acompañantes se están preparando para marcharnos —comentó Sophie señalando el rincón en el que Mrs. Foster y Cecilia esperaban de pie—. He de irme. Pero espero que volvamos a encontrarnos durante su estancia en Bath.

—Pero, Miss Lattimore, he de insistir en volver a vernos, así sus deseos no serán en vano —dijo Priscilla—. La visitaré. ¿Dónde se está hospedando?

Sophie le dio su dirección y, mientras Priscilla comentaba que se hospedaba muy cerca de Sophie, en Catharine Place, Mrs. Foster y Cecilia se unieron a su conversación. Tuvieron que hacerse las presentaciones pertinentes, pero Cecilia la conocía muy bien, aunque aquel era su primer encuentro desde que lord Fitzwalter se había casado con Lucy, y no con Priscilla, así que Cecilia se sentía un poco incómoda con la situación. Sin embargo, Priscilla se reía, bromeaba y la elogiaba como si fuesen amigas del alma desde hacía años en vez de simples conocidas.

Al dejar atrás la Pump Room y mientras esperaban una litera para Mrs. Foster, una asombrada Cecilia se volvió hacia Sophie.

—¿Por qué crees que Priscilla Beswick ha venido a Bath? Resulta de lo más extraño, dado que acaba de casarse. Y ha venido sola, sin su marido. ¿Qué opinas al respecto?

Pero Sophie no sabía qué pensar, la verdad. Solo sabía que, al parecer, Priscilla Beswick no parecía del todo contenta con su matrimonio. Y que quizá creía que la culpable de todo era Sophie.

Al llegar por fin a su residencia temporal, Mrs. Foster tenía mucho que comentar sobre las actividades matutinas del día.

—Cecilia, estoy encantada con tu comportamiento y tu aspecto de esta mañana. Era evidente

que para lord Courtney también ha sido todo un placer.

—Lord Courtney —repitió Sophie sorprendida—. Yo creo que no deberías tenerlo en consideración para Cecilia.

Mrs. Foster sonrió a su sobrina con benevolencia.

—Sophronia, comprendo que pienses que, en cierto modo, podría ser... ambicioso por mi parte animar a Cecilia a tener unas miras tan altas, pero en este caso no creo que importe mucho que su dote no sea muy grande. Lady Smallpeace me ha asegurado que en su búsqueda de una esposa para su sobrino nieto la cuestión que más le preocupa es la historia familiar de la posible elegida, y dado que es conocedora de nuestro parentesco, junto con las maneras humildes y elegantes de Cecilia, creo fervientemente que podría considerarla una señorita adecuada para convertirse en la esposa de lord Courtney.

—Pero... ¿qué importancia tienen la familia y la fortuna si no hay sentimientos románticos entre ellos? Cecilia, es imposible que ahora me digas que estás interesada en lord Courtney, ¿verdad?

Antes de que esta pudiera responder a la pregunta de su prima, Mrs. Foster intervino:

—¡Sophronia! Estoy empezando a pensar que la reciente popularidad que has adquirido se te ha subido a la cabeza. Bien es verdad que tu intervención en pos de lord Fitzwalter fue más que oportuna; la belleza era la única virtud que poseía Priscilla Hammond y era evidente que resultaba una elección poco acertada para alguien del estatus del caballero. Pero, por lo general, estas cuestiones deben legarse a los miembros más sabios o de mayor edad de la familia. No se debe entablar una relación basándose solo, o principalmente, en los sentimientos, pues pueden desaparecer con el tiempo. Si Cecilia se casa con lord Courtney, ¡su hijo será vizconde!

Sophie se moría de ganas de replicar: «Y un idiota», pero creyó que dicho comentario no haría más que incrementar el enfado de su tía. Y era cierto que, si bien lord Fitzwalter y Lucy parecían felices, la intromisión de Sophie en la relación de Priscilla y Charles Beswick no parecía haber acabado tan bien, así que desde luego no podía afirmar ser una experta en esos menesteres. Además, no le veía el sentido a buscarse problemas ella sola; acababan de llegar y era posible que lord Courtney no cumpliera con los requisitos. En cuyo caso, era probable que Cecilia tuviera en cuenta muy seriamente la petición de Mr. Hartwell, una pareja mucho mejor para su prima según Sophie insistía en pensar. Así que decidió que lo más conveniente sería morderse la lengua por el momento, aunque su opinión difería muchísimo de la de su tía.

No obstante, Mrs. Foster todavía no había concluido con su discurso.

—Ya que estamos hablando de este tema, Sophronia, quería felicitarte por haber encandilado a Mr. Maitland.

—Felicitarme por haber hecho... ¿qué?

—Soy consciente de que todavía no ha pedido formalmente tu mano en matrimonio, pero es más que evidente que su intención sincera es cortejarte, y sé que a tus queridos padres les habría encantado verte tan bien emparejada.

—¡Y además es muy apuesto, prima! Aunque no es que importe mucho, claro está —añadió Cecilia con cierto desconsuelo, pues recordó que su nuevo pretendiente no era alguien de quien alardear en ese aspecto en concreto.

—Obras son amores, y no buenas razones —afirmó Mrs. Foster, si bien Sophie no comprendía qué tenía que ver aquel dicho con la conversación que estaban teniendo.

—No estoy a punto de comprometerme. No sé qué te ha podido llevar a pensar que ese es el caso.

—Bueno, si no es así, entonces tu comportamiento me resulta bastante osado, por no decir otra cosa. Me vi en la obligación de darle ciertas explicaciones a lady Smallpeace al respecto cuando me preguntó quién era el caballero con el que paseabas.

—Tía, me encantaría que no fueras difundiendo rumores sobre mí y Mr. Maitland; de hecho, rumores sobre mí y cualquier otro caballero. Desconozco cuáles son sus intenciones ¡y no es que sea muy apropiado ir alardeando de una conquista que todavía no se ha formalizado!

Fue demasiado para Mrs. Foster, quien jamás había oído una sola crítica de boca de su sobrina, y se ofendió muchísimo ante la idea de que Sophie se atreviera a hacérselas.

—Jovencita, ¿quién te crees que eres para darme lecciones sobre comportamiento adecuado? Creo que se te ha olvidado cuál es tu lugar en esta familia. Mejor sube a tu habitación y reflexiona sobre el tema.

Sophie reprimió cualquier clase de réplica que deseara hacer, se levantó con aires regios y salió de la habitación. Cuando pasó junto a Cecilia, se percató de lo angustiadísima que estaba su prima. Pero Sophie estaba tan disgustada que no pudo forzarse a brindarle una sonrisa tranquilizadora.

Más o menos una hora después, Cecilia llamó a la puerta de la habitación de Sophie antes de adentrarse en ella. Se encontró a su prima tumbada en la cama, pero despierta. Cecilia se sentó al borde del colchón, a su lado.

—Sophie, lo lamento muchísimo, pero sé que mi madre te lo ha dicho con la mejor de las intenciones. Tanto ella como yo creíamos que Mr. Maitland y tú os llevabais bien, y cuando te mira veo mucho cariño en sus ojos. De hecho, cualquiera diría que lleva muchísimos años lamentando tu pérdida.

—¿Mientras estaba casado con otra mujer que daba a luz a sus hijos? —preguntó Sophie con sarcasmo.

Cecilia se sonrojó y desvió la mirada.

—Te reconozco que yo tampoco termino de comprenderlo. Parece que te tiene en alta estima, pero, como has dicho, se casó con otra mujer. ¿Eras muy joven cuando os conocisteis?

Sophie suspiró y se incorporó.

—No, soy yo quien debe disculparse. Si os hubiese explicado lo que pasó quizá la tía no se

habría imaginado todas esas cosas. Pero de verdad que ni yo llego a entender su comportamiento.

Sophie se calló un momento, y Cecilia aguardó en silencio a que su prima siguiera hablando, incluso cuando el silencio empezó a durar demasiado. Cecilia se daba cuenta de que el pasado entre su prima y Mr. Maitland era doloroso, y no quería angustiarla más haciendo algún comentario fuera de lugar.

—Tenía tu edad; acababa de cumplir los dieciocho, y él vino a casa a ver a mi padre, con quien había trabajado en la Compañía de las Indias Orientales. Hacía poco que yo había debutado en sociedad y disfrutaba de cierta popularidad. Desde luego, no tuve un gran debut en Londres como tú, pero en las reuniones locales y en los bailes privados siempre tenía el carné de baile lleno; además, había un joven en especial que... No era apuesto ni romántico, pero éramos amigos y existía la posibilidad de que fuésemos algo más... pero entonces Mr. Maitland apareció en escena.

»Y Mr. Maitland sí que era apuesto y romántico, así que me olvidé enseguida de ese otro joven caballero y empecé a pasar todo mi tiempo con él. Paseos en su carruaje, cenas y bailes... Nos juntábamos siempre que podíamos y coqueteábamos con entusiasmo, aunque conseguimos mantenernos dentro de los límites de la decencia.

»Era más que evidente que me estaba cortejando, y todo el vecindario pensaba que solo era cuestión de tiempo que se anunciara nuestro compromiso. Y yo también. —Sophie esbozó una sonrisa de autodesaprobación—. Pero en vez de anunciar nuestro compromiso, se marchó del vecindario antes de anunciar su boda con otra joven. Yo me enteré a través de un conocido que teníamos en común; ni siquiera tuvo la decencia de venir a contármelo en persona. Mi padre quería ir a buscarlo y reprenderlo por sus actos, pero le supliqué que lo dejara pasar; yo creía que si iba tras él solo aumentarían las habladurías. Y, además, me preocupaba que la cosa pudiese acabar en un duelo, y que mi padre terminase herido o muerto. ¿Cómo iba a vivir con mi conciencia si mi disparatada tontería, si mis imaginaciones de que Mr. Maitland estaba enamorado de mí, provocaban el daño o la muerte de otra persona? No valía la pena.

»Luego descubrí que la popularidad de la que había disfrutado antes de la llegada de Mr. Maitland desapareció por completo con su marcha. Por todo el pueblo se rumoreaba que yo lo había rechazado, y mi comportamiento, que habría sido perfectamente aceptable si se hubiese anunciado nuestro compromiso, en cambio se consideró de una gran desfachatez al ser con un hombre que se comprometió con otra mujer.

»Las invitaciones dejaron de llegar, y en las pocas reuniones a las que asistía nadie me sacaba a bailar. Dejar de ir a las fiestas empezó a doler menos cuando la salud de mi padre comenzó a deteriorarse. Así que me convertí en lo que tienes delante: una solterona que se contenta con sentarse entre las sombras, y cuya gran historia de amor se vio manchada por el escándalo.

Cecilia permaneció en silencio un rato más, anonadada ante la historia que le acababa de contar Sophie.

—Prima, me extraña que no le hayas cruzado la cara de un bofetón o que hayas hecho como

que no lo conocías al volver a verlo.

—A mí también —admitió Sophie con una sonrisa—. Su presencia me cogió muy desprevenida, y luego me preguntó si le concedía un baile como si nada hubiese pasado, y lo que menos quería yo era avivar esos viejos chismorreos. —Se encogió de hombros, y continuó—: Y todavía no puedo dejar de preguntarme si puede haber una explicación que lo excuse por su comportamiento, que escucharía con entusiasmo. Sobre todo desde que me he acostumbrado, durante los últimos diez años, a pensar en él como en mi amor perdido.

—No creo que haya excusa posible para lo que hizo —dijo Cecilia, y Sophie recordó lo que era tener dieciocho años y sentir esa indignación tan justificada.

—No es que fuera solo culpa suya. Seguramente ni siquiera sepa cómo me trataron cuando se marchó. Y es muy sencillo ver las cosas desde nuestro propio punto de vista. Quizá en su opinión no era más que un banal coqueteo y no considera que fuera un agravio contra mi persona.

—Pero darte esperanzas de esa forma...

—Ya, y por eso mismo no puedo justificarlo por sus actos. Puede que me imaginara que mis sentimientos eran correspondidos, pero él se tendría que haber dado cuenta de que yo creía estar enamorada de él. Era demasiado cándida para ocultarlo. Y solo tenía dieciocho años, cuando él ya tenía veintiséis. Desde luego, tenía ya una edad como para ser consciente de que se había ganado el afecto de una joven tonta.

—¿Y todavía lo amas? —preguntó Cecilia.

Sophie estuvo un rato pensando en la respuesta.

—No sé qué es exactamente lo que siento, pero sé que todavía persiste algo importante entre nosotros. No comprendo qué es, no puedo ponerle un nombre, solo sé que siento una especie de... dolor cuando está cerca. Y que me da pavor que vuelva a romperme el corazón.

—Pero... ¿y si esta vez quiere desposarte de verdad?

Sophie se levantó de la cama y se acercó a la ventana. Había empezado a llover, una breve tormenta vespertina, pero el sol todavía brillaba en el cielo. Un chubasco solar. Si fuese una persona supersticiosa, quizá llegaría a interpretarlo, pero ese no era el caso; y ya bastante complicado le resultaba descifrar su vida sin incluir los fenómenos meteorológicos en la mezcla.

—No sé —contestó Sophie justo cuando Cecilia se había hecho a la idea de que su pregunta no iba a recibir respuesta—. Ojalá pudiese decir que lo rechazaría, pero es que no lo sé. Me ofrecería todo aquello que me he perdido de la vida: el matrimonio, los hijos, un hogar... —Sophie se volvió para mirar a Cecilia a la cara—. Espero que no te lo tomes como una queja. Tu madre fue muy considerada al acogerme, y de verdad que le estaré eternamente agradecida. Pero que hasta el techo que tienes sobre la cabeza dependa de otras personas resulta una existencia precaria e insegura... Tengo un lugar donde vivir, pero no me siento en casa. Y como mujer soltera sin fortuna que soy tengo muy pocas probabilidades de tener mi propio hogar. Sin embargo, con el matrimonio por lo menos conseguiría eso.

Para Cecilia era como si estuviese viendo a su prima por primera vez en su vida. Y pensar que

Sophie llevaba seis años viviendo con ellas y Cecilia jamás había sospechado que se sintiera así. Se levantó de la cama de un salto y corrió para envolverla en un abrazo.

—Prima, lo siento muchísimo. Te prometo que todo cambiará. Nosotras somos tu familia, y este es tu hogar.

Ambas empezaron a sollozar, pero también a sonreír, y Sophie pensó que era como un chubasco solar. Cuando consiguió recobrar la calma, dijo:

—Cecilia, tu circunstancia es opuesta a la mía, pero aun así puedes aprender de mis errores. Por favor, no creas que debes precipitarte en ningún aspecto de la vida. Si no me hubiese precipitado en imaginarme enamorada de Mr. Maitland, no me habría expuesto a tal nivel de decepción y humillación. Posees cierta seguridad económica y vives en un hogar feliz. No tienes necesidad de casarte, y puedes tomarte todo el tiempo que requieras en decidir si quieres hacerlo, y con quién.

Cecilia asintió, pero sin mirarla a los ojos; Sophie comprendió que lo más probable era que no quisiera aceptar consejos de la solterona y pobre de su prima que acababa de contarle que vivía una existencia infructífera.

—¿Qué piensas hacer respecto a Mr. Maitland? —quiso saber Cecilia.

—Seré mucho más prudente que la primera vez. Me ha afligido mucho oír de boca de tu madre los mismos comentarios que se hicieron sobre mí hace diez años, y me niego a exponerme de nuevo a las críticas. Le dejaré bien claro que no soy una muñeca con la que jugar.

Pero para Sophie fue mucho más fácil decirlo que hacerlo. Se topaba con Mr. Maitland allá donde fuera, y descubrió lo complejo que le resultaba mantener el equilibrio entre mostrar una cordialidad indiferente y animarlo en sus cortejos. Parecía que estaba siendo mucho más diligente en sus agasajos que la primera vez, y también que sus muestras de cariño para con Sophie eran sinceras. La muchacha empezó a creerse que sí se había enamorado de ella diez años atrás, pero que la fortuna de su difunta esposa lo había incitado a aceptar un matrimonio mucho más ventajoso. Quizá lo más sensato sería seguir el consejo de Cecilia y cortar cualquier lazo con el hombre, pero una parte de ella todavía caía en la tentación. En el pasado lo había amado y lo que más había ansiado era ser su esposa, y al parecer se le había otorgado una segunda oportunidad para ello. ¿No sería una locura por su parte desperdiciar una oportunidad como esa y volver a su existencia vacía como pariente pobre?

Aunque cierto era que la situación en casa de su tía había mejorado. Cecilia había hablado con su madre, y si bien Mrs. Foster jamás podría mostrarse cariñosa de verdad con Sophie (no estaba en su naturaleza), la historia de la muchacha le había conmovido el corazón a la señora. Si había algo que Mrs. Foster podía entender era lo mucho que el futuro de una joven dependía de sus capacidades para contraer matrimonio, y uno bueno. Y no era ningún secreto que un caballero podía jugar con los sentimientos de una jovencita, arruinarle la reputación y salir indemne de la

situación. Así pues, aunque Mrs. Foster jamás se dignaría a disculparse ante su sobrina, sí evitó más conversaciones sobre el pretendiente de Sophie, tanto en casa como fuera de ella.

Al final, Sophie tomó la decisión de que la mejor forma de proceder era aplicar el consejo que ella misma le había dado a sir Edmund cuando este le había preguntado cómo podía conocer a una joven sin generar unas expectativas que quizá no fuesen a cumplirse. Sophie resolvió que no se juntaría con Mr. Maitland como lo había hecho durante su insensata juventud, sino que solo pasaría tiempo con él siempre en compañía de otras personas. Contó con la ayuda de una aliada inesperada en sus empeños: Mrs. Priscilla Beswick.

Sophie tenía la sensación de que Mrs. Beswick aparecía de repente siempre que Mr. Maitland y ella estaban juntos; y aunque Mr. Maitland se abstenía de prestarle tantas atenciones a la muchacha como a Sophie, ciertamente parecía que Priscilla disfrutaba con las pocas atenciones que recibía por su parte. Al final, a Sophie no le quedó más remedio que llegar a la conclusión de que Priscilla, quien se había vanagloriado de ser la estrella de la ciudad, no estaba conforme con renunciar a ese título a cambio de ostentar el de «Mrs. Beswick».

Sophie no tuvo que esperar en demasía para averiguar por qué Priscilla Beswick se encontraba en Bath, pues la recién casada cumplió lo prometido enseguida y la visitó cuando estaba sola en casa.

Abandonó su lectura a regañadientes cuando le informaron de la llegada de la visita, y se levantó de su butaca para estrechar la mano de la muchacha antes de invitarla a tomar asiento y ofrecerle un refrigerio.

En cuanto la criada las dejó a solas, Priscilla se volvió hacia Sophie con una expresión de gravedad en el rostro.

—Debo admitir, Miss Lattimore, que he venido a propósito porque quería hablar con usted a solas. Al no verla en la Pump Room con las Foster, me imaginé que podría encontrarla sola en casa.

A Sophie dicha declaración le resultó de lo más alarmante. No se le ocurría razón alguna que justificara que Priscilla Beswick quisiera hablar con ella en privado, salvo que buscara la ocasión de reprenderla por meterse en sus asuntos. Así que la muchacha se limitó a esbozar la sonrisa más alentadora que pudo y deseó que no se tratara de una visita larga.

—Seguro que se está preguntando por qué deseo hablar con usted, pero le ruego que, antes de contestar a sus preguntas, conteste usted a las mías. ¿Cómo supo usted, tal como le explicó a lord Fitzwalter en su carta, que yo sentía cierto cariño por otro caballero? ¿Acaso tiene poderes secretos? Porque ni siquiera nuestras amistades más íntimas eran conocedoras de nuestro secreto.

Sophie comprendió que debía haberse esperado esa clase de preguntas. Ciertamente debía de ser todo un misterio para Priscilla que alguien que apenas la conocía hubiese estado al tanto de sus asuntos personales.

—Ruego que me disculpe, Mrs. Beswick. Debe de pensar que, al descubrir su secreto, cometí una terrible invasión en su privacidad. Le aseguro que no fue algo intencionado, y que no se lo

conté a nadie, salvo a lord Fitzwalter. Y ni tan siquiera a él le di el nombre del otro caballero en cuestión...

—Soy consciente de ello. Lord Fitzwalter me enseñó la carta. O, al menos, me enseñó la parte en la que hablaba de mí. —Priscilla se levantó de la butaca y empezó a caminar por la habitación—. Fue muy amable.

»Me dijo que creería mi palabra antes que la de una persona que le había escrito una carta anónima. Pero cuando me preguntó directamente si mi corazón ya pertenecía a otra persona, me di cuenta de que no podía mentirle. —Priscilla hizo un mohín y añadió—: Aunque poco después me pregunté si no debería haberlo hecho. —Sophie se lanzó en una disculpa incoherente, pero Priscilla hizo un gesto para que cesara en su intento de excusarse—. No tiene por qué disculparse. He de admitir que su intromisión despertó cierto malestar en mí, pero la he perdonado al comprender que era mi deber hacerlo. —Sophie no pudo evitar sentir que aquella no era la más completa de las absoluciones—. Pero necesito saberlo —continuó Priscilla—. ¿Cómo descubrió la verdad de lo que pasaba entre Charles y yo?

»No saberlo me está llevando al borde de la locura. La primera vez que lord Fitzwalter abordó el tema, él ni siquiera sabía quién firmaba la carta, así que supuse que estaba destinada a vivir en la ignorancia. Pero, entonces, una amiga de Londres me escribió y me contó que usted había sido la autora, y debo saber cómo lo descubrió.

Sophie se sintió avergonzada al tener que confesarlo, y le habría encantado que se le hubiese ocurrido un modo de describir su comportamiento de una manera más sofisticada.

—Pasé inadvertida ante ustedes y presencié un encuentro entre usted y Mr. Beswick en un baile. Yo había salido al balcón a tomar un poco el aire, y ustedes me imitaron y entablaron una conversación antes de que pudiera avisarles de mi presencia. Y luego se marcharon tan rápido como habían llegado.

—Ay, Dios mío —exclamó Priscilla, y las mejillas se le tiñeron de rojo por la vergüenza—. Sé de qué conversación está hablando; durante mi temporada en Londres, Charles asistió a un solo baile, pero no recuerdo cuáles fueron nuestras palabras exactas. Supongo que debería sentirme afortunada de que no le contara el contenido de la conversación a nadie.

—¡Jamás haría eso, por favor! Y no me habría arriesgado a redactar esa carta de no haber sido conocedora de la debilidad que sentía Miss Barrett por lord Fitzwalter, y de que el cariño que sentía usted por el caballero no parecía tan fuerte. Aunque quizá me confundiera... —comentó Sophie al percatarse de que la percepción pública no es siempre, por experiencia, el mejor indicador de los sentimientos de una persona, y la muchacha empezó a arrepentirse de haberse entrometido en todo aquel lío.

—No, su deducción de que mis sentimientos por Charles eran más fuertes que lo que sentía por lord Fitzwalter fue del todo acertada. No obstante... —Y Priscilla atravesó la sala a toda prisa para dejarse caer en la butaca que había junto a Sophie, y le cogió las manos—. Miss Lattimore, ¿y si me equivoqué con mis sentimientos? Creí que esa carta era la respuesta a mis oraciones,

pues me permitió ser completamente sincera sobre mis sentimientos y seguir a mi corazón, pero ¿y si mi corazón estaba errado? ¿Y si mi felicidad no se encontraba en una vida con Charles, como yo misma pensaba, sino en una con lord Fitzwaller? —Bajó el tono de voz hasta que no fue más que un susurro—: Quizá he perdido cualquier felicidad futura que antes veía posible en mi camino.

Y, entonces, aquellos claros ojos verdes se llenaron de lágrimas y observaron a Sophie de forma entrañable y con pena.

Para Sophie, aquel bien podría haber sido el momento más incómodo y embarazoso que había experimentado a lo largo de su vida hasta entonces. Tenía las manos cada vez más húmedas por el sudor, y Priscilla no se las soltaba; la recién casada, además, se había sentado demasiado cerca de Sophie, y la miraba a los ojos como si estuviese buscando las respuestas que Sophie sabía que no tenía. Pero, aun así, Sophie sentía que no podía ser la primera en apartarse, pues Priscilla podría interpretarlo, y no se equivocaría en hacerlo, como un rechazo por su parte hacia ella y las confidencias que le estaba haciendo. Por ello, Sophie se pasó una interminable cantidad de tiempo en una situación intensamente incómoda para ella, obligada a mantenerse a una distancia tal en la que podía oler los arenques ahumados que suponía que Priscilla había desayunado, y se preguntó cómo podía ser que la joven no estuviese igual de incómoda que ella. Al final, Priscilla por fin se apartó, y Sophie aprovechó la oportunidad para alejarse un poco más de su invitada, mientras esta se afanaba por enjugarse las lágrimas con un pañuelo.

—Le ruego que me disculpe —dijo Priscilla tras haberse serenado—. No era en absoluto mi intención desahogarme con usted como lo he hecho.

Sophie deseó con toda su alma que no lo hubiese hecho, pero se estaba empezando a preguntar si a Priscilla le gustaba montar esas escenas dramáticas. A Sophie le resultó muy raro que una joven hermosa como ella estuviese tan falta de atención que la buscase en cada oportunidad que la vida le brindaba, pero justo eso era lo que parecía a sus ojos. Aun así, Priscilla se veía realmente afligida, y Sophie pensó que no le quedaba más remedio que intentar ayudarla, pues la culpa era suya por haberse metido en los asuntos privados de la joven ella sola.

La dama continuó explicándole a Sophie que Charles Beswick y ella se conocían de siempre, pero su relación no adquirió un cariz romántico hasta que Charles regresó de la universidad y se encontró con una Priscilla que ya (casi) era toda una mujer. Pero, al parecer, el concepto de romanticismo de Charles no coincidía con el de Priscilla, tal como la susodicha le contó a Sophie con todo lujo de detalles.

—Madame Devy, de la calle Bond, me confeccionó un ajuar desde cero. ¡Miss Lattimore, bien sabe usted cuán exquisitos son sus diseños! Dios, mi madre estuvo casi una semana enfurruñada hasta que finalmente mi padre accedió a encargárselo a ella. Decía que con la ropa que me había confeccionado para mi debut era más que suficiente. ¡Hombres! Pero me estoy

desviando del tema. El caso es que, desde la boda, no he tenido la oportunidad de ponerme mi nuevo ajuar. Al menos hasta que he venido a Bath.

Se calló un momento para alisarse la falda del elegantísimo vestido de paseo que llevaba con mucho cuidado, antes de lanzarle una mirada inquisitiva a Sophie.

—Precioso. Muy elegante —murmuró Sophie, y su comentario pareció satisfacer a Priscilla, quien retomó su historia.

—Para Charles, el concepto de una luna de miel era pasar unos días en el pabellón de caza de su hermano: una sombría casucha inhóspita en mitad de la nada sin ninguna clase de compañía.

—Quizá Mr. Beswick quería pasar tiempo a solas con usted —comentó Sophie.

—Si esa era su intención, no lo dijo. Miss Lattimore, son contadas las ocasiones en las que me elogia. Si dependiese de las palabras cariñosas que recibo por su parte, bien podría ser yo una vieja solterona reseca. Le ruego que me disculpe. —Fue ella misma quien interrumpió su discurso para pedir excusas ante Sophie, quien únicamente pudo deducir que Priscilla pensó que se había sentido ofendida por sus palabras al decir: «vieja solterona reseca». Antes de que Sophie pudiera contestarle, la joven continuó con su monólogo—: Lord Fitzwalter siempre se percataba de si llevaba un vestido nuevo, y hasta comentaba el efecto que tenía en mi tez llevar un color u otro.

—Pero, Mrs. Beswick, ¿no puede usted esperar que el matrimonio sea una lluvia constante de elogios por su aspecto! —Al parecer, Priscilla no era de la misma opinión que Sophie al respecto, y se limitó a mirarla con una expresión de incompreensión como respuesta. Sophie decidió que lo adecuado sería cambiar de táctica—: Antes que nada, ¿qué fue lo que hizo que se enamorara de Mr. Beswick? ¿De qué conversaban durante el cortejo?

Priscilla suspiró, y una expresión adorable se adueñó de su rostro. Sophie se sintió un poco más animada, pues le pareció una señal positiva.

—Me dijo que era como si un becerro torpe se hubiese transformado en una vaquilla South Devon de primera categoría. Ya sabe, lo decía por mi pelo —contestó Priscilla con pudor. Y si bien Sophie comprendía que la raza South Devon era famosa por el color cobrizo de su pelaje, muy similar al tono castaño rojizo claro que poseía la melena de Priscilla, se preguntó si la joven lamentaba la falta de cumplidos como aquel.

Pero Sophie no tenía en mente señalar ninguno de los defectos de Charles como pretendiente. Estaba convencida de que tuvo que haber algo que uniera a esa pareja; algo en lo que podría cimentarse una relación con futuro.

Algo más aparte del parecido entre Priscilla y la raza de vaca favorita de Charles.

Sophie no había olvidado la otra tarea que con reticencia había aceptado desempeñar: la de encontrar una posible esposa para sir Edmund. No sabía qué le parecía más engorroso, si ayudar a Priscilla con su matrimonio o ayudar a sir Edmund a contraerlo. Aun así, Sophie deseaba seguir manteniendo al caballero como amigo; entendía perfectamente su dilema y apreciaba su sensibilidad al no querer hacerle a otra dama lo que le habían hecho a ella misma. Así que, durante las semanas siguientes, se tomó en serio la labor de buscar una dama adecuada para él.

Durante dicha búsqueda, se dio cuenta de que Cecilia volvía a contemplarlo con interés. Estaba claro que su prima se estaba replanteando sus opciones y andaba dividida entre el sobresaliente enlace con el insulso lord Courtney o sir Edmund, menos pudiente y distinguido, pero mucho más atractivo. No obstante, Sophie no creía que sir Edmund y Cecilia estuvieran hechos el uno para el otro; es más, no creía que él viera a Cecilia como una posible esposa. No le prestaba especial atención, tan solo le dedicaba la misma cortesía y educación que tenía para con su madre. Ni siquiera la contemplaba de aquella manera apreciativa que los hombres utilizaban a veces con las mujeres cuando pensaban que nadie los miraba. (Si bien era cierto que había algunos hombres a los que no les importaba si los pillaban evaluando sin disimulo alguno de los atributos de una dama o no, sir Edmund no era uno de ellos.) Sin embargo, con el tiempo Cecilia pareció llegar a la misma conclusión que su prima sobre la falta de interés del caballero hacia su persona, pues todas las tretas que había llevado a cabo en un intento de captar su atención habían sido en vano. Él había contestado a estas con una sonrisa cortés y, en la mayoría de los casos, se daba la vuelta para mirar a Sophie y le prestaba su atención a ella.

Sophie se sentía halagada, pues sir Edmund buscaba su compañía casi tanto como lo hacía Mr. Maitland. Descubrió que la presencia del otro hombre hacía que las atenciones de Mr. Maitland se volvieran menos evidentes, por lo que podía relajarse un poco y no preocuparse de sufrir el mismo destino denigrante que experimentó a los dieciocho si el viudo volvía a dejarla plantada. Y todavía no estaba segura de qué respuesta darle si es que llegaba a declararse, por lo que apreciaba la inesperada atención que le prestaba sir Edmund, al permitirle la libertad de decidirse sin prisa alguna.

Sophie y las Foster llevaban en Bath casi un mes, y habían expandido tanto su círculo de amistades que las saludaban por su nombre casi en todos los lugares a los que asistían. Habían adquirido la costumbre de ir a la Pump Room todas las mañanas y este parecía ser el hábito de casi todos sus conocidos. Por las tardes, había bailes en los salones, cenas privadas o conciertos.

Fue una mañana cuando a Sophie le presentaron una posible candidata a la mano de sir Edmund.

Miss Emily Woodford era la segunda hija de un caballero hacendado con una gran familia a la que asentar, razón por la cual la habían enviado a vivir con su abuela en Bath. Era mayor que Cecilia, pero más joven que Sophie; de hecho, más tarde descubrió que tenía veintidós años. Ni Miss Woodford ni su abuela disponían de fortuna, las dos mujeres vivían de forma muy modesta. Pero sir Edmund jamás había mencionado que quisiera una esposa rica, y en sus conversaciones anteriores no había dado a entender que la riqueza o la falta de ella fuera uno de sus requisitos.

Emily no era tan hermosa como Priscilla Beswick, pero gozaba de una apariencia atractiva con el cabello del color de la miel y ojos oscuros. Y aunque sus prendas no fueran caras, mostraba un evidente buen gusto y las había escogido con buen juicio para que complementaran su figura curvilínea. Su abuela también parecía una mujer muy elegante y agradable, y Sophie supo a ciencia cierta que ambas mujeres poseían más nobleza que el resto de los presentes a pesar de los rangos y los títulos.

En realidad, fue lady Smallpeace quien se las presentó. Mrs. y Miss Woodford habían saludado con la cabeza a la viuda mientras pasaban por allí, pero no se detuvieron a entablar conversación hasta que la dama las llamó.

—Espere un momento... —Se detuvo y dijo en voz muy alta para lady Mary—: ¿Cómo se llamaba? —Cuando lady Mary le susurró «Woodford», ella procedió a anunciar en el mismo tono elevado—: Ah, sí, ya lo recuerdo. Muy rústico. —Después las volvió a llamar—. Queridas, permítanme que les presente a Miss Lattimore y a las Foster.

Sophie se quedó perpleja ante tal muestra de condescendencia por parte de lady Smallpeace. Al principio pensaba que la presentación constituía un gesto amable suscitado por el deseo de obsequiarla con una nueva amistad, pero pronto se dio cuenta de que no lo hacía como favor, sino para poner a Sophie en su lugar.

—Miss Lattimore, encontrará mucho en común con Miss Woodford. Su padre es un terrateniente del campo y ella también ejerce el papel de acompañante para una pariente femenina —explicó lady Smallpeace al presentar a ambas damas antes de narrarle a las Woodford que la tía de Sophie, «había sido muy amable al acoger a Miss Lattimore en su casa». Como lady Mary volvía a hablar al mismo tiempo que su madre y les ofrecía todo un monólogo acerca del cambio repentino del tiempo y el frío inaudito que había hecho aquella mañana, la viuda casi gritaba a los cuatro vientos al anunciar que a Sophie le habían dejado «muy poco dinero y que tenía mucho por lo que estar agradecida».

Llegados a este punto, Sophie cruzó miradas con Miss Woodford y se dio cuenta de que la muchacha se encontraba dividida entre la irritación y la diversión ante las excentricidades de lady Smallpeace y su hija. También parecía mostrar algo de empatía en la mirada, como si entendiera lo que era que siempre te etiquetasen como «la pariente pobre». Por eso, cuando la

viuda despidió a las Woodford después de haber sido ella quien las hiciera parar en un principio, Sophie le preguntó a Emily si podía pasear con ella.

La abuela de la muchacha decidió que ya había caminado suficiente por aquel día, así que le encontraron una silla y su nieta le ofreció un vaso de agua antes de dirigirse a la fuente con Sophie.

Las dos muchachas comenzaron a intercambiar cumplidos intrascendentes pero sinceros acerca de las prendas de la otra, antes de pasar a un tema más sustancial y comentar la impresión que le merecía Bath a Miss Lattimore. Mrs. Woodford llevaba viviendo en Bath muchos años, por lo que Emily había visitado la ciudad con frecuencia y estaba muy familiarizada con ella. Se ofreció a mostrarle algunas de sus zonas de paseo favoritas, una invitación que Sophie aceptó de buena gana.

Al acabar la mañana, en la que se dedicaron a atravesar la estancia de un lado a otro sumidas en una conversación sincera, ambas damas estaban bastante contentas de haber conocido a una persona destinada a convertirse en amiga. Incluso tenían la característica más importante de todas en común: los mismos libros preferidos. Y cuando descubrieron que ambas iban a asistir a los salones aquella tarde, prometieron buscarse allí.

Sin embargo, fue una joven distinta la primera en encontrar a Sophie después de que llegara al salón con su familia. Priscilla Beswick se les acercó con su séquito de caballeros locamente enamorados, a quienes presentó con gran refinamiento a Cecilia antes de tomar a Sophie del brazo y pedirle que la acompañara a la sala del té.

Sophie, quien hubiera querido tomar té con Miss Woodford, no tuvo mucho que opinar en el asunto, pues Priscilla ya se dirigía hacia allí arrastrándola con ella antes de que tuviera la oportunidad de responder siquiera.

Se sentaron a una mesa y Priscilla se giró para mirarla con impaciencia.

—Miss Lattimore, ¿ha podido reflexionar acerca de mi situación?

Esta sí que había reflexionado sobre el tema, pero estaba segura de que la dama no iba a estar contenta con la conclusión a la que había llegado.

—Verá, Mrs. Beswick, siento que no debería involucrarme más en sus asuntos privados.

—Llámeme Priscilla, por favor. ¿Puedo llamarla Sophia? —preguntó Priscilla.

—Mi nombre es Sophronia. —Priscilla arrugó su perfecta naricilla en evidente desagrado—. Pero llámeme Sophie, por favor.

—Ya sabía que, después de que intercambiáramos confidencias la otra mañana, pronto nos estaríamos tratando por el nombre de pila —confesó Priscilla con una sonrisa triunfante en el rostro. Miró a su alrededor, como si quisiera verificar que no había nadie que alcanzara a oírlas y después bajó la voz en un aparente intento de intercambiar todavía más secretos—. Sophie, se

me ha ocurrido algo que podrías hacer. Para ayudar, claro. Ya que es culpa tuya que esté sumida en esta triste situación.

Antes de que Sophie pudiera contestar, oyó que la llamaban. Levantó la vista y vio a lady Mary acercándose y, por primera vez desde que conoció a la mujer, se sintió muy feliz de verla. Escuchó de buena gana su incesante recital acerca de la temperatura del agua con la que habían hecho el té y no sintió ni el más mínimo deseo de interrumpirla.

—Está tibio, o quizá es que usted lo bebe de esa forma, Miss Lattimore. —La dama hablaba y hablaba—. Mrs. Beswick, ¿prefiere que esté a mayor temperatura? O quizá sea peligroso. Ay, cielos, detesto pensar que pudiera usted quemarse la lengua. Estoy segura de que por eso el agua no está muy caliente, por nuestro bien. No debería quejarme si no está completamente a mi gusto, porque la alternativa... Bueno, no quiero ni pensarlo, ¿no cree, Miss Lattimore?

Por fin, tras pasarse un minuto o dos parpadeando con asombro ante el alud de sandeces de lady Mary, Priscilla la interrumpió para decir:

—Ruego que me disculpen, pero me temo que he de volver al salón. ¿Me acompañas, Sophie?

Y una vez más, lady Mary la salvó de una conversación incómoda al ofrecerse a acompañarlas también.

—Pues mi madre me estará buscando, y lo cierto es que el té no es de mi agrado, aunque no debería quejarme.

Priscilla debió de darse cuenta de que cualquier oportunidad de hablar con Sophie se había esfumado, pues volvió a interrumpir a lady Mary y su perorata para decir:

—Te visitaré mañana por la mañana para que podamos continuar con nuestra conversación.

Entonces, dejó a Sophie y a lady Mary juntas y se fue a buscar a Mr. Andrews, a quien le había prometido que bailarían la siguiente pieza.

Sophie se alegró de ver a Miss Woodford en cuanto volvió a entrar en el salón. Se despidió con cordialidad de lady Mary y la dejó, pues las últimas semanas había aprendido que, por muy grosero e incómodo que le resultara, una tenía que marcharse mientras seguía hablando, ya que la dama no tenía fin.

Sophie acababa de intercambiar saludos con Mrs. y Miss Woodford cuando sir Edmund se le acercó de repente para pedirle un baile. Aceptó, pero antes le preguntó si le concedería el placer de presentarle a las damas Woodford. Observó a sir Edmund y a Miss Woodford con atención mientras los presentaba, pero ninguno mostró una señal evidente de que hubiera ocurrido algo importante. Sophie no estaba segura de si se sentía aliviada o decepcionada, pero pasado un rato decidió que una mera presentación no cumpliría con el deber que tenía para con sir Edmund; tenía que poner aún más empeño en sus tareas de casamentera.

Por tanto, después de que diera comienzo el baile y los pasos hicieran que sir Edmund se acercara a ella, le preguntó:

—¿Qué opinión le merece Miss Woodford? Es muy hermosa, ¿no cree?

Se separaron antes de que pudiera contestar, pero se percató de que sir Edmund echaba atrás

la vista para mirar a Miss Woodford, como si no hubiera considerado la pregunta antes. Cuando los pasos los volvieron a juntar, contestó:

—Es muy hermosa. Aunque, en mi opinión, hay una dama todavía más encantadora presente.

Sophie no tenía en alta consideración sus atributos y jamás habría llegado a pensar que se refería a ella. Como Mrs. Beswick también estaba cerca supuso de inmediato que era ella de quien hablaba su acompañante.

—Es cierto que la belleza de Mrs. Beswick no tiene parangón, pero ya está casada —afirmó decidida a hacerle saber que Miss Woodford era una posible esposa para él.

—La dama a la que me refiero no está casada.

Como en esta ocasión acompañó sus palabras mirando intencionadamente a los ojos de Sophie, a ella no se le pasó por alto lo que quería decir. Sin embargo, antes de que pudiera contestar, otro bailarín la tomó del brazo, cosa que le concedió unos instantes para recomponerse. Mas, cuando regresó al lado de sir Edmund, casi parecía como si nunca le hubiera hecho el cumplido por lo callado e incómodo que se le veía. Sophie estaba muy confundida. Pero también sentía timidez, por lo que no intentó dar pie a más conversación. El resto de la danza tuvo lugar en silencio, aunque Sophie se preguntaba si todavía le estaba mandando señales. ¿Acaso sir Edmund había agarrado su mano más tiempo del estrictamente necesario o era su imaginación? ¿Y por qué sentía semejante atracción hacia sir Edmund si estaba pensando en aceptar la proposición de Mr. Maitland? Era muy desconcertante y, una vez más, pensó en lo gracioso que resultaba que se hubiera labrado una reputación de ser habilidosa en el juego de la seducción cuando en lo que se refería a ella misma era una incompetente.

Aunque, por supuesto, no era en absoluto gracioso.

Cecilia también reflexionaba acerca de la triste hazaña que era encontrar marido. Las atenciones de lord Courtney se habían tornado muy evidentes, y estaban bailando juntos en aquel mismo instante. Aun así, la muchacha sabía que no era necesariamente debido a sus encantos, sino porque lady Smallpeace aprobaba el hecho de que Cecilia estuviera emparentada con su familia y por tanto lo había animado a pretenderla. (Aunque se preguntaba si lady Smallpeace no se habría equivocado con la importancia que le concedía a compartir sangre noble, pues lord Courtney era un espécimen de lo más decepcionante y ella a menudo se planteaba si la causa de ello era que sus padres eran parientes demasiado cercanos.) Cecilia pensaba que quizá Sophie tenía razón al aconsejarle que no debía apresurarse a comprometerse con nadie, y que esa decisión debía tomarse según algo más que las perspectivas materiales o sociales. Pero, por otro lado, tenía el ejemplo de Priscilla Beswick ante ella. Priscilla, quien podría haberse casado con un lord pero siguió a su corazón y se casó con un señor en su lugar, había sido relegada a la sociedad de campo, como una flor hermosa que florecía detrás de los setos, sin que nadie la viera o la apreciara.

Cecilia se sintió orgullosa de sí misma por ese profundo y poético símil, y se preguntó si debería plasmarlo en papel; pero entonces lord Courtney le dio una patada por accidente, una pequeñita, nada serio, y tuvo que asegurarle que no le había hecho daño antes de retornar a sus divagaciones mentales.

Pensó que otra cosa que contradecía el consejo que su prima le había dado era su propio ejemplo. Si no hubiera despertado la curiosidad de la sociedad londinense con su carta (la cual bien podría haberle valido que la condenaran), y si no fuera por el desafortunado fallecimiento de la primera Mrs. Maitland, habría estado destinada a ser una solterona de por vida. ¿Y por qué? Porque no pudo comprometerse durante esa estrecha ventana de oportunidad que se había abierto para ella durante sus dieciocho años. Por supuesto, no es que aquello fuera culpa suya, Cecilia no sentía más que empatía por su prima y todavía le costaba hablarle a Mr. Maitland con cordialidad; pero todo aquello demostraba que había un límite de tiempo para una jovencita en la sociedad, y que dependía de Cecilia aprovechar sus perspectivas al máximo antes de que ese tiempo se agotara.

La pieza concluyó y lord Courtney llevó a Cecilia de vuelta al lado de su madre, donde Mr. Hartwell esperaba para bailar con ella. Se sintió aliviada de poder dejar de preocuparse por el futuro y de disfrutar de su baile con él sin tener que sentirse presionada a tomar una decisión que no quería tomar. Apreciaba en exceso la compañía transigente de Mr. Hartwell.

Sophie le había prometido un baile a Mr. Maitland después del de sir Edmund y, si tuviera que comparar ambos bailes, tendría que admitir que el último estaba siendo más agradable, pues Mr. Maitland le sonreía muchísimo más que sir Edmund. Aunque también era cierto que el caballero siempre parecía estar de buen humor. Sophie suponía que eso era un punto a su favor, aunque a veces se preguntaba si un viudo y padre de dos niños no debería ser un poco más hosco.

Justo acababa de pasársele esa idea por la mente cuando el hombre se puso completamente serio. A medida que se aproximaba el final de su baile, su sonrisa se esfumó y preguntó de repente:

—¿Qué es sir Edmund para ti? ¿Un pretendiente?

Y Sophie, irritada porque sintiera que tenía derecho a hacerle semejante pregunta, le contestó:

—No lo sé. Tendrá que preguntarle a él. Yo he decidido que ya no voy a dar nada por sentado en lo que a caballeros se refiere.

Celebró ver que parecía haber entendido su indirecta, pues adoptó una actitud cohibida durante un instante. Mas recuperó su habitual talante sofisticado de inmediato.

—Qué modesta eres, Sophie. Está claro que el caballero está embelesado contigo. Pero no le culpo, eres completamente adorable.

Y ella reaccionó a su mirada de admiración y al cumplido que le había regalado con una voz grave y seductora de la forma exacta en la que él sin duda pretendía que lo hiciera: se sonrojó y

dejó el tema sin exigirle una explicación sobre su propio comportamiento. Estaba desconcertada al sentir aquel malestar traicionero en el estómago, la manifestación física de ese absurdo anhelo que todavía sentía por él.

Cuando volvieron junto a Mrs. Foster la encontraron conversando (si es que se le podía llamar así) con lady Mary y lady Smallpeace. Sophie deseó haberse dado cuenta de su presencia antes para evitarlas, pero como no lo había hecho se vio forzada a presentarles a Mr. Maitland.

Tenía un aspecto muy atractivo cuando sonrió a las dos damas, y Sophie pensó que nadie se resistiría a sus encantos. Y, tal como esperaba, la viuda esbozó aquella mueca ladeada que denotaba placer tan típica de ella cuando Mr. Maitland cometió un error crítico.

Se dirigió a la inusualmente callada lady Mary y le preguntó si le concedería el placer de bailar juntos la siguiente pieza.

Lady Mary se sonrojó de la cabeza a los pies y abrió mucho la boca por la sorpresa, pero antes de aceptar o negarse, su madre tuvo una reacción mucho más violenta.

—¡Será insolente! ¡Qué agallas! ¡Señor, mi hija no baila vals!

Estaba claro que la dama pertenecía a esa fracción de la sociedad que consideraba el vals una danza inmoral y envilecida.

—Le ruego que me disculpe —dijo Mr. Maitland todavía con una amplia sonrisa—. Tendría que haberme percatado de que no lo bailaba, si no ya habría estado en la pista.

Ni lady Smallpeace ni su hija supieron cómo contestar a aquella afirmación, y ambas contemplaron fijamente a Mr. Maitland como si fuera una especie extraña con la que nunca antes se habían topado. Él se limitó a despedirse de las damas con una sonrisa especial para Sophie y las dejó. Sophie lo vio unirse a la pista de baile con Priscilla, quien parecía deleitarse con su compañero, tal como debía ser, pues sin duda era el hombre más apuesto y encantador de toda la estancia.

Priscilla Beswick le hizo otra visita a Sophie a la mañana siguiente, tal como le había prometido, y la anfitriona se arrepintió en el alma de no haber concretado su encuentro con Miss Woodford. Aun así, comprendió que no podía rehuir a Priscilla para siempre, y aceptó dar un paseo con ella hasta una sombrerería cercana. Tan distraída estaba Priscilla con toda la mercadería que había expuesta en la tienda que casi se le olvidó el motivo por el que había visitado a Sophie en realidad, y la susodicha tuvo que recordárselo. En el camino de vuelta a la residencia de las Foster, pasaron por delante de unos jardines, y Sophie propuso dar un paseo por la floresta.

—Tanto caminar me ha dejado bastante agotada, Sophie, pero, si tantas ganas tienes de continuar un poco más con nuestro paseo, hay un vendedor de ropa de cama y mantelería al que no me vendría mal visitar...

Priscilla empezó a volverse para dirigirse a su nuevo destino, y Sophie la detuvo:

—En mi opinión, disfrutaremos de una mayor intimidad en los jardines. Para la conversación que tenemos pendiente.

—¡Ah! ¡Claro, tienes razón! ¡Es verdad! La conversación. Qué alegría que me lo hayas recordado. Vale, adentrémonos en los jardines.

No obstante, antes de entrar en los jardines, Priscilla se dirigió a su doncella y le dijo que continuara hasta la residencia de Miss Lattimore en Rivers Street, y que la esperara allí. Sophie añadió que le hiciese llegar a Jonas que ella misma había pedido que la hiciesen pasar a la cocina y le sirviesen lo que quisiera.

La doncella se marchó y Priscilla atravesó las verjas de los jardines, con las energías renovadas después de que Sophie le recordara cuál era su verdadero propósito, y Sophie se vio en la obligación de acelerar el paso para alcanzarla. Poco después de dejar atrás la entrada a los jardines, Priscilla vio un banco y Sophie la siguió hasta él.

—¿Estará demasiado sucio para sentarnos? —consultó a Sophie, pasando una mirada recelosa del asiento del banco a las impolutas faldas de su vestido. Con un movimiento rápido, Sophie se sacó un pañuelo del bolso y limpió el polvo del asiento. Pero, como Priscilla todavía lo observaba con el ceño fruncido y no tomaba asiento, Sophie colocó el pañuelo con sumo cuidado en el banco antes de indicarle con un gesto a su interlocutora que se sentara—. ¡Sophie, eres tan inteligente! ¡Piensas en todo! Confieso que esa fue la razón por la que supe que debía acudir a ti para que me ayudaras.

Sophie opinaba que el motivo real por el que le habían asignado esa tarea tan poco grata era

que había sido ella quien había «arruinado» la vida de Priscilla, pero no tenía intención alguna de recordárselo a la joven. Así que se limitó a preguntarle en qué podía ayudarla ella.

—Como escribir cartas se te da a las mil maravillas, se me ha ocurrido que podrías escribirle una a Charles. —Debió de notar la negativa inmediata de Sophie, pues se apresuró a añadir—: No, no te preocupes, jamás sabría que eres tú la autora. Podría tratarse de una carta anónima, como las que tanto te gusta redactar.

—Pero ¿por qué no le escribes tú misma una carta si quieres decirle algo? —planteó Sophie.

—Yo no podría escribirle. El caso es que no nos dirigimos la palabra. En nuestra última conversación, me exigió que no viniera a Bath.

—Y ¿viniste a pesar de su negativa?

—¿Cómo no iba a hacerlo después de que me lo prohibiera tan expresamente? No podía permitir que pensara que puede darme órdenes así como así. —Ante la expresión de incredulidad de Sophie, Priscilla le lanzó una mirada con cierto escepticismo—. Sophie, he de decir que estoy empezando a poner en duda los rumores de tu tan alta experiencia en el trato con caballeros.

—No te falta razón. Se ha exagerado mi experiencia, y con creces —le aseguró Sophie.

Priscilla se quedó paralizada, pero solo un instante.

—Vaya, bueno, estoy segura de que entre las dos nos las arreglaremos. Yo puedo darte la idea general de lo que quiero comunicarle, y tú puedes redactarla con ese estilo elegante tan tuyo. No tengo duda alguna de que eres muy capaz de hacerlo, pues he visto una muestra de tu obra —dijo Priscilla con cierta gravedad, y Sophie comprendió que, durante un tiempo, aquello sería la manzana de la discordia entre ellas.

—¿Cuál es esa idea general que quieres comunicarle? —inquirió Sophie, resuelta a evitar las preguntas más importantes hasta que tuviera claro si iba a participar o no en el plan.

—Bueno, he pensado que, si le explicaras el éxito que he cosechado aquí en Bath, que todos los caballeros hacían cola por bailar conmigo... Ya sabes por dónde voy —comentó la joven—, explicarle por qué debería venir a Bath cuanto antes.

—Vamos, en otras palabras, despertar sus celos —concluyó Sophie.

—¡Sí, exacto! —exclamó Priscilla con alegría—. Puede que no seas tan inepta como pensaba. —Pronunció esa frase como si de un gran elogio se tratara, y Sophie se imaginó que, siendo una mujer a la que le parecía romántico que la comparasen con una vaca, seguramente Priscilla pensara que sería un verdadero elogio decirle a una persona que no era un completo desastre—. Entonces, ¿accedes a escribir la carta? —preguntó Priscilla.

—Creo que deberíamos darle una vuelta a tu estrategia —respondió Sophie, y siguió hablando antes de que la joven pudiese protestar—: Si Charles tiene algo de cabeza, ya sabe todo lo que me acabas de pedir que escriba. No creo que recibir una carta anónima en la que le exponen el éxito que ha cosechado su esposa con otros caballeros lo anime a correr a tus brazos. O se enfada porque continúas contraviniendo su voluntad, o sospechará que la escritora anónima eres tú.

Escoja la opción que escoja, lo único que pasará es que aumentará su determinación de mantenerse alejado de ti.

La expresión de decepción que lucía Priscilla en el rostro se transformó en una de pavor reverencial.

—Al final resulta que los rumores eran ciertos. Sí que conoces bien a los hombres.

Para Sophie era la frase más irónica que alguien había pronunciado en la vida, pero no tenía intención de contradecir a la joven y que dudase de ella de nuevo.

—Soy mayor que tú, y he pasado gran parte de esos años observando a la gente. Sé algo más del comportamiento humano y ya está. Esto es lo que creo que tendrías que hacer...

Regresaron a la casa de Rivers Street y, al ver que las mujeres Foster se habían ido a la Pump Room, decidieron escribir la carta allí. A aquellas alturas, Sophie ya había logrado convencer a Priscilla de que carecía de sentido que fuese ella quien escribiese la carta; que debía firmarla la propia Priscilla. Si bien la joven, en teoría, aceptó ser ella la autora, después de haber desperdiciado dos hojas de papel y de quejarse largo y tendido, y a voz en grito, de la posibilidad de mancharse el vestido o las manos con la tinta, Sophie acabó escribiendo la carta en su nombre. Sin embargo, cuando Sophie anunció que había acabado, Priscilla cerró de buena gana el ejemplar de *La revista de las señoritas* que había estado leyendo con detenimiento mientras Sophie se esforzaba en la carta, y la firmó con su rúbrica.

Priscilla observó la carta con satisfacción.

—Creo que hemos hecho un gran trabajo, Sophie —señaló, si bien ella poco había contribuido en su redacción, por no decir más bien nada—. Charles no tardará en venir.

—¿He expresado bien tus sentimientos? ¿Lo echas de menos y añoras su compañía, y te arrepientes de haberte marchado tan airadamente?

—Por supuesto. Todo lo que has dicho sonaba de maravilla. Aun así, me pregunto si...

Sophie se inclinó hacia delante y cogió la carta que le ofrecía Priscilla, deseando que no fuese demasiado complejo de corregir.

—Si... ¿qué? —la animó a continuar.

—¿Crees que a Charles le habría gustado más la capota con el tul bordado? Quizá tendría que haber comprado esa en vez del sombrero con plumas de avestruz.

Y fue entonces cuando Sophie se dio cuenta de que aquella carta iba a darle tantos quebraderos de cabeza como la primera que escribió.

Si bien a veces Priscilla podía llegar a incordiarla, Sophie estaba empezando a cogerle cariño. La veía como una gatita traviesa: si te acercabas a acariciarla, nunca sabías cuál sería su reacción, si te bufaría o te ronronearía; pero, fuera cual fuese el caso, resultaba adorable. No obstante, a la

mañana siguiente Sophie salió a dar un paseo con Miss Woodford, y tuvo que reconocer que lo disfrutó muchísimo más. También salieron a caminar, pero en vez de ir a la sombrerería, visitaron la biblioteca, y a diferencia del día anterior, su conversación no se centró en un matrimonio desdichado, sino que hablaron de libros, obras de teatro y música. Sophie escuchó muchísimas cosas de las hermanas y los hermanos de Miss Woodford, y la envidió enormemente; por lo que le contaba, parecía que vivir en una casa de campo con cuatro hermanos era muy recomendable, aunque ello implicase tener menos dinero para salir.

Tan ensimismadas estaban en su conversación que las sorprendió sobremanera que empezara a llover mientras recorrían Milsom Street, mirando los escaparates de las tiendas sin prestar verdadera atención a lo que se exhibía en ellos. Ninguna de las damas había cogido paraguas, y la lluvia caía con fuerza, así que, sin expresarlo con palabras, ambas resolvieron que lo mejor sería entrar en la tienda más cercana, sin prestar atención a qué vendían en dicho lugar. A las dos mujeres les sorprendió ver que se habían precipitado a una zapatería especializada en botas, sobre todo en botas pensadas para una clientela masculina, o al menos con eso se toparon aquel día cuando entraron en el establecimiento jadeando y con los vestidos calados, para deleite de los hombres que se encontraban de compras.

Sophie y Emily (quienes ya habían empezado a tutearse) se quedaron paralizadas un instante, mientras uno de los hombres, de los más descarados, bromeó con que estaban lloviendo señoritas encantadoras. Las dos mujeres se volvieron para marcharse de inmediato, pero se quedaron consternadas al ver que fuera llovía a mares; tal era la intensidad con la que arreciaba la lluvia que a nadie se le ocurriría atreverse a salir.

Entonces Sophie oyó una voz que le resultó familiar.

—Miss Lattimore, ¿puedo ayudarla?

Cuando se giró, Sophie se encontró delante a Mr. Hartwell, cuyo aspecto angelical se intensificaba en la oscuridad y humedad de la tienda. El hombre lucía una expresión de preocupación en el rostro.

—¡Vaya, Mr. Hartwell! Qué alegría encontrármelo aquí —contestó Sophie con entusiasmo, y el caballero se ruborizó ligeramente, aunque, dada la palidez de su piel, era propenso a sonrojarse—. ¿Ya le han presentado a Miss Woodford?

Y, una vez más, Sophie se percató del desconocimiento total y absoluto que tenía de aquella alquimia extraña que era la atracción física. Pues, si bien Emily había conocido a sir Edmund dos noches antes, sin atisbarse el más mínimo cambio en sus formas, el hecho de conocer a Mr. Hartwell, un caballero menos apuesto que sir Edmund, pareció turbarla sobremanera.

Emily se lanzó a tenderle la mano, pero después la retiró antes de que el hombre pudiera cogerla e hizo una ligera reverencia, con la que casi perdió el equilibrio, y Sophie tuvo que ofrecerle la mano para que se estabilizara. Pero Mr. Hartwell fue más rápido; cogió a Emily del brazo y le dijo:

—Tenga cuidado, Miss Woodford. El suelo está mojado por la lluvia y puede usted

resbalarse.

El rostro de Emily se iluminó con una expresión de adoración, y ella le contestó:

—Muchas gracias, Mr. Hartwell. Es un verdadero placer conocerlo.

Sophie, quien se había pasado horas hablando con ella, se sobresaltó bastante al oír que la mujer contestaba en un tono efusivo y suave que no la había oído utilizar en ninguna de sus conversaciones previas. Mr. Hartwell se sonrojó un poco más y se aclaró la garganta. Con cuidado, apartó la mano del brazo de Emily y se alejó un par de pasos antes de dirigirse a Sophie.

—¿Le parece si les busco una silla? —le sugirió.

—¿No le importaría? —preguntó Sophie—. Pero no me parecería bien que saliera en medio de esta... —acabó la frase señalando la ventana que daba a la calle.

—Creo que mi sombrero tiene muchas más probabilidades de sobrevivir que los suyos —respondió Mr. Hartwell con una amplia sonrisa. Y, de hecho, en aquel mismo instante un trozo de encaje mustio de la capota de Sophie le cayó sobre el rostro—. Señoritas, espérenme aquí. —Después, se volvió a echar una ojeada a los caballeros que observaban la escena con gran interés—. Nadie las molestará —añadió en tono amenazador, y al instante el resto de los hombres desvió la mirada de las damas y todos aparentaron estar ocupados en sus quehaceres.

—¿No debería esperar a que amaine la tormenta? —le planteó Emily.

Pero la lluvia había escampado un poco mientras hablaban, o al menos lo suficiente para no equipararla con un diluvio de proporciones bíblicas.

—Le agradezco la preocupación. Pero creo que el día ya ha mejorado un poco —contestó Mr. Hartwell sonriéndole.

Miss Woodford era bastante alta, y Mr. Hartwell apenas le sacaba un par de centímetros, así que Sophie se preguntó si sería ese el motivo por el que Emily parecía capaz de sostenerle la mirada al caballero. Sophie empezaba a sentirse cada vez más incómoda, pero bien podría haber sido por el interior caldeado y abarrotado de la tienda, y no por el calor que manaba de su amiga.

Sophie no sabía si Mr. Hartwell estaba sintiendo la misma atracción hacia Emily; se comportaba con la caballerosidad y cortesía de siempre. Además, era consciente de que estaba realmente prendado de Cecilia, y no creía que fuese de esa clase de hombres que cambian sus atenciones hacia otra mujer tan a la ligera. De hecho, se sintió en la obligación de advertírselo a Emily antes de que la atracción que sentía por Mr. Hartwell se convirtiera en otra cosa y acabara en ridículo por mostrar su debilidad por él sin sutileza en público. Así que, cuando Mr. Hartwell se marchó y Emily se volvió a ella y exclamó: «¡Qué caballero más amable!», Sophie le contestó:

—Sí, siempre se muestra muy servicial. Es uno de los pretendientes de mi prima Cecilia.

Pero, ante dicha revelación, Emily se mostró más confusa que decepcionada.

—No termino de comprenderlo —comentó—. Pensaba que tu prima correspondía las atenciones de lord Courtney.

—Ya, bueno, mi prima todavía es muy joven —empezó a replicar Sophie, pero se percató de

que no había explicación que pudiera dar que justificara el comportamiento de Cecilia, y que todos los caballeros de la tienda parecían haber dejado sus quehaceres para escuchar su conversación con Emily a escondidas. Sophie decidió que era el momento de cambiar de tema y se lanzó a hablar de costura; era un asunto que no despertaría el interés de los hombres que tenían a su alrededor, y que tampoco les interesaba en demasía a ella y a Emily. Pero cumplió con su función para matar el tiempo mientras esperaban la llegada de las sillas de manos.

La noche siguiente, la prima y la tía de Sophie tenían planes y asistirían a un concierto en compañía de lady Smallpeace y su familia. Como Mrs. Foster iba a acudir al evento, no era necesario que Sophie fuese en calidad de carabina, pero, como era una mujer soltera, sus posibilidades se limitaban a acompañar a sus parientes o a quedarse en casa, así que decidió acudir al evento con la esperanza de encontrar allí una compañía más agradable.

Cuando hubieron acomodado a sus acompañantes en unos asientos libres, Sophie se quedó rezagada a propósito. Cecilia iba escoltada por su madre y lord Courtney, y Mrs. Foster tomó asiento junto a lady Smallpeace. Lady Mary se sentó junto a lord Courtney, así que Sophie eligió el asiento contiguo al de lady Mary; desde allí no tenía buena visibilidad para disfrutar de los músicos, pero estaba en el extremo de la fila y podía escapar con facilidad de ser necesario. Además, todavía quedaba sitio para que alguien se uniera en su compañía; si es que ese alguien quería, claro. Sophie no tenía claro quién prefería que se sentara a su lado hasta que, al levantar la mirada del programa impreso de la noche, vio que sir Edmund entraba en la sala.

No pudo reprimir la repentina mirada de gozo que le iluminó el rostro y deseó poder recobrar la compostura antes de que el hombre la viera, pero este miró inmediatamente hacia ella como si lo atrajera la mirada de la muchacha. Sir Edmund sonrió y emprendió el camino hacia Sophie; después, vaciló y comprobó con quién se hallaba sentada. Sophie pensó que no estaría de más darle un poco de aliento al hombre, pues en ese mismo momento tomó la firme decisión de que no había nadie en el mundo que quisiera que se sentara a su lado que no fuera sir Edmund. Así que, con sumo entusiasmo, le hizo un gesto con la cabeza que esperó que tomara como una invitación evidente por su parte para que se acercara a hablar con ella.

Sir Edmund retomó la marcha y, cuando llegó ante Sophie, la saludó con una reverencia.

—Buenas noches. ¿Está libre este asiento?

—Pues sí, la verdad. Puede sentarse si quiere —contestó Sophie, y sir Edmund tomó asiento a su lado.

Lady Mary se percató de su presencia y el hombre la saludó con un movimiento de cabeza, pero Sophie se sintió aliviada cuando la mujer retomó su conversación con lord Courtney tras limitarse a devolverle el saludo al caballero.

—¿No cree que podría haber... rumores si me siento con usted? —preguntó en voz tan baja que Sophie se vio obligada a inclinar un poco la cabeza hacia él para poder oírlo.

Al comprender el comentario que había hecho, y lo cerca que estaba del hombre, Sophie retrocedió apresuradamente, y sin querer, al hacerlo, le dio un empujón a lady Mary y tuvo que disculparse con ella.

Entonces, volvió su atención a sir Edmund, pero sus palabras habían apagado la alegría que sentía por su compañía. Sophie sintió que sus dos «pretendientes» (si es que alguno de los dos la estaba pretendiendo de verdad) tenían mucho que aprender del cortejo a las mujeres. Mr. Maitland no tenía muy en cuenta la opinión de la gente, y a sir Edmund le preocupaba demasiado.

—¿Rumores, sir Edmund? —inquirió ella—. Si solo estamos sentados el uno junto al otro en el banco de un concierto público.

—¿Acaso la he ofendido? Le ruego que me disculpe. Si lo recuerda, por eso mismo le pedí ayuda —expuso sir Edmund—. Soy todo un desastre en lo que concierne a la interacción con las damas.

Sophie se preguntó si no se habría mostrado demasiado comedida hasta entonces. Todavía no tenía claro si el caballero quería con ella algo más que una amistad, pero ¿cómo iba a saber él que ella aceptaría una relación más cercana si no se lo hacía saber? Sir Edmund era el único hombre, sin contar a Frederick Maitland, por el que Sophie había sentido una atracción tan intensa; pero, a diferencia de lo que sentía por Mr. Maitland, sir Edmund le gustaba muchísimo y le caía bien. Entonces tomó la decisión de olvidarse de la cautela.

—Sir Edmund, ¿me está diciendo usted que quiere aprender a coquetear?

Por un instante el hombre pareció sorprendido por el comentario de Sophie, pero entonces se le iluminaron los ojos con un claro brillo de interés.

—¿Me está ofreciendo unas clases sobre ese arte? —preguntó él bajando todavía un poco más la voz para que lady Mary no lo oyera.

A Sophie se le removió el estómago ante la voz ronca del hombre, y en ese momento se le pasó por la cabeza que estaba jugando con fuego. De pronto, se sintió muy apartada de los demás, en su rinconcito del salón oscuro, con la temblorosa luz de las velas resaltando ligeramente los perfiles del rostro del hombre y reflejándose en su mirada. A Sophie, sir Edmund siempre le había resultado muy atractivo, como bien se había reconocido a sí misma hacía poco, pero aquella noche, al verlo ataviado con el traje de etiqueta y oírlo hablarle tan de cerca con esa voz grave y ronca, Sophie se sintió como una pequeña polilla que revoloteaba alrededor de las llamas, a punto de quemarse las alas. Pero se recordó a sí misma que se había acabado lo de ser demasiado prudente.

—Sir Edmund, creo que está más versado en el tema de lo que dice estar —contestó al fin, después de que el silencio que se había asentado entre ellos resonase con fuerza en sus oídos, insoportable, por mucho que los fuertes latidos de su corazón lo llenasen.

—Pero carezco de experiencia en este arte, Miss Lattimore. Me pongo a su entera disposición —dijo, y por la expresión de su rostro quedó patente que era consciente del doble sentido de su

afirmación, y de lo contradictorio que resultaba con su supuesto desconocimiento en el juego del coqueteo.

—Veo que aprende rápido —lo elogió Sophie—. Aun así, su inexperiencia lo delata. Un verdadero experto le habría pedido a la señorita que compartiesen el programa del concierto.

Ambos bajaron la vista al papel que yacía en el regazo de la muchacha.

—Y ¿si tengo mi propio programa? —planteó él, y en el susurro había un deje de diversión.

—¿Tiene uno? —contrató Sophie.

Se oyó un crujido mientras sir Edmund doblaba a propósito su programa y se lo metía en el bolsillo del chaleco.

—Parece ser que lo he perdido, Miss Lattimore. ¿Podríamos compartir el suyo?

Sophie se alarmó un poco ante el descaro que había mostrado hasta el momento, pero no tenía intención alguna de echarse atrás. Se movió ligeramente para acercarse más a sir Edmund, con el programa en las manos, entre ambos, y el hombre inclinó la cabeza y la acercó a la de la muchacha. Sophie notó los ligeros resoplidos de sir Edmund y cómo le peinaban los rizos que le caían por la mejilla y el cuello, y el tacto de la pierna de él rozándole la suya. Se olvidó por completo de que se presumía que era ella quien debía estar enseñándole a él.

—Y ¿qué se supone que debo hacer ahora, Miss Instructora? —le susurró él al oído.

A Sophie no se le ocurrió nada, o al menos nada que le gustaría que él hiciese que fuese apropiado para una pareja no casada en un lugar público. Ni siquiera sabía si sería capaz de articular palabra, de tan superada que estaba por la cercanía del caballero. Al final, consiguió susurrar:

—Quizá podría comentar las maravillas que nos depara la noche.

—¿Se refiere a las que aparecen enumeradas en el programa del concierto, o a las que encuentro en los encantos de mi compañía? —preguntó él. Y, si bien se le había quebrado un poco la voz, como si a él también le fuese complicado conversar con toda naturalidad, a Sophie le pareció totalmente injusto que él pudiese contestarle mucho más rápido que ella.

Sophie ni siquiera podría haber afirmado que el programa estaba escrito en su idioma, pues las palabras se amontonaban en un revoltijo de letras ante sus ojos. Pero, al parecer, sir Edmund sí podía leerlo e incluso intentaba ver mejor lo que ponía, porque estiró la mano para coger la esquina de la hoja, y al hacerlo rozó la de Sophie.

La muchacha estaba tan turbada y nerviosa que, cuando justo en ese mismo instante la música empezó a sonar, pegó un bote de la sorpresa, y lady Mary se sobresaltó.

—¡Vaya, sir Edmund! —exclamó la mujer al percatarse de que estaban compartiendo el trocito de papel—. No tiene usted programa. Coja el mío, por favor, yo puedo compartirlo con mi primo.

Entonces le puso al caballero el programa que no le había pedido en la mano, sin dejar de parlotear hasta que uno de los asistentes que tenían detrás carraspeó.

Sir Edmund aguardó un poco después de que lady Mary se volviera y, entonces, le susurró a

Sophie:

—Ahora le toca a usted perder su programa.

Sophie, con los sentidos hiperestimulados por la música y la proximidad del hombre, no respondió con palabras, pero se echó hacia atrás hasta que pudo apoyar el hombro en el de él. Era como si la estuviese abrazando, pues él se había movido en su asiento y tenía el brazo justo detrás de la espalda de Sophie, y ambos se quedaron así sentados; Sophie se pasó gran parte de la noche sintiéndose más apreciada de lo que lo había hecho en los últimos años. Muy de vez en cuando, la mano o el pie de sir Edmund rozaban los suyos, y ella sentía un hormigueo delicioso. Sophie estaba mucho más pendiente de él que de la música, y en el camino de vuelta a casa en carruaje, acompañada de su tía y su prima, no fue capaz de animarse a hacer un comentario perspicaz sobre el concierto, aunque en su vida había disfrutado tanto de uno.

A Sophie le sorprendió que Mr. Maitland no hubiera asistido al concierto o que no se le hubiera visto por ninguna parte recientemente. No pensaba que pudiera haber coqueteado con sir Edmund de manera tan abierta bajo la sagaz mirada de Mr. Maitland, por lo que no sabía si lamentaba su ausencia o estaba agradecida por ella. A veces se sentía tan caprichosa como Cecilia, pues tenía a dos hombres pendientes de ella al mismo tiempo; pero la diferencia era que ella sí sentía una atracción verdadera hacia ambos, mientras que Cecilia apenas toleraba a lord Courtney. Otra diferencia era que Cecilia estaba segura de las intenciones de Mr. Hartwell, mientras que Sophie no estaba segura de nada. Le preocupaba que, si se esforzaba por unirse más a sir Edmund, acabaría perdiendo a Mr. Maitland y terminaría sola, pues era posible que sir Edmund no tuviera ninguna intención romántica con ella. Lo único de lo que estaba segura es de que estaba harta de vivir como la pariente pobre y la solterona. Estaba decidida a acabar su estancia en Bath comprometida. Solo que aún no estaba segura de con qué caballero.

Aunque había disfrutado mucho del concierto la otra noche, ahora le preocupaba haber cometido un grave error al ofrecerse para darle clases de coqueteo a sir Edmund. Porque, si él continuaba coqueteando con ella, ¿cómo iba a saber si era todo una actuación o si de verdad le importaba? También se sentía ridícula por haberle ofrecido instrucción en materia de romance, como si ella se creyera una Circe de la era moderna. No había nada más patético que una solterona cada vez más vieja que se daba aires, sobre todo si se tenía en cuenta que sir Edmund era especialmente apuesto y estaba claro que no necesitaba que ella lo guiara en la tarea de atraer a las mujeres. Por eso mismo, cuando reflexionaba acerca de aquella velada, estaba dividida entre sentimientos de humillación y de euforia.

Tampoco ayudó que, durante su encuentro después del concierto, tanto ella como sir Edmund actuaran con tanta timidez entre ellos. Sin embargo, era bien cierto que las circunstancias de ambos encuentros habían sido completamente distintas, pues el segundo no tuvo lugar en el oscuro salón del concierto, sino en la Pump Room durante la parte más soleada del día, donde estaban rodeados de gente bebiendo agua y contándose chismes.

Sophie paseaba con Emily Woodford cuando atisbó a sir Edmund. Sophie estaba empezando a tener en alta estima a Emily, sobre todo desde que ella había cumplido con su deber al presentarle al caballero y la muchacha había tenido la consideración de no enamorarse de él. Aun así, Sophie la habría tenido en más alta estima todavía si, cuando sir Edmund se unió a ellas, Emily hubiera recordado que tenía un compromiso urgente y los hubiera dejado pasear solos.

Porque estaba convencida de que la mayoría del recato de sir Edmund aquella mañana se debía a la presencia de Emily.

Como su amiga no había adquirido de forma milagrosa poderes de lectura de mente y no se había marchado, Sophie estaba resuelta a intentar que ella y sir Edmund se sintieran más cómodos en presencia del otro. Y estaba prosperando en su tarea de acercarlos cuando de repente Emily sacó el mismísimo tema con el que Sophie más incómoda se sentía.

Estaban hablando de los divertimentos locales cuando la muchacha le preguntó a sir Edmund si había asistido al concierto que se dio en los salones la velada anterior.

—Sé que tú estuviste allí, Sophie, aunque no volví a verte desde que abandonaste la sala octogonal. ¿Pudo usted asistir, sir Edmund?

—Sí que pude —contestó echándole una mirada con el rabillo del ojo a Sophie—. Lo disfruté mucho.

Sophie sintió que se sonrojaba, pero le aguantó la mirada a sir Edmund durante un segundo y compartieron una sonrisa secreta.

—¿De qué disfrutó más? ¿De los compositores italianos o los alemanes? —inquirió Emily para consternación de Sophie. No pensó que fuera a hacerle un examen acerca del contenido de un concierto al que no prestó atención alguna.

Sir Edmund la rescató diciendo que sentía debilidad por Pleyel y le preguntó a Emily cuál era su favorito. Por suerte, la muchacha podía hablar durante horas sobre música y tanto Sophie como sir Edmund la dejaron divagar acerca del tema mientras se lanzaban miradas furtivas de vez en cuando para ver si el otro estaba mirando antes de apartar la vista por la vergüenza de pillarse en el acto.

El secreto de la ausencia de Mr. Maitland se desveló al día siguiente cuando visitó a las damas en su alojamiento. No era el único visitante, pues la sala de estar ya estaba a rebosar cuando llegó y, después de presentar sus respetos a Mrs. Foster, saludó a lady Smallpeace y a lady Mary, quienes respondieron de forma tan diferente como siempre: Lady Smallpeace pareció sentirse agraviada y ofreció tensas proclamaciones, mientras que lady Mary reaccionó con confusión, se sonrojó y ofreció frases llenas de digresiones.

Mr. Hartwell y lord Courtney también estaban allí, al igual que Mrs. Beswick. En un principio, pareció que Mr. Maitland había ido a visitarlas para ver a Priscilla, pues la bañó en atenciones y pareció deleitarse con su compañía. Entretanto, Sophie intentaba desviar la atención de lord Courtney de Cecilia para que esta pudiera conversar con Mr. Hartwell, y lo estaba encontrando tan complicado que no pudo siquiera sentirse ofendida porque Mr. Maitland la ignorara. Cuando por fin llegó a donde ella se encontraba, lo que sintió fue principalmente sorpresa, pues estaba demasiado distraída pensando en lo estúpida que había sido Cecilia al aceptar las atenciones de lord Courtney para dejar de lado el afecto de Mr. Hartwell.

Aun así, se preguntaba adónde habría ido Mr. Maitland y le alegró que él saciara su curiosidad, aunque sentía que podría haberlo hecho de manera menos provocadora.

—¿Me has añorado? —preguntó mirándola con ternura a los ojos.

—Llevo días llorando —respondió Sophie de forma cortante y él se rio, tal como había esperado ella. No obstante, se notaba una incomodidad subyacente entre los dos, como si no pudieran evitar que les viniera a la mente la última vez que se marchó sin mediar palabra, y cómo ella había pasado no días, sino meses, llorando de verdad.

—He ido a Wiltshire. Tengo una granja de buen tamaño allí. La compré después de mi matrimonio —comentó antes de continuar a toda prisa, como si se hubiera dado cuenta de que la mejor manera de impresionarla no era recordándole su traición del pasado—. Normalmente, los niños se quedan allí con su niñera, pero en esta ocasión me los he traído conmigo a Bath.

Sophie se limitó a parpadear, no estaba segura de qué auguraba aquello.

—No me diga —replicó al final porque sintió que aquella era una buena respuesta neutral.

—Pues sí. Para que te conozcan —añadió en voz baja después de mirar rápidamente a su alrededor para asegurarse de que nadie los escuchaba.

—Sin duda estaré encantada de conocerlos. Como todos —declaró ella intentando que el gesto del hombre tuviera menos significado.

Mr. Maitland la miró sin mediar palabra durante un instante.

—No me vas a poner las cosas fáciles, ¿verdad, Sophie? —inquirió por fin antes de obsequiarla con una sonrisa confiada. Aquella sonrisa era peligrosa, al igual que la luz que se apreciaba en sus ojos—. Tampoco es que me importe. Me entusiasma la idea de ganarte. Mi tesoro —dijo con ternura, y entonces fue Sophie la que miró a su alrededor por temor a que tuvieran público. Porque esto parecía mucho más serio que un mero coqueteo, y de repente le invadió el pánico al pensar que si Mr. Maitland seguía comportándose de tal forma con ella en público, ya no tendría el lujo de decidir su futuro. Porque estaría sellado.

Más tarde descubrió que alguien sí que los había observado, cuando todos los invitados se hubieron marchado, su tía se subió a sus aposentos, y las únicas que quedaron en la sala fueron Sophie y su prima.

—Ruego que me disculpes si encuentras impertinente esta pregunta, Sophie, pero ¿ya se han zanjado las cosas entre tú y Mr. Maitland? —preguntó Cecilia.

Sophie miró a su prima y se dio cuenta de que tenía un aspecto pálido y lánguido. No creía que estuviera disfrutando mucho de su estancia en Bath últimamente, aunque tampoco le sorprendía, pues pasaba la mayor parte de su tiempo con lady Smallpeace y lord Courtney, quienes no eran precisamente una compañía muy agradable.

—¿Zanjado? ¿Te refieres a si nos hemos comprometido? —inquirió Sophie, y Cecilia asintió—. No, por supuesto que no. No pensarás que me prometería en secreto, ¿verdad? Si me pidieran

la mano, ten por seguro que lo anunciaría en los periódicos sin falta. —Esto último lo dijo en broma, aunque fingía su actitud desenfadada y se le había caído el alma a los pies con la pregunta de su prima.

—Sus atenciones parecen... muy directas. Desde luego, no pondrás todavía en duda si te va a pedir la mano —cuestionó Cecilia.

—Me quedarán dudas hasta que lo haga de verdad, supongo. Pero tienes razón, en esta ocasión parece ir en serio.

—Y ¿has decidido cuál será tu respuesta?

Sophie suspiró.

—He decidido... que no he decidido nada —reconoció con una sonrisa de pesar—. Si me pide la mano y todavía no me ha proporcionado una explicación acerca de su comportamiento en el pasado, se la exigiré antes de concederle mi respuesta. Pero, por alguna razón, la idea de comprometerme me llena de pánico, aunque una vez pensara que no sentiría mayor gozo que al convertirme en su esposa.

—Lo entiendo perfectamente —afirmó Cecilia—. Yo también siento pánico ante la idea de comprometerme.

Se quedaron en silencio un instante. Sophie estudió a Cecilia mientras su prima analizaba con la mirada perdida un retrato de una dama desconocida ataviada con una gorguera que venía con la casa, y volvió a pensar que nunca había visto a su normalmente despreocupada prima mostrarse tan alicaída. Deseaba hablar con Cecilia, pero le preocupaba que, si no escogía las palabras con mucha cautela, estas podrían instarla a tomar una mala decisión. También era consciente de que no estaba dándole el mejor ejemplo cuando sus propios asuntos románticos estaban resultando tan enrevesados. Incluso así, debía intentarlo.

—Yo tampoco deseo fisgonear, pero ¿es la idea de comprometerte con lord Courtney lo que te induce semejante pánico? —preguntó.

La joven asintió.

—Cecilia, si te sientes tan desdichada tan solo de pensar en casarte con él, ¿por qué sigues animándolo en su cortejo?

Parece ser que aquellas no eran las palabras adecuadas, pues su prima irguió la espalda y frunció el ceño al mirarla.

—Como bien sabrás, prima, es el soltero de oro de mi generación.

—Soy consciente de ello, y me parece un disparate enorme. ¿Por qué? ¿Porque es rico? ¿Porque hace trescientos años sus ancestros sobornaron a un rey sifilítico para que les concediera un título? Vivirás con un hombre, Cecilia. No con su fortuna ni con su título.

—Como si fueras la indicada para darme consejo. ¿Crees que no he visto como alientas las atenciones de sir Edmund al mismo tiempo que tienes a Mr. Maitland en la palma de la mano? Estas jugando a algo peligroso, Sophie, así que te advierto que te encargues de tus propios asuntos antes de criticar los míos.

Cecilia salió hecha una furia de la sala y Sophie se quedó sola con la dama de la gorguera. Se dio la vuelta para mirar el retrato.

—Espero no haber insultado a sus familiares hace un rato. Y tal vez me haya equivocado en la cantidad de años que hace desde que el rey sifilítico le concediera al antepasado de lord Courtney un título. Estoy segura de que lady Smallpeace podrá esclarecerlo.

Después, al darse cuenta de que no estaba muy bien visto conversar con un objeto inanimado, Sophie también se marchó de la sala.

Antes de que pudiera conocer a los hijos de Mr. Maitland, tuvo el honor de que le presentaran a otra persona. Mr. Beswick había llegado a Bath y Priscilla lo llevó a Rivers Street al día siguiente. Primero envió una nota a Sophie para pedirle permiso para visitarlas, y como Cecilia y Mrs. Foster tenían su ya habitual cita con sus amigos en la Pump Room, Sophie les dijo que fueran sin ella porque se quedaría en casa para recibir a los Beswick.

Le preocupaba un poco que Mr. Beswick estuviera enfadado con ella por la intromisión en sus asuntos, pues no sabía si contaba como una bendición o una maldición que hubiera ganado la mano de Priscilla en matrimonio, sobre todo si se tenía en cuenta la actitud de esta desde entonces. Pero, cuando los presentaron a ambos en la sala de estar, su humor, aunque no era precisamente agradable, no parecía estar causado por el resentimiento hacia Sophie, sino por la obligación de haber tenido que viajar hasta Bath.

Sophie solo había visto a Charles Beswick en una ocasión en un salón de baile mal iluminado y durante poco más que unos minutos, por lo que seguramente no lo habría reconocido si se lo hubiera cruzado por la calle. En ese momento tuvo tiempo de analizar su apariencia y vio que tenía el aspecto de un caballero hacendado, o al menos el de alguien que pasaba gran parte de su tiempo en el exterior. Era moreno y llevaba la camisa y el cuello de la chaqueta más bajo que ningún otro caballero que Sophie conociera. Aun así, no parecía pasado de moda. Su aire informal y despreocupado daba a entender que no le importaba la opinión de los demás, marcando así sus propias tendencias.

Pero, desde luego, desentonaba al lado de Priscilla, pues ella siempre parecía salida de una ilustración de las páginas de *La Belle Assemblée*. Aquel día lucía incluso más glamurosa de lo habitual, pero sus esfuerzos parecían pasar desapercibidos para Mr. Beswick, quien no daba señales de reconocer o interesarse por el hecho de que Priscilla fuera ataviada con las últimas tendencias.

No parecían haber resuelto sus diferencias. Después de que Priscilla le hubiera presentado a Mr. Beswick y Sophie hubiera invitado a sus visitantes a sentarse, un silencio incómodo invadió la sala. La situación no mejoró cuando Sophie le preguntó al caballero por cuánto tiempo disfrutarían del placer de su compañía allí en Bath.

—¡Placer! ¡Ja! —exclamó Mr. Beswick para sorpresa y espanto de Sophie. Priscilla se

apresuró a tratar de limar asperezas.

—Charles tiene unos prejuicios nada razonables en contra de Bath, aunque nunca ha estado aquí más de dos días.

—Está atestado de gente, cosa muy inconveniente para viajar en carruaje.

—Tengo entendido que hay muchas zonas hermosas por las que pasear —repuso Sophie.

—Prefiero ir en carruaje —espetó Charles.

—Le dije a Charles que en cuanto haya asistido a un acto en los salones o haya tomado las aguas en la Pump Room, acabará encantándole este lugar tanto como al resto de nosotros —comentó Priscilla.

Sophie no creía que ninguna de esas dos actividades fuera a cambiar la opinión negativa que tenía Mr. Beswick de Bath. Pero justo cuando la muchacha creía que estaba destinada a sentir una irrevocable aversión por él, Mr. Beswick pareció hacer su mal humor a un lado. Sonrió a Priscilla con afecto y dijo:

—Ay, Pris, pensaba que me conocías mejor. —Priscilla se sonrojó ante su comentario y le devolvió la sonrisa con adoración, por lo que Sophie tuvo la esperanza de que la pareja estuviese más cerca de reconciliarse de lo que había pensado. Pero entonces Mr. Beswick continuó—: No tengo la intención de asistir a ninguno de esos lugares.

Sophie sintió que su comparación de Priscilla Beswick con una gatita traviesa nunca había estado más acertada, pues arrugó su preciosa naricilla y de repente curvó los dedos, con lo que sus manos adquirieron el aspecto de pequeñas zarpas. Sophie se apresuró a interceder diciendo:

—Mr. Beswick, por favor, no desestime las atracciones locales tan pronto. Supongo que es usted un caballero que prefiere actividades deportivas. Priscilla tiene un gran círculo de amigos aquí en Bath, algunos de los cuales comparten los mismos gustos que usted. Estoy segura de que podremos organizar algún evento que sea de su agrado.

Charles parecía dispuesto a aceptar la rama de olivo e inclinó la cabeza hacia Sophie. Priscilla, en cambio, parecía decepcionada y replicó:

—Pero... yo prefiero bailar.

La expresión malhumorada de su marido volvió a aparecer ante el comentario, y Sophie dio pie de inmediato a una conversación insípida acerca del tiempo, cosa que hizo que sintiera una repentina simpatía hacia lady Mary.

La siguiente presentación que tuvo Sophie fue la de los niños de Mr. Maitland, lo cual fue un evento mucho más grande y público. Mr. Maitland había organizado un desayuno en los jardines Sydney, con té, fiambres y bollos servidos en una sala de refrigerios privada. Por supuesto, Sophie no podía ser la única persona presente que no formara parte de la familia de Maitland, a excepción de su niñera, y tampoco deseaba pasar el día *tête-à-tête* con ellos. De ahí que Mr. Maitland también hubiera invitado a ambas Foster y a sus nobles amigos. Lady Smallpeace

declinó la invitación que le había hecho, pues no sentía la necesidad de mostrar tal benevolencia a un simple «Mr. Maitland» de ninguna parte en particular que no pudiera mencionar familiares de los que ella hubiera oído hablar. Pero, para su sorpresa, lady Mary y lord Courtney sí que aceptaron la invitación y asistieron, al igual que Priscilla y Charles Beswick. Sophie adivinó con gran astucia que Mr. Maitland había invitado a Priscilla antes de enterarse de que su marido iba a venir, y que no pudo retirar la invitación tras descubrir que lo iba a llevar con ella. Aunque Sophie creía que Mr. Maitland sí que la estimaba y su pedida de mano parecía inminente, también sabía que disfrutaba de la compañía femenina mucho más que de la masculina. Sobre todo de aquellas mujeres que tenían un aspecto encantador, como Priscilla.

Y Priscilla se había superado. Siempre iba impecablemente vestida, pero el conjunto que vestía aquel día se podría haber expuesto en una galería de arte y la gente habría pagado para verlo. El vestido y el *spencer* a juego eran de un verde vibrante, un tono que no podría complementar mejor el de sus ojos y su cabello. El *spencer* estaba revestido de seda negra, y por encima del cuello sobresalía otro cuello de encaje blanco erguido que le enmarcaba la cara. Sin embargo, su sombrero era lo que se llevaba la palma, y ella con buen tino había dejado que el resto del conjunto fuera relativamente simple para que el sombrero captara todas las miradas. Era un tocado con complejos bordados también negros y plumas de garceta de color negro y verde que se exhibían con orgullo en la parte más alta del complemento. A uno de los lados había sujetado con ganchos un airón redondito de color blanco adornado con unas bayas verdes.

Era lo más hermoso que había visto Sophie en la vida, pero se preguntaba por qué había decidido llevarlo a los jardines. Una banda se lo mantenía sujeto a la cabeza, pero no tenía lazos, lo que le hizo pensar que, si soplaban vientos fuertes, Priscilla tendría que agarrarlo con mucho cuidado.

Al mismo tiempo, los zapatos de la muchacha no parecían ser los más cómodos para caminar, por muy elegantes y muy verdes que fueran para ir a juego con su vestido. Sophie se alegró de haber elegido unas botas de media caña resistentes y su capota de paja favorita, aunque su conjunto no le hiciera sombra al de Priscilla Beswick.

Mr. Maitland había invitado a otro caballero soltero, Mr. Andrews, para que las damas no superaran en número a los hombres. De los cuatro caballeros presentes, Mr. Beswick era el único que no quedaba totalmente opacado por el atractivo físico de Mr. Maitland, y estaba casado. Aunque Sophie no sabía si Mr. Maitland había organizado todo de aquella forma a propósito, no podía negar que, comparado con lord Courtney y Mr. Andrews, Mr. Maitland parecía el pináculo de la perfección masculina, el galán con el que toda mujer soñaba.

Desde luego, no había invitado a sir Edmund. Sophie se dijo a sí misma que le alegraba que no estuviera presente. Necesitaba olvidarlo de una vez por todas y superar ese extraño anhelo que sentía por su compañía. Mr. Maitland era todo lo que había querido desde que tenía dieciocho años. ¿No era así? ¿No era eso lo que quería? Por todos los cielos, todavía no lo sabía. Esperaba que después de aquel día por fin obtendría una respuesta.

Sophie intentó calmar los nervios que le causaba pensar en conocer a los hijos de Mr. Maitland y se recordó que no podía dotar a la ocasión de demasiada importancia o no conseguiría comportarse de forma natural. (Ya concebía el evento como cualquiera vería una visita al dentista.) Mas, cuando ella y las Foster llegaron a los jardines de recreo, la mayoría de los invitados ya estaban presentes y hubo un gran revuelo para escoger los sitios y saludarse los unos a los otros. Ella se sintió agradecida, pues el hecho de que hubiera tanta gente le permitió relajarse un poco y fundirse con el decorado.

Los niños estaban con la niñera y parecían totalmente indiferentes a la presencia del resto de los adultos que los rodeaban. Sophie ya sabía por Mr. Maitland que su hija Jane tenía seis años y que su hermano pequeño, Frederick, nombrado así por su padre, tenía tres. Freddie se parecía mucho a Mr. Maitland y era un niño precioso, con los ojos del mismo color azul brillante que los de su padre y una sonrisa precoz. A Sophie no le sorprendió nada descubrir, a medida que pasaba el día, que era completamente capaz de manipular a las damas allí presentes, incluida ella, para que le dieran cualquier cosa que su corazoncito deseara.

Su hermana no era tan hermosa ni encantadora. Sophie no era experta en niños, pero pensó que Jane parecía muy pequeña y delgada para su edad, con el rostro enjuto y pálido, y una actitud malhumorada. Cuando Sophie se enteró de que Mr. Maitland tenía hijos, se había imaginado que Jane y ella sentirían una conexión inmediata al conocerse, pues suponía que la niñita echaría de menos a su madre y estaría feliz de tener una amiga mayor que ella. Y aunque era cierto que sintió afinidad con una dama mayor que ella, por desgracia esa dama no era Sophie.

Mr. Maitland les presentó a los niños sin mucha parafernalia, señaló la esquina en la que estaban sentados con la niñera y anunció a nadie en particular:

—Ese diablillo de ahí es Frederick, y la jovencita es Jane.

La gente asintió y sonrió, pero Priscilla exclamó:

—¡Qué niño más hermoso! Es una versión suya en miniatura, Mr. Maitland. ¡Qué peculiar!

Sophie se estremeció ante el comentario, pues estaba segura de que la pobre Jane lo oiría a todas horas y debía de ser un tema sensible para ella que su hermano recibiera todas las atenciones. Por eso, se acercó a la chiquilla, se agachó y le habló:

—Es un gran placer conocerte, Miss Jane. Cielos, qué bolso tan bonito llevas. ¿Me dejas verlo?

Sophie alargó la mano, pensando en agarrar el bolsito durante un instante y devolvérselo después de haberlo admirado un rato, pero Jane la miró como si fuera la reencarnación del demonio y gritó:

—¡No!

Después se apartó de Sophie y enterró el rostro en las faldas de su niñera.

Esta reprendió de inmediato a la niña, que empezó a llorar, y Sophie se vio forzada a intervenir:

—Ay, no, no la regañe, por favor.

No recordaba haberse sentido tan avergonzada en toda su vida y no tenía claro cómo salir del aprieto.

La situación mejoró un poco cuando Freddie la señaló y chilló:

—¡Mujer guapa!

A cada minuto que pasaba, se parecía más a su padre. Agradecida por caerle bien al menos a uno de los hijos, Sophie le sonrió y respondió:

—Gracias, señor, es usted muy amable.

Después se levantó y se alejó de los niños. Estaba claro que los demás también sentían vergüenza ajena por ella, y Cecilia intentó restarle importancia al incidente comentando la probabilidad de que la lluvia les diera tregua en lo que quedaba del día, pero sus esfuerzos fueron en vano cuando lord Courtney comentó en voz alta:

—Seguro que la niña pensaba que Miss Lattimore quería robarle el bolso.

A Mr. Maitland parecía no haberle afectado el incidente en lo más mínimo, se comportaba como si no hubiera ocurrido nada desagradable y, en general, actuaba como si los niños no estuvieran presentes. Sophie se acurrucó en su asiento, deseaba estar en cualquier parte menos allí y no contribuyó a la conversación. Su humillación fue total cuando Jane, recuperada de su berrinche, se acercó hacia lady Mary y le entregó su bolso y dijo:

—Tú sí que puedes cogerlo.

Lo pronunció con una mirada triunfal en dirección a Sophie y con la primera sonrisa que esta había visto en el rostro de la niña.

Jane se pasó el resto del día junto a lady Mary, a pesar de los arduos intentos de su niñera por evitarlo, convencida de que la niña de seis años estaría molestando a la aristócrata. Sin embargo, lady Mary la tranquilizó diciéndole que disfrutaba pasando el tiempo con la niña, y parecía que a la mujer la complacía la más que evidente preferencia de Jane por su compañía.

Cuando todos acabaron de desayunar, Mr. Maitland preguntó a sus invitados qué les gustaría hacer.

—¿Qué les parecería dar un paseo por el laberinto? ¿Miss Lattimore?

Al alzar la mirada, Sophie descubrió que el hombre le estaba tendiendo el brazo. La muchacha asumió que Mr. Maitland tenía en mente dejar a los niños en la sala privada de refrigerios, y la satisfizo la oportunidad de marcharse del escenario de su humillación. Pero le parecía demasiado atrevido abandonar al resto del grupo y pasear por la zona con Mr. Maitland.

—Me encantaría —contestó Sophie—. ¿Alguien más gusta de acompañarnos?

Sophie apoyó la mano en el brazo que le ofrecía Mr. Maitland mientras los Beswick discutían si querían salir a pasear o no. Al principio, a Priscilla no le interesaba en lo más mínimo por el esfuerzo que supondría, y afirmaba además que aquel era un día demasiado caluroso; pero Charles le contestó que no tenía intención alguna de pasarse la tarde sentado comiendo bollos y bebiendo té.

—Y te vendría muy bien pasear un poco —agregó Mr. Beswick—. Antes eras una gran aficionada a los paseos, pero ahora apenas llegas a dar diez pasos al día.

—Pero... un laberinto... —se quejó Priscilla con los ojos abiertos como platos—. ¿Y si nos perdemos?

En un ademán triunfal, Mr. Maitland agitó un trozo de papel en el aire.

—He comprado un mapa en el comedor.

—¡Qué inteligente es usted! —exclamó Priscilla juntando las manos y llevándoselas al pecho.

—Es un paseo muy agradable, y hay un columpio en medio del parque —le comentó Sophie.

—Un columpio de Merlín, para ser preciso —añadió Mr. Maitland—. Mi intención era montarme en él con Miss Lattimore, pero cabemos los cuatro sin problema.

—De Merlín —repitió Mr. Beswick, y su gesto de aburrimiento dio paso a uno de entusiasmo—. He visto alguno que otro de sus artilugios mecánicos. ¿Dice que ha sido él quien ha diseñado ese columpio? Me interesa mucho verlo.

Mr. Beswick nunca antes había lucido un aspecto tan favorecedor como en aquel momento,

con un entusiasmo y una inteligencia de naturaleza bondadosa en el rostro; al verlo así, Sophie llegó a comprender por qué se había enamorado Priscilla de él. Solo esperaba que Priscilla mirase a su marido con la misma admiración con la que observaba a Mr. Maitland.

Antes de emprender su marcha, Mr. Maitland se volvió al resto de los invitados y les hizo algunas sugerencias para que disfrutaran de la mañana. Y por primera vez, Sophie empezó a deleitarse de aquel día y del lugar en el que estaba.

A la muchacha le encantaban los jardines Sydney, aunque solo había podido visitarlos un par de veces desde su llegada a Bath, pues la tía Foster prefería la Pump Room. Y todavía debía asistir a una de las veladas nocturnas en que, al parecer, iba a haber un espectáculo de fuegos artificiales y otras diversiones para los asistentes. Durante sus paseos por los jardines con su prima, Sophie había visto un pabellón que bien podría haber salido de la antigua Grecia, un puente de hierro de estilo chino que se extendía por el canal, e incluso un castillo falso que contaba hasta con un foso. Sophie y Cecilia se habían aventurado también a entrar en el laberinto, aunque no se habían montado en el columpio. Había que pagar entrada para ambas cosas, y si bien solo eran un par de chelines, en su anterior visita a Sophie le había parecido que no tenían tiempo para ello.

Y pasear por el laberinto con un apuesto pretendiente era mucho más emocionante que recorrerlo con su prima. Sophie casi se arrepentía de haber invitado a los Beswick en su excursión.

Pero Mr. Maitland, en cambio, no parecía desanimado por la presencia de la pareja de recién casados. Priscilla Beswick, por mucho que en el pasado disfrutara de los paseos, no parecía muy ducha en el tema y a Mr. Maitland no le costó nada poner algo de distancia entre ellos y los Beswick; estaban lo bastante lejos como para que el caballero pudiese hablarle en voz baja a Sophie sin temor a que oyeran su conversación.

—Bueno, ¿qué te parecen mis hijos? Por desgracia, la pobre de mi Jane tiene cierto parecido con su madre, pero Freddie es una auténtica monada, ¿no crees?

Sophie no tenía muy claro cómo responder a ese comentario, pues a su parecer era un insulto implícito tanto hacia su difunta esposa como hacia su hija. Y se le cayó el alma a los pies ante la necesidad de expresar con franqueza el desagrado que había despertado en la niña.

—Freddie es un niño de lo más encantador, es verdad, pero seguro que se ha percatado de la antipatía que he despertado en su hija —dijo.

Mr. Maitland le restó importancia al asunto con un ademán y una risilla.

—¿No te he dicho que se parecía a su madre? Siente aversión por todas las mujeres atractivas. Creo que le preocupa que vuelva a casarme. Con el tiempo se le pasará.

—A mí me ha parecido que lady Mary le caía bien.

—No es que lady Mary sea una belleza —replicó él—. De hecho, me recuerda a mi primera esposa. —Maitland se calló por un momento antes de tener lo que parecía una epifanía—. ¡No he

dejado de preguntarme por qué lady Mary me resultaba tan familiar, como si ya la conociese de antes! Quizá mi esposa y ella eran primas, se parecen mucho.

—Igual debería comentar con lady Smallpeace sus sospechas de que Mrs. Maitland estaba emparentada con ella —sugirió Sophie en broma, aunque le resultaba un poco incómodo hablar de la difunta esposa de Maitland—. Tenga por seguro que se ganaría su aprobación al saber que tuvo la agudeza de casarse con uno de sus familiares cercanos.

—Jamás me atrevería.

—¿A casarse con alguien de su familia o a decírselo? —preguntó Sophie.

—Ni lo uno ni lo otro —respondió Mr. Maitland.

Cecilia se quedó en la habitación privada con los dos caballeros menos apuestos del grupo, su madre, los niños y la doncella que los cuidaba. No pudo evitar sentir que su debut, que tanto parecía prometer hacía apenas unos meses, había acabado por no cumplir ni por asomo con sus expectativas.

Cecilia empezaba a pensar que se vería en la necesidad de reconsiderar su idea del amor y el matrimonio. Quizá había permitido que su madre influyera demasiado en ella y que su concepto del matrimonio perfecto se centrara de forma desmesurada en el linaje y los bienes materiales del futuro marido, como bien había puntualizado Sophie. Cecilia se había percatado de que se había planteado su debut como una competición y que quería ser la joven que se llevara a casa el premio marital más grande de todos. Pero entonces se dio cuenta de que había sido muy ingenua. En sus elucubraciones infantiles sobre el tema, había dado por hecho que un hombre adinerado con un título ilustre sería automáticamente una persona digna de su amor y respeto, y que no le costaría nada dárselos. Pero tras haberse relacionado con lady Smallpeace y lord Courtney, había aprendido que los títulos y el linaje no garantizaban un espíritu noble y refinado de verdad.

Y añoraba a Mr. Hartwell. De vez en cuando todavía se veían, pero parecía que las atenciones que el hombre tenía para con ella se habían enfriado. Por ejemplo, la noche anterior le había pedido un solo baile y, durante este, Mr. Hartwell apenas había sonreído. Y habían pasado ya tres días desde su última visita, si bien Cecilia se había acostumbrado a encontrarse al caballero casi a diario en su sala de estar. Al pensar en lo servicial que siempre se había mostrado con ella y en los muchísimos actos de generosidad que había tenido no solo con ella, sino también con su familia, Cecilia empezó a sentirse avergonzada de haberse tomado dichas ofrendas con tan poco interés y consideración. Solo en aquel momento, al verse sin ellas, pudo la joven apreciar el verdadero valor de esos gestos, así como al hombre que los había tenido con su persona.

En aquel mismo instante, Cecilia, quien observaba el jardín de forma distraída, vio a Mr. Hartwell caminando por el camino de gravilla en su dirección, y lo primero que pensó fue que su presencia en aquel lugar se debía a lo mucho que lo añoraba. La joven pestañeó un par de veces, pero, al acabar, él seguía allí, esbozando una cariñosa sonrisa tímida.

Pero no le sonreía a ella. Mr. Hartwell iba acompañado de dos mujeres, una a cada brazo del caballero: Mrs. Woodford y su nieta, Emily. Y era a Emily Woodford a quien iba dirigida la sonrisa del hombre.

Como si Mr. Hartwell sintiera el peso de la mirada de Cecilia sobre su cuerpo, la miró directamente a ella y vio que lo estaba observando. Al verla, el rubor se adueñó de su rostro pálido, pero entonces el hombre inclinó la cabeza y sonrió en un intento por mostrar un aire despreocupado. Le dijo algo a Miss Woodford, quien desvió la atención a Cecilia y empezó a saludarla y sonreírle. Pero Cecilia desterró ese pensamiento de inmediato, pues en su fuero interno era plenamente consciente de que Emily Woodford era una joven dama digna de estima, y era evidente que también mucho más perspicaz que ella.

Mr. Hartwell y las mujeres Woodford se pararon en la sala privada para saludar al grupo que allí descansaba. La madre de Cecilia también se sorprendió al ver a Mr. Hartwell con Miss Woodford, y miró enseguida a su hija para observar su reacción. Cecilia intentó mostrarse inmutable ante la aparición de su antiguo pretendiente con otra mujer del brazo, pero se preguntó si no se estaría delatando todavía más con su actitud indiferente, así que adoptó una postura más animada y parlanchina. Les explicó que Sophie, Mr. Maitland y los Beswick se habían ido a dar un paseo por el laberinto y, olvidándose de que Miss Woodford se conocía Bath mucho mejor que ella, le sugirió que lo visitara. Temió ver un atisbo de lástima en el rostro de Emily Woodford cuando le contestó:

—Ya lo he visitado y me ha encantado. —Entonces Miss Woodford se volvió, le lanzó una mirada coqueta a Mr. Hartwell y añadió—: Pero quizá a usted, Mr. Hartwell, le gustaría aventurarse a conocerlo.

En vez de contestar, Mr. Hartwell se volvió a Cecilia y sus miradas se cruzaron; la fachada distante de la joven desapareció por un segundo y en su rostro quedaron claramente expuestos los sentimientos encontrados que estaba teniendo. El gesto del caballero se suavizó un poco, pero entonces lord Courtney escogió esa ocasión tan inoportuna para hacer notar su presencia con tres rápidos estornudos seguidos, y al decir:

—Ruego que me disculpen. Hay algo que me hace cosquillas en la nariz. Seguramente sea culpa de esta maldita vegetación.

Tras ese comentario, Mr. Hartwell y sus acompañantes se despidieron, y Miss Woodford le pidió a Cecilia que, por favor, le dijera a Sophie que se pasaría pronto a verla.

Después de que se marcharan, Mrs. Foster se volvió para hablar con su hija, pero no hizo comentario alguno al ver la sonrisa congelada en el rostro de Cecilia. Más tarde, observando que entre su hija y su noble pretendiente reinaba un silencio incómodo y violento, que solo conseguían romper las necedades y absurdos que decía lord Courtney, Mrs. Foster también llegó a una desagradable conclusión.

Sophie no recordaba que el camino al centro del laberinto fuese tan largo, y se preguntó si se debería a que se habían visto obligados a moderar el paso para complacer a Mrs. Beswick. Charles estaba empezando a frustrarse, y Sophie podía llegar a entenderlo, a pesar de que en su opinión era más probable que el origen del problema fuesen los zapatos que llevaba Priscilla, y no la joven en sí.

—Priscilla, ¿es menester que camines tan despacio? —oyó Sophie que le preguntaba Charles a su esposa, con el tono de un hombre que ya ha aguantado suficiente.

—Voy a un paso elegante, eres tú quien camina demasiado deprisa.

—Pues Miss Lattimore también camina a un paso elegante y no parece un caracol como tú —repuso Charles, y Sophie se quedó desconcertada al ver que era ella la manzana de la discordia entre la pareja. Parecía que se pasaban la vida discutiendo. Sophie no llegaba a entender cómo habían pasado el tiempo suficiente sin discutir para enamorarse y casarse.

Mr. Maitland se detuvo y se giró para quedar cara a cara con la pareja.

—Cuando una señorita es la viva imagen de la belleza, como es el caso de su esposa, Mr. Beswick, un hombre se deleita en la oportunidad de contemplarla, y no debe quejarse al disponer del tiempo para hacerlo. —Mr. Maitland puso el broche de oro a esa muestra de cursilería con una reverencia ante Priscilla.

Sophie no consideró que Charles Beswick agradeciese el comentario, y a ella misma le resultó asimismo un poco molesto. Por ende, no se sintió tan sumamente decepcionada como habría pensado cuando Charles Beswick dijo:

—Muy bien, señor. Pues vaya usted con ella. —Se alejó de Priscilla, caminando hacia Sophie, y le ofreció el brazo—. ¿Miss Lattimore?

Sophie aceptó el brazo del hombre sin hacer ningún tipo de comentario, y Mr. Maitland, si bien miró a Sophie con pesar, estiró el brazo para ofrecérselo a Priscilla.

Mr. Beswick retomó la marcha con paso enérgico, y Sophie tuvo que acompasar sus pasos a los del hombre. Contrariamente al comentario que había hecho Priscilla sobre que hacía demasiado calor para dar un paseo, Sophie se había enfriado un poco, pues el día estaba nublado y el sol se había escondido tras una nube. Así que, en su opinión, el aumento de movimiento era bastante tonificante y le serviría para entrar en calor. Pero, al cabo de unos minutos, Charles redujo el paso y se volvió a mirarla con el ceño fruncido.

—Creo que debería disculparme con usted, Miss Lattimore. Seguramente habría preferido caminar en compañía de Mr. Maitland.

—No tengo quejas, la verdad —respondió Sophie.

—Es muy amable por su parte, pero soy consciente de que estoy haciendo gala de un comportamiento pueril. —Sophie no contestó y, tras un instante de pausa, el hombre continuó—: Imagino que se preguntará por qué Priscilla y yo... Verá, Miss Lattimore, conozco a Priscilla desde que éramos niños. Yo soy un par de años mayor, y ella «solo» era una chica, así que, como es evidente, no tenía tiempo para ella. —El ceño fruncido desapareció, y se transformó en una

sonrisa afectuosa y nostálgica—. Pero, cuando volví a casa de la universidad, literalmente se impuso en mi presencia. Montaba más rápido, corría más kilómetros... —Se detuvo y sacudió la cabeza con incredulidad—. Debería haberla visto a lomos de un caballo, Miss Lattimore, con el viejo traje de montar, y los mechones de pelo escapándosele de la capota. Para mí, así estaba mucho más hermosa que la noche que la vi en Londres, con ese vestido de gala tan caro, con una decena de petimetres a sus pies.

Sophie se quedó atónita ante la imagen de Priscilla que el hombre acababa de describir. La muchacha jamás se habría imaginado que a la esposa de Mr. Beswick pudiese interesarle cualquier tipo de actividad física. Si aquella mujer era la joven con la que Charles había pensado que se casaría, ¿no era lógico que se sintiese decepcionado ante la delicada y atildada mujer que la había sustituido?

—Soy consciente de que usted abogó por nuestro compromiso, Miss Lattimore, y en aquel momento se lo agradecí en demasía, pues amaba a Priscilla con todo mi ser y me había vuelto loco al pensar que podía perderla. Pero... —titubeó, y el gesto lúgubre se adueñó otra vez de su rostro— ¿es posible que ya la haya perdido? ¿Dónde está la muchacha de la que me enamoré? Ya no le interesan los divertimentos que compartíamos, solo quiere hablar de volantes y faralaes, de pretendientes y habladurías de la alta sociedad, y espera que le haga elogios a su aspecto asiduamente. Y a mí no podrían importarme menos esas banalidades. ¡Es como para hacer que un hombre se dé a la bebida!

—No le falta razón, Mr. Beswick —coincidió Sophie con compasión, pues sentía verdadera pena por el hombre—. No estaba al tanto del cambio tan radical que había sufrido la personalidad de Priscilla. Pero la joven de la que se enamoró sigue ahí, en alguna parte, estoy segura —añadió, en una ligera mentira, pues no podía asegurar tal cosa.

Charles Beswick frenó el paso en seco y se volvió para coger la mano de Sophie.

—Miss Lattimore, ¿podría ayudarnos a reparar nuestra relación? Priscilla me ha comentado que tiene usted un don para estos menesteres.

Sophie consideró que nadie podría recibir un castigo mayor que el que ella estaba recibiendo por un acto de benévola intromisión. Y, aun así, era más que evidente que todavía no había aprendido la lección, porque se descubrió asegurándole a Mr. Beswick que haría todo lo que estuviera en su mano para ayudarlos a Priscilla y a él con su matrimonio.

Ella, una simple solterona que no podía solucionar sus propios problemas amorosos.

Sophie y Charles Beswick llegaron al columpio mucho antes que sus acompañantes, pero, como había una dama y un caballero montados en él, Sophie comentó que habrían tenido que esperar igualmente y reprimió la impaciencia que podría haber experimentado. Además, a Charles Beswick tampoco parecía preocuparle la prolongada ausencia de su esposa con otro caballero; más bien, parecía más interesado en analizar la mecánica del columpio.

El columpio se encontraba dentro de una estructura similar a un cenador, con techo pero sin paredes laterales. El compartimento en el que se sentaban los asistentes tenía forma de barco, con dos asientos alargados a cada lado, y colgaba del techo gracias a unas cuerdas. Además, encima de cada asiento había una cuerda más, y tirando de ella la persona podía impulsar el columpio de lado a lado.

El guarda parecía dispuesto a acuciar a la otra pareja para que se fuera (al parecer ya llevaban un buen rato montados en el columpio), pero Sophie le explicó que estaban esperando a unos amigos, así que permitió que la pareja siguiera con su divertimento hasta que se cansaron. Justo después de que la pareja de desconocidos se bajara del columpio, Priscilla y Mr. Maitland llegaron.

—¡Ya era hora! —exclamó Charles malhumorado, pero tras ver la mirada de advertencia que le lanzó Sophie, consiguió tragarse la ira—. Habéis llegado justo a tiempo —se corrigió con voz más afable.

El guarda los ayudó a montar en el columpio mientras les daba un par de indicaciones, aunque Charles Beswick pensaba que no las necesitaba, como era de esperar. De hecho, el hombre estaba bastante impaciente por empezar, Priscilla apenas había tomado asiento y él ya estaba tirando de la cuerda.

—¡Ay! —chilló Priscilla aferrándose al brazo de su esposo.

Mr. Maitland y Sophie se habían acomodado, uno junto al otro, en el asiento de enfrente al de los Beswick, pero Sophie tampoco estaba del todo preparada para ser catapultada por el mecanismo, pues todavía estaba intentando aclarar cómo iba a colocar las faldas del vestido para que no se le subieran y sus partes íntimas quedasen expuestas ante cualquier persona que pasara por allí. Cuando el columpio empezó a moverse, Mr. Maitland estabilizó a Sophie apoyando una mano en la cintura de la muchacha, pero la apartó antes de que a esta le diese tiempo de sentirse cohibida, y cogió una cuerda para tirar de ella.

Priscilla había recuperado el equilibrio, pero se agarraba a Charles tan fuerte como le permitían sus fuerzas. A él no parecía importarle y le brindó una sonrisa cariñosa a su esposa antes de dar otro enérgico tirón de la cuerda.

A Sophie le preocupaba sobremanera que los hombres acabaran lanzándolas al espacio, pues le parecía que el columpio se había convertido en una especie de competición entre ellos para ver cuál de los dos podía impulsarlo más fuerte. Al no estar casada con Mr. Maitland, a Sophie le resultaba incómodo aferrarse a él como Priscilla estaba haciendo con su esposo, así que, en cambio, Sophie se cogía con una mano del lateral del barco y, con la otra, se sujetaba a la parte inferior del asiento. Creía firmemente que habría disfrutado mucho más de la experiencia si Priscilla y ella fuesen las encargadas de tirar de las cuerdas. Aunque, por vez primera, Priscilla no se estaba quejando del comportamiento de su marido; por el contrario, parecía disfrutar de los movimientos desenfrenados, y se reía, chillaba y apretaba el musculoso brazo de Mr. Beswick. Sophie empezó a ver una pizca de la chica que Priscilla había sido en el pasado y, dadas las

miradas llenas de cariño que le lanzaba Charles a su esposa, él también parecía apreciar lo mismo.

En esa ocasión era Sophie quien sentía la necesidad de protestar, y lo habría hecho de no ser por el guarda, que con un grito les aconsejó que no tirasen de las cuerdas con tanto ímpetu.

Cuando el columpio empezó a balancearse a un ritmo más lento, y al dejar atrás el peligro inminente de acabar siendo lanzados por el aparato, Mr. Maitland se volvió para hablar con Sophie.

—Si quieres puedes cogerte de mi brazo.

Sophie se había cogido del brazo de Mr. Maitland en numerosas ocasiones durante sus paseos juntos, pero le parecía demasiado atrevido por su parte hacerlo mientras él era partícipe de una actividad que le tensaba tantísimo los músculos; cosa que Sophie podía notar a través de la tela de su abrigo, y que hacía que le invadieran unos calores más intensos que los que había sentido durante su enérgica caminata con Mr. Beswick. Sophie se encontraba extremadamente incómoda, y la sensación empeoró cuando miró el banco de enfrente, el de los Beswick, que se miraban a los ojos tan apasionadamente que parecía que estuvieran a punto de retomar su interrumpida luna de miel.

Pero entonces Charles, al tirar de la cuerda, le dio a Priscilla en la sien y le descolocó el sombrero con el golpe, justo antes de que una ráfaga de viento se lo llevara.

—¡No, no! —gritó Priscilla poniéndose en pie en el columpio como si fuera a saltar tras su sombrero, que había aterrizado en el suelo a unos metros de distancia.

Charles la detuvo antes de que pudiera hacerlo; la obligó a sentarse a su lado, riendo y diciéndole:

—Priscilla, solo es un sombrero. Ya te compraré otro.

—¡Solo es un sombrero! ¿Que solo es un sombrero? —repitió Priscilla sin creerse las palabras de su marido—. ¡Hay hombres que le han escrito odas a ese sombrero, odas! ¡Uno llegó a compararlo con el halo de una diosa!

Pero, antes de que Charles pudiera contestarle, el guarda salió corriendo a por el tocado y lo recogió; después, se lo sacudió contra el muslo en un intento por limpiar cualquier resto de suciedad que pudiera tener. Todos fueron testigos de cómo una pluma de garceta flotaba con pena hasta el suelo.

—No ha sido nada —dijo el guarda—. La estará esperando cuando acaben con el columpio.

Pero aquel incidente dio por finalizada la diversión, pues ni siquiera Mr. Maitland fue capaz de conseguir que la pareja limara asperezas cuando Charles no demostró el arrepentimiento oportuno (ni un ápice de arrepentimiento, mejor dicho) por su parte de responsabilidad en la destrucción del *chapeau* favorito de Priscilla. La pareja de recién casados, quienes unos minutos antes se miraban embelesados, ya no se dirigían la palabra, y sus ánimos afectaron también a Sophie y Mr. Maitland, pues acabaron con cualquier insinuación romántica por parte de él, y Mr.

Maitland y Sophie pasaron a hablar sobre tópicos y cortesías en un intento de fingir que no estaba sucediendo nada indecoroso.

La excursión que Sophie pensaba que aclararía sus sentimientos conflictivos había fracasado estrepitosamente en ese aspecto, aunque, al parecer, había tenido el efecto opuesto en Cecilia, quien volvió de los jardines Sydney decidida a no casarse jamás con lord Courtney y convencida de que su amor verdadero era Mr. Hartwell, a quien por desgracia había perdido ante otra mujer.

Sophie tuvo que poner todo su empeño para no decirle «te lo advertí», y en vez de eso escuchó con gran empatía los lamentos de su prima. No solo estaba triste por Cecilia, sino que también sentía pesar por ella misma, pues no veía la forma en la que continuar su amistad con Emily Woodford, la mujer que había robado el afecto del hombre al que amaba su prima. Por supuesto, Sophie sabía que Emily no tenía culpa alguna, había estado presente cuando la pareja se conoció y supo que la atracción que ella sentía por Mr. Hartwell era genuina. Además, Cecilia había estado alentando las atenciones de otro hombre muy públicamente. Aun así, era consciente de que a Cecilia le dolería verse obligada a seguir relacionándose con la pareja mediante la amistad de Sophie y Emily, y sabía que su lealtad recaía principalmente en su prima.

Sophie se acordaba muy bien de lo que se sentía al tener dieciocho años y que el hombre al que admirabas te rechazara en favor de otra mujer y, aunque el que Cecilia hubiera perdido el afecto de Mr. Hartwell se debiera a su propia estupidez, no tenía duda de que eso haría que la herida escociese con más amargura.

Mrs. Foster no había hablado del tema con su hija, pues Cecilia reveló sus sentimientos entre lágrimas en los aposentos de Sophie cuando regresaron de los jardines, pero aun así anunció durante la cena que todas estarían cansadas de la excursión, así que pasarían una inusual velada en casa en vez de asistir a los salones.

Sophie creyó que así solo estaban retrasando el inevitable encuentro entre las partes afectadas, pero apreciaba que la tía Foster pareciera ser consciente del disgusto de su hija y estuviera intentando ayudar. Y más tarde, cuando oyó que su tía llamaba a la puerta de Cecilia y le pedía que hablaran, deseó con todas sus fuerzas que la solución no fuera presionar a su hija para que contrajera unas nupcias desastrosas con lord Courtney.

No obstante, a la mañana siguiente, durante el desayuno, Sophie descubrió que no tendría que haberse preocupado. Estaban ella y su tía solas, pues Cecilia no había bajado. Entonces su tía le explicó que ahora veía la insensatez que había cometido al animar a Cecilia a rechazar el cortejo de Mr. Hartwell en favor de lord Courtney.

—Me cuesta mucho admitirlo —le comentó a Sophie mientras jugueteaba con la comida de

su plato—, pero le he fallado a mi hija.

Sophie deseó poder negar esa afirmación, pues la tía Foster parecía diez años más anciana aquella mañana bajo la luz brillante que se colaba por la ventana e iluminaba sin piedad las marcas oscuras que lucía bajo los ojos. Sin embargo, sabía que cualquier protesta que pronunciara sonaría hueca y poco convincente, por lo que permaneció en silencio. Así pues, transcurrido un tiempo, la tía Foster empezó a contarle a su sobrina cosas que jamás le había confiado a ningún alma.

—Yo tenía una prima de mi misma edad con la que me criaron; de hecho, debutamos a la vez. Pero me superaba en todos los aspectos: belleza, modales, encanto... Me eclipsaba totalmente y, cuando consiguió un compromiso brillante con un conde de gran fortuna, sentí que aquello acentuaba todavía más mi fracaso. Yo nunca había destacado. Era rara, tímida y feúcha, o al menos así me sentía comparada con mi prima. Mr. Foster fue el único caballero que me hizo una proposición, así que lo acepté.

»Pobre hombre —dijo Mrs. Foster con una sonrisa burlona—, no es que ganara gran cosa conmigo. En vez de apreciar al marido que tenía, que me trataba con amabilidad y me dio una hija preciosa, me centré en todo lo que me había perdido: un título, una buena posición en sociedad. Pensaba que mi matrimonio confirmaba todo aquello que yo creía cierto sobre mí misma: que era inferior, indigna y un fracaso.

—¿Tu prima tuvo un matrimonio feliz? —preguntó Sophie.

Mrs. Foster se encogió de hombros.

—No lo sé. Nunca se quejaba pasara lo que pasase, aunque el conde tenía fama de mujeriego. Ella parecía disfrutar de su posición social, aunque no tuvo mucho tiempo para hacerlo. Murió dando a luz tan solo un año después.

—Lo siento mucho.

—Sí, fue muy triste. Quizá si hubiera vivido más tiempo yo me habría dado cuenta de lo desencaminada que andaba con mi forma de pensar; pero, en vez de eso, me quedé atrapada en esa manera de ver la vida y seguí pensando que mi prima había llegado a la cima en cuanto al éxito femenino se refiere y que yo no era más que un enorme fiasco. Después, cuando Cecilia creció y se convirtió en una muchachita hermosa, tan encantadora y segura de sí misma, empecé a pensar que ella era mi oportunidad de redimirme, que su éxito mitigaría mis deficiencias.

—Tía Foster, eres muy dura contigo misma... —empezó a decir Sophie, pero su tía le indicó que guardara silencio con un gesto de la mano.

—No te preocupes. Aunque llegue demasiado tarde, me he dado cuenta de que mi juicio era erróneo. Y que Mr. Foster sí que era el premio marital más grande de todos, por mucho que no supiera verlo en su momento. Pero he alimentado la misma visión distorsionada del matrimonio en mi hija, y ahora veo que también la ha hecho tremendamente desdichada.

Sophie no podía negarlo, así que ambas se quedaron en silencio varios minutos antes de que Mrs. Foster aventurara:

—Quizá no sea demasiado tarde para ella y Mr. Hartwell.

—Tal vez no —estuvo de acuerdo Sophie—. Un paseo por el parque con Emily Woodford no implica que vayan a sonar campanas de boda. Pero yo tampoco fomentaría las esperanzas que Cecilia pueda albergar.

—No, por supuesto que no, pero quizá tú sí que puedas hacer algo para ayudar a tu prima. Algo parecido a lo que hiciste por Lucy Barrett y lord Fitzwalter.

Y, una vez más, Sophie tuvo motivos para arrepentirse de haber escrito esa carta.

Sophie se sintió agradecida cuando Priscilla Beswick la visitó aquella mañana, pues pudo convencer a la muchacha de que la acompañara a la Pump Room. Como Cecilia y Mrs. Foster no estaban muy por la labor de encontrarse con lady Smallpeace y lord Courtney, por el momento estaban rehuyendo sus ya habituales apariciones en sociedad, así que Sophie también se había visto obligada a quedarse en casa. Por eso se sorprendió a sí misma saludando a Priscilla con alegría, aunque la última vez que se habían visto había sido en el desastroso paseo por los jardines Sydney.

Eso mismo era lo que Priscilla quería debatir mientras caminaban juntas hacia la sala de las aguas.

—Creo que reaccioné un tanto exageradamente cuando se me arruinó el sombrero, pero es que Charles es tan poco empático que me resulta insoportable. Mr. Maitland es mucho más comprensivo, sin duda. ¿Tienes intención de hacerlo tuyo?

Sophie, quien estaba escuchando a medias las quejas de Priscilla sobre su marido (y su sombrero arruinado), volvió a prestar atención de un respingo gracias a esa pregunta tan abrupta.

—¿Qué?

—Nada más llegar a Bath pensaba que a quien admirabas era a sir Edmund y que sin duda él sería el soltero más cotizado, pero es que Mr. Maitland es tan... —Priscilla se calló un momento antes de encontrar la palabra que estaba buscando para susurrarla con un suspiro—. Simpático. Es incluso más agradable que lord Fitzwalter. Quizá si lo hubiera conocido antes que a Charles... —Se encogió de hombros antes de terminar la frase—. Pero, bueno, si no hubiera conocido a Charles seguramente estaría casada con Fitzwalter.

Sophie sintió alivio al ver que la otra muchacha parecía haber olvidado la pregunta sobre sus intenciones con Mr. Maitland al verse sumida en un complicado análisis de sus admiradores actuales y pasados. No necesitaba más que un asentimiento y cierto murmullo de interés, lo cual le permitía a ella considerar sus propios problemas y los de su prima. Aun así, Sophie no se olvidaba de que también había aceptado ayudar a los Beswick, cosa que trató de hacer al interrumpir las divagaciones de su acompañante.

—Priscilla, ¿es cierto que te interesaban mucho más los pasatiempos físicos cuando Mr. Beswick empezó a cortejarte? ¿No crees que le gustaría pasar tiempo contigo haciendo alguna de

esas actividades antes que asistir a bailes y a visitas matutinas?

—Disfrutaba de esas cosas cuando era más joven, pero lo que Charles tiene que aceptar es que, cuando empecé a recogerme el cabello, ya no tuve más interés en ello. Cuando fui a Londres aprendí que, aunque mi comportamiento inmaduro se había pasado por alto hasta mi debut, aquello era algo inadmisibile para una dama de alcurnia. ¡Cielos, si ni siquiera está permitido galopar en Hyde Park! Desde luego, Charles no puede esperar que una mujer que ha sido la flor y nata de Londres ande por ahí comportándose como una colegiala asalvajada.

Antes de que Sophie pudiera encontrar la forma de contradecir su perorata, ella y Priscilla llegaron a la entrada de su destino y los abordó uno de los muchos admiradores de la muchacha, por lo que cualquier conversación privada entre ellas se vio forzada a terminar.

Sophie no tenía muy claro cómo ayudar a Cecilia más allá de hacerle entender de alguna forma a Mr. Hartwell que su prima había decidido no aceptar ningún cortejo por parte de lord Courtney, pues le parecía que aquella era la razón por la que el caballero había dejado de prestarle atención. Por tanto, cuando Sophie entró en la Pump Room, estaba tan decidida a encontrar a Mr. Hartwell que, cuando en vez de eso se topó de inmediato con sir Edmund, se quedó totalmente descolocada y sumida en una completa confusión.

—Miss Lattimore, ¿cómo está? —preguntó, y ella le hizo una reverencia.

—Muy bien, gracias —contestó, pero se sonrojó al decirlo, cosa que resultó tan extraña que sir Edmund creyó todo lo contrario.

—¿Está segura de que no está sufriendo un golpe de calor? ¿Quiere agarrarse de mi brazo? —inquirió preocupado.

—No, no, estoy bien —aseguró ella, pero entonces se aprovechó de la excusa que le había ofrecido y continuó—: Aunque Mrs. Beswick y yo hemos dado un paseo bastante largo, así que quizá sí que estoy un poco acalorada. —Se giró hacia Priscilla para que la apoyara en su afirmación, pero descubrió que estaba ocupada conversando con Mr. Andrews. Sophie pensó que quizá era para mejor, pues Priscilla era tan poco predecible que seguramente contradiría lo que había dicho en vez de confirmarlo.

—Esta zona está muy concurrida. Quizá podríamos caminar hasta la ventana más cercana —dijo sir Edmund.

Sophie lo agarró del brazo y caminaron hasta un banco que había junto a una ventana, donde se sentaron y ella se reprendió a sí misma por su falta de compostura. Como hacía varios días que no veía a sir Edmund, no se le había ocurrido prepararse para encontrarse con él. De repente, se dio cuenta de que, aunque también se sentía incómoda y confusa en presencia de Mr. Maitland, solo con sir Edmund notaba esa sensación de euforia. Pero ¿debería rendirse a esos sentimientos? ¿Y si no eran recíprocos? ¿No sería entonces Mr. Maitland la opción más segura?

Aquellos no era pensamientos que pudiera ponderar en aquel momento, por lo que respiró

hondo varias veces en un intento de recuperar la sangre fría.

—¿Cómo se encuentra?

—Estoy bien. Aunque se lo agradezco, este rincón de la estancia es mucho más agradable.

—Ciertamente —confirmó sir Edmund con una sonrisa que tenía un toque seductor en ella, y Sophie se acordó de cuando se ofreció a ser su tutora en materia amorosa y se sonrojó ante su desfachatez.

Se hizo el silencio durante un rato y Sophie bajó la mirada con timidez hacia sus manos mientras sir Edmund la estudiaba. Entonces el caballero se aclaró la garganta antes de decir:

—Me alegro de que tengamos esta oportunidad para hablar en privado. Hay algo que quiero preguntarle. —La mirada de Sophie voló hasta la suya, pero él se apresuró de inmediato a seguir con su charla, como si se hubiera percatado de que tal comienzo podría augurar más de lo que él tenía pensado—. Cielos, lo que quería decir es que me gustaría extenderle una invitación.

Sophie asintió en modo alentador. Le desconcertaba lo torpe e inseguro que podía ser a veces sir Edmund. ¡Parecía incluso más cohibido e incómodo con el sexo opuesto que ella! Aunque en otras ocasiones daba la sensación de ser un galante experto, y ella tenía indicios para creerlo.

—Me preguntaba si usted, junto con su tía y su prima, por supuesto, querría pasar unos días en mi finca, Newbrooke. Está a menos de una hora de distancia de Bath en carruaje y yo podría buscarles transporte. Además, mi ama de llaves, Mrs. Cooper, podría prepararnos el té.

Apenas había acabado de pronunciar la frase antes de que Sophie se apresurara a aceptar con entusiasmo.

—¡Sí! Sería una delicia, gracias. No se me ocurre nada que me apetezca más.

—Es a mí a quien honraría su visita —anunció sir Edmund con una sonrisa ante su entusiasmo—. ¿Le gustaría invitar a alguien más? Por ejemplo, a su amiga Miss Woodford.

—¡No! —soltó Sophie, quizá con demasiada vehemencia, y sir Edmund enarcó una ceja sorprendido—. No, gracias, pero no. Aunque ¿cree que tal vez pudiera invitar a Mr. Hartwell? Y si no es mucho pedir también a los Beswick.

Sir Edmund no contestó durante un rato y después empezó a reírse.

—Miss Lattimore, ¿acaso ha decidido retomar sus actividades de casamentera de nuevo? ¿Después de proclamar rotundamente que la gente debería encargarse de sus propios menesteres y que usted no debía ni quería entrometerse?

Sophie miró a su alrededor para asegurarse de que nadie había escuchado al caballero.

—Por favor, sir Edmund, baje la voz. No voy a hacer de casamentera como tal, sino que voy a intentar rectificar los problemas causados por previas tentativas de emparejamiento, tanto mías como ajenas.

—Ya veo —comentó sir Edmund, pero parecía esforzarse por ocultar una sonrisa—. Si Beswick y Hartwell van a venir, entonces supongo que tendré que organizar más actividades que tomar el té con pastas. ¿Sabe montar, Miss Lattimore?

—Sé, aunque hace años que no lo hago.

—¿Qué hay del resto de las damas? No sé por qué, pero no consigo imaginarme a Mrs. Beswick cabalgando, galopando *ventre à terre* y arriesgándose a despeinarse.

—Uy, le sorprendería. Según me han contado, es una excelente amazona. Pero quizá debería organizar los paseos a caballo solo para los caballeros.

Fue en aquel momento cuando su *tête-à-tête* se vio interrumpido por el mismísimo caballero que Sophie había estado buscando antes. Mr. Hartwell los saludó a ambos y después se giró para dirigirse a Sophie con aspecto cohibido.

—No veo que su tía y su prima la acompañen. Espero que ambas gocen de buena salud.

Sophie se levantó del banco para poder conversar con mayor comodidad con Mr. Hartwell, pues, mientras hablaban, sir Edmund había estado de pie ligeramente inclinado hacia ella, con un brazo apoyado en la pared, y le tapaba la vista.

—No están enfermas, pero Cecilia se encuentra un poco baja de ánimos —explicó ella y esperó que su prima nunca descubriera que se lo había contado a Mr. Hartwell.

—Lamento mucho oír eso —dijo Mr. Hartwell, pero parecía más confundido que afligido, pues no conseguía decidir qué podría significar aquel comentario, si es que significaba algo—. Por favor, dele recuerdos de mi parte. O no, bueno, sí, supongo que puede decirle que le mando saludos. Si no piensa que eso hundiría aún más sus ánimos —añadió Mr. Hartwell, una vez más con aspecto de no saber si debería tener esperanzas o estar en contra de semejante situación.

—Creo que le levantaría mucho los ánimos saber que ha sido tan amable de pensar en ella o simplemente saber que ha estado en sus pensamientos —afirmó Sophie e intentó ignorar la suave tos de sir Edmund, que le pareció que había dejado escapar a propósito para burlarse de ella.

—Estoy seguro de que le preocupará más la opinión de lord Courtney que la mía —se quejó Mr. Hartwell y su semblante expresivo y plácido adoptó la expresión más amarga posible, lo cual le hizo parecer un querubín gruñón.

Sophie había esperado que se diese tal oportunidad y la aprovechó de buena gana.

—¿Me permite contarle algo en confianza, Mr. Hartwell? —Se giró levemente hacia sir Edmund—. Sin duda podré confiar en que sir Edmund, como buen caballero que es, no repita nada de lo que aquí se discuta. —Sir Edmund asintió con seriedad, aunque Sophie creyó atisbar en sus ojos un brillo inapropiado. Lo ignoró y se acercó más a Mr. Hartwell para después bajar la voz—: Parece ser que mi tía Foster ha estado fomentando un enlace entre mi prima y... alguien a quien no debería nombrar, aunque me temo que lo acaba de mencionar usted. —Sophie enarcó las cejas con intención mientras le contaba aquello, y Mr. Hartwell asintió, pues lo había comprendido—. Y Cecilia, como la hija obediente que es, ha intentado cumplir con los deseos de su madre.

»Mas al conocer mejor a dicho caballero sin nombre, ha descubierto que no hay nada que pudiera inducirlo a contraer un compromiso ineludible con ese hombre. Y ahora se siente desconsolada al pensar en decepcionar a su madre. Creo que podrá entender qué es lo que ha

causado su estado de ánimo, ¿no es así, Mr. Hartwell? Y espero que usted pueda seguir siendo amigo suyo.

—¡Por supuesto! Pobre Cecil... Digo, Miss Foster. Haré todo lo que esté en mi mano para animarla.

—¡Cuánto me alegro de oírlo! Estaba segura de que podía confiar en usted, Mr. Hartwell —aseguró Sophie con admiración, y este se sonrojó al instante.

Sophie se negó a mirar a sir Edmund, pues temía que al hacerlo él le hiciera perder la compostura con una mirada traviesa. Por eso, se sintió anonadada a la par que agradecida cuando este tomó las riendas de la conversación a partir de aquel momento e invitó a Mr. Hartwell a unirse a la visita de su finca, la cual se había establecido por el momento para una semana más tarde.

Una vez que hicieron los planes, Mr. Hartwell los abandonó enseguida y Sophie por fin se aventuró a echarle un vistazo a sir Edmund con las cejas enarcadas, como si en ellas hubiera una pregunta implícita. Él le devolvió la mirada con una sonrisa y después aplaudió con suavidad.

—¡Bravo! Qué interpretación más exquisita —la halagó—. Me ha dejado estupefacto. Y también asustado, como debería estarlo cualquier caballero que ande cerca.

—Sandeces —repuso Sophie avergonzada—. Todo lo que he dicho es cierto, aunque tal vez haya mostrado el comportamiento de la tía Foster más mezquino de lo que fue en realidad.

—Pero debía hacerlo para despertar los instintos caballerosos de Mr. Hartwell. Y estoy seguro de que cualquier madre estaría más que dispuesta a sacrificar su reputación en nombre de una causa como esta —repuso sir Edmund—. Por cierto, ¿por qué era necesaria toda esta parafernalia? Yo suponía que el corazón de Mr. Hartwell ya le pertenecía por completo a su prima. ¿Acaso la ha abandonado por su insensatez al alentar a ese necio de Courtney?

—Sí y había empezado a mirar a otra persona.

—Eso habrá hecho que Miss Foster entre en razón en un santiamén. Debería haberlo hecho hace semanas —declaró sir Edmund.

—Vaya, sir Edmund, parece usted muy versado en los temas del corazón —lo alabó Sophie.

—Uy, no, dichos asuntos no se me dan bien en absoluto. Me quito el sombrero ante su conocimiento superior. Desde luego, la animo a hacer uso de sus talentos en mi nombre. Mi corazón es suyo, haga con él lo que quiera —anunció, y esta vez no se apresuró a retractarse en su afirmación o a apartar la vista con vergüenza, sino que la miró fijamente y con intención. Cuando se acercó Priscilla Beswick para decirles que había estado buscando a Sophie por todas partes y que qué hacía al esconderse en aquel rincón con sir Edmund, Sophie nunca había encontrado nada más difícil que apartar los ojos de la fascinante mirada del caballero.

Cuando Sophie llegó a casa de la Pump Room, se enteró de que Cecilia había cogido un resfriado (provocado tal vez por su bajo estado de ánimo), y las damas lo aprovecharon como la excusa perfecta para no recibir visitas ni salir de la casa. Por suerte, no era una enfermedad de gravedad y todo pronosticaba que se habría recuperado por completo justo para la visita que tenían programada a la propiedad de sir Edmund. Cuando Cecilia supo que Mr. Hartwell las acompañaría durante su estancia, su emoción por la excursión casi pudo equipararse a la de Sophie. Por su parte, Sophie ya tenía bastante claro a cuál de sus pretendientes prefería, y tenía motivos para pensar que sus sentimientos eran correspondidos; pero, como era evidente, no podía manifestar la debilidad que sentía por ese hombre antes de que el susodicho confesara sus sentimientos por ella, y soñaba con que aquello ocurriese durante la visita a la casa de sir Edmund. Por ende, su resolución por evitar a Mr. Maitland era tan firme como la de Cecilia de hacer lo mismo con lord Courtney.

Mr. Hartwell le envió flores a Cecilia, que las colocó en un jarrón de su mesilla de noche y, cuando empezaron a marchitarse, eligió una de las flores y la prensó con sumo esmero entre dos páginas de su diario. (Sophie se percató de que un ramo que le había enviado lord Courtney a su prima yacía abandonado en una esquina oscura de la sala de estar, para que se marchitara sin ser visto ni llorado.)

Las atenciones que Sophie recibía de su antiguo pretendiente tampoco habían cesado, pues Mr. Maitland le había enviado un poema que había descubierto, escrito por una poetisa del siglo anterior, Mary Leapor, cuyo título rezaba: «Consejo para Sophronia». Sophie se emocionó mucho al recibirlo, y hasta la embargó un poco la culpa por no poder corresponder sus sentimientos. Así fue, al menos, hasta que leyó el poema, cosa que supuso que Mr. Maitland no se había tomado el tiempo de hacer. El poema empezaba así:

*Cuando la juventud y los encantos se marchiten
y la belleza efímera no haga sino desaparecer;
cuando los centelleantes ojos la luz pierdan,
los atuendos de matrona esa alma altanera vestirán;
la afectación, compañera de la juventud, perder deberás;
y en su lugar, bondad, prudencia, pureza y verdad enarbolarás.*

Pero el insultante consejo a la anciana, decrepita y, al parecer, presumida y superficial

Sophronia no acababa ahí. Por el contrario, así continuaba:

*La tosca mano del tiempo ha acariciado tu melena;
y tus labios carecen del tono bermellón de la cayena.
Ya los hombres tu figura no alabarán;
los lirios mustios de tu pecho se marchitarán.*

Y, tras un par de oportunas descripciones de sus «brazos arrugados» y «unos ojos que la belleza perdieron», el poema acababa con una profecía sombría:

*Tenga compasión el destino, a esta damisela haga que no sucumba,
y la lleve sana y salva a su pura tumba.*

La primera vez que leyó el poema, Sophie se sorprendió y se sintió ofendida por su contenido, pero después tuvo que reírse ante lo que para Mr. Maitland había sido un gran gesto romántico, y al final decidió guardarlo en su propio diario. Al fin y al cabo, era el primer poema que le había regalado un admirador. Ningún caballero había escrito una oda a las partes del cuerpo de Sophie, como sí habían hecho con las de Priscilla Beswick. Pero tampoco la habían comparado nunca con una vaca, así que resolvió que, a fin de cuentas, no tenía por qué tomarse como insulto el presente poema con su nombre en el título.

Mr. Hartwell, quien volvía a gozar del favor de Cecilia, y ella del de él, se había encargado de buena gana del transporte de las mujeres Foster a Newbrooke. Como los Beswick también habían aceptado la invitación de sir Edmund, se determinó que las cuatro mujeres viajarían en carruaje, mientras que tanto Mr. Beswick como Mr. Hartwell escoltarían el carruaje a lomos de sus respectivos caballos.

El primer encuentro de Cecilia y Mr. Hartwell después de coincidir en los jardines Sydney, y de que Cecilia se diera cuenta de lo que sentía por el caballero, fue menos incómodo de lo que podría haber sido, pues los preparativos para el viaje conllevaban tal ajetreo que no pudieron más que saludarse, aunque fueron unos saludos más intensos y con cierto aire de entendimiento. Pero, como no podía ser de otra forma, Priscilla Beswick debía ser el centro de atención de todas las miradas, y aquella mañana no fue diferente. La joven no tardó en desviar la atención de la tímida pareja con preguntas serias sobre la distancia que había hasta su destino, y si sería posible que ella se sentara mirando hacia delante, pues tenía cierta tendencia a los mareos. Charles parecía estar a punto de perder la paciencia ante las preguntas de su esposa, y Sophie tuvo que concederle que, si Priscilla era de verdad la muchacha temeraria que él le había descrito, se estaba pasando un poco con esas falsas muestras de fragilidad. Pero Sophie había comprendido que Priscilla pensaba que todas esas pequeñas afectaciones que había adoptado formaban parte del comportamiento apropiado de una dama destacada de la alta sociedad. De hecho, una vez que

hubo comprendido el razonamiento de Priscilla, Sophie llegó a reconocer los gestos que la joven imitaba de algunas de las más preciosas y populares damas londinenses. Y Priscilla no erraba en su creencia de que dichas tácticas, por lo general, conseguían atraer más atenciones por parte de los caballeros. No obstante, era una lástima que el esposo de Priscilla no fuese precisamente admirador de ardides semejantes. Consciente de todo ello, Sophie no desmintió las afirmaciones de Priscilla sobre su frágil salud, sino que se ofreció al instante a ocupar el asiento frente al suyo, y Cecilia se ofreció a su vez a hacer lo propio con su madre, para que también fuese mirando al frente durante el viaje, y por fin emprendieron la marcha.

Al dejar atrás la ciudad propiamente dicha, veían pasar a los caballeros junto al carruaje, montando enérgicamente y disfrutando del viaje. Tenían motivos para estar contentos, pues el buen tiempo había decidido acompañarlos en su excursión, y si bien es verdad que había un par de mullidas nubes blancas, el cielo se extendía sobre ellos y poseía una increíble e intensa tonalidad azul.

—Mr. Hartwell es un jinete de primera —comentó Priscilla de repente, mientras las mujeres observaban a los hombres montando al lado del carruaje; Cecilia se ruborizó y volvió a lucir como cohibida por la situación—. Pero no termino de comprender por qué es él quien te está cortejando. Tenía entendido que tus intereses estaban en lord Courtney —le dijo a Cecilia, para consternación de las dos mujeres Foster y de Sophie, quienes habrían preferido que aquel comentario no se hubiese hecho en absoluto.

—Bueno, verás, yo... —titubeó Cecilia, y miró a su prima en busca de ayuda.

—Priscilla, tú mejor que nadie deberías saber que no hay nada sobre seguro hasta que se anuncia el compromiso de forma oficial —aseveró Sophie.

Priscilla observó a Sophie con la confusión en el rostro, como si intentara descifrar las palabras de su amiga, y al final llegó a una interpretación en la que Sophie no había pensado.

—¡Señor! —exclamó Priscilla—. ¿Has escrito otra de tus cartas?

Tras la pregunta de Priscilla, por un instante se hizo el silencio en el carruaje, y entonces Sophie rompió a reír. Cecilia no tardó en soltar una risilla también, y hasta el ceño fruncido de Mrs. Foster desapareció y en su lugar apareció una leve sonrisa. Después de ese desenfadado comienzo de viaje, Mrs. Foster cambió el tema de conversación para evitar cualquier alusión a hombres o al matrimonio; le preguntó a Priscilla sobre su casa de Devon, y las cuatro charlaron sobre el tema muy tranquilamente. La conversación fue tan divertida e interesante que cuando apareció ante ellas la almenada casa del guarda, las mujeres se sorprendieron por lo poco que habían tardado en llegar a Newbrooke, y por lo menos Sophie se arrepintió de no haber prestado más atención a los alrededores de la zona, pues tenía un interés especial en el hogar de sir Edmund mucho más profundo que el del resto.

Mientras el carruaje atravesaba la gran verja y entraba en la propiedad de sir Edmund, Sophie se inclinó hacia delante para observar mejor todo aquello y se chocó con Priscilla, quien tenía las mismas intenciones. Pero, por una vez, Priscilla cedió ante Sophie y se echó hacia atrás con una

sonrisa traviesa en el rostro, mientras le hacía señas a su amiga para que mirara por la ventanilla del carruaje. La muchacha le brindó una sonrisa de agradecimiento y volvió a inclinarse hacia delante; no obstante, enseguida notó la mano de Priscilla en el hombro y su respiración en la mejilla y, más pronto que tarde, oyó la voz de la joven y sus elogios llenos de admiración por la majestuosidad de la propiedad de sir Edmund.

Ciertamente resultaba imponente a la vista. Podía oírse el murmullo del arroyo que daba nombre a la propiedad a un lado del camino de acceso a la casa y, tras doblar una curva, se impuso ante ellas un puente de estilo palladiano; otro giro más y se toparon con un capricho de estilo griego en lo alto de una colina. Sophie sabía que la sociedad tenía a sir Edmund como «un buen partido», y por ende había asumido que poseía una buena fortuna, pero aun así todo aquello la había cogido desprevenida. Sophie empezó a preguntarse si se habría imaginado las muestras de predilección hacia su compañía por parte del caballero, y si cualquier posible romance estaba solo en su cabeza. ¿Sería posible que se estuviese comportando otra vez como si tuviera dieciocho años, cuando tan convencida había estado de las atenciones de Mr. Maitland y de que estaba a punto de pedir su mano en matrimonio? ¿Por qué sir Edmund Winslow de Newbrooke vería a Miss Sophronia Lattimore de ninguna parte como digna merecedora de su mano? Carecía de explicación alguna.

Sophie se sintió algo aliviada al llegar a la casa. Era una mansión preciosa, señorial y elegante, y la piedra caliza del color de la miel relucía con el sol de última hora de la mañana, pero no parecía tener más de cien años de antigüedad, ni tampoco era la colosal mansión estilo Tudor o isabelino que se había imaginado. Sin embargo, la distinción de la casa superaba con creces la de Sophie, y esta intentó apilar los trocitos destrozados de su autoestima, repitiéndose que ella era tan digna de vivir el amor y la felicidad como cualquier otra persona, y que esa clase de cosas poco tenían que ver con los parentescos familiares, el dinero o el aspecto físico. Pero justo en aquel mismo instante posó la mirada en Priscilla Beswick, que no tenía ni un solo mechón rojizo despeinado y cuyo vestido de viaje francés rebosaba elegancia en cada costura; Sophie no pudo evitar pensar que, por lo menos, tendría que haberse comprado un par de guantes nuevos para la ocasión.

Pero antes de que pudiera mortificarse por cualquiera de sus otros defectos, se abrió la puerta del carruaje y recibió la ayuda correspondiente para bajar de él. Tanto a ella como a las tres mujeres las acompañaron hasta las escaleras de la puerta principal y las hicieron pasar por el vestíbulo hasta la sala de estar, donde los caballeros esperaban su llegada.

Sir Edmund se volvió cuando entraron en el salón, y Sophie sintió que el alivio la embargaba al ver que el caballero echaba un vistazo al rostro de todas las presentes, incluso al de Priscilla Beswick, sin detenerse hasta que posó la mirada en ella; justo en aquel momento le cambió el semblante y esbozó una sonrisa llena de ternura.

—¡Por fin han llegado! Me alegra sobremanera darle la bienvenida, bueno, a todas ustedes, a Newbrooke —dijo, e hizo una reverencia ante las cuatro mujeres.

Y, esa vez, Sophie no creyó que se estuviese autoengañando al pensar que el recibimiento de sir Edmund iba dirigido a ella en concreto.

Tras disfrutar de un par de tentempiés fríos en el comedor, sir Edmund les explicó que su ama de llaves les enseñaría a las damas la casa mientras él se llevaba a los caballeros a recorrer los terrenos de la propiedad a caballo. Mr. Beswick aceptó al instante la propuesta de su anfitrión, pero Mr. Hartwell vaciló, mirando de reojo a Cecilia.

—Llevamos toda la mañana a lomos de un caballo, y me encantaría ver el interior de la mansión. Me interesa muchísimo... —hizo un ademán distraído, buscando el término apropiado— la decoración doméstica. Ya saben, cortinas, sofás, alfombras, y esa clase de cosas. Me estoy planteando redecorar mi casa.

—Charles, yo creo que tú también deberías acompañarnos —le dijo Priscilla a su esposo—. Es de urgente necesidad que volvamos a amueblar la casa. Como es evidente, jamás podrá ser tan majestuosa como la mansión de sir Edmund, pero en la actualidad presenta un aspecto verdaderamente vergonzoso.

—Querida, desconocía que te interesaran estos menesteres. Qué gustos tan propios de una esposa. Resulta que estoy ansioso por unirme a la visita —contestó Charles ofreciéndole el brazo a su esposa.

El ama de llaves, al ver que el señor de la casa iba a estar presente durante la visita, le pidió que la diese él en su lugar, pues sus conocimientos superarían los suyos con creces, sin duda.

—Tonterías; la realidad es bien diferente, puedo asegurárselo. Mrs. Cooper es mucho más competente que yo en hacer visitas guiadas por la casa, y ustedes aprenderían mucho más de ella que de mí —les explicó sir Edmund a sus invitados—. No obstante, asumiré el papel de guía esta vez y espero que mi público muestre una gran dosis de paciencia conmigo —concluyó, pues pudo ver que su ama de llaves estaba de los nervios de solo pensar en liderar la visita en su presencia.

A Sophie le complació ver el trato que el hombre mostraba hacia una de sus empleadas y dedujo que supervisaba su propiedad de Newbrooke con presunta benevolencia. Claro estaba, Sophie era consciente de que no llevaba en esa mansión ni dos horas todavía, y que en realidad no podía saber a ciencia cierta cómo era la situación, pero se había percatado del ambiente de tranquilidad y comodidad que reinaba entre los criados que había visto hasta aquel momento, y había visitado otras propiedades de renombre donde había presenciado todo lo contrario y el malestar del personal era más que patente, pues ensombrecía cualquier mínimo esplendor de un estilo arquitectónico bien diseñado o de muebles bañados en oro.

La visita comenzó en la sala de estar Azul, la primera estancia en la que habían estado tras su llegada, si bien, con la emoción del reencuentro, Sophie no había asimilado todo lo que la rodeaba. De hecho, todavía le estaba costando bastante captar todo, sobre todo el precioso

estucado que decoraba las paredes y el techo. La muchacha estaba convencida de que le daría un calambre en el cuello de tanto mirar hacia arriba, pero tenía ante ella una obra de arte de tamaño belleza y tanto que ver que no podía obligarse a desviar la mirada.

Las suposiciones de Sophie sobre la antigüedad de la mansión no andaban desencaminadas en absoluto, pero la casa no era tan vieja solo porque, tal como les explicó sir Edmund durante la visita, su tatarabuelo había demolido la mansión de estilo Tudor que allí se erigía y le encargó a sir John Vanbrugh que construyera una mansión nueva en su lugar. La construcción de la casa en la que se encontraban se había terminado hacía casi cien años, allá por 1720, pero, entonces, el abuelo de sir Edmund, al no contentarse con los esfuerzos de su propio abuelo, a principios de 1760 le había encargado a Robert Adam la renovación de la casa y el diseño completo de su interior.

—Y, dígame, sir Edmund, ¿tiene usted pensado continuar con la tradición de las segundas generaciones de su familia? —le preguntó Charles Beswick.

Por un momento la pregunta sorprendió a sir Edmund, como si no se hubiese percatado de la tradición de la que hablaba su invitado, ni de que su continuación dependía únicamente de él. Al final, esbozó una sonrisa y sacudió la cabeza.

—No creo que pudiera mejorar la obra de mi abuelo, y sería una absoluta profanación echar todo esto abajo —dijo señalando los frisos, las cornisas y las obras de arte que allí se exhibían.

Al observar con más atención los muebles, cuyo diseño era en gran parte obra del ebanista Chippendale según les había explicado sir Edmund, Sophie se percató de que el mobiliario también encajaba con el estilo neoclásico general, y coincidió con su anfitrión en que no debería modificar una obra de arte como aquella. Pero, otra vez, empezó a plantearse que su humilde persona no tenía cabida en semejante representación de la elegancia y, abrumada por sus pensamientos, siguió al resto del grupo hacia la siguiente habitación en silencio, a pesar de la mirada inquisitiva que le había lanzado sir Edmund, como si estuviese esperando su opinión.

La visita por las habitaciones de Newbrooke acabó en la biblioteca, en la parte de atrás de la mansión, que daba a una terraza con vistas a los parterres de la propiedad; como era de esperar, el grupo había continuado la excursión atravesando la cristalera y adentrándose en los jardines de la mansión. Mientras seguían en la terraza, sir Edmund les enseñó varios atractivos que se podían distinguir a lo lejos, entre ellos un jardincito tapiado «secreto», la zona donde pastaban las vacas y el invernadero de naranjos. Pero después, el grupo se separó en parejas que se paseaban por donde les parecía y dieron por terminada la visita «oficial»: Mrs. Foster, quien ya se había fatigado con tanto paseo por la mansión, decidió aguardar a los miembros más jóvenes del grupo dentro de la casa, y Mrs. Cooper la acompañó a un lugar donde estaría más cómoda.

Con su marcha, Cecilia y Mr. Hartwell, los Beswick, y Sophie y sir Edmund pudieron hacer lo que les vino en gana. A Priscilla, quien se había preguntado en voz alta si también debería esperar al resto dentro de la mansión, al final la cogió su marido de la mano y la arrastró con él a visitar la zona de las caballerizas, aunque todos pudieron oír sus quejas ante la posibilidad de que

el dobladillo de la combinación que llevaba se ensuciase durante tal excursión. Los recién casados se alejaron antes de que Sophie pudiese escuchar la respuesta de Charles a las preocupaciones de su esposa, pero no se esperaba una postura compasiva por parte del hombre.

Sophie suspiró con ganas ante el terrible trabajo que había hecho con esa pareja en especial, y sir Edmund le lanzó una mirada de comprensión, como si pudiera leer sus pensamientos.

—Por las apariencias, cualquiera diría que no hacen muy buena pareja —comentó el caballero en voz baja.

—Es, sin duda alguna, un castigo divino para mí. Me excedí demasiado en mi autoridad como simple mortal y ahora he de sufrir este castigo por mi vanidad y mi soberbia.

—Lo dudo —contestó sir Edmund con una sonrisa—. No parece que posea usted en exceso ninguna de las dos cualidades que ha mencionado.

Sophie, quien recordó su sensación de inutilidad al verse ante la evidente idoneidad de sir Edmund, no podía negar que no fuese soberbia o vanidosa. Aquello hizo que se le viniera a la mente el poema que Mr. Maitland le había dado, y se sorprendió al echarse a reír solo de pensarlo.

—¿Qué le parece tan divertido? —preguntó sir Edmund, aunque a él también le había provocado una carcajada.

Para sus adentros, el caballero pensó que la risa de la mujer era contagiosa, agradable y atractiva, y mientras la observaba andando a paso lento por los caminos de grava de los jardines, con las flores y las hojas enmarcando su figura, ni se le pasó por la cabeza que Sophie estuviese fuera de lugar, o que no debiese estar rodeada de tantas maravillas. Al contrario, a ojos de sir Edmund, Sophie parecía tan encantadora con su sencillez como las exquisitas obras de Gainsborough que embellecían las paredes de Newbrooke, y como la porcelana china y de Sèvres que guardaban en los armarios de la mansión.

Cuando Sophie alzó la mirada y lo observó con esos maravillosos ojos grises que poseía, que desbordaban alegría, a sir Edmund se le cortó la respiración.

—Me estoy riendo de un poema que Mr. Maitland me ha hecho llegar. Ojalá lo llevase encima para poder leérselo a usted. Se titula «Consejo para Sophronia» —le explicó Sophie, pero la muchacha deseó haberse mordido la lengua, pues fue evidente que ante la mención de Mr. Maitland la atmósfera entre sir Edmund y ella había cambiado por completo.

La mirada de él, en la que hasta el momento parecía brillar una admiración sincera mientras la observaba, se había transformado por completo, y lucía distante y fría.

—¿Le ha escrito un poema? Uno de amor, no me cabe la menor duda —repuso, y rompió el incómodo silencio que se había creado entre ellos. Sin embargo, lo dijo con tono forzado y falló estrepitosamente en sus intentos por decirlo de una forma desenfadada.

—Ah, no, en absoluto. De haber sido así, no me estaría riendo o hablando con usted del tema. Sería de un mal gusto terrible. Lamento haber sacado el tema a colación, ha sido desconsiderado por mi parte burlarme de su regalo, pues no tengo duda alguna de que me lo hizo llegar con la

mejor de sus intenciones, pero estoy bastante segura de que no se leyó el poema antes de enviármelo, y debería haberlo hecho. Lo escribió una poetisa, y en él aconsejaba a una Sophronia de avanzada edad, cuya belleza había desaparecido, que recuperara el hábito de cultivar sus cualidades internas, pues de todos modos era lo único que le quedaba. Evidentemente, esa Sophronia sí había sido muy vanidosa y soberbia, y por eso su comentario me trajo el poema a la cabeza. Al principio me sentí un poco ofendida al verme comparada con esa Sophronia en particular, pero después me resultó de lo más hilarante.

Sophie se sintió aliviada al ver que, con su explicación, el semblante de sir Edmund se relajaba un poco, pero no parecía que le resultase gracioso en lo más mínimo, y Sophie volvió a arrepentirse de haber sacado el tema. La muchacha se exprimió los sesos para pensar en algo que reinstaurase la paz entre ellos. Bueno, en realidad, había habido algo más que paz; casi parecía cariño, incluso amor, y se hubiera fustigado por haber arruinado el momento. Sin embargo, antes de que pudiera articular palabra, sir Edmund se le adelantó, y al parecer seguía con la mente puesta en Mr. Maitland.

—Por favor, ruego que me disculpe si cree que no es un tema de mi incumbencia, pero me he percatado de la evidente inclinación que siente Mr. Maitland por usted, y me preguntaba por qué no lo aceptó cuando se conocieron en el pasado. Es decir, me han comentado que se conocieron hace años, cuando era usted muy joven. ¿Fue ese el motivo? ¿Se vio demasiado joven para aceptar un compromiso eterno?

—No, no fue ese el motivo. No era más joven que la mayoría de las damas recién casadas. Yo tenía dieciocho años cuando él... me cortejó —explicó Sophie dudando en la última palabra.

—Una edad temprana en mi opinión, pero si aquel no fue el motivo... —insistió sir Edmund; dejó la frase inacabada, como si supiera que aquella era una manera indiscreta de preguntarlo, sin poder evitarlo.

No obstante, Sophie sabía que la pregunta no venía motivada únicamente por una curiosidad infundada; que, si el hombre se estaba planteando formalizar una relación con ella, era algo que merecía saber. Ciertamente, si sir Edmund tuviese una relación con otra joven tan cercana como la suya con Mr. Maitland, Sophie querría una explicación al respecto.

Aun así, no sabía cómo relatarle lo sucedido sin quedar como una mujer patética y que no se hacía querer, así que no hizo ningún comentario mientras ordenaba sus pensamientos, pero siguió caminando hasta que vio un banco un poco más adelante, en un rincón.

—¿Le parece que nos sentemos mientras charlamos? —le preguntó, y el hombre aceptó la sugerencia.

Antes de invitarla a tomar asiento, sir Edmund pasó una mano por el banco para asegurarse de que no había nada que pudiera manchar su vestido.

Pero cuando ambos se sentaron, Sophie se preguntó si sería buena idea. Unas parras en flor se extendían por un enrejado abovedado que guarnecía el banco en el que se habían sentado, y las plantas eran tan gruesas que resultaría imposible verlos desde fuera. Sophie recordó la noche del

concierto de música, cuando la cercanía física de sir Edmund había provocado en ella un efecto sobrecogedor, y en aquel momento estaba experimentando algunos de esos síntomas. Con todo, la muchacha aunó esfuerzos para ordenar sus ideas y, por fin, se lanzó a hablar, aunque se dio cuenta de que le temblaba un poco la voz y se aclaró la garganta.

—Como bien ha dicho, yo era bastante joven cuando Mr. Maitland me cortejó, pero, de haber pedido mi mano en matrimonio, probablemente yo habría aceptado —confesó Sophie distorsionando un poco la verdad, pues no le cabía la menor duda de que habría aceptado la petición del hombre. Aun así, una dama tenía derecho a guardarse algunos secretos—. Dio todos los indicios de que se me iba a declarar, pero en cambio le propuso matrimonio a una mujer de buena familia y se casó con ella.

—Pero parece estar tan prendado de usted que pensaba que había sido usted quien lo había rechazado —replicó sir Edmund, y su sorpresa quedó patente.

—No se me dio la oportunidad de hacerlo porque no llegó a pedir mi mano en matrimonio —expuso Sophie.

—¿Tiene pensado hacerlo si se le declara ahora que es viudo? Porque ese parece su objetivo, a todas luces.

—Sir Edmund —suspiró Sophie—, siempre he soñado con casarme algún día y, como bien dijo usted en el pasado, encontrar el esposo adecuado no es para nada sencillo, en especial para una dama como yo, sin una gran dote que ofrecer. ¿Y si Mr. Maitland es mi última oportunidad para casarme y formar una familia?

—Pero ¡eso es una auténtica necesidad! Es usted encantadora, Miss Lattimore... Sophie —dijo él, y pronunció su nombre como si fuera una caricia, de una forma que hizo que Sophie se estremeciera—. Estoy convencido de que podrías tener al hombre que quisieras. Y ese Frederick Maitland... ¡Bah! —añadió, y su voz adquirió un cariz de desprecio—. No puedo negar que posee cierto encanto superficial, pero no se merece ni una sola mirada de soslayo tuya, Sophie —repitió su nombre con un tono apremiante esa vez, al tiempo que estiraba las manos y las posaba sobre los hombros de la mujer—. No puedes casarte con él; prométeme que lo rechazarás.

Estaban sentados uno frente al otro, en una especie de casi abrazo, a milímetros de distancia, y ambos parecían desconcertados por cómo habían llegado a esa postura. Sophie casi no recordaba de qué estaban hablando, solo sabía que él le estaba pidiendo que le hiciera una promesa.

—Se lo prometo —aseveró ella, aunque no tenía del todo claro qué le estaba prometiendo. Al parecer, sir Edmund también había perdido el hilo de la conversación. Se mantuvo en silencio mientras la miraba fijamente a la cara, y al final clavó los ojos en sus labios, mientras subía una de las manos por el hombro para acariciarle la piel expuesta de la nuca.

Sophie se estremeció otra vez, preguntándose cómo podía sentir un escalofrío en pleno verano, y entonces dejó de pensar cuando los labios de sir Edmund se posaron en los suyos.

Cecilia y Mr. Hartwell también estaban disfrutando de los terrenos de Newbrooke. Mientras se alejaban de la casa, Cecilia pensó que por muchos meses que llevara el hombre cortejándola, no habían estado juntos a solas ni una sola vez. Por supuesto, tampoco es que estuvieran a solas de verdad en aquel momento, pues si miraba hacia atrás podría ver a Sophie y a sir Edmund paseando. Miró por encima del hombro y, para su sorpresa, no había ni rastro de la otra pareja. Fue entonces cuando Mr. Hartwell sugirió que entraran al jardín secreto que les había recomendado sir Edmund.

Cecilia se preguntó cómo debería responder; sin duda lo correcto sería que le exigiera que regresaran con su carabina, pero, en cuanto miró a Mr. Hartwell, se dio cuenta de que no había otra persona en el mundo de la que se fiara más que de él. Se le ablandó el corazón al ver ese rostro que tanto amaba, esa conocida expresión de adoración que mostraba al mirarla. Por eso mismo, aceptó su oferta y él abrió la pesada puerta de madera para entrar y después la cerró a sus espaldas.

Camaron por el jardincito en silencio, y Cecilia empezó a preguntarse por qué habría querido estar a solas con ella si no tenía nada que decir. Pero entonces, por fin, empezó a hablar.

—Miss Foster, me sentí muy afligido cuando su prima me contó que su madre la estaba presionando para aceptar la petición de mano de lord Courtney.

—¿Que Sophie le dijo qué? —preguntó Cecilia sorprendida, y después se percató de que había echado a perder cualquier oportunidad que Sophie le hubiera brindado de interpretar el papel de damisela en apuros. Aunque, tras reflexionar un instante, fue consciente de que quería contarle la verdad a Mr. Hartwell, así sabría si todavía seguiría admirándola si supiera de todos sus defectos. Por tanto, admitió—: No fue solo idea de mi madre. No me presionó de forma excesiva. Al principio pensé que disfrutaría al tener el título de vizcondesa y de todos los privilegios que ello conlleva. Pero entonces empecé a darme cuenta de que aquellas cosas no importaban en absoluto al compararlas con lo verdaderamente primordial: si se puede encontrar la felicidad con dicha persona o no.

—¿Y... cree que podría encontrar la felicidad conmigo? —preguntó nervioso Mr. Hartwell.

Cecilia tuvo la idea traicionera de que siempre había imaginado al hombre de sus sueños como alguien dominante y seguro de sí mismo. Es decir, cuando no se lo imaginaba como un lord rico de la aristocracia. Sin embargo, se obligó a sí misma a obviar dichos pensamientos y contestó con sinceridad:

—Creo que puedo, pero no estoy segura.

Descubrió que, aunque había creído estar totalmente segura de querer casarse con Mr. Hartwell cuando él ya no quería contraer matrimonio con ella, ahora que podía ser suyo si quisiera habían regresado sus dudas de antaño.

—¿Qué cree que necesitaría para estar segura? —inquirió Mr. Hartwell, y Cecilia se limitó a sacudir la cabeza, pues le daba vergüenza admitir que no lo sabía, que, por mucho que lo estimara, aún sentía que podría estar perdiéndose algo mejor si se comprometía de forma irrevocable y se sentía reticente a hacerlo. Aunque se salvó de tener que explicar más de la cuenta, porque cuando sacudió la cabeza se olvidó de mirar por dónde andaba y le dio una patada a un adoquín de piedra, cosa que hizo que soltara un grito de dolor.

—¡Ay, ay! —chilló.

—¡Cecilia! ¿Qué ocurre? ¿Cuál es el problema? —exclamó Mr. Hartwell con gran preocupación.

—El dedo del pie —consiguió decir la muchacha con los dientes apretados mientras se levantaba un poco la falda y alzaba el pie herido para no apoyar peso en él. Antes de que pudiera hacer nada más, le sorprendió sobremanera que Mr. Hartwell la sostuviera entre sus brazos como si no pesara más que una chiquilla—. ¿Qué está haciendo? —le preguntó ella, aunque aquella pregunta tuvo una respuesta evidente cuando se descubrió pegada a su pecho.

—La estoy llevando en brazos para que no apoye nada de peso en el pie malherido.

Dio una vuelta completa con ella todavía en brazos en busca de un lugar donde sentarse dentro del jardincito tapiado. Giró tan deprisa que Cecilia colocó las manos contra su pecho en protesta y anunció:

—Mr. Hartwell, me está mareando.

Entonces, al darse cuenta de que estaba tocando el pecho de un hombre, ni más ni menos, apartó la mano como si se hubiera quemado.

Como Mr. Hartwell estaba demasiado centrado en encontrar algún lugar en el que colocar su preciosa carga, no se dio cuenta. No obstante, cuando fue evidente que no existía semejante lugar cerca, se agachó y la colocó sobre su regazo. Aquello fue demasiado para Cecilia, quien casi había olvidado su dolorido dedo del pie debido al espanto que le produjo lo que acababa de ocurrir.

—¡Mr. Hartwell! —protestó, dividida entre el escándalo y el deleite, aunque no tenía muy claro qué sentimiento predominaba sobre el otro.

Mr. Hartwell se percató de pronto de lo inapropiadas que habían sido sus acciones, al igual que la posición en la que se encontraba en aquel momento, sentado en la hierba de un jardín tapiado y apartado con la mujer a la que amaba en su regazo. Aun así, puso el bienestar del pie de Cecilia por encima de todo.

—¿Cómo tienes el pie? ¿Te sigue doliendo mucho? —preguntó.

Cecilia ya ni siquiera era consciente de que poseyera un pie, aunque sí que estaba tomando

conciencia de otras partes de su anatomía que no había sabido que existían antes de aquella experiencia. Se limitó a contemplarlo sin contestar, su rostro tan cerca del de ella que podía sentir su aliento cosquilleándole en la oreja, consciente de que su pecho estaba pegado al de él y que el corazón del hombre latía con fuerza, como si estuviera a punto de estallar. ¿O acaso era el suyo propio?

—Cecilia —susurró Mr. Hartwell y ella se percató de que había utilizado su nombre de pila en más de una ocasión, algo que nunca había hecho antes de aquel día. Y después, se tomó una mayor libertad y presionó sus labios contra los de ella.

Para el gusto de Cecilia, se apartó con demasiada rapidez, pues ya se había olvidado de que debía protestar ante tal acción. Pero entonces, tras estudiar el rostro de la muchacha en silencio durante un instante, lo acunó con mimo entre sus manos y volvió a besarla.

Cecilia perdió toda noción del tiempo y del lugar en el que se encontraba, y después se sonrojó al pensar que no había sido ella la que había puesto el punto final a semejante comportamiento indecoroso, sino que habría continuado de buena gana hasta que el resto de sus acompañantes los encontraran. Por fortuna, Mr. Hartwell era demasiado caballeroso para aprovecharse de la situación antes de que progresara mucho más y se apartó, incluso se negó con gentileza cuando Cecilia intentó que volviera a bajar la cabeza y buscó sus labios con los suyos.

—No, Cecilia, no debemos, esto no está bien. Te ruego que me disculpes. Pero eres muy dulce y yo... No debería decir nada más hasta haber hablado con tu madre, cosa que haré de inmediato... —declaró, y Cecilia volvió a sus cabales en un santiamén al escuchar las palabras «tu madre».

—Ay, cielos, pero ¿qué estoy haciendo? Mr. Hartwell, ¿qué va a pensar de mí? —preguntó horrorizada y se levantó de un salto de su regazo para ponerse en pie sin prestar atención alguna al dolor, pues el dedo malherido parecía ser el menor de sus problemas en aquel momento.

Mr. Hartwell también se incorporó mientras se desempolvaba la ropa.

—Cecilia, te diré todo lo que pienso de ti en cuanto obtenga la bendición de tu madre. Y también te lo mostraré —declaró y su voz se tornó más grave.

—Pero, ya le he dicho que no estoy segura... —objetó Cecilia y su voz se fue apagando cuando vio la expresión de cariño de Mr. Hartwell cambiar a una de incredulidad.

—Pues, ciertamente, ahora mismo no estabas actuando como si «no estuvieras segura». Cielo santo, Cecilia, no puedes estar alentando durante mucho tiempo a un hombre, besarlo y después esperar que se marche como un condenado perro hasta que vuelvas a silbar para que venga. ¡No voy a permitir que se me trate como a un maldito pequinés! —La estaba mirando con ferocidad y Cecilia se dio cuenta de lo mucho que había estropeado el momento.

—Tiene razón. Lo lamento mucho, no sé qué me ha pasado. Ha sido tan paciente conmigo y yo me he portado de forma horrible con usted —admitió—. No me extraña que le guste Emily Woodford.

—Por lo menos ella me aprecia. Si le pidiera la mano en matrimonio, no dudaría en aceptarla

ni un segundo —reprochó. Y aunque no fue el más maduro de los comentarios, Mr. Hartwell no tenía más que veintitrés años y había llegado al límite de su aguante—. Será mejor que te arregles el cabello y la capota o te verás obligada a casarte conmigo tanto si quieres como si no —espetó, y Cecilia se quedó petrificada ante su tono descortés. Se quedó allí plantada parpadeando en su dirección mientras intentaba asimilar que aquel caballero apasionado y furioso era el mismo tímido e inseguro joven que había aceptado con paciencia su tratamiento impertinente y desconsiderado. Pero, al parecer, ya no pensaba aceptarlo más. Aun así, mientras ella estaba ahí plantada manoseándose la melena y la capota, su amabilidad innata salió a la luz y se acercó a ella para arreglarle la parte de atrás del peinado con ternura y los dedos temblorosos. Cecilia también tembló con su tacto y se sintió tentada de decirle que podía ir a hablar con su madre solo para que volviera a besarla. Sin embargo, algo en su interior se opuso a musitar esas palabras que sellarían su destino y el momento terminó poco después. Mr. Hartwell se apartó y le ofreció su brazo para que se apoyara con un seco recordatorio de que no pusiera demasiado peso en el pie.

La otra pareja, aislada en su empujamiento con aroma a flores, también era consciente de lo indecoroso de su comportamiento. Sir Edmund se apartó tras un beso prolongado y se encontró con la mirada fascinada de Sophie. Ella le sonrió, pero no quería ser la primera en hablar. Él tampoco parecía dispuesto a pronunciar palabra y la sonrisa de la muchacha empezó a desvanecerse cuando el silencio se alargó, quizá demasiado.

—¿Era esta otra lección de coqueteo? —preguntó por fin sir Edmund con una ligereza que parecía forzada.

Sophie no encontró el comentario nada gracioso. Él todavía la tenía envuelta entre sus brazos, así que se apartó por completo de él antes de contestar:

—Jamás me atrevería a llevar un mero coqueteo tan lejos.

—Ruego que me perdone —se disculpó sir Edmund—. Ha sido un comentario horrible, sobre todo después de que... el incidente se haya llevado a cabo bajo mis instigaciones. Por favor, perdóneme. Pero es que su cercanía y el ambiente romántico... —Hizo un gesto con la mano para abarcar la belleza que los rodeaba—. No es excusa, ya lo sé, pero he perdido la cabeza de forma momentánea. Lo siento de todo corazón.

Aquello no era para nada lo que Sophie esperaba oír, había estado preparada para aceptar como mínimo una declaración de amor y con mucha probabilidad una pedida de mano, por lo que sufrió la más terrible de las decepciones. No se podía creer que le volviera a estar ocurriendo lo mismo una vez más, solo que con un caballero completamente distinto. Se preguntó en qué fallaba, porque parecía ser que sí podía despertar admiración, pero no compromiso. Lo único que quería era salir del jardín y perder de vista a sir Edmund cuanto antes, por lo que se levantó del banco de un salto con ese objetivo en mente.

—Sophie, espera —pidió sir Edmund levantándose también del banco, y la muchacha le lanzó una mirada fulminante mientras se preguntaba cómo se atrevía a suponer que podía seguir usando su nombre de pila sin su permiso. ¿Acaso era aquel el problema? ¿Que como ella no había dado señales de que le molestara, él había asumido que podía tomarse incluso mayores libertades con ella? Sin embargo, el hombre debió de entender el significado de la mirada que le lanzó, porque se corrigió a sí mismo de inmediato—. Miss Lattimore, por favor, hay algo que debo explicarle. Algo similar a lo que me ha confesado acerca de Mr. Maitland.

Pero Sophie no estaba de humor para escuchar ninguna explicación, así que murmuró:

—Lo siento, si me disculpa...

Caminó a toda prisa hasta volver a los parterres, seguida de sir Edmund, quien no dejó de intentar disculparse y darle explicaciones hasta que se encontraron con Cecilia y Mr. Hartwell poniendo rumbo a la casa, y sir Edmund se dio cuenta de que ya no habría más oportunidades de tener una conversación en privado.

Si a Mrs. Foster le había resultado extraño el comportamiento posterior de su hija y su sobrina, fue lo bastante lista como para no hacer ningún comentario al respecto. Cecilia, por supuesto, tenía la excusa de que se había lesionado el pie y cojeaba un poco, cosa que podía explicar su semblante serio y alicaído en extremo. Aunque aquello no explicaba el hecho de que Mr. Hartwell hubiera soltado el brazo de Cecilia en cuanto la puso cómoda en una butaca del salón y anunciara que se marchaba de vuelta a la ciudad.

Sophie también se comportaba de la más peculiar de las formas, se negaba a mirar en dirección a su anfitrión incluso mientras le agradecía su hospitalidad por mucho que ellas también tuvieran que marcharse.

—Como Cecilia se ha hecho daño en el pie, lo mejor será que regresemos a casa para poder aplicarle un paño frío a la lesión —explicó, y cuando sir Edmund dijo que él le proporcionaría a Miss Foster cualquier cosa que necesitara con mucho gusto, Sophie lo interrumpió abruptamente todavía sin mirarlo y añadió—: Gracias, pero se sentirá más cómoda en su propio cuarto, ¿no es así, Cecilia?

Por lo visto, Cecilia, que parecía sumida en la miseria, no había escuchado nada de la conversación, por lo que se lo tuvieron que repetir antes de que respondiera con vehemencia que no había nada que quisiera más que volver a casa.

Sir Edmund expresó sus deseos de que por lo menos se quedaran a tomar el té, y Mrs. Foster quería lo mismo, pero su sobrina y su hija no atendían a razones y se levantaron para marcharse.

—Pero ¿qué hay de Mrs. Beswick? —se aventuró a protestar la mujer—. Todavía no ha regresado a la casa.

Sin embargo, mientras formulaba la pregunta, Priscilla entró en el salón del brazo de su esposo. Aunque no parecían estar embelesados el uno con el otro, pues Charles Beswick lucía su

típico semblante de apatía, sí que parecían la única pareja que aún seguía dirigiéndose la palabra después de su paseo conjunto. Aunque Mrs. Foster se preguntó cuánto tiempo seguirían así las cosas cuando Priscilla anunció:

—Espero que no apestemos a caballo; Charles ha insistido en ver todos y cada uno de ellos.

Antes de que pudiera agregar nada más, Sophie le informó a Priscilla de que se marchaban en aquel mismo momento sin hacer caso alguno a las protestas de la dama, que pensaba que se quedarían a tomar el té.

—Cecilia se ha hecho daño —explicó Sophie por encima antes de hacerle una reverencia a sir Edmund en una evidente despedida—. Gracias por su hospitalidad y por habernos mostrado su hogar, sir Edmund. Newbrooke es precioso.

No obstante, como lo pronunció con un tono educado pero inexpresivo, Mrs. Foster creyó que no sonaba demasiado convincente, por lo que decidió profesar sus propios elogios y agradecimientos en un tono de voz mucho más entusiasmado con la intención de compensar la inexplicable actitud de su sobrina.

A sir Edmund no le quedó otra que enfrentarse a su ama de llaves, quien estaba tremendamente confundida ante la marcha de todos sus invitados.

—Pero, sir Edmund, creía que me había pedido que sirviera el té en la sala Amarilla a las cinco en punto.

—Lo siento de veras, Mrs. Cooper, fue un malentendido por mi parte. Ruego que me disculpe, sé que le he causado una gran molestia. Quizá al personal le apetezca disfrutar del té en la sala del servicio —ofreció, pero sabía que era una consolación mínima. Los sirvientes se habían esforzado mucho para presentar Newbrooke de la mejor manera posible, pues de alguna forma habían intuido, sin saber él cómo, que una dama especial iba a visitar la casa aquel día. Una dama que bien podría, en un futuro inmediato, convertirse en su señora.

No podía hacer frente a sus miradas de decepción y compasión, por lo que pidió que le prepararan su caballo y montó durante casi una hora sin apenas ser consciente de adónde se dirigía. Aunque no le sorprendió haber ido a parar a cierto rincón para acariciar un pétalo satinado de rosa con un dedo y pensar en lo similar que era y a la vez la poca justicia que le hacía a la piel suave y delicada de cierta mujer.

No sabía qué le había poseído para hacer un comentario así de descortés. ¡Prácticamente la había acusado de ser una frívola cuando había sido él quien la había besado! Aquel beso era la causa de todos sus problemas. No tenía intención de besarla hasta que estuvieran comprometidos, y tampoco tenía intención de pedirle la mano hasta que le hubiera explicado su pasado. Había sido una reacción involuntaria a su proximidad, a tenerla tan cerca de él, sus labios tan solo a unos centímetros de distancia... ¿A quién pretendía engañar? Lo volvería a hacer si la tuviera allí con él.

De hecho, si no hubiera pronunciado aquel comentario tan desagradable, el beso no habría sido tan horrible. ¿Horrible? Había sido maravilloso. No, no podía arrepentirse del beso. Sería un recuerdo que guardaría con mimo si al final se quedaba sin nada.

Si no hubiera entrado en pánico y la hubiera enfurecido con aquel comentario descerebrado... Con ello no había querido decir lo que era evidente que ella había supuesto: que la estaba acusando de ser una casquivana, de ser el tipo de mujer con la que él jugaría, pero con la que jamás tendría intenciones serias. Debería tenerlo en peor consideración que a su primer amor, aquel desgraciado de Maitland.

Pero sí que había entrado en pánico. Al pensar que tal vez las cosas estuvieran progresando demasiado rápido, había intentado hacer de menos el ambiente cargado antes de regresar a su conversación previa. Su intención era confesarle todos los aspectos de su pasado antes de llevar las cosas más lejos. En cambio, se había disculpado en repetidas ocasiones por haberla besado, como si hubiera sido algo desagradable. Por supuesto que estaba disgustada. Si no hubiera sido tan torpe con el manejo de la situación, quizá ahora estarían en el salón abriendo una botella de champán y celebrando su compromiso. Pero, al contrario, no sabía si volvería a dirigirle la palabra.

Desde luego, el viaje de vuelta a Bath no lo pasaron enfrascadas en una conversación despreocupada y alegre como sí habían hecho durante el trayecto hasta Newbrooke, por lo que a las cuatro mujeres que se encontraban atrapadas dentro del carruaje les pareció mucho más largo. Priscilla, quien no había aprendido que en ciertas ocasiones era mejor no confirmar lo evidente, trató de señalar el extraño comportamiento de Sophie, pero a cambio recibió la mirada más feroz y abrumadora que jamás había visto en el semblante por norma afable y simpático de la muchacha, por lo que hasta ella se acobardó y guardó silencio.

Sin embargo, no podía estar callada durante mucho tiempo y pensó que quizá Cecilia estaba más dispuesta a charlar.

—¿Cómo te has lesionado el pie, Cecilia? —le preguntó Priscilla.

Pero aquel intento de conversar tampoco pareció tener éxito, pues Cecilia se tintó de un color rojo carmesí antes de explicar:

—Me he golpeado con una piedra, y preferiría no hablar del tema.

Incluso a Priscilla le costaba insistir al toparse con una respuesta así de tajante y, después de intercambiar una mirada perpleja con Mrs. Foster, se giró para mirar por la ventanilla del carruaje, resuelta a no volver a hablar hasta que la dejaran en su puerta. No obstante, dicha resolución se vio quebrantada en cuanto llegaron a la ciudad. Estaban a punto de pasar por delante de Molland's, la confitería, cuando un niño salió disparado hacia el camino y el conductor tuvo que detenerse un tiempo hasta que se volvió a poner orden. Priscilla, quien podía

ver directamente el escaparate de la tienda, se quedó estupefacta al distinguir a alguien a quien conocía y exclamó a las demás:

—¡Mirad! ¡Es Mr. Maitland con lady Mary!

Todas las mujeres miraron por la ventana ante su exclamación, pero Sophie era la única que estaba en el mismo lado del carruaje que Priscilla, por lo que se encontró de frente con Mr. Maitland en el momento justo en que él miró por el escaparate de la tienda para toparse con su mirada. Sophie advirtió que no estaba él solo con lady Mary en la confitería, también estaban sus hijos y la niñera. Se sintió un poco avergonzada porque la hubieran descubierto observándolos, pero Mr. Maitland no pareció desconcertarse ante su mirada. Al contrario, pareció contento de ver a Sophie y le dedicó una sonrisa resplandeciente mientras la saludaba con la cabeza. Sophie asintió levemente en respuesta antes de que el conductor volviera a arrear los caballos y la pareja desapareciera de su vista.

—¡Cielos! ¡Jamás me habría imaginado que Mr. Maitland saldría a pavonearse con lady Mary! —exclamó Priscilla, en apariencia ofendida ante la perspectiva de que uno de sus presuntos admiradores se dejara ver en público con una mujer con ninguna pizca de belleza.

—A los niños les cae en gracia —declaró Sophie, confiada en que aquella era la razón de su salida, pues ¿no le había dicho Mr. Maitland que no consideraba hermosa a lady Mary? Sophie no estaba celosa de la mujer en lo más mínimo; pensó que, si había alguien por la que podría tener razones para temer que le robara el afecto de Mr. Maitland, esa sería la mismísima Priscilla, quien parecía haber congeniado de forma inusual con él. Aunque tampoco importaba, porque Sophie le había prometido a sir Edmund que jamás se casaría con Mr. Maitland. Ay, cielos, ¿de veras le había prometido aquello? ¿Acaso era tonta? Iba a perder a sus dos pretendientes y a morir siendo una solterona vieja.

Las otras ocupantes del carruaje se quedaron de piedra cuando Sophie soltó un suave gemido de aflicción y enterró la cara en las manos.

Sophie, quien había subido a su habitación en cuanto llegaron a casa desde Newbrooke resuelta a pasarse lo que le quedaba de vida tendida en esa cama, vio que alguien frustraba sus planes llamando a la puerta de su habitación.

Sabía con seguridad que se trataba de Cecilia, que había subido a contarle sus problemas de pareja, pues a ojos de Sophie era evidente que algo trascendental había pasado entre Mr. Hartwell y su prima en los jardines de Newbrooke. A Sophie le habría encantado contar con una confidente mayor que ella a la que recurrir en busca de consuelo y apoyo como hacía Cecilia con ella, pero entonces pensó que ayudar a su prima la haría olvidarse de sus propios problemas al menos un rato, y estaba más que convencida de que, fuera lo que fuese lo que hubiese pasado, tenía arreglo, no como su situación, que presentaba un futuro desolador.

Así que Sophie se levantó por voluntad propia de la cama y fue a abrirle la puerta a su prima, y ambas se pusieron cómodas para una larga charla, aunque parecía que Cecilia no se atrevía a iniciar la conversación. Sophie la animó preguntándole:

—Cecilia, ¿qué ha pasado entre Mr. Hartwell y tú en Newbrooke?

—Nos hemos besado ¡y ahora se va a casar con Emily Woodford!

Tras la confesión, parecía que Cecilia se iba a echar a llorar en cualquier instante, y Sophie tuvo que esperar un poco para obtener una explicación de tan insólita clase de comportamiento por parte de Mr. Hartwell; Sophie apenas podía creerse lo que acababa de contarle su prima.

Al cabo de un rato, Cecilia se serenó lo suficiente para explicarle que se había hecho daño en el pie, y que Mr. Hartwell había tenido la bondad de levantarla en brazos para que no se hiciera más daño. Cecilia le contó por encima la parte en la que ella acabó sentada en el regazo de él, fundidos en un apasionado beso, así que Sophie oyó una versión bastante editada y más formal de lo que había ocurrido en realidad, pero la cantidad de detalles bastó para que Sophie pensara que los jardines de Newbrooke incitaban al romance con más eficacia que una de las flechas de Cupido.

Entonces Cecilia llegó al motivo de su discusión con Mr. Hartwell, que no era otro que la negativa de Cecilia a que Mr. Hartwell le pidiera a su madre la mano de ella en matrimonio: el caballero se había enfadado mucho con la joven y la había acusado de darle falsas esperanzas.

—Y lo hice, es cierto, pero no era consciente. Es decir, ha sido mi primer beso y no me esperaba que fuera tan... estimulante —dijo Cecilia, y frunció el ceño en un gesto de desconcierto ante su propio comportamiento.

—Y ¿fue entonces cuando te dijo que, en vez de contigo, se iba a casar con Emily Woodford?
—preguntó Sophie, quien seguía confundida por esa parte de la historia.

—Esas no fueron las palabras exactas que usó —repuso Cecilia—. De hecho, creo que fui yo, y no él, quien sacó a Emily a colación durante la conversación. Pero entonces me dijo que ella al menos lo valoraba y que no dudaría ni por un segundo en aceptar su propuesta de matrimonio. Creo que lo he empujado a los brazos de esa chica —admitió Cecilia con pesar, antes de acabar con el comentario que no había mencionado durante su relato—: ¡Si hasta me recolocó el pelo!

Sophie no le pidió más explicaciones sobre ese sinsentido, sino que se concentró en lo que, para ella, era lo más importante de todo ese asunto:

—Cecilia, ¿todavía no estás segura de si quieres o no casarte con Mr. Hartwell? Porque creo que, si dejaras que él hablase con tu madre, este altercado tendría un final feliz. Y yo pensaba que ya habías tomado una decisión, y que sabías que lo amabas y que querías casarte con él.

—Y era verdad, pero eso fue cuando pensé que lo había perdido para siempre. Ahora que debo aceptar su proposición de matrimonio, me he dado cuenta de que me aterra comprometerme de forma irrevocable. Sí, lo quiero mucho, y lo eché muchísimo de menos cuando dejó de venir a visitarme a casa, pero también detesto la idea de perder el resto de mis opciones. ¿Y si he malinterpretado lo que siento y Mr. Hartwell no es el hombre indicado? Esta es una decisión de gran importancia, Sophie. Es para siempre.

Sophie no podía negar la verdad de las palabras de Cecilia. Era una decisión de gran importancia, ciertamente, una de las más importantes de la vida de una persona. E incluso más en el caso de una mujer que en el de un hombre, porque una mujer no tenía más derechos que aquellos que su esposo le concedía. Un caballero podía amargarle la vida a su esposa si así lo deseaba.

Aunque Cecilia no tenía por qué temer que Mr. Hartwell fuese un marido demasiado exigente. Tanto sus palabras como sus actos denotaban su amabilidad y caballerosidad. Aun así, si Cecilia, con dieciocho años, no se sentía preparada para dar un paso tan definitivo como aquel, entonces Sophie no creía que debiese darlo.

Cecilia rompió el silencio que había reinado entre ellas mientras reflexionaban.

—Sin embargo, hay una cosa que tengo clarísima: sé a ciencia cierta que no quiero que se case con otra mujer.

Una afirmación que provocó que, de repente, Sophie se solidarizase con Mr. Hartwell mucho más que con su prima.

Dado que Cecilia se había recuperado de su indisposición, las mujeres no podían seguir pasando los días encerradas en su casa señorial, aunque las ganas de socializar que tenían eran escasas. Aun así, debían guardar las apariencias, y Mrs. Foster les comunicó que las tres irían aquella noche a los salones.

Sophie se consoló pensando que era improbable que sir Edmund asistiese a la velada, pues dudaba muchísimo que el hombre se hubiese marchado tan rápido de su mansión para volver a Bath. Pero descubrió que llegar a esa conclusión no la consoló en absoluto, sino que más bien la deprimió todavía más.

La situación de Cecilia era mucho peor que la de Sophie; no solo no sabía si se encontraría o no con Mr. Hartwell aquella noche, sino que, además, temía que, de verlo, se lo encontrase cortejando a Emily Woodford. Asimismo, aquel sería su primer encuentro con lord Courtney tras haber tomado la decisión de no casarse con el caballero, y no tenía ni la más remota idea de cómo verbalizar el rechazo con tacto a un pretendiente al que, hacía poco más de una semana, había alentado en sus atenciones de muy buena gana.

Y Mrs. Foster, a pesar de ser quien, para empezar, insistió en salir aquella noche, quizá era la que más preocupada estaba de las tres, puesto que, sin saber bien cómo, debía minimizar su comportamiento amistoso con lady Smallpeace y retirar su aprobación tácita a lord Courtney como marido para su hija sin ofender a la aristócrata y cometer un suicidio social.

Al final resultó que, cuando entraron en los salones, lady Smallpeace las vio casi en cuanto pasaron por la puerta y preguntó por la salud de Cecilia a voz en grito y con muy poco tacto.

—¿Cómo se encuentra su hija, Mrs. Foster? ¿Ya se ha recuperado de su indisposición? Si quiere mi opinión, a mí me parece que está un poco pálida —comentó lady Smallpeace llevándose los impertinentes a los ojos y mirando a Cecilia de arriba abajo.

—Está mucho mejor, gracias por preguntar —respondió Mrs. Foster.

—Fresca como una rosa —intervino lord Courtney con una sonrisa de satisfacción—. No debería acercarme mucho o tal vez empiece a estornudar —añadió.

—¿Crees que aún podría ser contagiosa? —preguntó lady Smallpeace escandalizada.

—No, tía, no era más que una bromilla, un juego de palabras. Las flores me hacen estornudar, y Miss Foster está fresca como una rosa, ya sabes, una flor; o igual no una rosa, porque va vestida de azul. ¿Un jacinto, tal vez? No tengo muchos conocimientos sobre flores, más allá de que me pica la nariz cuando estoy rodeado de ellas. Y eso me recuerda, Miss Foster, que espero que le gustara el ramo que le envié. Le dije a mi sirviente que las eligiera especialmente para usted...

Su tía abuela intervino antes de que Cecilia pudiese darle las gracias a lord Courtney por el regalo de su sirviente.

—¿Su hija es propensa a las infecciones, Mrs. Foster? —quiso saber lady Smallpeace, con el asco reflejado en el rostro.

Y, de pronto, a Mrs. Foster se le ocurrió una idea tan brillante que sintió que deberían salirle rayos de luz de la cabeza.

—Me temo que sí, lady Smallpeace —contestó. Cecilia se sobresaltó y parecía que estaba a punto de protestar, pero Sophie, que había descifrado el astuto plan de su tía, le dio un pellizco en el brazo a su prima a modo de advertencia—. Tiene la salud delicada desde que sufrió un caso

particularmente grave de anginas sépticas a los catorce años. Vino un cirujano y nos dijo que era probable que tuviese la salud delicada para toda la vida. —Mrs. Foster se las arregló para parecer apesadumbrada mientras lo narraba, y Sophie y Cecilia también esbozaron un gesto serio acorde con la ocasión.

—¡Santo cielo! —exclamó lady Smallpeace mirando a Cecilia con una curiosa mezcla de compasión, asco y alivio—. ¡Cuánto me alegra haberme enterado de esto! ¡Muchísimo! Lo siento, jovencita, pero debo pedirle que guarde las distancias con nosotros hasta que estemos seguros de que se ha recuperado completamente de esta última enfermedad contagiosa. Sé que mi sobrino se habrá llevado una desilusión tremenda al no poder bailar con usted esta noche, ¿verdad, Courtney?

—Estoy desolado —respondió este sonriendo—. Quizá mañana...

—¡Courtney! —gritó lady Smallpeace—. ¡El brazo!

Y mientras Sophie y las Foster la observaban atónitas, lady Smallpeace se incorporó en la silla con gran esfuerzo y se levantó para salir de la habitación. Sophie se percató de que era la primera vez que veían caminar a la mujer por su propio pie. Lady Mary cogió a su madre por el otro brazo, entre excusas y disculpas mientras se alejaban.

—Lo lamento sobremanera, pero mi madre les tiene auténtico pavor a las enfermedades, aunque goza de una salud de hierro. Está sana como un potro. ¿Se dice así? ¿O es una mula? No es que sea yo una amazona ni mucho menos, aunque en el campo sí que monto bastante. Ahora bien, aquí en Bath carece de sentido, es mucho más sencillo coger una silla de mano, y hay tantísimas colinas que se necesitaría un caballo con una fuerte constitución para poder montar por aquí...

Las Foster y Sophie se quedaron en silencio un buen rato después de que la voz de lady Mary se perdiera entre la multitud y, entonces, Sophie se echó a reír.

—¡Has estado fenomenal, tía Foster! —la felicitó Sophie—. ¡Has demostrado una gran rapidez mental!

—Madre, ¿cómo se te ha podido ocurrir algo así? Ahora ya no tenemos que evitarlos; ¡ellos nos evitarán a nosotras!

—Se me ha ocurrido de pronto —admitió alegre Mrs. Foster.

Aquella noche Mr. Hartwell no asistió a los salones, pero Emily Woodford sí. Cecilia la saludó con una cortés inclinación de cabeza e incluso le regaló una sonrisa cuando la joven se acercó a ellas, pero se había comprometido a bailar con un caballero, y se marchó poco después. Cuando Cecilia se fue, Emily se volvió, entusiasmada, a hablar con Sophie.

—¡Sophie! ¡Hace una eternidad que no hablamos! Me han comentado que tu prima cayó enferma.

—Sí, pero era un simple resfriado. Ya se encuentra mucho mejor.

—Pues no es eso lo que me han dicho. Se rumorea que está... tísica —mencionó Emily, y bajó la voz para susurrar esa última palabra.

—¡Bobadas! Dios mío, si Cecilia está sana como un potro —replicó Sophie con una risilla al pensar en cómo lady Mary había usado esa expresión. Emily la miró de una forma rara, como si creyera que la salud de su prima no fuese cosa de risa, pero dejó pasar el tema.

—Bueno, me alegra que Miss Foster se encuentre mejor. Puede que, dadas las circunstancias, sus pretendientes puedan retomar sus visitas —comentó Emily, y se esforzó por abordar el tema de los pretendientes de su prima como de pasada, y no como si fuese la razón principal por la que se había acercado a Sophie—. ¿Has visto hace poco a Mr. Hartwell por un casual?

Sophie tenía un debate interno. Le caía bien Emily, muy bien, y por lo que sabía sería una esposa estupenda para Mr. Hartwell si se diera el caso de que Cecilia resolviera que no lo quería para ella como esposo. Pero Sophie sentía que ese tema debía resolverse antes de que él se implicara con otra persona.

—Sí, Emily, vimos a Mr. Hartwell hace poco. Como ya te he dicho en otra ocasión, Cecilia y él...

—¿Qué pasa? ¿Ha pedido su mano en matrimonio? ¿Se han comprometido? —preguntó Emily con tono de urgencia.

—No se han comprometido todavía —respondió Sophie pensando que, después de todo, iba a ser un error mantener esa conversación con la joven.

Emily, quien por lo general era una chica dócil, en aquel momento distaba mucho de la muchacha tranquila de siempre.

—Si no se han comprometido, todavía tengo posibilidades —dijo Emily, y a Sophie se le cayó el alma a los pies.

—Pero, Emily, si está enamorado de Cecilia...

—Puede que se haya encaprichado de tu prima, pero ella no se lo merece —repuso Emily.

—¿Y tú sí?

—¿Por qué no? Tú, mejor que nadie, deberías entenderlo. Mr. Hartwell es joven, apuesto y vive holgadamente, no tiene necesidad de casarse con una joven acaudalada. Sophie, los hombres como él no crecen en los árboles, lo sabes perfectamente. Y, aun así, ¡tu prima no ha tenido el juicio de reconocer el regalo que le ha caído como llovido del cielo! Se merece casarse con lord Courtney; es evidente que a Cecilia le importa más el título que el hombre. Y como yo sí valoro a Mr. Hartwell como se merece, voy a quedarme con él.

Sophie estaba sin palabras. Apenas era capaz de mirar a la que hasta hacía poco consideraba su amiga con el asombro en el rostro, y lamentó el día en el que le presentó a Mr. Hartwell. Pues, si al final Cecilia entraba en razón y decidía que quería casarse con el caballero, quizá ya fuese demasiado tarde.

Priscilla Beswick también se había presentado aquella noche en los salones, y Sophie se la encontró en la sala del té. Saludó a la joven con una sonrisa, y se olvidó por completo de que la última vez que se vieron trató a la recién casada con muy poca cordialidad.

—Me sorprende verte aquí. Me pareció que no estabas del mejor de los humores tras nuestra visita a Newbrooke —comentó Priscilla con el ceño fruncido.

—Cierto, discúlpame, me dolía la cabeza. Ahora ya estoy mejor.

—Por lo visto Cecilia también se ha recuperado con una rapidez increíble —añadió Priscilla mirando por encima del hombro de Sophie justo donde Cecilia charlaba con uno de sus pretendientes.

—No era más que un resfriado... —empezó a explicarle Sophie preguntándose cuántas veces más iba a tener que hablar del estado de salud de su prima.

—Me refería a su pie. Se hizo daño en Newbrooke, ¿no?

—¡Ah, sí! Sí, ya está mucho mejor.

—Bueno, me alegra que estés aquí, porque tengo que comentarte una cosa —dijo Priscilla fijándose en a quién tenían a su alrededor antes de bajar el tono de voz—. ¡Charles está absolutamente insoportable! Sophie, te lo juro, ¡me entran ganas de cometer una locura!

Sophie suspiró, y le habría gustado disponer de al menos un par de minutos para disfrutar de su té sin tener que hablar de hombres o de matrimonios.

—Priscilla, creo que Charles tiene motivos para quejarse de tu comportamiento. Me contó que echa de menos la época en la que pasabais tiempo juntos participando en actividades al aire libre. Y, ahora, cuando pasáis tiempo juntos, no dejas de quejarte de que se te puede arrugar la ropa. ¿Cómo es que ya no te interesan esas actividades que tanto disfrutabais juntos?

Priscilla la miró sorprendida, abriendo y cerrando los ojos.

—Ya te lo he dicho, porque vi que conllevan un comportamiento inapropiado para una joven dama de alcurnia. Y, además, cuando viajé a Londres para la temporada y me involucré en actividades más elegantes y femeninas, los caballeros me elogiaban como nunca antes lo habían hecho. Y me encanta la moda, Sophie. Hasta mi debut no descubrí lo divertida que era. Tiene algo de... artístico, de verdad. Incluso he probado suerte dibujando mis propios diseños. De hecho, el sombrero que llevé en los jardines Sydney lo había diseñado yo misma. Por eso me disgusté tanto cuando se me estropeó. —De pronto Priscilla parecía insegura e indecisa, una actitud que Sophie no había visto jamás en ella—. A lo mejor... —propuso Priscilla con aire vacilante—, te gustaría ver alguno de mis diseños.

—¡Sería todo un honor para mí! Es evidente que posees cierto don para ello; cualquiera se daría cuenta solo con verte. —Priscilla esbozó una enorme sonrisa ante el comentario, y Sophie se planteó si la muchacha buscaba que la elogiasen por su aspecto no por mera vanidad, sino porque necesitaba confianza en los diseños que creaba—. Pero ¿no echas en falta las actividades que Charles y tú compartíais? Por cómo me lo contó, disfrutabas mucho con ellas.

Priscilla se quedó un rato pensando y después una sonrisa de nostalgia se adueñó de su rostro.

—Sí, me gustaba montar a caballo, el críquet ... Ay, ¡nos lo pasábamos de maravilla! Disfrutaba incluso cuando Charles me llevaba a ver a los animales en la hacienda. Pero todo eso fue antes de mi debut, claro. Seguramente un comportamiento como aquel, que resulta aceptable para una chica joven, no lo sea para una dama ya casada.

—Pues claro que sí, ¡si es lo que les gusta hacer a su esposo y a ella en su tiempo libre, juntos! Priscilla, puedes ser una mujer elegante e interesarte la moda y, al mismo tiempo, participar en cualquier deporte. Te aseguro que, si te involucraras más en los intereses de tu esposo, Charles reaccionaría de manera favorable.

—Quizá tengas razón y, cuando volvamos al campo, ten por seguro que lo haré. Pero, si Charles me ama, ¿por qué no puede apoyarme también en mis intereses? Desde que nos casamos, no ha venido conmigo ni a un solo baile. Hasta se ha negado a acompañarme esta noche; Mr. Maitland ha venido conmigo hoy. Claro, si pretende que monte a caballo con él, ¡bien podría salir a bailar conmigo de vez en cuando!

Sophie no podía quitarles razón a sus palabras y se prometió para sus adentros que, cuando se le presentara la oportunidad, le daría un consejo a Charles Beswick al respecto. Por el momento, alentó a la joven a ser paciente.

—Priscilla, Mr. Beswick es un caballero muy apuesto e inteligente, y te ama muchísimo. De hecho, él mismo me lo dijo.

—¿De verdad? —preguntó Priscilla juntando las manos encantada—. ¿Qué te dijo exactamente?

—Que te amaba muchísimo —repitió Sophie pensando en lo poco preparada que estaba para ese papel que había asumido a regañadientes. Tendría que haberse leído varios poemas o alguna novela romántica para manejarse mejor.

—¿Llevaba el abrigo azul? —dijo Priscilla con expresión distraída.

—Sí —respondió Sophie, y bebió un poco de té.

Hasta que Priscilla se lo contó, Sophie no se había percatado de que Mr. Maitland era el acompañante de la joven aquella noche. Sophie esperaba de verdad que cuando Priscilla le había mencionado aquello de «cometer una locura», el caballero no estuviese involucrado. Aun así, Sophie creía firmemente en el amor real que profesaba Priscilla por su marido y, aunque la joven fuese un poco inmadura, no era una persona inmoral. Si pensaba que la sociedad veía inaceptable que una dama se manchase el dobladillo del vestido visitando las caballerizas, desde luego creía que era mucho peor abandonar a su esposo y fugarse con otro hombre.

Aquella noche Mr. Maitland se mostró muy reservado y le prestaba casi toda su atención a Priscilla Beswick mientras le echaba elocuentes miradas a Sophie. La única explicación que encontró Sophie fue que estuviese intentando ponerla celosa, aunque quizá estaba siendo una engreída. Pero no podía concentrar la energía necesaria para sentirse ultrajada, pues al parecer la

había gastado toda con sir Edmund la mañana de aquel día. Por el momento ya había tenido suficiente con los hombres y, como Cecilia estaba igual que su prima, decidieron marcharse después del té. Todas opinaban que habían cumplido sus objetivos aquella noche: dejarse ver y rechazar las atenciones de lord Courtney sin convertirse en unas parias de la sociedad.

Pero hasta que llegaron a casa, Mrs. Foster no le contó a Sophie que Mr. Maitland se había acercado a hablar con ella y le había pedido permiso para pretender a Sophie al día siguiente.

—¡Quiere pretenderte! —repitió Cecilia conmovida—. Sophie, ¡eso es que se va a declarar!

Sophie estaba tan estupefacta como su prima, aunque se dio cuenta de que no debería ser así. Ciertamente Mr. Maitland la había cortejado con tanto tesón que, si se hubiese echado atrás una vez más, no podría haber conservado su reputación de caballero.

Sin embargo, en vez de sentir que estaba ante la culminación del sueño de su vida, una reivindicación para la Sophie de dieciocho años a quien habían humillado públicamente y habían hecho sentir no deseada, poco atractiva e insignificante, Sophie sintió... No sintió nada.

—¿Qué le vas a decir? —preguntó Cecilia.

—No lo sé —fue la respuesta de Sophie.

La extraña sensación de ambigüedad de Sophie duró toda la noche y continuó durante el día siguiente. Había desayunado, se había vestido y estaba esperando la visita de Mr. Maitland en el salón sin tener todavía ni idea de qué iba a contestar a su petición. Descartó la promesa que le había hecho a sir Edmund de no casarse con Mr. Maitland; no tenía derecho a exigirle ninguna promesa cuando él mismo no se sentía obligado a hacérselas a ella. En realidad, todo debería ser más sencillo ahora que sir Edmund se había retirado de la competición por su mano. Solo le quedaban dos opciones: o contraer nupcias con Mr. Maitland, a quien ya había amado antes y seguía encontrando encantador y muy atractivo, o la vida solitaria de una solterona.

«Quizá debería volver a leer “Consejo para Sophronia” para instruirme», pensó para sí misma, y al menos aquello la hizo sonreír.

Cecilia y Mrs. Foster no se habían posicionado ni a favor ni en contra de Mr. Maitland. Después de que Sophie le contara a su prima que no tenía claro qué respuesta darle, Mrs. Foster dijo:

—Has demostrado saber juzgar a las personas mucho mejor de lo que sabríamos hacerlo Cecilia o yo, Sophie. Por eso, no me cabe duda de que cualquier decisión que tomes será la correcta.

Sophie se sentía satisfecha con el inusual cumplido que le había dedicado su tía, aunque al mismo tiempo deseaba que le hubiera dicho justo lo que debía hacer.

En aquel momento, la muchacha caminaba inquieta de un lado para otro hasta que al final acabó delante del retrato de la dama de la gorguera, tentada a pedirle consejo. Antes de que pudiera hacerlo, por fin anunciaron a Mr. Maitland.

Se dio la vuelta para saludarlo y, una vez más, le sorprendió lo tremendamente apuesto que era. Lucía un abrigo gris, un color que debía de saber que resaltaba el increíble azul de sus ojos. También llevaba dos chalecos, uno rosa y otro de seda estampada, y Sophie advirtió que sin duda él se había tomado más molestias en acicalarse de lo que había hecho ella. Le resultaba inconcebible que un hombre de tamaño atractivo la considerara una mujer digna de casarse con él, pero, como ella no tenía fortuna y él ya no la necesitaba, solo podía elegirla porque quería. Empezó a compararlo mentalmente con sir Edmund, y se dijo a sí misma que Mr. Maitland era el más apuesto de los dos (cosa que era cierta) antes de darse cuenta de que, al fin y al cabo, daba lo mismo. Ya no necesitaba optar por uno de los dos caballeros y debía dejar de pensar en sir

Edmund para pensar solamente en el hombre que tenía delante. Y ciertamente, si una mujer tenía a Frederick Maitland, ya no necesitaba a ningún hombre más.

Así que le ofreció su mano con la sonrisa más serena que pudo esbozar, sobre todo cuando él se llevó la mano a los labios, una libertad que apenas se había tomado antes de aquel momento.

—Sophie —dijo todavía sosteniendo su mano y alargando el brazo para tomarle la otra—. Llevo tanto tiempo soñando con este día que apenas puedo creerme que esté ocurriendo de verdad.

Sophie sintió la primera ola de emociones atravesar el entumecimiento que la poseía, pero no era la emoción que había esperado sentir. En vez de fascinación, felicidad, afecto o incluso pasión, lo que la embargó fue... la ira.

«¿Cómo se atreve? ¿Cómo que lleva mucho tiempo soñándolo?», pensó apartando sus manos de las del hombre de un tirón.

—Y ¿cuándo se supone que lo soñó? ¿Antes o después de casarse con otra mujer? —se oyó a sí misma preguntar. Era como si el alma le hubiera abandonado el cuerpo y hubiera tomado asiento en un rincón de la estancia, como si se estuviera viendo a sí misma pronunciar aquellas palabras llenas de rencor, pero no pudiera hacer nada para impedir que salieran de su boca.

Maitland hizo una mueca.

—Sophie, ¿qué puedo decir para que me perdones? Me equivoqué. Lo admito. Mi matrimonio no fue feliz. ¿Es eso lo que quieres oír? Pero es que ella fue muy persistente en la admiración que sentía por mí, y tú eras demasiado joven. Nunca estuve seguro de cuáles eran tus sentimientos...

—No le creo. Mejor diga la verdad: ella tenía dinero y yo no.

—Sin duda aquello fue parte de la razón —afirmó Maitland con un tono sereno y cariñoso, lo cual hizo a Sophie sentir como si la estuviera pintando a ella como la parte irracional de todo aquel embrollo—. ¿Quién no tendría o no podría tener en consideración semejante cuestión? Dime, Sophie, si ahora hubiera vuelto contigo y no poseyera nada, ¿acaso habrías tomado en consideración mi cortejo? Pues ¡claro que no! No podrías ni aunque quisieras.

—Si yo tuviera mi propio dinero, tal como usted lo tenía, y de verdad nos amáramos, me habría encantado compartir lo que tenía con usted.

Maitland le sonrió con ternura.

—Y por eso te amo, Sophie. Tienes un corazón muy puro, no lo han corrompido las contemplaciones mundanas que al resto nos influyen.

Sophie pensó que aquella razón no era muy romántica y más bien la hizo sentir como una monja piadosa. No era tan virtuosa como para no querer recibir cumplidos por parte de sus labios y sus miradas. Por lo menos sir Edmund le había dicho que era encantadora. Maitland debió de sentir su decepción; siempre en armonía con su audiencia, siempre analizándola y ajustándose para adecuarse a su respuesta. Subió la mano hasta su boca para acariciarle los labios con un dedo, y Sophie se desconcertó al sentir algo más que furia, algo más bien parecido a la pasión.

—Pero yo no soy puro de corazón como tú, Sophie. Tus cualidades internas no son lo único

que me atraen de ti —declaró con la voz ronca, justo antes de inclinarse y besarla.

A Sophie le resultó asombroso que hubiera pasado veintiocho años de su vida sin que la besara ni un solo hombre, y de repente la hubieran besado dos hombres distintos en pocos días. También le resultaba raro haber disfrutado con creces de ambos besos, si bien cuando Mr. Maitland la besó, sintió una punzada en el corazón, como si estuviera traicionando a sir Edmund. Cosa absurda donde la hubiera, pues él no era nada para ella. Por eso mismo, hizo caso omiso a ese sentimiento para concentrarse en las otras sensaciones que Mr. Maitland estaba despertando en su interior; sensaciones que, desde luego, eran muy tumultuosas.

Él se apartó un momento con una sonrisa triunfal en el rostro.

—Debo ir a poner un anuncio en los periódicos ahora mismo —dijo, y Sophie se dio cuenta de que había supuesto que, al aceptar su beso, también estaba aceptando su proposición—. Y Sophie, amor mío, ¿no crees que va siendo hora ya de que me llames Frederick?

—¡Espere! Mr. Maitland... Digo, Fredrick —se corrigió, como si le pareciera hipócrita seguir hablando con cortesías a un hombre que acababa de besarla—, todavía no he aceptado tu proposición.

—Ay, cielos, es cierto, todavía no te he hecho la pregunta, ¿a que no? Ruego que me disculpes, Sophie, pero es culpa tuya, ¿sabes? Me distraes. ¿Debería arrodillarme? —preguntó mientras miraba al suelo como si se estuviera preparando para hacerlo.

—No, esa no es la razón. Es decir, sé cuál era tu motivo al venir a visitarme esta mañana, es solo que yo... —Y de nuevo, volvió esa sensación extracorpórea, la sensación de que otra persona estaba pronunciando las palabras que salían de su boca sin explicación—. No puedo aceptar tu proposición.

Al oírse anunciar aquello, se quedó tan estupefacta como Frederick Maitland.

—No puedes aceptar mi proposición —repitió él.

—Al menos ahora mismo no. Creo que necesito tiempo —explicó ella y se sintió como una completa idiota, pues ambos sabían que había tenido tiempo de sobra y que, si le hubiera hecho aquella misma pregunta hacía diez años, no habría cabido duda de cuál habría sido su respuesta.

Pero él era demasiado espabilado como para no darse cuenta de cuál era el verdadero problema.

—Es por sir Edmund, ¿me equivoco? Estás prendada de él, lo he visto en tu rostro. Pero, Sophie, si crees que yo jugué con tu afecto y me guardas rencor por ello, debes saber que lo que hizo él fue peor. Supongo que te lo habrá contado.

Sophie quería taparse los oídos con las manos, pues estaba segura de que no quería oír lo que estaba a punto de contarle. Sin embargo, tenía veintiocho años, no ocho.

—¿Contarme el qué? —inquirió.

—No es una historia agradable, y en cualquier otra circunstancia no mancillaría tus oídos con ella. Sin duda, jamás llegó a saberse abiertamente en la alta sociedad, aunque todos los caballeros que estuvieron juntos en Cambridge la conocían de sobra.

—¿Estuviste en Cambridge? —preguntó Sophie, ya que era la primera vez que había oído tal cosa, y estaba segura de que él lo habría mencionado antes si así fuera.

—No, yo no. Pero estuve en Eton con un compañero que después fue a Cambridge y conoció a sir Edmund. Fue él quien me contó la historia, y no habría mentido con semejante cuestión.

Sophie sentía recelo, pero no se le pasaba por alto que justo el día anterior sir Edmund le había dicho que tenía algo que quería explicarle, algo «similar a lo que ella le había confiado». Por tanto, se abstuvo de comentar y Maitland continuó con su explicación.

—Había una jovencita a la que aceptaron en la sociedad de Cambridge a pesar de que provenía de una familia sin distinciones y de clase media. Aun así, era una muchacha alegre, hermosa y gozaba de popularidad. Sir Edmund comenzó a dedicarle atenciones muy evidentes, bailaba con ella en los eventos locales y se la llevaba a dar paseos. Pero parece ser que no tenía intención de casarse con ella, algo que quedó patente cuando ella tuvo la necesidad de contraer nupcias y él no se dignó a hacer lo correcto.

—¿Tuvo la necesidad de contraer nupcias? Quieres decir... —Sophie no tenía claro cómo terminar la frase.

—Se quedó encinta con el hijo de sir Edmund —explicó Mr. Maitland sin rodeos.

—No puedes estar seguro de ello —protestó Sophie.

—Es lo que ella afirmó, y dudo que hubiera anunciado tal cosa y destrozado su reputación si no fuera verdad —replicó él con toda razón—. Y el comportamiento de sir Edmund demostró que era culpable. Le pagó a su mayordomo de Newbrooke para que se casara con ella. Según dicen, la joven dio a luz a un chiquillo sano justo unos meses después de su matrimonio.

—Pobrecilla —dijo Sophie.

—Es por ti por quien siento pena, Sophie, no por esa joven a la que no conozco. Tú, la mujer a la que amo, que se ha dejado manipular por sir Edmund.

—No me ha manipulado —reprochó Sophie, pero lo dijo para defenderse a sí misma, no al hombre.

—¿De veras? ¿Y no estarías aceptando mi proposición ahora mismo si no fuera por él?

Sophie no contestó, no se veía capaz de hacerlo. Tenía demasiado que procesar, y deseaba que Mr. Maitland se marchara para que pudiera hacerlo.

Gracias a su don extraordinario de la percepción, Mr. Maitland interpretó los sentimientos de Sophie sin problemas.

—Pero no voy a insistir cuando es evidente que no estás de humor para escucharme —añadió—. Te voy a dar tiempo, Sophie, pues es lo que me has pedido, y cuando vuelva espero que me des la respuesta que tanto anhelo. Porque te quiero, amor mío, a pesar de mi comportamiento estúpido de hace diez años.

Y Sophie, a pesar de encontrarse sumida en la confusión y la preocupación por lo que acababa de saber de sir Edmund, no podía escuchar esas palabras sin sentir que algo se le removía por

dentro. No obstante, cuando él se inclinó para besarla de nuevo, se apartó de inmediato y le ofreció la mano en su lugar.

—Esperaré, Sophie, pero no me hagas esperar mucho, por favor. Creo que tú y yo ya hemos esperado demasiado —anunció antes de darle un ferviente beso en la mano que le había ofrecido. Y después se marchó.

Cecilia entró en la estancia casi al mismo tiempo que escuchó la puerta cerrarse tras Maitland.

—¿Y bien? —le preguntó a su prima—. ¿Debo darte la enhorabuena?

—¿Por ser una necia? No sé si la enhorabuena sería lo que procede —manifestó Sophie.

—No te entiendo. ¿Eres una necia por aceptarlo o por rechazarlo?

—Por no haber hecho ninguna de las dos cosas —contestó Sophie mientras sacudía la cabeza ante su propia estupidez—. Le he pedido más tiempo.

Cecilia se desplomó en el sofá al lado de Sophie.

—Ya casi te pareces a mí —le dijo a su prima.

—No me lo recuerdes. Ahora ya no puedo mirarte por encima del hombro con desdén —respondió Sophie medio en broma.

—¿Es eso lo que hacías antes? —inquirió Cecilia.

Sophie asintió.

—Puede que seamos primas, pero en este asunto estoy de parte de Mr. Hartwell, sin duda.

Cecilia suspiró.

—Y yo también.

Mrs. Foster se había unido a las dos muchachas en el salón cuando oyeron que llegaba un segundo visitante y su criado entró para preguntar si debía decirle a Mr. Hartwell que estaban en casa.

Mrs. Foster le lanzó una mirada fugaz a Cecilia, quien asintió.

—Sí, Jonas, Mr. Hartwell puede pasar —le ordenó Mrs. Foster mientras su hija se apresuraba a ir al espejo que colgaba de la pared para acicalarse.

Cecilia acababa de volver al sofá con su prima cuando Mr. Hartwell entró con un aspecto más serio de lo que era habitual en él.

—Mr. Hartwell, qué alegría que nos visite. Por favor, tome asiento —le indicó Mrs. Foster con una sonrisa.

—Gracias, Mrs. Foster, pero me preguntaba si serían tan amables de concederme un momento para hablar en privado con Miss Foster. No creo que le robe mucho tiempo —explicó.

Su comportamiento era muy inusual, pero lo acontecido aquellas últimas semanas había conmocionado a Mrs. Foster, y estaba resuelta a no hacer nada más que pudiera poner en peligro

la felicidad de su hija, e incluso de su sobrina. Por tanto, Sophie y ella se levantaron sin mediar palabra y abandonaron la estancia.

—He decidido alejarme de ti —anunció Mr. Hartwell para gran sorpresa de Cecilia, pues en realidad ella medio esperaba que volviera a pedirle permiso para hablar con su madre y formalizar su relación, a la par que se preguntaba con deliciosa emoción qué forma tomarían aquella vez sus persuasiones. Sin embargo, ante ella se hallaba un caballero con el aspecto menos amoroso que hubiera visto, con una expresión taciturna y severa.

—¿Alejarse? —repitió Cecilia—. ¿Adónde va?

—A mi propiedad en Derbyshire —explicó para todavía mayor sorpresa de la joven, pues esperaba que anunciara su regreso a Londres, donde al menos tenía esperanzas de volver a verlo en cuanto ellas también regresaran de Bath.

—A su propiedad en Derbyshire —comentó ella en voz baja antes de darse cuenta de que lo único que había hecho era repetir sus palabras como un loro y que debía de sonar como la persona más boba del mundo—. ¿Regresará a Londres cuando haya acabado con lo que tiene que hacer allí?

—No, me mudo allí de forma indefinida. No tengo planes de regresar a Londres. Ni a Bath —añadió él.

—Entonces ¿no voy a volver a verlo nunca más? —susurró Cecilia.

—Quizá algún día —contestó él—. Cuando ya nada importe.

Se hizo un momento de silencio y después él hizo una reverencia antes de darse la vuelta para salir del salón.

—¡Espere! —pidió Cecilia. Él se dio la vuelta—. ¿Me escribirá? —preguntó.

—No creo que sea apropiado, pues no somos familia ni estamos prometidos.

Cecilia caminó hasta la puerta, donde él se encontraba.

—Puede darme un beso de despedida si quiere —dijo mientras inclinaba la cabeza hacia arriba para acercarse a su rostro y cerraba los ojos. Un instante después, como no pasaba nada, los volvió a abrir. Él la estaba mirando fijamente, pero no parecía que sus ojos albergaran la adoración que tan acostumbrada estaba a apreciar en ellos.

—Adiós, Cecilia —se despidió y abandonó la estancia.

Después de dejar a Cecilia con Mr. Hartwell, Sophie y Mrs. Foster fueron al comedor, donde se sentaron en silencio las dos juntas. Sophie deseó haberse traído por lo menos su bordado, pues se lo había dejado en el sofá al lado de Cecilia. Antes de que se pudiera excusar para ir a su alcoba y encontrar otra actividad con la que entretenerse, Mrs. Foster se giró hacia ella y le comentó:

—Me alegro mucho de tener esta oportunidad de hablar contigo en privado, Sophie. Hay algo que llevo tiempo queriendo decirte.

Era evidente que Mrs. Foster estaba disgustada, por lo que Sophie supuso que le auguraban

muy malas noticias y se preparó para la confesión de su tía.

—Quería disculparme por la forma en la que te traté después de que llegaras a Londres —declaró Mrs. Foster—. Cecilia me confió lo que le contaste de tu historia con Mr. Maitland, el ostracismo de la sociedad que sufriste después de su matrimonio con otra mujer y cómo fracasaste en tu intento de encontrar un auténtico hogar tras venirte a vivir con nosotras. Te pido perdón de todo corazón, Sophie. Ahora me doy cuenta de cómo te habrás sentido, completamente sola en el mundo y tratada como un engorro por la única familia que te quedaba. Espero que puedas perdonarme.

—Por supuesto que puedo perdonarte, tía. E imagino que sí que fui un engorro —admitió Sophie con una leve sonrisa—. Otra jovencita a la que alimentar y dar cobijo, sin ninguna perspectiva de poder librarte de ella jamás.

—¡No, Sophie! ¡No debes pensar así! He ahí la otra cosa que deseaba decirte. Quería asegurarte que formas parte de esta familia y que eres más que bienvenida. Sin importar qué elija Cecilia, sin importar si se casa o no, he decidido que he disfrutado de esta temporada que hemos pasado en Bath, y sin duda hay otros lugares que me muero por visitar. Y odiaría hacerlo sola. Incluso aunque no viajemos juntas y nos limitemos a regresar a Londres, he aprendido a valorar tu compañía y te añoraría mucho si decidieras dejarnos. Lo que intento decir, Sophie, es que te ruego que no te cases con Mr. Maitland solo para adquirir un hogar, porque junto a mí siempre tendrás uno si es que así lo deseas. De hecho, si yo tuviera algo que aportar al asunto, te aconsejaría que rechazaras a Mr. Maitland de inmediato para que pudiéramos partir a visitar el Distrito de los Lagos —anunció Mrs. Foster, y Sophie se quedó de piedra, pues lo enunció con un tono jocos, como si estuviera intentando hacer un chiste. ¡La tía Foster haciendo chistes! Sophie pensaba que jamás llegaría a ver tal día.

Y de ahí que no estuviera segura de por qué se sentía más inclinada a romper en llanto que en carcajadas. Se enjugó las lágrimas con disimulo y su tía se aclaró la garganta y apartó la mirada, en apariencia conmovida también. El impulso de la muchacha fue abrazar a la mujer, pero al verla ahí sentada con la espalda erguida y la cara girada por la vergüenza, Sophie pensó que tal vez era muy pronto para prodigarse gestos de cariño. Quizá cuando pasaran otros seis años.

Antes de que pudieran decirse algo más, Cecilia entró en el comedor como una exhalación.

—¡Se marcha! No lo voy a volver a ver nunca más —anunció y rompió a llorar.

A Sophie le resultaba imposible imaginarse que una casamentera hubiese sufrido un fracaso más vergonzoso que el suyo. No solo no había conseguido propiciar la boda de su propia prima, sino que ella misma, que hasta hacía bien poco se había visto cortejada por dos caballeros muy distinguidos, estaba condenada a llevar una vida de solterona.

Pues había rechazado a Frederick Maitland.

Sophie se había visto sumamente tentada a aceptar la propuesta de matrimonio de su antiguo amor solo para experimentar lo que los teólogos llamaban «los deseos de la carne». No había duda de que el beso que le había dado el caballero había despertado una respuesta apasionada en ella; ¿y acaso no fue san Pablo quien dijo: «Mejor es casarse que dejarse abrasar por la pasión»? Pero no la habían llamado Sophronia en vano, y era lo bastante inteligente para comprender que casarse con un hombre en el que no confiaba o, mejor dicho, en el que no podía confiar, un hombre que ya le había roto una vez el corazón y que tenía cierta tendencia desconcertante a coquetear con otras damas, no le traería a ella la felicidad eterna.

Por suerte, la reunión fue muy breve. Se produjo al día siguiente de la proposición de Mr. Maitland, después de que Sophie le hiciera llegar una nota en la que le pedía que la visitara en su casa. Su tía Foster había estado presente todo el tiempo, incluso cuando Mr. Maitland preguntó si sería posible estar un rato a solas con Sophie.

—No creo que eso sea necesario, Mr. Maitland —contestó Sophie—. Ha sido todo un honor por su parte declarármese y proponerme matrimonio, pero por desgracia no puedo aceptar. Me disculpo de antemano ante cualquier desilusión que mi rechazo pueda causarle.

—Todavía intentas engatusar al premio gordo de los esposos, cuya fortuna es mayor que la mía, ¿verdad, Sophie? No esperes que vuelva a pedir tu mano cuando sir Edmund no cumpla con tus expectativas —dijo Mr. Maitland, y Sophie se dio cuenta del enorme sentimiento de alivio que la había embargado ante la reacción del caballero, que no hizo sino confirmarle más que nunca que había tomado la decisión adecuada.

—¡Mr. Maitland! Ese comentario no es propio de un caballero —protestó Mrs. Foster.

—No importa, tía, en absoluto —intervino Sophie—. No es de extrañar que Mr. Maitland crea que mi mayor preocupación sea casarme por dinero, pues es lo que él mismo hizo en el pasado.

Pero Mr. Maitland no era de esa clase de hombres que empleaban su energía en esforzarse en vano, y comprendió que Sophie no iba a cambiar de parecer. Recobró la calma que siempre mostraba a los demás, e hizo una reverencia de lo más elegante.

—Adiós, Sophie, amor mío. Estás cometiendo un terrible error, lo sabes. Pero yo cometí uno mucho peor hace diez años, así que supongo que soy el único culpable de toda esta situación.

Le dirigió a Sophie su sonrisa encantadora y la muchacha sintió una fuerte punzada de remordimientos ante lo que estaba rechazando, pero consiguió responderle con un movimiento de cabeza indiferente y el caballero salió de la habitación.

Mrs. Foster miró a su sobrina, un poco anonadada ante lo que acababa de presenciar.

—He de confesar, Sophie, que dudo que yo tuviera el valor de hacer lo que acabas de hacer. ¡Mr. Maitland es un caballero muy apuesto! Pero, por desgracia, su palabra carece de valor. No tengo la menor duda de que has tomado la decisión más prudente —la elogió su tía.

—A veces me gustaría que mi madre me hubiese llamado Clara. O Jane —confesó Sophie suspirando.

—¿Cómo dices? —preguntó su tía, incapaz de seguir el giro en la conversación.

—Da igual, tía —respondió Sophie, y se volvió hacia ella con una sonrisa de determinación —. Creo que antes has tenido una idea magnífica. Vamos a organizar una salida al Distrito de los Lagos.

Antes de que pudieran organizar una salida a donde fuera, incluso a los jardines Sydney (pues tanto Sophie como su tía estaban resueltas a sacar a Cecilia de la casa para que le diera un poco el aire), tuvieron una visita más. Pero, en vez pasar directamente a la sala de estar, la oyeron charlar con Jonas en el vestíbulo.

—Parece la voz de sir Edmund —le susurró Sophie a su tía y, aunque sabía que era una estupidez por su parte, se descubrió deseando con todas sus fuerzas que sus sospechas fueran ciertas y que no fuese el pescadero o cualquier otra persona.

—¿Vas a recibirlo? —le preguntó Mrs. Foster, pero resultó ser una pregunta irrelevante pues, antes de que Sophie pudiera responderle, Jonas entró por la puerta del salón con una carta en las manos.

—Miss Lattimore, sir Edmund me ha pedido que le haga llegar esta carta, es para usted —explicó Jonas sin perder la formalidad ni la corrección, a pesar de ser plenamente consciente de que no era de recibo cartearse con un hombre con el que no se estaba emparentada o comprometida, y ser consciente asimismo de que otro de los pretendientes de Miss Lattimore se acababa de marchar del salón poco antes.

Sophie se dio cuenta de que aquello provocaría unos buenos cuchicheos entre la servidumbre de la casa, y que sin duda querrían saber qué le había pasado a la mujer timorata con la que habían convivido en Londres.

Pero Sophie se limitó a contestarle con un escueto: «Gracias, Jonas» y le tendió la mano para que le diera la carta. El hombre se la pasó a regañadientes, mirando de reojo a Mrs. Foster en el

proceso, con las cejas enarcadas, como si se estuviera preguntando si la señora de la casa iba a poner fin a aquellos sucesos tan escandalosos.

—Puedes retirarte, Jonas —le espetó Mrs. Foster, y Sophie, si bien se estremeció ante el tono de voz de su tía, no pudo evitar sentirse agradecida por su intervención cuando Jonas salió de la habitación a toda prisa—. Pero ¡será insolente...! —comentó la señora. Entonces, mientras Sophie seguía sentada con la carta en la mano, sin hacer ademán de abrirla, le preguntó—: ¿Quieres que me vaya para que puedas leer la carta a solas?

Sophie, quien se había preguntado si su tía le daría permiso siquiera para leer la carta o, en cambio, se la arrebataría de las manos, sintió una repentina ola de gratitud y afecto por la mujer. Si Sophie disfrutaba del lujo de poder decidir si quería casarse, y no se había visto obligada a aceptar la proposición de Mr. Maitland a pesar del gran recelo que sentía, era únicamente gracias a su tía Foster. Y ahora le estaba brindando la misma libertad de decidir cómo quería actuar con sir Edmund.

—Gracias, tía, pero subiré a mi dormitorio —contestó, y de pronto la muchacha se moría de curiosidad por saber qué contenía la carta. Así que, en cuanto su tía le dio permiso para retirarse con un movimiento de cabeza, Sophie subió las escaleras casi volando, y enseguida pudo leer las palabras que sir Edmund le había escrito.

La carta estaba fechada del día anterior, la habría escrito en Newbrooke, y carecía de encabezamiento:

Ahora no solo tendrás que perdonar mi insolencia durante nuestra charla en el jardín, sino también mi insolencia al escribirte esta carta, pero no se me ocurría otra forma de solucionar el malentendido que he creado con mis palabras pronunciadas sin pensar; esperaba que, si podía explicarte el motivo de mi falta de soltura al relacionarme contigo o, mejor dicho, con todas las mujeres en general, quizá una parte de ti sintiera compasión por mí, en vez de repulsa.

Cuando estudiaba en la universidad no era el hombre que soy ahora. No tenía preocupaciones y era quizá un poco desconsiderado, no me preocupaba en absoluto darle esperanzas infundadas a una joven dama, y para mí bailar con una mujer que me atrajera, o cortejarla, carecía de importancia. Ni que decir tiene que era todo muy inocente, o eso pensaba yo, hasta que bailé demasiadas veces y le hice un par de cumplidos de más a una joven que creyó que podía aprovecharse de mi despreocupación.

Hizo correr el rumor de que, con mis actos, la había llevado a pensar que iba a pedir su mano en matrimonio, y su padre se presentó en mi propiedad y me exigió que me casara con su hija o que me demandaría por incumplir mi palabra de casarme con ella. Cuando exclamé que jamás le había prometido tal cosa a la joven, su padre me contó que estaba en estado de buena esperanza, y que afirmaba que el hijo que esperaba era mío. Me quedé estupefacto y le dije que yo era completamente inocente de dichas acusaciones, que era imposible, pues jamás había tocado a su hija salvo para bailar con ella. Creo que la sincera sorpresa y el

desconcierto que mostré lo convencieron, por lo menos, de que lo que decía la joven no era cierto.

Cuando su padre la abordó y le contó que sabía que le había mentado, al final la joven le confesó que el hombre que la había seducido se había marchado de Cambridge cuando ella le había informado de su estado. A aquellas alturas, todo el mundo me presionaba para que «hiciera lo correcto» y me casara con aquella dama. ¿Qué iba a hacer yo? No podía ir por ahí contándole a todo el mundo la verdad y, por ende, minar todavía más la reputación de la muchacha. Además, ella no le reveló a su padre quién la había seducido y luego abandonado, pues era probable que pensara que o su padre o yo obligaríamos al hombre a enfrentarse a nosotros. Al seguir negándose a confesarle a su padre quién era el progenitor de la criatura, este la echó de su casa, una joven embarazada sin dónde ir. Fue una medida desmesurada por su parte. Yo me enteré de lo ocurrido, la busqué y le prometí que la ayudaría. La única solución que le interesaba para su problema era el matrimonio, pero yo no estaba dispuesto a pagar ese precio. Quizá tú creas que debería haber cedido, pero ¡te pido que tengas presente que solo tenía diecinueve años! No amaba a esa chica y, si bien había demostrado un comportamiento un poco insensato, no era el responsable del apuro en el que se hallaba.

En aquella época, el mayordomo de Newbrooke era un joven ambicioso, empeñado en cosechar su propia fortuna, y también había sido un hijo espurio. Le pregunté si estaría dispuesto a casarse con la joven si yo aportaba una dote generosa. Accedió con la condición de conocerse antes de la boda, para ver si encajaban. Me dio la sensación de que se encariñaron el uno del otro casi de inmediato, y se casaron en cuanto se anunció el compromiso. Pero lo que no me imaginé fue que, al llevar a cabo tal acto desinteresado, el resto del mundo lo vería como una confirmación de que, en realidad, quien había seducido y abandonado a la joven había sido yo. Tuve la suerte de que la chica carecía del refinamiento necesario para que el tema se comentara entre gente educada, y no me desterraron de la alta sociedad por ello, pero sí que me convirtió en un hombre muy indeciso a la hora de cortejar a cualquier dama.

Así ha sido mi vida durante los últimos once años. Me he visto obligado a darme cuenta de que, pese a cualquier atractivo que pueda poseer, mi patrimonio y mi dinero me han convertido en un buen partido para cualquier dama, y me ha forzado a protegerme de verme envuelto en una situación similar por segunda vez. Pero sí deseo casarme, sobre todo desde que te he conocido a ti.

Dado que ya conoces el origen de mis temores, quizá puedas comprender que, si bien estaba muy interesado en ti y esperaba poder cortejarte, no tenía ni idea de cómo hacerlo. Me fijé en ti antes de que nos presentaran y, por supuesto, pensé que eras encantadora (¿qué hombre no lo haría?); pero cada vez que te veía, incluso semanas después de habernos conocido, sentía una presión en el pecho, como si estuvieses hurgando dentro de mí y me tocaras el corazón.

No obstante, me dije que debía ser prudente, y se me ocurrió que, si fingía cierto interés en que me encontrases una buena esposa, seguiríamos viéndonos y podría conocerte mejor sin crearte ninguna clase de expectativa. Aunque creo que enseguida comprendiste que no era más que un ardid, pues yo no tenía ojos para otra mujer.

Cuando te invité a Newbrooke pensé que, si todo iba bien, le pediría a tu tía su permiso para cortejarte como es debido. Sin embargo, bien sabes lo que pasó. Rezo para que me creas cuando te digo que no estaba jugando con tus sentimientos, ni pensaba que fueras una casquivana a la que le gusta flirtear, pero entré en pánico cuando los acontecimientos se desarrollaron a tal velocidad que me resultaba imposible controlarlos y (ante mi falta de control) no supe cómo reaccionar.

Lo que más deseo en esta vida es poder demostrarte que mis intenciones son honestas, y no hay nada en el mundo que pueda hacerme más feliz que conseguir que seas mi esposa. No me es más fácil expresar mis sentimientos en un papel que en persona, pero si la fortuna está de mi parte he escrito lo suficiente para que me creas...

Siempre tuyo,

EDMUND

Sophie leyó la carta tan rápido que estaba más que segura de que no lo había entendido bien, y en cuanto la terminó volvió a leerla una segunda vez hasta el saludo de despedida. Pero empezó a perder la paciencia cuando releyó el lío amoroso de sir Edmund durante su juventud, y pasó a la parte en la que él expresaba sus sentimientos para con ella; a Sophie le costaba creer que aquel hombre se sintiese así y que lo hubiese dejado por escrito de su puño y letra, pues jamás podría negarlo.

Sophie se quedó en su habitación un buen rato, asombrada ante el hecho de que, apenas unas horas antes, había rechazado la propuesta de Mr. Maitland y se había preguntado si no estaría cometiendo un terrible error. Con qué rapidez habían cambiado las cosas al descubrir que el hombre al que amaba la correspondía. No obstante, al cabo de un rato pensó en la curiosidad que debía de sentir su tía Foster, y bajó las escaleras. Se encontró tanto a su tía como a su prima Cecilia almozando en el comedor.

Cecilia estaba algo pálida pero tranquila, y hasta esbozó una pequeña sonrisa cuando Sophie entró en la estancia.

—Qué bien que hayas bajado, nos lo habríamos acabado todo sin ti —le dijo. Entonces se fijó más en su prima y le preguntó—: Sophie, ¿qué te pasa? ¿Estás bien?

—Sir Edmund... me ha escrito... que me tiene en alta estima... que quiere casarse conmigo —contestó Sophie en un discurso incoherente.

Su tía y su prima se levantaron de la mesa y las tres se fundieron en un abrazo, entre lágrimas y risas, ante la consternación de la servidumbre, que habían oído el alboroto que se había montado en el comedor, pero no tenían claro si se debía a buenas o malas noticias; sobre todo

tras ver cómo las dos jóvenes de la casa habían pasado los últimos días deprimidas. Pero cuando Mrs. Foster llamó a Jonas y le pidió que abriera una botella de champán, los sirvientes de la casa dedujeron que habían recibido buenas noticias, y que seguramente sería un compromiso. Sin embargo, no tenían claro si las señoras de la casa estaban celebrando el compromiso de Cecilia o el de Sophie, ni tampoco cuál de los cuatro caballeros que habían estado cortejando a las damas había sido el afortunado. Al final, Jonas, que conocía la existencia de «la carta», insinuó que, probablemente, fuese sir Edmund quien se había declarado, y cuando Betsy pegó la oreja a la puerta del comedor y oyó el nombre del susodicho confirmó la teoría de Jonas. Y ante la probabilidad de que una de las jóvenes señoras se casara con un *baronet* de gran fortuna, los criados abrieron su propia botella de vino en la cocina, y pronto el alboroto que se formó allí fue mayor que el del comedor.

A la mañana siguiente, Mrs. Foster se preocupó bastante al no ver servido su chocolate caliente, y Cecilia y Sophie, si bien no estaban tan molestas como la señora, también se preguntaban dónde estarían los criados, y si tendrían que bajar ellas mismas a la cocina para tomar una taza de té. Por fin pudieron desayunar, y Sophie, que esperaba que sir Edmund se presentara en su casa aquella mañana para descubrir cuál había sido su reacción ante la carta, se acababa de poner su mejor bata y de arreglarse el cabello con la ayuda de una palidísima Betsy cuando oyó que llegaba visita. Pero al entrar en la sala de estar se quedó estupefacta al encontrarse allí a Charles Beswick esperándola, y no a sir Edmund.

Mr. Beswick se había presentado en su casa demasiado pronto para lo que dictaba la sociedad, y ni su prima ni su tía se habían vestido todavía; no obstante, al parecer el caballero había ido a ver a Sophie, y se lanzó a hablar antes siquiera de que la joven pudiese pedirle que tomara asiento.

—Miss Lattimore, lamento presentarme en su casa a estas horas, pero esperaba que Priscilla estuviese aquí con usted, aunque veo que me he equivocado —dijo mirando a su alrededor desesperado—. Aunque quizá usted sepa dónde podría estar mi esposa.

—Lo siento mucho, Mr. Beswick, pero no he visto a Priscilla desde hace dos noches, cuando nos encontramos en los salones —contestó Sophie—. ¿No está en casa?

—Se marchó bien pronto esta mañana —le contó Charles—. Anoche volvimos a pelearnos y casi nunca se despierta antes del mediodía. No puedo evitar pensar que... se ha fugado —le confesó con la voz entrecortada por el disgusto.

De pronto, Sophie recordó que la última vez que había visto a Priscilla, la joven le había dicho que quizá cometería una «locura», así que no pudo tranquilizar a Charles de inmediato, asegurándole que sus suposiciones eran incorrectas. Además, Sophie se percató de que su rechazo ante la propuesta de Mr. Maitland quizá lo llevaría a él a cometer también una auténtica locura.

—¡Ay, no! —se lamentó Sophie—. ¿No ha dejado ninguna nota, ninguna pista de adónde ha podido irse?

Pero, antes de que Charles pudiera contestar, oyeron que otra persona llegaba a la casa, y tanto Sophie como Mr. Beswick observaron la puerta del salón con esperanza.

—Sir Edmund Winslow —informó Jonas, aunque lo dijo en una voz muy baja y débil, que fue disminuyendo tanto que resultó casi imperceptible. Pero Sophie no tenía tiempo para preocuparse del extraño comportamiento que estaba teniendo la servidumbre de su casa.

Sir Edmund entró en la sala a toda prisa, y con un gesto de preocupación que pronto se convirtió en uno de alivio al ver a Sophie.

—¡Gracias a Dios! —exclamó—. Pensaba que te habías fugado con Maitland.

—¿Cómo? —repuso Sophie, a quien no embargó la timidez de volver a ver a su amado ante la suposición de este de que Maitland y ella se habían fugado juntos. ¿Por qué iba a pensar sir Edmund semejante locura? A no ser que...

—Sir Edmund, ¿ha visto usted a Maitland esta mañana? —preguntó Charles Beswick con tono de urgencia.

Sir Edmund miró a su alrededor, pues ni siquiera se había percatado de la presencia en la habitación de Charles Beswick, quien se había acercado a la ventana en cuanto habían anunciado la llegada de sir Edmund.

—Sí, y de ahí mi preocupación. Esta mañana, según venía hacia aquí desde Newbrooke en carruaje, pasé por delante de una posada; allí, vi a Maitland ayudando a una mujer a subirse a otro carruaje. La mujer llevaba un velo que le cubría la cara, así que no pude distinguir quién era, y no se parecía a Soph... eh, a Miss Lattimore, pero no se me ocurrió ninguna otra señorita que pudiera estar yéndose de la ciudad con Maitland, y como un tonto me preocupé de que, en efecto, fuese Miss Lattimore la susodicha.

De nuevo, centró su atención en Sophie:

—Ruego que me disculpe por presentarme tan pronto en...

Pero Charles Beswick interrumpió sus disculpas al hacer una afirmación con total naturalidad.

—Sería Priscilla. Se ha fugado con Maitland.

Sophie había llegado a la misma conclusión, aunque no quería creer que Priscilla hubiese sido capaz de semejante acto.

—Tenemos que ir tras ella —determinó.

Sir Edmund parecía estupefacto al haber sido testigo de una fuga real, pero Charles, quien había tenido sus sospechas desde el principio, se había sobrepuesto de la sorpresa y tenía un enfado monumental.

—Ha dejado muy clara su postura —dijo—. No voy a humillarme más yendo tras ella.

—Pero, Mr. Beswick, estoy segura de que Priscilla no ama a Frederick Maitland, ¡lo ama a usted! Lo que pasa es que es joven, y una insensata. Y si logra huir con él, ¡acabará con su reputación! Si usted la ama...

—Si la amo, más insensato soy yo que ella, pues no me ha dado motivos para quererla. Por favor, discúlpenme. Miss Lattimore, sir Edmund. Ya me he hartado de Bath. Volveré a Devon —informó Charles saliendo de la habitación antes de que Sophie pudiera detenerlo.

Edmund y Sophie se miraron el uno al otro.

—Sir Edmund, ha dicho usted que ha venido en carruaje a la ciudad...

—Sí, he venido en mi carruaje. ¿Quieres que vaya tras ellos?

—¡No! —exclamó Sophie, quien se imaginó a Edmund batiéndose en duelo con Frederick Maitland por Priscilla Beswick—. Usted no. Quiero que los dos vayamos tras ellos. En cuanto me cambie y me ponga un vestido de viaje. Así Priscilla podrá volver con nosotros. Claro está, si llegamos a alcanzarlos.

—Por supuesto que sí. No podrán llegar muy lejos con ese carruaje pesado y esa manada de rocines que tiraban de él, daba lástima verlos. Estoy seguro de que se marchaban a Londres. Los alcanzaremos en una o dos horas como mucho.

Sophie, quien ya sabía a ciencia cierta que estaba enamorada de sir Edmund, sintió ese amor en su interior de forma desproporcionada ante aquella muestra de bondad por parte del caballero y no pudo contenerse: corrió hacia él y se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla.

—Gracias —dijo.

Pero, antes de que pudiera dar un paso atrás, sir Edmund la acercó con firmeza a su cuerpo y posó los labios en los suyos en un beso más largo y mucho más apasionado.

El caballero se apartó un poco para mirarla, con la idolatría que sentía por ella reflejada en el rostro, y Sophie pensó que podría llegar a explotar de felicidad.

—Sophie, por ti iría detrás de una decena de enamorados a la fuga.

—Mi mayor deseo es que no tengas que volver a hacerlo, pues voy a abandonar de forma definitiva mi carrera de casamentera.

—Siempre y cuando antes de hacerlo me consigas una boda contigo —apostilló Edmund—. He de dar por hecho que has leído mi carta, ¿verdad?

—Sí, y lamento muchísimo todo por lo que has pasado. A los dos nos afectó en demasía cómo nos trataron durante nuestra juventud.

—Y... ¿aceptas casarte conmigo? —preguntó él poniendo otra vez de manifiesto la timidez de antes.

—Acepto —respondió Sophie cohibida. Entonces Edmund la levantó en volandas y empezó a dar vueltas con ella en brazos, mientras Sophie se echaba a reír de la sorpresa. Cuando la dejó en el suelo, la estrechó con tanta fuerza contra su pecho que Sophie no podía respirar, pero quizá eso se debía a lo exaltada que estaba. Notaba que el corazón de sir Edmund latía tan rápido como el suyo, y ambos respiraban de forma entrecortada, pero Sophie no quería que la soltara ni por un instante; sentía que nunca estarían lo bastante juntos. Sin embargo, al final la muchacha rompió el abrazo muy a regañadientes, consciente de que, con cada segundo que pasaba, Priscilla se alejaba más y más de ellos—. Tenemos que irnos —dijo.

—Sí, ya hablaremos por el camino —convino sir Edmund—. Ve a cambiarte. Estaré fuera, esperándote.

Sophie le explicó a su tía que saldría a dar un paseo en carruaje con sir Edmund y que quizá pararían en Molland's, así que le dijo que no esperara su vuelta en al menos un par de horas. Mrs. Foster, que se encontraba en mitad de una crisis doméstica, pues todo el servicio se había contagiado de una extraña enfermedad con síntomas como ojos irritados, el estómago revuelto y dolor de cabeza, se limitó a despedirse de su sobrina con un ademán y a desearle buen viaje.

Así que sir Edmund y Sophie pudieron salir a pasear juntos, y si Sophie no hubiese estado tan preocupada por el futuro de la pobre Priscilla, el viaje le habría resultado de lo más emocionante, porque sir Edmund era un experto en el arte de llevar las riendas y conducir raudo como el viento, aunque las colinas que rodeaban Bath no siempre le dejaban ir tan rápido como le habría gustado. Aun así, fue un paseo mucho más emocionante que el otro que habían dado juntos, aquella excursión a Hyde Park que habían hecho nada más conocerse. En aquel momento, Sophie podía colocarse en el asiento tan cerca de él como quisiera (y se veía animada a hacerlo). El ritmo al que iban los caballos no facilitaba en absoluto la conversación, pero pudieron intercambiar sonrisas y miradas de soslayo de vez en cuando, y aquellas miradas reflejaban miles de cosas que no se podían expresar con palabras.

Sophie notó una cierta tranquilidad y receptividad en el comportamiento del hombre, y se preguntó si habría sido así el sir Edmund de diecinueve años, antes de sufrir aquella experiencia tan ingrata que lo había convertido, sin él serlo, en una persona reservada y extremadamente prudente. O quizá ese cambio que ella notaba se debía a la confirmación de que la muchacha correspondía a sus sentimientos. Fuera lo que fuese, a Sophie le alegró mucho que desapareciera cualquier rastro de moderación que había habido entre ellos.

Llevaban más o menos una hora de viaje cuando llegaron al pueblo de Corsham y sir Edmund se vio obligado a frenar a sus caballos.

—Es posible que nos los encontremos aquí, en la posada. Tendrá que cambiar de caballos —le explicó y, en efecto, cuando vieron a lo lejos la posada La Liebre y la Jauría, sir Edmund reconoció la silla de posta que allí habían aparcado como el carruaje que había visto aquella misma mañana en la otra posada.

En cuanto sir Edmund entró al jardín de la posada con el carruaje, un chico se acercó corriendo a coger las riendas de los caballos, pero Sophie detuvo a sir Edmund asiéndolo de la manga con una mano cuando el hombre se disponía a saltar y bajar del carruaje.

—Escucha —dijo—, déjame hablar a mí a solas con Priscilla, por favor. Quizá se lo ha pensado mejor y esté deseando volver a casa con nosotros. Y si no es ese el caso... —Sophie acabó la frase encogiéndose de hombros, pues resultaba evidente que no podrían obligarla a irse

con ellos, pues su esposo no se encontraba allí para hacerlo, y tampoco podían pedirle cuentas a Mr. Maitland.

Sir Edmund asintió para expresar que comprendía lo que le estaba diciendo, pero de todas formas bajó del carruaje para ayudar a Sophie a hacer lo mismo.

Sophie se acercó a la silla de posta con la esperanza de que Priscilla estuviese dentro y de no tener que entrar a la posada para buscarla, aunque al mismo tiempo temía la confrontación que se avecinaba. El alivio la embargó al ver que había una mujer dentro del carruaje, pero, cuando la miró a la cara, se quedó estupefacta al ver que no era, ni de lejos, Priscilla Beswick.

Charles Beswick regresó a su alojamiento y empezó a lanzar sus pertenencias dentro de una alforja mientras le ordenaba a su criado que recogiera cualquier cosa que quedara en la casa y lo siguiera a Devon.

—Pero no traigas ninguna de las pertenencias de Mrs. Beswick. No las quiero. Por mí, puedes quemarlas, me trae sin cuidado —espetó a la par que miraba a su alrededor en busca de cualquier objeto que se le pudiera olvidar. Mientras lo hacía, oyó la puerta cerrarse de un golpe, sonido al que siguió la voz de su esposa.

—¿Charles? ¿Dónde estás? Tengo una sorpresa para ti —gritó, como si no estuviera ocurriendo nada fuera de lo habitual y no lo acabara de abandonar por otro hombre.

—Está arriba, señora —informó Hitchens cuando bajó las escaleras—, pero no está de muy buen humor —escuchó Charles que le decía en voz baja, aunque se le seguía oyendo perfectamente.

—¡Charles! —volvió a llamar ella—. Baja en cuanto puedas. ¡Tengo que enseñarte algo! Hitchens, ven conmigo.

Y después, Charles la oyó salir de la casa. Le llevó un instante comprender lo que estaba ocurriendo, pero poco a poco se dio cuenta de que, si Priscilla estaba allí... entonces no se había fugado con Maitland.

¡No se había fugado con Maitland!

Charles salió de la casa señorial para ver a Priscilla plantada enfrente, ataviada con el vestido de montar azul marino más exquisito que había visto nunca. Y aunque era muy modesto y la cubría de la barbilla a los tobillos, él no pudo más que pensar que de alguna forma enfatizaba su gloriosa figura más que cualquier otro vestido que hubiera llevado, en especial el trenzado y los alamares del pecho, de donde no conseguía apartar la mirada. Cuando por fin pudo despegar los ojos, advirtió que también lucía un chacó alto con dos enormes plumas blancas de avestruz. Y lo más sorprendente de todo es que sujetaba las riendas del caballo que le había comprado como regalo de boda, pero que se había dejado en Devon.

—¿Y bien? ¿Estás sorprendido? He enviado a Tom a Devon para que trajera a Confitte a Bath. —Charles intentó no hacer una mueca cuando mencionó el nombre que había decidido ponerle al caballo—. Y he encargado a la mejor modista de Bath que me haga este traje para que podamos salir a montar juntos. En realidad, he tenido que ir a horas intempestivas para hacer la última prueba solo para que estuviera listo para lucirlo hoy mismo. Hay una pista de hípica que rodea

los jardines Sydney, y he pensado que podríamos probarla. Aunque, si prefieres que cabalgemos hasta más lejos, también podemos. Hitchens ha ido a preparar tu caballo.

Le estaba sonriendo, se la veía muy orgullosa de sí misma por la sorpresa, y lo único en lo que él podía pensar era en que nunca le había parecido más preciosa, pues había creído perderla para siempre. La agarró para acercarla a él y la besó como nunca se había atrevido a besarla, sin importarle que estuvieran en medio de la calle a plena vista y que cualquiera que pasara por allí pudiera verlos. Ella se sorprendió al principio, pero pronto le devolvió el beso con el mismo fervor, soltó las riendas del caballo y deslizó las manos por su cuello mientras intentaba acercarlo incluso más a su cuerpo. Él se percató de que seguramente estarían arruinando su majestuoso conjunto y que a ella esas cosas le importaban aunque a él no, así que por fin se obligó a separarse de ella, por mucho que le doliera hacerlo.

—Priscilla, vamos a arruinarte el sombrero —dijo mientras se lo colocaba bien, pues se lo había movido un poco y ya no descansaba con osadía sobre su cabeza.

Priscilla lo miró y parpadeó, como si no supiera ni dónde estaba.

—¡Al cuerno con el sombrero! —espetó y volvió a tirar de la cabeza de su esposo hacia la suya.

Al final, Hitchens hizo que volvieran a sus cabales aclarándose la garganta. Había ensillado al caballo de Charles y lo tenía preparado para montar, además de haber agarrado las riendas de Confite. Sin embargo, Charles pensó vagamente que montar a caballo era lo último que le apetecía hacer en aquel momento. De hecho, se le ocurría otra actividad que lo atraía mucho más y esbozó una sonrisa traviesa para su esposa, una sonrisa que ella le devolvió, como si supiera exactamente qué estaba pensando. Aun así, no podía arruinarle su gran sorpresa, así que respiró hondo varias veces para calmarse.

—Ese es el atuendo más encantador con el que te he visto nunca —la elogió Charles en un intento de cambiar de tema, aunque la única conversación que habían mantenido había tenido lugar en su cabeza.

—Charles, ¿eso era un cumplido? —preguntó Priscilla con los ojos abiertos como platos. Su esposo pensó que refulgían más que las más finas de las esmeraldas y así se lo dijo.

—¿Hay algún baile esta noche? Quiero bailar todas las piezas contigo —anunció, y Priscilla no podía creerse que aquello estuviera pasando de verdad.

—Sophie sí que tiene un don —declaró ella, y Hitchens pensó que aquella debía de ser la conversación más absurda que había escuchado en su vida—. Si tenemos una hija la llamaremos Sophronia —le anunció a Charles—, aunque sea un nombre horripilante.

—Como tú quieras —contestó Charles.

Sophie, quien se quedó totalmente desconcertada al no encontrar a Priscilla Beswick en la silla de posta, no sabía qué decir para explicarse con lady Mary, que era la ocupante del carruaje.

—Ruego que me disculpe —dijo Sophie, pero no consiguió decir nada más—. Por favor, perdóneme —intentó de nuevo, y lady Mary, experta en llenar silencios incómodos, escogió aquel instante para mantenerse en silencio—. Lady Mary, ¿puedo preguntarle si viaja usted con Mr. Maitland? —inquirió Sophie al final, pues Frederick Maitland no estaba en la silla de posta con la mujer y a Sophie se le ocurrió que quizá se había equivocado de carruaje y todavía tenían que salvar a Priscilla.

—Así es. Nos vamos a Londres para casarnos —reveló lady Mary, y Sophie se esforzó sobremanera para no parecer sorprendida, pues supo que la mujer se sentiría muy ofendida.

—Les deseo... toda la felicidad del mundo —enunció Sophie, y lady Mary asintió con elegancia como respuesta. Sophie empezó a alejarse de la silla, decidida a alcanzar la calesa antes de tener un encuentro incluso más incómodo que aquel con Frederick Maitland. En cuanto perdió de vista el carruaje, corrió lo que le quedaba de camino hasta su transporte y le dijo a sir Edmund atropelladamente:

—Vámonos, no es Priscilla. Debe de seguir en Bath. Rápido, antes de que nos vea Mr. Maitland.

Y sir Edmund salió a toda prisa del jardín, justo cuando Mr. Maitland abandonaba la posada.

En cuanto dejaron el pueblo atrás, Sophie le explicó a sir Edmund quién viajaba en el carruaje.

—¿Lady Mary? —repitió con incredulidad, y Sophie no pudo evitar sentir pena por ella, pues seguramente aquella sería la respuesta universal a las nuevas de su matrimonio—. ¡No me lo puedo creer! Me parecía propio de él huir con Priscilla Beswick para entablar una relación temporal, pero, si lo que deseaba era casarse con alguien, estaba seguro de que te lo pediría a ti.

—Sí, en realidad me pidió la mano el día después de nuestra visita a Newbrooke, pero rechacé su propuesta.

—¡Sophie! Lo rechazaste incluso antes de haber recibido mi carta —dijo sir Edmund mientras dejaba que sus caballos ralentizaran el ritmo para robarle un beso fugaz—. No sabes lo mucho que me alegra oírlo. No he podido evitar estar un poco celoso de él, pues fue tu primer amor.

—Ya que hablamos del tema, menos mal que me escribiste la carta. Cuando me pidió la mano y no acepté, él dedujo con mucho tino que era porque sentía algo por ti y me contó la historia de lo que aconteció en Cambridge, pero te hizo quedar como el villano.

—No me sorprende. Habría hecho cualquier cosa para ganarte. Casi me daría pena, si no fuera tan necio.

Viajaron en silencio durante un rato mientras Sophie reflexionaba acerca de la inesperada decisión marital que había tomado Mr. Maitland.

—Ya se casó por dinero antes, pero quizá en esta ocasión no sea por motivos egoístas. A sus hijos les agrada lady Mary. Y me dijo que le recordaba a su primera esposa —comentó.

—¡Ja! Se ha casado con ella porque está emparentada con todas las familias de la aristocracia de Inglaterra —espetó sir Edmund.

—Pero se están fugando, lo cual quiere decir que lady Smallpeace no les ha dado su consentimiento para la boda. Las conexiones de lady Mary no le van a beneficiar en nada si la aíslan de la sociedad.

—Lady Smallpeace se retractará. Maitland es experto en hacer que las mujeres coman de su mano —manifestó con rencor.

Sophie lo miró con una sonrisa traviesa.

—Me parece que estás más que un poco celoso.

Sir Edmund atisbó una sección de la carretera más amplia, así que dirigió el carruaje a uno de los costados e hizo que los caballos se detuvieran antes de envolver a Sophie entre sus brazos.

—Él es quien debería estar celoso de mí —afirmó antes de besarla. Se echó hacia atrás para contemplar su rostro y le pasó un dedo por la mejilla, que era más suave que el pétalo de una rosa—. Y no me cabe duda de que lo estará, el muy desgraciado.

Aquella noche hubo un baile, y sir Edmund, Sophie, Mrs. Foster, Cecilia y los Beswick estuvieron allí. Priscilla le contó a Sophie que era maravillosa, su mejor amiga en todo el mundo, y que iba a llamar a su hija todavía sin concebir en honor a ella. Después le preguntó:

—¿Tienes segundo nombre?

—No, me temo que no —contestó ella—. Creo que mis padres pensaron que Sophronia Lattimore ya era lo bastante largo.

Priscilla suspiró.

—Pues es una pena.

Charles Beswick no había dejado de sonreír durante toda la velada y Sophie pensó que seguramente los músculos de su rostro estarían doloridos, pues no estaban acostumbrados a adoptar semejante posición. Llegados a un punto de la celebración, se acercó a ella para agradecerle la ayuda, y Sophie le preguntó con una sonrisilla guasona si lo verían por la Pump Room al día siguiente.

—Mañana no, pues Priscilla nos ha organizado un paseo por Beechen Cliff. Pero si a ella le apetece asistir a la Pump Room al día siguiente, estaré encantado de acompañarla.

—Entonces ¿va a quedarse en Bath?

—Por lo menos durante unas semanas. Esto se parece más a una luna de miel que la que tuvimos originalmente —explicó Charles.

Sophie dudaba mucho que la luna de miel fuera a durar demasiado, estaba segura de que la tempestuosa joven pareja encontraría otra cuestión por la que discutir antes de que acabara la semana. No obstante, se notaba que por lo menos habían aprendido a valorarse más el uno al otro y a disfrutar de las actividades y pasatiempos conjuntos. Al observarlos aquel día, Sophie se dio cuenta de que Charles Beswick era un bailarín extraordinario y que parecía que le agradaba la danza, y cuando le preguntó a Priscilla si estaba disfrutando de participar en los pasatiempos

favoritos de su esposo, Priscilla se sonrojó hasta adoptar un color rojo chillón y contestó con fervor:

—¡Ciertamente!

Llegados a aquel punto, Sophie decidió que lo mejor sería no inmiscuirse demasiado en los asuntos de una pareja recién casada y cambió de tema.

Emily Woodford también estaba presente en el baile, pero se palpaba un ambiente incómodo entre ella y Sophie que nada podría salvar, por lo que no hicieron más que intercambiar saludos distantes. En cualquier otro momento, Sophie se habría lamentado porque su amistad hubiera llegado a un final tan abrupto, pero estaba radiante de felicidad con su compromiso y no dejó que aquello la entristeciera; aunque sí sintió una punzada de empatía por Emily, quien debía de haberse enterado de que Mr. Hartwell había abandonado la ciudad y ya sabría que lo había perdido.

La única preocupación que le quedaba a Sophie era su prima. Cecilia había recibido gran cantidad de invitaciones para bailar, que había aceptado con educación, y se estaba esforzando por sonreír e incluso reírse, pero no cabía duda de que no estaba feliz. Sophie sabía que extrañaba a Mr. Hartwell, incluso si no estaba segura de si lo amaba o no. Sophie contemplaba a su prima danzar con una expresión pensativa en el rostro cuando Edmund le habló al oído.

—Tus ojos brillan con determinación mientras analizas a las parejas desprevenidas. Espero que no estés planeando unir a nadie más —dijo.

Sophie se giró y le sonrió.

—No, te lo prometo. Estoy demasiado ocupada regocijándome por el excelente pretendiente que he conseguido para mí.

—¿Quieres decir que he sido el objetivo de los ardides de una casamentera todo este tiempo y que ni siquiera me había dado cuenta?

—Así es. Sin embargo, no tenías nada que temer, pues esta casamentera en particular no es muy diestra moviendo sus hilos.

—Tienes razón, ¿sabes? Eres incapaz de cualquier tipo de artificio. Es una de las cosas que adoro de ti —manifestó Edmund, quien bajó todavía más la voz y le provocó un cosquilleo delicioso a Sophie.

—Esta es la conversación más interesante que he tenido en toda la tarde —afirmó ella, y abrió el abanico para ocultar la parte inferior de su rostro tras él—. Dime qué más cosas adoras de mí —pidió a la par que bajaba también la voz hasta convertirla en un susurro.

—Preferiría mostrártelas —le contestó en un murmullo, y ella miró a su alrededor para cerciorarse de que nadie los estaba observando, pues estaba bastante segura de que le había acariciado la oreja con los labios al hablar.

Entonces empezó a acariciar su piel desnuda por encima de la espalda de su vestido, con la mano estratégicamente colocada para que nadie pudiera verla, y ella se preguntó cómo era

posible que un hombre que había evitado al sexo opuesto durante tantos años se hubiera vuelto un experto tan pronto.

—¿Quién le ha enseñado a coquetear, sir Edmund? —preguntó ella casi sin aliento—. Está usted muy versado en el arte.

—La mujer más adorable y exquisita que conozco —respondió—. Mi corazón, mi amor, mi Sophie.

Unos días más tarde, Cecilia y Sophie estaban paseando por Milsom Street cuando una silla de mano pasó por su lado, al parecer con gran urgencia. Los dos hombres que cargaban con la silla, uno al frente y el otro en la parte trasera, corrían y respiraban con pesadez. Cecilia y Sophie se apartaron de su camino, pues pensaron que los acarreadores las pasarían de largo, pero, en vez de eso, su pasajero les chistó.

—Chist, Miss Foster —la llamó un hombre y, al mirar dentro del cubículo, Cecilia se dio cuenta de que se trataba de lord Courtney. No sabía si esperaba que ella entablara una conversación mientras dos hombres cargaban con él, pero un instante después les ordenó que lo dejaran bajar de la silla. Cecilia intercambió una mirada perpleja con su prima y esperó a que el hombre saliera.

—Un día extremadamente caluroso para pasear, ¿no cree? —declaró por fin después de haber pagado a los hombres y haberlos visto marchar.

Cecilia pensó que se trataba de una forma inusual de comenzar la conversación, pues en realidad él no había estado caminando. Por fortuna, no esperó a su respuesta, sino que se giró para dirigirse a Sophie y continuó:

—Miss Lattimore, tengo que discutir algo en privado con Miss Foster, si no le importa...

Dejó la frase inacabada mientras la contemplaba expectante, y Sophie se preguntó qué esperaba que hiciera para concederle aquella privacidad con Cecilia. Estaban en medio de Milsom Street, ¿adónde esperaba que se fuera? ¿Acaso debía marcharse y dejar a su prima con él para después tener que pasear ella sola? Al final, se limitó a responder:

—No me importa que hable con Miss Foster.

Esto pareció satisfacer al lord, pues le ofreció a Cecilia el brazo y comenzó a caminar con ella mientras Sophie los seguía un paso o dos por detrás.

—Miss Foster —dijo en un tono cómplice. Sophie imaginó que se creía que estaba susurrando, pero como el hombre casi gritaba al hablar, la muchacha pudo escuchar perfectamente lo que estaba diciendo, al igual que cualquiera en un radio de tres metros—. Supongo que se habrá enterado de que mi prima se ha fugado con Maitland. Por muy desagradable que resulte eso para una mujer de su edad —comentó con un leve estremecimiento—, en realidad me hizo pensar en llevar a cabo una hazaña similar. Y Miss Foster... O Cecily, si me permites el atrevimiento...

—Cecilia —le corrigió la joven.

—¿Qué?

—Que mi nombre es Cecilia —informó.

—Y tú puedes llamarme Court —anunció—. Celia, querida, mi tía jamás permitiría nuestro casamiento, así que no nos queda más que apresurarnos a cruzar la frontera.

—Lo siento, lord Courtney...

—Court —le recordó.

—Mmm, Court, es un gran honor —prosiguió—, pero me temo que no congeniaríamos.

—No hay nada que temer, mi querida Celia, me es indiferente que padecieras de tosferina a los doce años y que tu tío abuelo fuera un terrateniente del campo. Estamos hechos el uno para el otro —aseguró—. Te mostraría ahora mismo lo bien que congeniamos si el incordio de tu prima no estuviera tan cerca.

Miró por encima del hombro a Sophie mientras pronunciaba aquellas palabras, y la aludida pensó que ya había oído más que suficiente, así que se acercó a ellos.

—Lord Courtney, Cecilia no se va a fugar con usted, así que tendrá que encontrar a otra jovencita a la que deleitar con sus atenciones.

Miró a Sophie de arriba abajo.

—Estoy seguro de que a ti te encantaría —afirmó mientras le guiñaba un ojo de forma lasciva.

Sophie y Cecilia entrelazaron los brazos y empezaron a alejarse de lord Courtney.

—¡No te lo volveré a pedir, esta es tu última oportunidad! —gritó mientras las seguía—. ¡Cecily!

Las Foster decidieron extender su visita a Bath y planearon quedarse hasta después de la boda de Sophie, ya que la ciudad estaba muy cerca de Newbrooke y la ceremonia iba a tener lugar en la parroquia de la hacienda. Además, Sophie no podía quedarse en Bath sin ellas. El anuncio de su compromiso se había impreso en los periódicos y corrieron las amonestaciones ese mismo domingo para después fijar la fecha de la boda un mes más tarde. Sophie se descubría meditando en varias ocasiones si aquello estaba ocurriendo de verdad y daba gracias a Dios porque Mr. Maitland la hubiera menospreciado tantos años atrás. Le costaba creer que el incidente que había considerado el más trágico y desastroso de su vida ahora le resultara una gran bendición, y se dio cuenta de cuán limitada había estado su perspectiva (y la de cualquier persona) en realidad.

Dichos pensamientos hicieron que su resolución de no intervenir en el romance de su prima se fortalecieran, pues no se podía saber si quizá algún día, en retrospectiva, Cecilia o incluso Mr. Hartwell se congratularían por la sabiduría que les había brindado separarse cuando lo hicieron.

Aunque era evidente que su prima estaba deprimida por la ausencia de Mr. Hartwell, se esforzaba con creces por parecer alegre, aunque Sophie sabía que rememoraba su propia pérdida cuando participaba de las celebraciones de su compromiso con Edmund. Aun así, se dijo una y otra vez que no podía, y no debía, involucrarse.

Y sin duda no pensaba escribirle una carta a Mr. Hartwell.

Sin embargo, otra persona se encargó de escribirle y el caballero regresó un mes después de haber abandonado Bath para gran sorpresa de las residentes de la casa en el número cuatro de Rivers Street.

Faltaban tres días para la boda de Sophie y hacía poco que las damas habían regresado de un viaje a Newbrooke, por lo que no habían hecho planes para la tarde y estaban sentadas las tres juntas en el salón. El reloj acababa de dar las nueve y, desde luego, no esperaban visita, pero Mr. Hartwell entró en la estancia como una exhalación incluso antes de que Jonas pudiera anunciarlo. Corrió a toda prisa hasta Cecilia, se desplomó a sus pies y le agarró la mano.

—¡Cecilia! ¡Gracias a Dios! ¡Temía llegar demasiado tarde!

Jonas apareció en el umbral de la puerta y le dirigió una mirada a Mrs. Foster, como si quisiera preguntarle si debía echar al caballero a la calle, pero la viuda negó levemente con la cabeza y Jonas se retiró.

La verdad es que Mr. Hartwell lucía al borde de la locura. Las damas ya se habían sorprendido de por sí con su repentina aparición, pues lo creían en Derbyshire, pero se quedaron todavía más perplejas al ver al normalmente afable Mr. Hartwell embargado por la emoción. Tampoco iba vestido con el atuendo adecuado para una visita social, aún portaba sus ropas de viaje y parecía como si hubiera ido directamente a casa de las Foster nada más llegar a la ciudad.

—¿Demasiado tarde? —inquirió Cecilia, y Sophie se percató de que no había retirado la mano de la del hombre, sino que había soltado su labor para ofrecerle la otra también.

—No tenía ni idea... ¿Por qué no me lo habías contado? ¡Cecilia, amor mío! —espetó él de forma incoherente antes de tirar de ella de repente y envolverla en un abrazo sofocante.

A Mrs. Foster casi se le salieron los ojos de las cuencas y Sophie también se quedó estupefacta, pues jamás había visto semejante comportamiento en un salón que se preciara (aunque ella y sir Edmund habían desarrollado un afán por encontrar lugares privados para comportarse de igual forma desde que se comprometieron). Aun así, no pensaba que a Edmund se le ocurriera jamás abrazarla en presencia de sus parientes, ni tampoco lo quería ella así.

—¡Mr. Hartwell! —exclamó Mrs. Foster y su aguda voz hizo que el hombre regresara a sus cabales.

—Ruego que me disculpe, Mrs. Foster, pero me habían contado... —Volvió a mirar a Cecilia y, como si no pudiera evitar tocarla, le acunó la mejilla con la mano—. Estás pálida, amor mío. ¿Cómo te encuentras? ¿Te duele algo?

Y Sophie por fin adivinó qué era lo que le habían contado y casi podría haberse reído ante el resultado de la mentirijilla de su tía, si no fuera porque resultaba evidente que a Mr. Hartwell le había causado tamaña angustia.

Estaba claro que Cecilia había llegado a la misma conclusión que Sophie.

—Laurence —lo llamó con voz dulce antes de darle un suave beso a la mano que sujetaba su rostro—, estoy bien. Estoy perfectamente sana, no es más que un rumor. No tienes de lo que preocuparte.

Y Mr. Hartwell dejó escapar un suspiro estremecedor desde lo más profundo de su ser antes de volver a rodear a Cecilia con sus brazos y besarla como si su vida misma dependiera de ello.

Sophie y Mrs. Foster intercambiaron una mirada y, entonces, por un consentimiento mutuo implícito, abandonaron la sala.

La pareja, que se estaba besando en el sofá, ni siquiera se percató de su marcha, pero al final se separaron para ofrecerse explicaciones y promesas.

—He sido una necia. ¿Cómo es posible que quieras seguir relacionándote conmigo? —preguntó Cecilia.

—No digas tales cosas sobre ti misma. Tan solo eres joven, no debería haber sido impaciente contigo. Puedes tomarte todo el tiempo que necesites —aseguró mientras continuaba dándole besos. Lo cual causó que Cecilia pensara que esperar más de la cuenta para casarse iba a ser una terrible pérdida de tiempo.

—Es solo que... te conocí al principio en vez de al final, ¿entiendes? —enunció Cecilia con la intención de explicar su lamentable insensatez al tardar tanto en reconocer la valía del hombre. Y Laurence Hartwell sintió una plena satisfacción con aquella explicación, pues, en realidad, no tenía derecho a quejarse por la falta de elocuencia de su amada, ya que él mismo estaba actuando también de forma absurda.

Fue un día soleado de septiembre cuando Sophie Lattimore aceptó a sir Edmund Winslow como su legítimo esposo. Cecilia era la dama de honor y, como mujer recién comprometida que pronto se casaría con el hombre al que amaba, estaba casi tan radiante como la novia.

Pero ninguna mujer podría eclipsar a Sophie aquel día. Vestía un diseño original de Priscilla Beswick, un vestido de satén blanco con una sobrefalda de lamé cosida con hilos de plata, y brillaba en todo el sentido de la palabra. No portaba capota ni cofia, sino un tocado de perlas que le apartaba el pelo de la frente, además de las rosas que Edmund le había regalado esparcidas por sus rizos oscuros. A Edmund le llegaba el aroma, pues estaba a su lado en el altar, y le recordó al beso que le había robado en un rincón del jardín. Por eso decidió que debía besar a la nueva lady Winslow en el mismo lugar en cuanto tuvieran la oportunidad.

Cuando el párroco llegó a la parte del servicio en la que se hablaba de que el sagrado matrimonio no debería emprenderse «de forma desconsiderada y solo para satisfacer los apetitos carnales y la lujuria de los hombres», Edmund le guiñó el ojo a Sophie y esta tuvo que aguantarse la risa. Aunque habría estallado en carcajadas si hubiera visto la forma en la que su tía miraba con desconfianza a Mr. Hartwell, quien había estado bajo vigilancia constante tras su comportamiento desmesurado y fogoso cuando pensaba que Cecilia se estaba muriendo. A la

pobre pareja apenas se le concedía privacidad, y Cecilia, quien en el pasado tuvo tantas dudas sobre contraer matrimonio con Laurence Hartwell, ahora sugería que pagaran una licencia especial para no tener que esperar a que corrieran las amonestaciones.

Lord Fitzwalter fue el testigo de sir Edmund, y Charles y Priscilla Beswick también asistieron. Todos se quedaron al almuerzo nupcial que se celebraba en Newbrooke después de la ceremonia. Los invitados estaban del mejor de los humores (incluso antes de probar la bebida) y, en cuanto cortaron la tarta, lord Fitzwalter comenzó el brindis al sugerir que brindaran por la novia.

—Por Sophie, lady Winslow, te deseamos todo lo que mereces: el más feliz de los matrimonios con un esposo afectuoso, gentil e indulgente —dijo Fitzwalter mientras le hacía un gesto con la cabeza a sir Edmund y le guiñaba un ojo—. ¡Por los buenos amigos y una salud excelente! ¡Por lady Winslow!

—¡Por lady Cupido! ¡Por Sophie! —gritaron los invitados.

Y Sophie, mirando a los rostros de quienes la rodeaban, sus queridos amigos, su familia y su amado esposo, se sintió muy agradecida de haber escrito aquella carta.

Londres, jueves 10 de abril de 1817

Lord Fitzwalter:

Por favor, disculpe mi insolencia al escribirle esta carta. No me habría atrevido a hacerlo si no fuera porque lo creo de suma importancia y porque podría afectar directamente a su futura felicidad.

Es bien sabido entre la sociedad londinense que ha estado cortejando a Miss Priscilla Hammond y, aunque parece una jovencita admirable, tengo mis razones para creer que está enamorada de otro caballero y se han hecho promesas el uno al otro. También parece ser que su madre ha estado alentándola con gran tesón para que acepte sus atenciones debido al título y las propiedades que usted posee. Por otro lado, he advertido asimismo que Miss Lucy Barrett, hermana de uno de sus queridos amigos, lo ama de todo corazón y lo ha elegido a usted basándose nada más que en los impulsos de un corazón puro y tierno, no corrompido por motivos mercenarios ni por consideraciones del rango social. Lo ama por ser usted como es y nada más, y en mi opinión no hay cosa que más anhele alguien que encontrar a esa persona que nos cree tan maravillosos como aspiramos a ser. Como yo misma no tengo posibilidad de encontrar tan preciado regalo, me duele aún más ver a alguien que lo tenga al alcance de su mano y no consiga obtenerlo. Por esta misma razón le escribo mi carta.

Con sincera admiración,

UNA DAMA ANÓNIMA

Agradecimientos

No sé si recordaréis el año 2020, pero fue un momento muy duro para escribir una comedia romántica ligera. A nivel creativo, me resultó sumamente complejo por muchas razones, pero sobre todo fue muy difícil para mí al tener que quedarme encerrada en mi casita (que parecía que empequeñecía cada vez más con el paso de los meses) día sí día también, sin viajar a los lugares que estaba describiendo en la novela, o sin poder siquiera ir a una cafetería a investigar y buscar inspiración.

Así que me gustaría darle las gracias a Jonathan, mi marido, por ser una persona estupenda con la que pasar los días encerrada durante una pandemia mundial, además de ser un cocinero de estrella Michelin. Si no le hubiese dedicado ya mi primer libro a él, le habría dedicado este sin dudarlo.

También quiero darle las gracias a mi editora, Kate Saber, por ser tan simpática y encantadora, y por haberme dado algunas sugerencias magníficas; y a mi agente, Stefanie Lieberman, que siempre demuestra su interés, es muy culta y amable. Tanto Stefanie como Kate han tenido que lidiar con mucho durante el año 2020, pero no por ello dejaron de ser dos mujeres profesionales, pacientes y dispuestas a cooperar. ¡Gracias, Kate y Stefanie!

Además, también quiero agradecer la ayuda de Kirsten Elliott, quien se encargó de todo para que me llegara su libro en formato digital: *No Swinging on Sundays: The Story of Bath's Lost Pleasure Gardens*. Aunque no he podido estar físicamente en Bath mientras escribía esta novela, su meticulosa labor de investigación publicada en ese libro me transportó allí (y a los jardines Sydney en especial), a la vez que me hizo viajar en el tiempo.

Por último, quería agradecer a las hermanas que he mencionado en mi dedicatoria: Charlotte, quien organizó una fiesta virtual por mis bodas de plata durante el confinamiento; y Vicky, que me pregunta todos los días cómo estoy y me ayuda a cuidar de nuestros padres. Gracias a las dos por ser siempre unas hermanas increíbles y por todo vuestro apoyo. Y también a mis otras hermanas, con quienes no comparto lazos de sangre, pero a las que quiero tanto como si así fuera: Kimberly, Walsta, Wanyda, Deniece, De, Michelle, Amber, Marianne, Denise, Tammy, Karrie, Nakia, Nekia, Keren, Rongmei, Ryann, Summer, Jen, Jan, Genevieve, Melissa, Carol, Rachel, Tiffany, Melinda, Pam, Debi, Leslie, Kayshauna y Alesheia. ¡Estaré eternamente agradecida por teneros en mi vida! Y estoy segura de que me estaré dejando a alguien superespecial, así que imagina tu nombre aquí. Tengo muchos amigos estupendos que me apoyan y me quieren. Tengo muchísima suerte. (Quiero dar las gracias también especialmente a

Alison, por ser una de las primeras en leer *La carta de Miss Lattimore* y por darme tu opinión.
¡Menos mal que te gustó!)

La carta de Miss Lattimore
Suzanne Allain

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Miss Lattimore's letter*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, Richard Jenkins

© Suzanne Allain, 2021

Publicado de acuerdo con Berkley, un sello de Penguin Publishing Group, una division de Penguin Random House LLC.

© de la traducción, Pura Lisart e Isabella Monello (Prisma Media Proyectos S.L.), 2023

© Editorial Planeta, S.A., 2023

Espasa, un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2023

ISBN: 978-84-670-6955-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!



La HIJA ITALIANA



Una promesa del pasado forjará su destino



SORAYA LANE



ESPASA

La hija italiana (Serie Las hijas perdidas 1)

Lane, Soraya

9788467069877

368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El inicio de una saga familiar arrolladora con trasfondo histórico que ha conquistará a los fans de Lucinda Riley en todo el mundo.

Italia, 1946. "Estée, te compré este anillo el día después de verte bailar por primera vez en La Scala, hace ya tantos años. Eres la única mujer que he amado." Estée se moría por ver el anillo, pero se armó de valor, tomó la mano de Félix y la cerró suavemente sobre la caja. —No, Félix— susurró ella. "Quiero que me propongas matrimonio solo cuando seas verdaderamente libre".

Londres, hoy: Lily, una joven enóloga de camino a Italia por trabajo, recibe la inesperada convocatoria de un abogado. Al acudir, junto con otras seis jóvenes citadas, descubre que su abuela nació en Hope's House, un hogar para madres solteras; las únicas pistas sobre su pasado: una antigua receta y un viejo un folleto de La Scala.

En Italia y con la ayuda de Antonio, un joven vinicultor, Lily sigue las pistas hasta un pueblito del Piamonte y descubre cómo su historia está ligada a la de Estee, una de las grandes bailarinas de La Scala setenta años atrás.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

RAFAEL TARRADAS BULTÓ

LA VOZ DE LOS VALIENTES



La voz de los valientes

Tarradas Bultó, Rafael

9788467069341

680 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En tiempos de paz jugaron a ser otros. En tiempos de guerra descubrieron quiénes eran en realidad.

Baviera, **Alemania**. El **castillo** de Fallstein es uno de los más fastuosos de la zona, pero, lejos de ser un remanso de paz alejado del frente, Hilda Sagnier ha comprobado cómo la **guerra** y sus consecuencias han entrado con fuerza en sus salones, pues su marido, el prestigioso conde bávaro de Fallstein, ha sido completamente seducido por **Hitler**. Decidida a luchar por lo que cree, la condesa no dudará en arriesgar su vida, sobrepasar sus límites y fingir ser quien no es para ayudar a los perseguidos del régimen.

Mientras tanto, en **Barcelona**, los **nazis** empiezan a agasajar a José Manuel, pero el empresario sabe exactamente cuál es su objetivo. Él, que fue **espía** durante la Guerra Civil española, no tardará en involucrarse en la misión más secreta y de una relevancia capital, una misión que lo llevará a alternar con la **élite alemana** y a relacionarse con la alta sociedad de **Potsdam**. Allí, donde todos se relajan y hablan más de la cuenta, el espía deberá encontrar y destruir el arma en la que los alemanes confían su victoria.

Hilda y José Manuel, **dos españoles en el corazón del Tercer Reich**, descubrirán que, en tiempos de guerra, nadie es quien dice ser y que a veces la urgencia y el peligro son los mejores aliados para que el amor y los verdaderos sentimientos afloren.

Rafael Tarradas Bultó se consagra con su tercera novela ambientada en la Segunda Guerra Mundial tras *El heredero* y *El valle de los arcángeles*.

@rafatarradasbulto

La crítica dice:

«*La voz de los valientes* es una novela apasionante y entretenida, que ampliará nuestra visión de la Segunda Guerra Mundial y del papel que tuvieron multitud de personas anónimas que decidieron jugarse la vida por combatir a los nazis», *Ahora Qué Leo*, *La Sexta*.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Las horas crueles

Pariente, Marto

9788467069952

400 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Se irá a la tumba sin confesar. Un country noir que nos sorprende por su prosa tan ágil como gamberra y por su elenco de personajes al más puro estilo *Fargo*.

No hay salida, ha llegado a una encrucijada: o salta desde lo alto del cortado a las aguas del Bornova o muere a manos de quien lo está persiguiendo. Tomás Moreda, el Monstruo de la Tejera Negra, no tarda en resolver el dilema. Que Dios decida si ha de sobrevivir a la caída o ha de sucumbir por su único pecado: el de no recordar qué pasó aquel día de hace treinta años, cuando **perdió a sus pequeños en el bosque y lo acusaron de haberlos matado**.

¿Dónde están sus hijos?

Nadie duda de que los enterró y de que **se irá a la tumba sin confesar**.

Una semana después, sigue en paradero desconocido. ¿Sigue vivo? Para encontrar la respuesta a esta pregunta, la madre de Tomás Moreda, la única convencida de su inocencia, recurre a **Constanza Desaparecidos, una agencia que continúa buscando cuando a la policía se le agotan los recursos**.

Frank Durán, un expolicía expulsado del cuerpo «por sentimental», y Eliana Santoro, que lidian, como el Monstruo de la Tejera Negra, con sus propios fantasmas —la muerte de la persona amada y los abusos de quien debería amarnos y protegernos—, descenderán a los **bajos fondos de la ciudad de Guadalajara** y se sumergirán en la historia, la geografía y las creencias ancestrales de los pueblos de la **Sierra Norte** en una **carrera contrarreloj** frente al demonio que los acecha y que habita en todos nosotros, Samael, el ángel de la muerte, el Veneno de Dios.

@martopariente

La crítica ha dicho:

«Marto Pariente alcanza la madurez narrativa con esta descarnada historia. Su voz, tan particular como inquietante, la vamos a escuchar durante los próximos años con la fuerza que se merece», **César Pérez Gellida**.

«Pariente tiene algo a lo que muchos escritores aspiran pero pocos logran: un mundo propio, con sus códigos y sus particularidades, pero tan anclado en la realidad que da miedo», **Claudio**

Cerdán, revista *Zenda*.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

MARIAN ROJAS ESTAPÉ

CÓMO
HACER QUE
TE PASEN
COSAS
BUENAS



Cómo hacer que te pasen cosas buenas

Rojas Estapé, Marian

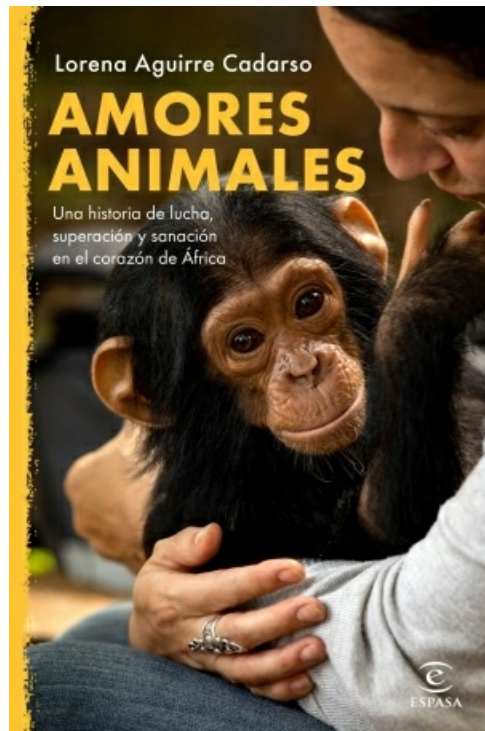
9788467053982

232 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Uniendo el punto de vista científico, psicológico y humano, la autora nos ofrece una reflexión profunda, salpicada de útiles consejos y con vocación eminentemente didáctica, acerca de la aplicación de nuestras propias capacidades al empeño de procurarnos una existencia plena y feliz: conocer y optimizar determinadas zonas del cerebro, fijar metas y objetivos en la vida, ejercitar la voluntad, poner en marcha la inteligencia emocional, desarrollar la asertividad, evitar el exceso de autocrítica y autoexigencia, reivindicar el papel del optimismo...

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Amores animales

Aguirre Cadarso, Lorena

9788467069990

484 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Los animales son la mejor terapia

Lorena Aguirre Cadarso narra en este libro episodios y aventuras de su vida en el Congo. Con ellos nos ilustra sobre muchos aspectos de su trabajo como psicoterapeuta con personas y animales, especialmente con chimpancés: la vida en un país arrasado por la guerra, la recuperación de los traumas de los guerrilleros y de sus víctimas, las mujeres violadas, la restitución de la confianza en uno mismo y en los demás y la ayuda que para conseguir todo esto prestan los animales, que muchas veces son la mejor terapia.

[Cómpralo y empieza a leer](#)